

BAPTISTE TOUVEREY

CONSTANTINOPLE



Lectulandia

En los albores del siglo VII d. C. Constantinopla es el centro del mundo, la nueva capital del Imperio romano en Oriente. Una urbe gigantesca y esplendorosa que bulle con ambiciones, conspiraciones y traiciones. Al mismo tiempo, el Imperio romano, otrora próspero y temido, se encuentra al borde del derrumbe y todos, persas, bárbaros y árabes, codician la poderosa capital mientras el mundo se prepara para entrar en una nueva Era.

La intriga está servida. Dos jóvenes que quieren acabar con el emperador usurpador atrincherado en Constantinopla, un ejército de doce mil hombres y un arma secreta: la joven que les franqueará el acceso a la capital del Imperio y a quien hay que conquistar para apoderarse del trono.

Baptiste Touverey nos ofrece una novela épica de gran aliento y ritmo trepidante, que recrea un escenario brutal y emocionante, plagado de intrigas, con unos protagonistas cuyos destinos cruzados trazan los contornos de una civilización de la que somos herederos.

Ἐctulandia

Baptiste Touverey

Constantinopla

ePub r1.0

Karras 01-04-2019

Título original: *Constantinople*
Baptiste Touverey, 2018
Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

610 d. C.

23 de septiembre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

26 de septiembre

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

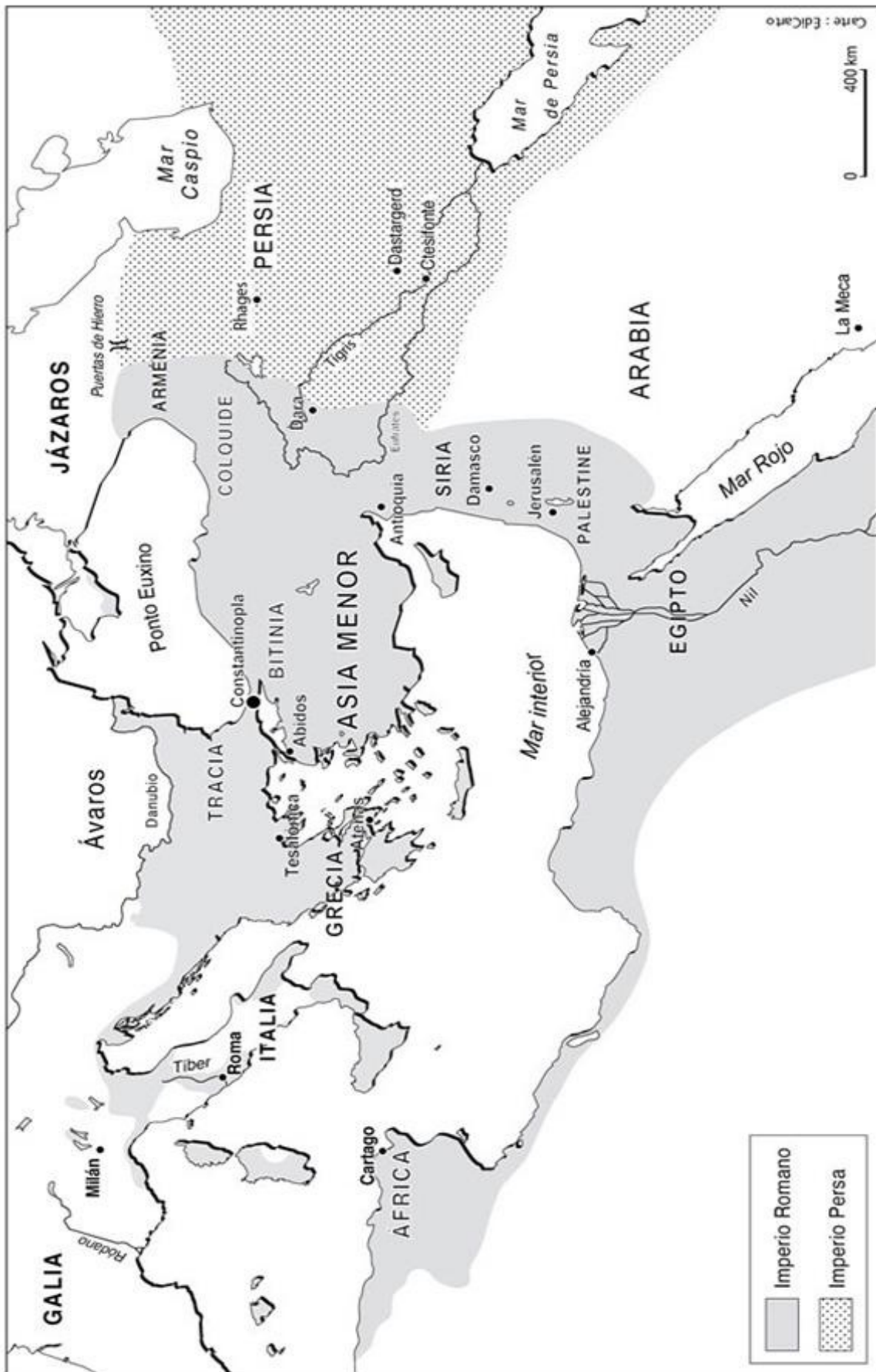
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
30 de septiembre
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
5 de octubre
Capítulo 52
627 d. C.
Invierno
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Primavera
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

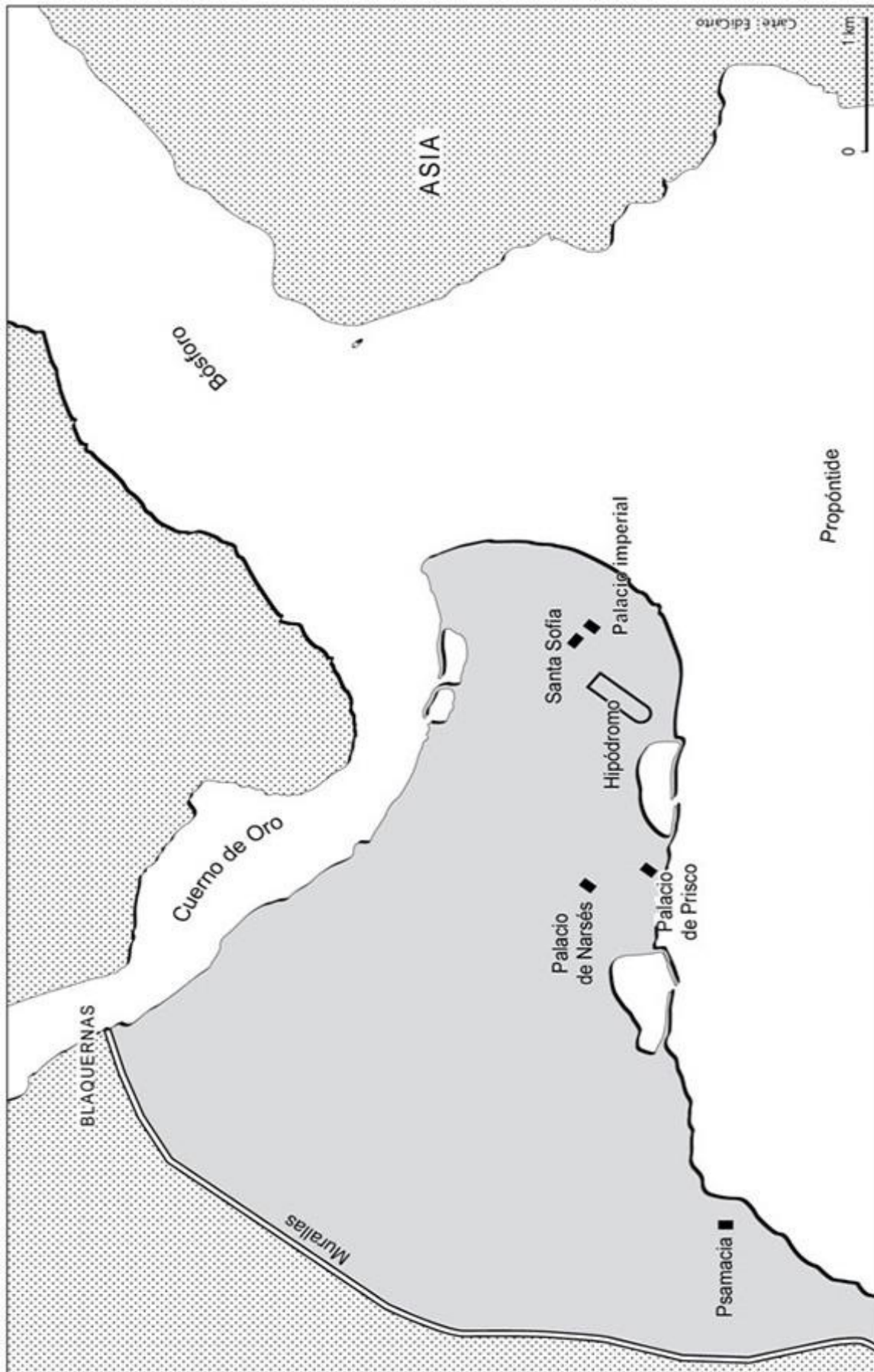
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Verano
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80

Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Otoño
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Agradecimientos
Sobre el autor

Para Adrienne B.



El Imperio romano en 610 D.C.



Constantinopla en 610 D.C.

610 d. C.

23 de septiembre

Ni un soplo de aire. Ni siquiera allí, a la orilla del mar, a un extremo de la ciudad, en la desembocadura del Cuerno de Oro, donde acababa Europa. Suponía que por las noches se levantaría viento y refrescaría el ambiente irrespirable. Pero hacía días que, pese a no verse, el sol se dejaba notar. El calor seguía siendo asfixiante.

Se acercó al agua. Pero no demasiado, no sabía nadar. Y a esa hora tardía no se podía descartar que algún gracioso te arrojara a las oscuras aguas, por puro aburrimiento, por reírse un poco. Durante unos instantes le pareció divertida la idea de desaparecer así, de repente, en la Propóntide, sin dejar más rastro que el cadáver que pescarían (o no) al cabo de unos días. Nadie sabía que estaba allí. Al día siguiente se preocuparían, lo buscarían. Otros se limitarían a esperar.

Se volvió y comprobó que ninguno de los grupos que vagaban por el muelle tuviera un aspecto demasiado amenazador. Uno de ellos se acercaba hacia él. Le entró miedo y se ajustó la capucha. Se ahogaba, se sentía como si tuviera la cabeza metida en una estufa, la frente le chorreaba sudor. Un mal menor.

Eran cuatro. Azules. Pasaron sin mirarlo. Respiró.

Esos repentinos ataques de pánico... Decididamente, nunca aprendería a controlarlos. Miedo a morir, hiciera lo que hiciese. Las salidas nocturnas tampoco lograban apaciguarlo.

Incluso sumida en las tinieblas, Constantinopla nunca dormía del todo. Los barcos seguían llegando al Cuerno de Oro. Los vio acercarse a remo y descargar su mercancía a la luz de las antorchas un poco más allá. El centro del mundo. Ahí era donde estaba, después de todo. La Nueva Roma. El último milagro de un imperio que, cuando muchos lo daban por muerto, había sabido renovarse, reconstruirse lejos, sobre bases diferentes, alrededor de una nueva capital.

Unos marineros charlaban junto a una hoguera. Como si no hiciera bastante calor... Aun así, se acercó. Parecían pacíficos, y la charla era animada. Estaban asando pescado. El olor llenaba el muelle. A lo lejos se adivinaban los oscuros montes de Asia al otro lado del estrecho, el comienzo de esas extensiones vitales, inmensa reserva de hombres y riquezas.

Los pueblos bárbaros habían devorado Europa. Se había perdido todo, y lo que no, Grecia, Tracia, partes de Italia y de Hispania, no tenía gran valor. Provincias debilitadas o periféricas. De la Antigua Roma quedaba poco más que un nombre demasiado pesado, demasiado glorioso para la modesta ciudad en que se había convertido. En cuanto a la lejana África y su capital, Cartago, más dinámicas, ya no cuestionaban su pertenencia al Imperio, pero desde hacía algún tiempo escapaban al control de la Nueva Roma. Hizo una mueca. Quedaba Asia. Hacia ella miraba Constantinopla, con los pies bien plantados en Europa. Como él en esos momentos. Las olas que chocaban contra los muelles a solo unos pasos no eran cuerpos extraños a los que tuviera que temer, se dijo, sino la sangre del Imperio, lo que hacía latir su corazón; no solo le traían medios de subsistencia, sino un fasto que seguramente ni la Antigua Roma había conocido jamás.

Comprobó que por debajo de la capucha no le asomaba ni un mechón de pelo y se unió a los marineros. Habían bebido, y apenas se percataron de su presencia. Buena cosa. Comentaban las últimas noticias: el irresistible avance del general rebelde Nicetas, sobrino del gobernador Heraclio. Dos días antes, uno de los marineros lo había visto cruzando el Helesponto, el otro estrecho que cerraba la Propóntide, a unas cuantas jornadas en dirección sur. Doce mil hombres que pronto amenazarían la capital. Unos locos. Sobre un promontorio, rodeada de mar por todas partes menos por una, protegida por las murallas más altas jamás construidas, Constantinopla era inexpugnable. Al menos, eso quería pensar él.

Agachó la cabeza. Un exceso de prudencia. Pese a la proximidad de la hoguera, nadie advertiría su palidez, ni su cicatriz. Pero no podía descartarse que el marinero hubiera participado en la operación del general Nicetas, se dijo. Procuró quedarse con su cara. Para más adelante.

Dos perros ladraron a lo lejos. Se volvió y los vio. Detrás de ellos, en la oscuridad, distinguió la prodigiosa cúpula de Santa Sofía, que coronaba el templo más imponente de la Cristiandad. Un desafío a las leyes de la naturaleza, el culmen de una eclosión anormalmente tardía.

Durante un milenio, la enorme urbe que se alzaba ante él había sido poco más que una población grande. Pero una población magníficamente situada en

la encrucijada de todo, en los confines de dos continentes, de dos mares. ¿Por qué se había necesitado tanto tiempo y la clarividencia de un emperador genial para que se impusiera la evidencia, para que se convirtiera en aquello a lo que su excepcional emplazamiento la destinaba a ser, una metrópolis, una capital? Trescientos años antes, Constantino, el genial emperador en cuestión, la había bautizado con su nombre. La pequeña Bizancio se convirtió en Constantinopla. Una de las ciudades más deslumbrantes jamás vistas. El centro del Imperio, a partir de ese momento. El lugar en el que convergían las riquezas del Mediterráneo y del Ponto Euxino, las aceitunas de Hispania, el vino de Creta, el trigo de Sicilia y Crimea. El de Egipto ya no, era cierto. Apretó el puño. Tampoco las telas ni los cueros de Antioquía. Por no hablar de los dátiles de Cartago: aunque no llegaba nada de Cartago desde hacía años. Desde la rebelión del gobernador Heraclio y Nicetas. Habría escupido, pero se contuvo: más valía no llamar la atención.

Aún llegaba suficiente trigo. Eso era lo único que importaba. El suficiente para alimentar a una masa humana de un millón de habitantes. Decían que, en tiempos, la Antigua Roma había tenido otros tantos. Roma, la que había conquistado el mundo y ahora parecía un pueblo de provincias abandonado a su suerte.

Aquellos hombres no estaban tan locos como para declararlo abiertamente; sin embargo, le daba la sensación de que distaban de odiar al general Nicetas, su juventud y sus hazañas tanto como deberían. Fue más fuerte que él. Escupió. En ese momento advirtieron su presencia. Las sonrisas desaparecieron, y se oyó la palabra «espía». Una hostilidad sorda, nada más, ni golpes ni insultos. Hombres prudentes, estaba claro. Lo contrario que él.

Como era de suponer, la conversación dio un giro. Ya no había esperanzas de que hablaran del emperador, al que muchos se empeñaban en llamar el «Usurpador». Soltaron nimiedades sobre la ofensiva de los persas en el este. Noticias de tercera o cuarta mano. Nada aprovechable. Mencionaron las carreras del día siguiente. Prestó atención. Por supuesto, pensaban aprovechar su llegada a la ciudad para ir al hipódromo y, por qué no, para apostar. Por Porfirio, naturalmente. Sonrió.

El hipódromo estaba allí, sobre sus cabezas, sobre los tejados, un poco a su izquierda, ovalado e inmenso, revestido de mármol y rematado por magníficos arcos: el pulmón de la ciudad, su válvula de escape, lo que impedía que un millón de seres amontonados en una península se mataran unos a otros. Por mucho que el pueblo apoyara a cuadas opuestas —los azules y los verdes—, en lo fundamental vibraba al unísono. Allí las gentes se

olvidaban de todo lo que no corriera por la pista tirado por cuatro caballos. Que en cuestión de días doce mil soldados rebeldes procedentes de Cartago estarían al pie de las murallas, por ejemplo. O que, aprovechando las disensiones, el rey de reyes Cosroes, soberano de todos los persas, se había apoderado de la Mesopotamia romana. Pero mañana, se dijo, aunque ninguno de aquellos imbéciles lo sospechara, en esa pista estaría en juego algo más que una carrera.

Mañana. Ahora había que volver a casa. Ya se había arriesgado bastante. Acababa de darles la espalda cuando una mano se posó bruscamente en su hombro y lo retuvo a la fuerza.

—¿Adónde vas?

Se le heló la sangre. Debería haber desconfiado. No eran tan pacíficos como creía. ¿Lo habrían reconocido? ¿Habían esperado hasta el último momento para desenmascararlo? Le arrancaron la capucha. Sí, estaba perdido. No tardarían en llegar los golpes, la muerte. No, risas. Le señalaban el pelo con el dedo. Su color escandalizaba hasta de noche.

—¡Pelirrojo, como Focas! —chilló un larguirucho al que le faltaban todos los dientes de delante.

Miró a su alrededor: ni un vigilante en el horizonte. Estaba solo con aquellos botarates. A su merced. Una solución, la única:

—¡Pelirrojo como el Usurpador, para mi desgracia! ¡Maldito sea! —replicó bajando la cabeza.

Contuvo la respiración. Era una temeridad absoluta, lo sabía. Si se daban cuenta, la situación degeneraría rápidamente. Pero el larguirucho asintió con la cabeza y lo gratificó con una palmada en la espalda.

—¡Que nos ofrezca carreras y juegos, y todo irá bien!

Le dejaron ir. Estaban demasiado borrachos para fijarse en algo más que en su pelo. En cierta cicatriz, concretamente. Eran de los verdes, evidentemente, arrogantes y ciegos. Volvería a encontrárselos mañana, en el hipódromo.

Franqueada la muralla marítima, una calleja ascendía hasta el corazón de la ciudad. La tomó a toda prisa, azorado, temiendo que los marineros corrieran tras él en cualquier momento. Aquel laberinto no tenía secretos para él. Pese a la oscuridad, conocía cada esquina, cada callejón. En Constantinopla, se podía andar durante dos días seguidos sin pasar dos veces ante el mismo edificio. Más que una ciudad, era un mundo. Adivinó las tejas anaranjadas sobre su cabeza, el derroche de colores de las fachadas, el mármol, el oro, los gigantescos edificios. En las esquinas, las antorchas

acababan de consumirse. En unas horas, una muchedumbre ruidosa y caótica inundaría aquellas calles vacías. La gente se apelotonaría ante tenderetes con manjares inimaginables, más delicados y mejor preparados que en ningún otro sitio. Sería una explosión de lujo y de miseria en la que las túnicas más espléndidas se rozarían con los harapos, los perfumes de las jóvenes (y no tan jóvenes) patricias se mezclarían con el hedor de los mendigos y las joyas y los brazos de una blancura irreal contrastarían con los sucios muñones y las tripas hinchadas por el hambre. Los palanquines intentarían abrirse paso entre la multitud. Se escucharían insultos y súplicas. Y habría muertos, seguramente.

No había nada comparable al esplendor de aquella ciudad, a la frenética vida que la animaba. Una vez la conocías, se dijo, ya no podías ser feliz en ningún otro sitio. Más allá de las murallas de Constantinopla se extendía un mundo inmenso, pero insípido y casi inútil. Todo lo que hacía que la vida mereciera la pena se concentraba en aquella lengua de tierra barrida por los vientos. Allí hasta los indigentes eran afortunados, en cierto sentido. Era el reino de las alegrías intensas y, a veces, también violentas. Pero fuera erraban seres humanos que ignoraban que solo eran fantasmas.

Llegó al fin. A lugar seguro. Ante él, el edificio más espléndido de la ciudad, después de Santa Sofía. Aplastaba con su masa las calles de alrededor. Rivalizaba con el mismo hipódromo. Los guardias de la entrada surgieron de la garita y le cerraron el paso. Sonrió. Hacían bien su trabajo. Se bajó la capucha, y la reacción de los soldados fue la previsible: se inclinaron y se deshicieron en disculpas. Resultaba cómico. Y también agotador. Era tarde. Se despidió con un gesto de la mano y entró al palacio imperial, su casa.

Unas horas después, cuando el sol apenas había salido, las gradas del hipódromo ya estaban llenas. Cien mil personas, la décima parte de la población, se concentraban alrededor del óvalo. Más gente de la que vivía en la mayoría de las ciudades del Imperio. Más de la que quedaba en las legiones. Una muchedumbre de humor cambiante, de movimientos peligrosos, difícil de contener. Pobres, aristócratas, partidarios de los azules y partidarios de los verdes, jóvenes, viejos y también mujeres, a veces con sus hijos en brazos o mamando de sus pechos, muchos hombres hechos y derechos, unos astrosos, casi desnudos, otros vestidos con ropa que valía una fortuna, pero todos vociferando. Colores, aromas, pestilencia... Muñones alzados hacia el cielo, manos finas con las uñas limadas acariciando hombros

desnudos, hábiles dedos deslizándose discretamente entre los pliegues de una túnica en busca de una bolsa...

Los vendedores recorrían los pasillos centrales. El vino peleón refrescaba las gargantas, secas a fuerza de desgañitarse bajo el sofocante calor. Un bullicio espantoso. Olor a sudor y vómitos. De vez en cuando, peleas. Los guardias actuaban de inmediato: ya se habían visto riñas de borrachos que terminaban degenerando en disturbios. En el recinto del hipódromo estaban prohibidas las armas, lo que no obstaba para que corriera la sangre. Salpicaba las togas inmaculadas y las túnicas ya sucias, y luego las sandalias de cuero y los pies mugrientos chapoteaban en ella hasta borrar del mármol los últimos regueros rojizos. Allí se quedaban olvidados los heridos, los muertos. La furia continua que se desataba allí lo acaparaba todo.

Las carreras de cuadrigas acababan de empezar. Los espectadores aún no les prestaban demasiada atención: enfrentaban a corredores de segunda categoría. Su interés se despertaría por la tarde, cuando las cuabras presentaran a sus conductores estrella en carreras a menudo mortales. Cuando apareciera al fin el famoso Porfirio. Entonces, las apuestas subirían como la espuma.

De momento, el espectáculo estaba en otra parte. En las gradas. En el diálogo entre la muchedumbre y un hombre. La una estallaba en carcajadas, aplaudía, gruñía. El otro respondía con un gesto de la mano, asintiendo con la cabeza y a veces por medio de un pregonero. A su alrededor, una doble hilera de guardias, una barrera infranqueable, que debía protegerlo del populacho. En la medida de lo posible, dadas las dimensiones del recinto. De estatura mediana, delgado, casi flaco, todo nervio y pelirrojo, exhibía una larga y profunda cicatriz que se prolongaba hasta una oreja. Lo apodaban «la Gorgona», pero se llamaba Focas. Era el emperador. El hombre que horas antes recorría disfrazado las calles de su ciudad para tomarle el pulso.

Ese día, se jugaba su supervivencia.

Nicetas se despertó empapado en sudor y con el corazón palpitante. Por instinto, asió la daga. Siempre al alcance de la mano. Pero ¿de qué le servía ante una pesadilla?

A su lado, la chica seguía durmiendo. La sacudió ligeramente. No, no fingía. Dormía tranquila, ajena a todo. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

Algún día, una de ellas lo mataría mientras dormía. Lo sabía. Se lo habían advertido muchas veces. Su tío, el primero. «Puedes tener los mejores soldados del mundo delante de la puerta, que si el asesino está en tu cama...». Aún oía resonar la voz del viejo gobernador, tajante, amarga.

Dejó la daga. Ni un ruido. Una de las pocas horas en que el campamento estaba silencioso. Alrededor de él, doce mil hombres. El mejor ejército del Imperio. Su ejército. A cinco jornadas de Constantinopla. Oyó pasos, una voz lejana y, luego, de nuevo silencio. Los centinelas permanecían en alerta: en las cuatro torres del campamento, en las calles, junto a los caballos y, por supuesto, a la entrada de su tienda. Además había muchos hombres que no podían dormir, que esperaban la llegada del día con el miedo en el cuerpo. Bebiendo, jugando a los dados, procurando recordar que habían ganado muchas batallas, procurando olvidar que habían ganado muchas batallas y podían perder la decisiva.

Se levantó y dio unos cuantos pasos por su tienda respirando la húmeda atmósfera. El pelo se le pegaba a las sienes de un modo desagradable. ¿Qué pesadilla lo había despertado de esa manera? Algunas imágenes imprecisas acababan de borrarse en su mente. ¿Un rostro de mujer? Ni siquiera estaba seguro. Pero era posible. Lanzó una mirada a la que yacía en su lecho con la espalda al aire, una voluptuosa mejilla asomando entre los rizos castaños, largas pestañas negras, y un brazo abandonado perezosamente sobre los almohadones... ¿Una enviada de Focas? Sonrió. Estar tan cerca de Constantinopla, tan cerca del objetivo, lo ponía nervioso. Eso era todo.

Inspiró. La guapa desconocida olía bien. Debía de haberse bañado en perfumes y dedicado horas a hacerse esos rizos, que desde luego la favorecían. Puede que la hubiera ayudado alguien de su familia, una hermana. No todas las noches se tenía el privilegio de ser la invitada del general Nicetas. Por supuesto, recibiría una generosa recompensa. Esa misma mañana le entregarían una bolsa llena de monedas de oro. Luego abandonaría la tienda y el campamento, y volvería con su familia. Campesinos de la región, sin duda. No lo había preguntado. Nunca volvería a verla.

Bonoso se sentó a la derecha de Focas. Sudando, resoplando. Ignoró los ladridos que acompañaron su llegada. Unos años antes, esas pullas le habrían provocado una rabia homicida. Habría enviado a veinte guardias a las filas de las que creía que provenían. Los culpables, o en su defecto cinco individuos elegidos al azar, habrían sido escoltados fuera del hipódromo y arrojados a ciertas celdas que eran el terror de la ciudad, porque generalmente se salía de ellas irreconocible. Si se salía.

Pero esos ladridos ya no le molestaban. Estaba orgulloso de ser el perro fiel del emperador, dispuesto a usar los colmillos a la menor indicación de su amo. Su cerbero. Orgulloso de ser tanto el generalísimo de los ejércitos romanos como el jefe de la guardia imperial. Le temían. Lo zaherían precisamente porque le temían. Para exorcizar el miedo que inspiraba. Había acabado comprendiéndolo. A menos que, como tantas otras veces, se lo hubiera hecho comprender Focas.

Su mal humor no lo provocaba la mofa de la muchedumbre, ni el espantoso calor que seguía aplastando la ciudad (una tortura a cada paso, para un hombre de su corpulencia). Lo que le preocupaba esa mañana era el propio Focas. La plebe lo había llevado al trono. Él la colmaba de pan y circo. Eso estaba muy bien. Pero hasta un individuo tan poco perspicaz como Bonoso sabía que había ciertos límites que no convenía traspasar. Y estaba a punto de ocurrir.

—¡Dos! —gritó Focas de pronto indicando la cifra con los dedos.

La muchedumbre soltó un bramido. El emperador, que llevaba más de una hora negociando con ella, acababa de concederle dos semanas enteras de diversiones. Una locura.

Bonoso no pudo más.

—Quieres acabar a lo grande, ¿no es eso?

—Eres idiota, Bonoso —murmuró el emperador sin volverse hacia él; sonreía a la plebe, que lo aclamaba.

Bonoso no rechistó. Al lado del frágil Focas, parecía un coloso. Un coloso obediente. Jamás mordería la mano de su amo. Focas debía de saber cosas que él ignoraba. Como siempre.

Pero entonces estalló otro debate en el hipódromo: el pueblo reclamaba un aumento de la ración de trigo. Desde que Roma se apoderara de las mejores tierras de cultivo, había una ley no escrita pero inviolable: se distribuía gratuitamente a una parte de la población lo necesario para hacer pan durante un mes. No a los más necesitados, por supuesto: la pobreza extrema tenía la no despreciable ventaja de ser la solución a su propio problema, y en consecuencia se les dejaba morir de hambre. Sin embargo, a los que no eran lo bastante pobres ni lo bastante ricos para satisfacerse por sí mismos había que amansarlos. Esos eran peligrosos. El verdadero sostén del Imperio.

La tradición había pasado de Roma a Constantinopla, donde un tercio de la población sobrevivía de ese modo, sin hacer nada, gracias al trabajo de las provincias.

—¡Dos celemines! ¡Dos celemines! —aullaba la multitud.

Era la cantidad de trigo que exigía por familia y mes. Focas se mantenía firme en el celemín y medio. El regateo parecía divertirlo. Bonoso estaba inquieto. Dos celemines significaban la ruina del Imperio, pero no en un futuro impreciso, cuando todos los responsables de la bancarrota estuvieran enterrados, sino en seis meses a más tardar.

—¡Un celemín y tres cuartos! ¡Un celemín y tres cuartos!

La plebe se volvía más razonable. Pero Focas seguía sin ceder. Los jefes de las facciones, enemigos irreconciliables por regla general, se habían puesto de acuerdo. En unas negociaciones tan cruciales, el pueblo tenía que hablar con una sola voz, así que habían decidido dejar a un lado la rivalidad y su odio a muerte. Rebrotarían cuando empezaran las carreras de la tarde.

Juan Krukis, jefe de los verdes, y Caliopas Trimolano, jefe de los azules, estaban sentados juntos, rodeados por sus fieles, al otro lado del hipódromo, frente al palco imperial. Bonoso los observaba. Todo partía de ellos: una vez se ponían de acuerdo, cada cual susurraba al oído de uno de sus partidarios, que corría por las gradas para transmitir el mensaje al grueso de la facción. Los gritos que soltaba la muchedumbre eran obra suya; la cantidad de trigo exigida, decisión suya. Oficialmente solo eran los jefes de las dos grandes cuadras de la ciudad; en la realidad, se trataba de los dos individuos más importantes de Constantinopla después del emperador. Los habían elegido

para que criaran y entrenaran caballos de carreras, descubrieran a los mejores aurigas y contribuyeran a organizar los juegos. Pero las carreras se habían convertido en mucho más que un pasatiempo. Cristalizaban las pasiones de la ciudad. Y las facciones ya no eran las asociaciones de simples aficionados que habían sido en tiempos. Eran poderes políticos. Se repartían el hipódromo, pero también la capital. No había un solo habitante que no perteneciera a la una o a la otra. Cada barrio, cada gremio, cada clase era de un color. La aristocracia prefería a los azules y el pueblo, a los verdes. Una regla que, por supuesto, admitía excepciones. Focas, por ejemplo, se consideraba verde.

Los dos jefes de facción debatían entre sí. Lástima no poder oír lo que decían, pensó Bonoso. La próxima vez, sería conveniente tener un espía cerca de ellos. Si había próxima vez.

Se inclinó hacia el oído de Focas:

—¿De dónde vas a sacar ese trigo? ¿De África? Hace años que no recibimos nada de allí. ¿De Egipto? Nos lo arrebató Nicetas. ¡Como Siria, Palestina, Frigia y toda Asia! ¡Lo tenemos a las puertas! Y no está solo: las deserciones en su favor se multiplican. Hasta los árabes...

Focas lo interrumpió con un gesto. Trimolano y Krukis acababan de hacer correr otro mensaje. ¿Cederían?

—Tienes que enviarme contra Nicetas —continuó Bonoso—. Aún no es tarde, pero hay que actuar de inmediato. Cojo una parte de la guardia imperial y...

—¡Dos celemines! ¡Dos celemines!

Las voces repetían la nueva exigencia.

Pujaban al alza. Lo que no era muy reglamentario. Focas tomó una decisión.

—¡Pregonero! ¡Bajemos a celemín y medio!

El hombre al que acababa de dirigirse, un gordinflón agobiado por el calor, levantó pesadamente el brazo. La muchedumbre se calló, pendiente de la respuesta del emperador. El pregonero se aclaró la garganta.

—Su Majestad el emperador os ofrece un celemín y medio —anunció con una voz sorprendentemente enérgica para alguien tan fofo.

Fue un vendaval de gritos indignados, silbidos e insultos, entre los que destacaba el de «asesino». Por un instante, la mirada de Focas se ensombreció. Luego se obligó a sonreír nuevamente.

Juan Krukis y Caliopas Trimolano estaban agitados. Era comprensible: ¿cómo iban a justificar semejante fracaso ante sus respectivas facciones?

Sobre todo Krukis. Trimolano acababa de ser reelegido como cabeza de los azules. Tenía todo un año para rectificar, para que aquel tropiezo se olvidara. El jefe de los verdes, no. En unas semanas se presentaría a las elecciones de su facción. La renovación de su mandato podía estar comprometida.

No tardó en circular una nueva consigna. Ahora la plebe imploraba un celemín y dos tercios.

—Eso es. —Focas estaba exultante—. Ven, pregonero. Ha llegado el momento de dar el golpe de gracia.

El gordo se acercó. El emperador le susurró unas cuantas frases.

—¿Vas a bajar? —quiso saber Bonoso—. Vas a rematarlos, ¿verdad?

El pregonero pidió silencio. Al cabo de un instante, no se oía nada. El hipódromo entero esperaba la respuesta del emperador. Los espectadores comprendían que su veredicto sería inapelable. Los dos jefes de facción estaban pálidos. Debían de temer que Focas bajara del celemín y medio.

—Su Majestad el emperador ha decidido poner fin a esta discusión —declaró el pregonero—. Esta es su decisión: a partir de ahora, la ración mensual de trigo distribuida a cada familia inscrita en la lista de indigentes de la ciudad será de tres celemines.

La plebe y sus vociferantes bocas se quedaron mudas. Luego se oyeron murmullos de incredulidad y exclamaciones de sorpresa. Un rumor creció poco a poco. Al fin, estallaron gritos de «¡Larga vida a Focas!» y «¡Gloria al mejor emperador!». Era un hecho insólito. En la memoria de los romanos, ningún emperador había duplicado de ese modo, de golpe, la cantidad de trigo distribuida al pueblo. Y, además, como resultado de una negociación que había conducido con mano maestra y que podía haber zanjado a su favor. Las facciones habían creído que, al atreverse a reclamar dos celemines, lo habían arriesgado todo. Y ahora conseguían tres.

—¿Has perdido la cabeza? —gruñó Bonoso, cuyo enorme torso, hinchado por una respiración que de pronto se había vuelto jadeante, parecía a punto de estallar—. ¡Estaban a tu merced y has cedido! ¡Más de lo que nunca hubieran esperado!

Esta vez, Focas se volvió hacia él:

—No te enteras de nada, ¿verdad? —Bonoso, humillado, lo miraba con perplejidad—. ¿Por qué he decidido conceder dos semanas de juegos a este turbulento e ingrato pueblo? ¿Por qué vaciar nuestros graneros por él? Más nos valdría ir a enfrentarnos con Nicetas y sus tropas de traidores... ¡Ay, Bonoso, Bonoso! ¿Acaso no ves que es precisamente lo que estoy haciendo? Y de un modo mucho más eficaz que mediante lo que tú me propones... ¿Que

ese hijo de perra nos amenaza? Ciertamente. Todo le sale bien, de acuerdo. Pero eso se acabó: cuando el valeroso conquistador de Egipto llegue aquí, dentro de diez días, menos quizá, se estrellará. ¿Y quieres saber por qué? Porque toda esta gente que nos rodea estará en las murallas para recibirlo como se merece. Porque si el pueblo me ama a mí, Nicetas no podrá hacer gran cosa. Y acabo de ganármelo de la única manera que se conquista a los hombres: ¡Por el estómago!

Mientras hablaba se había levantado y ahora saludaba a la multitud. El hipódromo ya no era más que una gigantesca boca que coreaba el nombre de Focas. Las carreras se habían interrumpido. En pie, la plebe aullaba su loco amor por el Usurpador, el antiguo centurión convertido en emperador.

—Bien defendida, Constantinopla es inexpugnable. Y créeme, Bonoso, esta gente hará lo que sea para hacer fracasar a un hombre que podría revocar los privilegios que acabo de concederles. Serán fieles. Y es lo único que me importa en los próximos días. Pero ¡aquí no hay quién se entienda! Ahora verás como puedo permitírmelo todo. ¡Pregonero!

El gordinflón se acercó pesadamente.

—Pídele al pueblo lo que Domiciano le exigió una vez, ya sabes... —dijo Focas, y agitó la mano a modo de explicación.

—Lo sé, majestad —respondió con obsequiosidad el pregonero, que alzó la mano de inmediato.

Fueron necesarios unos instantes para que el frenesí de los espectadores se calmara. Seguían oyéndose gritos aislados, y un rumor enfebrecido llenaba el recinto. El pregonero esperó a que se hiciera un silencio absoluto. Solo entonces preguntó:

—¿Queréis saber lo que desea el emperador?

—¡Sí, sí! —aulló la muchedumbre.

El obeso volvió a levantar el brazo para obtener silencio. La plebe se calló de inmediato.

—Gracias. Eso es exactamente lo que quería el emperador.

Hasta Bonoso se quedó sin habla.

En el interior de la tienda, el joven Marco se sacó un pequeño cilindro de metal de un bolsillo discretamente cosido en el reverso de su túnica. El tubo estaba sellado.

—¿Me autorizáis?

—Adelante.

El muchacho se tentó la cadera en vano: la vaina que pendía de ella estaba vacía.

—¿Te han requisado el puñal?

Marco asintió.

—Han hecho bien. —Nicetas cogió una daga que estaba encima de una mesa cubierta de grandes mapas y se la tendió—. Toma, usa esto.

El chico la contempló. Sus dedos acariciaron la empuñadura de marfil, prolongada por una hoja de acero. Nunca había visto algo tan hermoso y tan peligroso a la vez. Nicetas lo sacó de su embelesamiento haciendo chasquear los dedos con irritación. En un instante, el sello estaba roto. Con cuidado, extrajo de él un pergamino extraordinariamente delgado.

—¿Viene de Cartago?

—Creo que sí —respondió el muchacho bajando la vista.

Seguía siendo demasiado tímido. Habría que enseñarle a sostener la mirada de los adultos, incluso de un jefe del ejército, incluso de un futuro emperador. Nicetas le obligó a levantar la cabeza.

—No. Lo sabes.

—Sí.

—Entonces dilo.

Cuando el gobernador de la provincia de África, Heraclio el Viejo, le recomendó a Marco, Nicetas creyó que se burlaba de él: un muchacho tan joven para una tarea tan delicada... «¿Y tú?», replicó Heraclio mirando fijamente a su sobrino, que aún no había cumplido los treinta. Como siempre,

Nicetas obedeció al gran organizador de la rebelión, a aquel hombre de palabra mordaz al que nadie contradecía porque veía más allá que los demás. Se llevó a Marco con él, y no lo lamentaba. Aquel muchacho de hirsuta pelambrera rubia y piel atezada por el sol de África tenía un don. Las palomas que criaba siempre llegaban a su destino. «Casi siempre», murmuraba él con una sonrisa extática cuando alguien se lo decía. Respecto a lo demás, estaba por desbastar; seguía siendo dubitativo, temeroso... Era exasperante.

—Devuélveme la daga.

El chico se la tendió con respeto. Nicetas volvió a dejarla en la mesa y empezó a leer el pergamino. Tenía que entrecerrar los ojos para descifrar las minúsculas letras.

—Te haré llamar para la respuesta.

El muchacho salió.

El general Nicetas se sentó ante su mesa. Estaba cubierta de mapas. También había un plano detallado de las murallas de Constantinopla. Suspiró. Hasta ese momento todo habían sido triunfos, y muchos de sus lugartenientes no dudaban de que seguiría cosechándolos. Pero él sabía que sus conquistas eran frágiles, que al primer amago de fracaso, su ejército, en el que se mezclaban griegos, vándalos, árabes y armenios, podía desintegrarse en cuestión de días. Habían tomado Alejandría casi por sorpresa; Damasco, Antioquía y Jerusalén apenas se habían defendido. Pero Constantinopla tenía intención de resistir. Pronto estarían al pie de sus ciclópeas murallas, que hasta ahora nadie había vencido, y no tenía suficientes fuerzas para mantener un largo sitio.

Para mayor comodidad, apartó los mapas y cogió un pergamino diminuto, igual que el que acababa de recibir. Tenía que responder a su tío. Después le esperaba otra tarea, aún más engorrosa y que le repugnaba un poco. Pero Heraclio el Viejo había sido claro: sin ella, todas sus hazañas y todas las complicidades que pudiera obtener en el bando enemigo no servirían de nada. Era la llave que les abriría las puertas de la capital.

Juan Krukis era un anciano bien parecido que aún respiraba salud. Lo único que delataba su edad eran sus cabellos blancos y, cuando caminaba, la pierna coja que arrastraba con dificultad. Bonoso lo acompañaba hacia el palco imperial con todos los miramientos debidos a un jefe de facción. El jefe de la facción más poderosa de Constantinopla, por cierto. Una leyenda. Bonoso recordaba haber asistido de niño a algunas de sus carreras. Cuando era auriga. El más famoso de todos, el mejor.

El recorrido a través del hipódromo no era seguro. Pero no había que apresurarse. Pese a su cojera, aquel hombre seguía inspirando respeto. Y además Focas había sido claro: suavidad. Así pues, Bonoso se resignó a avanzar lentamente por los pasillos abarrotados. La gente ladraba a su paso. Un mal menor: no mordía. En cambio, saludaba al anciano con entusiasmo. El itinerario elegido cruzaba la zona de las gradas ocupada por los verdes. Una atención que no podía haberle pasado inadvertida a Juan Krukis y que, por supuesto, no tenía nada de casual. Era crucial predisponerlo favorablemente. El asunto sería delicado.

Al fin, llegaron. Focas los recibió con una gran sonrisa. Qué magnífico comediante... Interpretaba su papel con habilidad, incluso daba la sensación de que con placer. Para empezar, invitó a Krukis a sentarse a su derecha, en el lugar que ocupaba Bonoso poco antes. No había que molestarse: estaba previsto. El perro guardián se quedó de pie detrás de ellos. El numerito podía empezar.

Primero, los elogios. Focas se interesó por su mujer y sus hijos, cuyos nombres había memorizado. ¿La salud? ¿La cuadra? Todo eso era bastante tedioso, pero no había que asustarlo demasiado pronto.

—¿Cuánto tiempo llevas ya a la cabeza de los verdes? —le preguntó de improviso el emperador.

Bonoso admiró la habilidad de su viejo amigo. No tardaría en entrar en el meollo del asunto.

—Pronto hará doce años, majestad.

—Nada de «majestad», Juan. ¿No soy un fiel partidario de los verdes? En teoría, eres mi jefe, y del generalísimo Bonoso también, por lo que tengo entendido... —El aludido asintió, satisfecho—. Te admiro, Juan. Doce años es mucho tiempo. Más que el de mi propio reinado, por ejemplo.

—Es cierto, señor —admitió Krukis.

Focas lo invitó a coger una fruta de la espléndida cesta que tenían ante sí.

—No, no lo has entendido. Ni «majestad» ni «señor». Hablemos como viejos amigos. Después de todo, es lo que somos. Nos hacemos favores, nos ayudamos el uno al otro, nos apoyamos en los momentos difíciles. Doce años... Puede que yo no llegue a tanto. Y eso que no necesito que me reelijan todos los años... A propósito, ¿cómo se presentan las próximas elecciones?

Ya estaba. Ya había llegado. O al menos, estaba cerca. El animal se vería cogido en la trampa sin haberse enterado de nada.

—Ahora no demasiado mal.

De todos modos, Krukis debía de sospechar algo: parecía incómodo.

—¡Ah! ¿Lo dices por...? ¡No, no, eso no ha sido nada! Ni siquiera lo he pensado en ese momento.

Qué gran mentiroso... Qué tono tan inocente... Habría engañado al propio Bonoso de no ser porque estaba junto a Focas cuando, un rato antes, había doblado la ración de trigo que se distribuiría a la plebe.

—Me habéis salvado —repuso Krukis.

Efectivamente, sin la inesperada generosidad del emperador, el jefe de los verdes habría tenido que justificar ante su facción el fracaso de las negociaciones. Ahora podía presumir de un resultado magnífico. En un instante, comprendería por qué había tomado Focas una decisión tan desconcertante.

Un aullido, seguido de miles de gritos, los interrumpió. Bonoso alzó la cabeza. En la pista, una cuadriga había intentado adelantar a otra tomando la curva por dentro. Una de sus ruedas se había destrozado contra el mojón.

—¡Tiene que cortar las riendas! —gritó Krukis.

Enloquecidos, los caballos arrastraban por la arena al auriga, que había salido despedido y tenía los brazos enredados entre las correas: era imposible que alcanzara el cuchillo que todos llevaban en el cinturón en previsión de tales accidentes. La muchedumbre se desgañitaba: los gritos de terror se mezclaban con los silbidos y las carcajadas. A Bonoso también le daban

ganas de reír, pero se contuvo. No había necesidad de ofender gratuitamente a Krukis, a quien la caída no debía de traerle buenos recuerdos.

El auriga había dejado de luchar. Cuando la carrera llegó a su fin, su carro siguió avanzando solo por la pista unos instantes, arrastrando tras él un amasijo sanguinolento e inerte. «Azul al empezar la carrera, rojo en la meta», se dijo Bonoso.

—No quiero seguir abusando de vuestra paciencia, majestad —balbuceó Krukis, que, apenado por el incidente, había cogido la muleta y se disponía a retirarse.

Pero aún no había llegado el momento. Había que retenerlo. Instintivamente, Bonoso lo aferró por los hombros y lo obligó a sentarse de nuevo. Comprendiendo, aunque demasiado tarde, la brusquedad de su acto, farfulló una excusa: el cansancio, el calor, no era prudente volver a cruzar el hipódromo tan pronto... Focas estaría furioso por su torpeza. No: le dirigió un imperceptible cabeceo de agradecimiento.

—Todavía tienes tiempo antes de la gran carrera del día, ¿no? —le dijo al jefe de los verdes con voz amable.

—¿Tiempo? Sí, por supuesto.

Una sombra se deslizó por el rostro de Krukis, como el comienzo de una vaga sospecha.

—¿Está en forma Porfirio?

Magnífica, esa falsa solicitud.

—Siempre lo está, majestad.

—Es una suerte que corra para los verdes...

—¡Solo faltaba que corriera para otros! ¡A ese chico lo entrené yo mismo! —exclamó Krukis con un deje de emoción en la voz.

Focas le dio unas palmaditas amistosas en el brazo.

—Y puedes estar orgulloso. Hacía mucho tiempo que no teníamos un auriga como él en Constantinopla.

—Sí, bastante tiempo —admitió el anciano.

El emperador esbozó una sonrisa. Una verdadera serpiente, que sabía hipnotizar a su presa antes de devorarla.

—Encadena las victorias. Es realmente impresionante. El récord no está lejos. Tu récord, Juan Krukis.

El jefe de facción no reaccionó. Con la mano crispada sobre una pera que aún no había mordido, permanecía absorto en sus pensamientos. Focas hizo una seña con el anular, solo perceptible para Bonoso. La señal convenida: era el momento de asestar el golpe definitivo.

—¡El emperador te está hablando! —aulló Bonoso.

Juan Krukis alzó la cabeza y lo fulminó con la mirada. Luego se volvió hacia Focas.

—¿Qué queréis de mí? —le preguntó con voz ronca.

—Que, por una vez, Porfirio pierda —respondió Focas con un susurro. Sus rasgos se habían endurecido, haciendo resaltar la inquietante cicatriz.

—¿Qué me pedís?

El anciano estaba azorado.

—Me has oído perfectamente, Krukis. No quiero que Porfirio gane la gran carrera de hoy.

Probablemente, Focas nunca había merecido tanto el apodo de «Gorgona». Inmóvil, más blanco que el mármol del hipódromo, como petrificado, Juan Krukis escrutaba el rostro coronado de cabellos pelirrojos.

Marco volvió para recoger su respuesta al gobernador Heraclio. Otra vez esa actitud timorata, ese apuro al hablar. Nicetas perdió la paciencia y le echó la bronca: le dijo que irguiera el cuerpo y dejara de tartamudear. No soportaba que perdieran los papeles ante él. Respeto y disciplina, sí. En el ejército, eran indispensables. Pero no obsequiosidad y dudas constantes. Quería hombres obedientes, pero eficaces y orgullosos. Hombres como Mundir. O como Pedro.

¿Por qué le venían a la cabeza los nombres de dos mercenarios? Porque los mejores soldados eran los que también podrían estar combatiendo contra ti. Puede que muchos echaran de menos la época en que el ejército romano era un ejército de ciudadanos, pero lo cierto es que los mercenarios hacían la guerra más excitante. A Nicetas le agradaba su compañía; le gustaba el delicado y peligroso juego de esas alianzas precarias, que los hombres no estuvieran con él porque sí, y que si no lo traicionaban de un día para otro fuera debido únicamente a su carisma. Porque no se trataba solo de comprar la lealtad; también había que seducir.

Ni el armenio Pedro ni el árabe Mundir lo habrían seguido a Constantinopla solo por dinero. Por supuesto, seis meses antes los había engatusado con las riquezas que le aseguraba la toma de Alejandría. Pero luego, a medida que su ejército subía hacia el norte, prohibió el pillaje: las provincias conquistadas no eran provincias enemigas, pertenecían al Imperio. No podía liberarlas de Focas y comportarse como él. Así que sus hombres tuvieron que conformarse con lo mínimo, con vivir en la región sin exprimirla, y los mercenarios estaban sometidos a la misma disciplina.

Los jinetes de Mundir, habituados a entregarse a la rapiña, incluso con los romanos, resultaron ser los más difíciles de contener. Tras las tropelías que cometieron en Antioquía, pese a que la ciudad había capitulado sin resistencia ante la promesa de que sus habitantes no sufrirían daños, hubo que ejecutar a

unos cuantos para dar un escarmiento. Su jefe aceptó sacrificarlos, y ese día Nicetas le estuvo agradecido por haber antepuesto los intereses de la gran guerra contra el Usurpador a los de su tribu. ¿Podía ser de otra manera? ¿No constataba Mundir cada día la sensatez de las exigencias de Nicetas? Después de Gaza y Jerusalén, el ejército rebelde apenas había necesitado combatir. Las adhesiones se sucedían. Las ciudades les abrían sus puertas. Acababan de cruzar el Helesponto como en tiempos de paz. Hasta para el mercenario más cínico era una aventura embriagadora.

Y Nicetas había sabido acompañarla de atractivas promesas. Adivinó que Pedro, el jefe del contingente armenio, no quería regresar a las montañas del Cáucaso, que soñaba con una vida de rico dignatario en la opulenta y refinada Constantinopla: le aseguró que, tras la victoria final, le confiaría la guardia imperial. En cuanto a Mundir, le había prometido el cargo de generalísimo. Ya se tratara de coquetería o de un verdadero asunto de conciencia, el caso es que el árabe afirmaba que aún no había tomado una decisión: decía que su tribu exigía toda su atención. Era una lástima, porque si bien Nicetas se sentía unido a Pedro, que le llevaba quince años y solía presentarse como un hombre de experiencia, como un sabio consejero, pese a poseer una mente más bien obtusa, sus relaciones con Mundir casi se habían transformado en amistad. Y su deseo de conservarlo a su lado, una vez convertido en emperador, era sincero.

Aunque quizá hubiera una forma de convencerlo. Una prueba de confianza definitiva.

—¡Guardias!

La lona de su tienda se alzó. Aparecieron los dos centinelas. Teodoro, su viejo guardaespaldas, fiel entre los fieles, que ya velaba por él en Cartago, y el otro, el nuevo, cuyo nombre había olvidado.

—¿Te gusta el puesto?

El rechoncho soldado asintió y se deshizo en agradecimientos. Chorreaba sudor. Otro más al que había seducido, conquistado, sumado a su causa, olvidando todo lo que hubiera podido ser en el pasado, enemigo o indiferente, mostrándole confianza, incluso incorporándolo a su guardia personal. Los veteranos como Teodoro protestaban por esos ascensos. Nicetas los consideraba necesarios. Además, el nuevo no lo había decepcionado: tenía el don de encontrar las chicas más bonitas en cada ciudad por la que pasaban.

—Tú, el nuevo, ve a buscar al árabe Mundir. Teodoro, quédate. Quiero hablar contigo.

—¿Y quién va a vigilar la entrada de vuestra tienda, mi general? — preguntó el fornido guardia con el ceño fruncido.

—Nadie, pero tú estarás conmigo.

El nuevo se había marchado.

—¿Cómo se llamaba? —quiso saber Nicetas.

—Eumeno.

—¿Qué opinas de él?

—No me gusta.

Nicetas sonrió. ¿Estaría celoso su bravo Teodoro? Lo invitó a sentarse. El guardia rehusó sin dejar de vigilar la entrada de la tienda con el rabillo del ojo. Reflejos de profesional.

—Solo sirve para traeros chicas —añadió en tono sombrío.

Pero Nicetas no lo había llamado para hablar de Eumeno. Ya imaginaba que Teodoro no lo tragaba. Además, cada uno a lo suyo: el austero Teodoro se ocupaba de su seguridad; el retaco moreno... pues eso, de lo demás.

—Esta noche saldré del campamento.

—Muy bien. Voy a prepararlo todo para...

—No. Saldré solo. Quizá con Mundir, con nadie más.

—¿No os acompaño?

—Esta vez no. —Teodoro asintió, contrariado—. Te quedarás ante mi tienda, porque todos en el campamento deben creer que me encuentro aquí.

Juan Krukis se alejaba con paso renqueante. ¿Había comprendido lo que se le pedía? Focas había disfrutado al ver su estupor ante la orden de que hiciera perder a Porfirio, su mejor auriga, en la carrera más importante del día. Ahora empezaba a inquietarse. ¿Le obedecería?

—Krukis ya no es un chaval, pero tampoco está chocho, y después de facilitarle la reelección no puede negarte nada —aseguró Bonoso, que, tras recuperar su sitio a la derecha del emperador, comía racimos de uvas a puñados.

—¿Porfirio sigue siendo el favorito? —le preguntó Focas.

—Más que nunca —respondió su comparsa con la boca llena—. A mediodía, tres de cada cuatro apuestas eran a su favor.

Focas cogió uno de los pocos racimos que había dejado Bonoso.

—Bien. ¿Y te has ocupado de nuestras cien mil monedas de oro?

—Están apostadas por Gorgias, el campeón de los azules.

—¿A qué nombre?

—Sergio.

Focas casi se atragantó.

—¿Sergio? ¿Nuestro patriarca? ¿Te burlas de mí?

—Sí, era broma —admitió Bonoso riendo mientras se limpiaba los labios chorreantes de zumo—. El mercader Cratero y un diácono cuyo nombre no recuerdo. Desde que le concediste al primero el monopolio de la importación de la cebada de Galacia, hará lo que le pidas. En cuanto al segundo... Ya me acuerdo, un tal Zenón, originario de Pisidia. Tenía deudas.

Una admiración sincera asomó al rostro del emperador. Subestimaba a su amigo demasiado a menudo. Tras su físico de obtuso botarate, Bonoso no carecía de inteligencia, ni mucho menos. Pero no sabía cuidar las apariencias...

—Has hecho bien, dos testafierros son mejor que uno. Eso levantará menos sospechas.

El día avanzaba. El sol comenzaba a descender. Las carreras se sucedían, en su mayoría, ganadas por los verdes. Y Focas se alegraba de ello a ojos vista. Saldría de esta, lo presentía. ¿No le había sonreído siempre la suerte? La fortuna que iba a ganar en una sola carrera era su tabla de salvación, un impuesto disfrazado, que le permitiría comprar al pueblo con el dinero del pueblo. ¿Imaginaban siquiera sus enemigos todos los recursos que le quedaban? No, lo despreciaban demasiado. Peor para ellos.

En el interior del campamento, la zona que ocupaban los árabes era de todo menos tranquilizadora: calles abarrotadas de jinetes que despreciaban a los soldados de infantería, como él. Una mirada un poco insistente bastaba para herirlos en su honor, sumamente puntilloso. No lamentaba tener que marcharse. Un individuo alto y flaco, con los velos flotando al viento, estuvo a punto de chocar con él. Mendigos que se creían príncipes.

Eumeno había informado a su jefe de que el general Nicetas lo esperaba en su tienda. No era necesario acompañarlo: se sabía el camino y seguro que se hacía esperar. No era el momento de entretenerse. Nicetas se había quedado con Teodoro. Tal vez para confiarle otra misión. Así que era posible que la entrada a la tienda estuviera despejada. Había que aprovechar.

Eumeno tomó la calle principal del campamento. Algunos soldados lo saludaban. Ahora que había entrado en la guardia personal de Nicetas empezaba a ser conocido. Era halagador, pero también peligroso. Seguramente habría sido mejor conservar el anonimato, seguir siendo el «nuevo» el mayor tiempo posible. Apretó el paso. No importaba. Con un poco de suerte, esa misma noche abandonaría el campamento. Todo estaba listo: siempre tenía el caballo ensillado. Y nadie lo detendría en la puerta: disponía de un pase con el sello del general. Era lo bueno de hacerle determinados favores: tenía que entrar y salir a su antojo para encontrarle jovencitas de su gusto en los pueblos vecinos.

Vio la tienda. Vigilada. Teodoro estaba ante ella, tan alto y alerta como siempre. Esta vez tampoco había nada que hacer.

—¿Dónde está el árabe? —le preguntó su compañero con brusquedad.

—Viene enseguida, detrás de mí.

Teodoro le lanzó una mirada de desaprobación.

—Se supone que tenías que acompañarlo...

—Y qué más da...

Teodoro no dijo nada. Un muro. Nada hablador, incluso abiertamente hosco y, sobre todo, siempre en medio. Paciencia. No podría estar siempre allí, cuidando del general Nicetas. Hasta él tenía que ausentarse de vez en cuando.

Eumeno hizo crujir sus nudillos. La ocasión acabaría por presentarse. Bastaba con acecharla. Por un instante sintió algo parecido al remordimiento: el joven general era un buen jefe. Generoso, alegre, amable. Lástima que tuviera que morir.

El mundo estaba dividido en dos. De una parte, el Imperio romano; de la otra, el persa. En realidad, si se analizaba con detenimiento, las cosas resultaban un poco más complicadas: la capital de los romanos ya no era Roma, por ejemplo; estaba situada en un promontorio considerado inexpugnable, enfrente de Asia, y se llamaba Constantinopla. Y grandes extensiones de lo que antaño pertenecía a los romanos habían caído en manos de los bárbaros. Pero la rivalidad con Persia no había desaparecido: había atravesado los siglos y sobrevivido a las invasiones y las luchas intestinas. En cierto modo, al trasladar su centro al Oriente, a las provincias de Asia, los romanos incluso habían exacerbado ese antagonismo. Desde hacía siglos, los dos imperios se disputaban las ricas llanuras de Mesopotamia, entre el Tigris y el Éufrates. Dichas llanuras permanecían unos años —a lo sumo décadas— bajo el dominio del uno antes de pasar a manos del otro. Era un vaivén continuo, casi irritante, que ya había costado la vida a cientos de miles de hombres. Un vaivén que cada imperio esperaba que acabase a su favor algún día.

La desgracia quería que ninguno de los adversarios fuera lo bastante fuerte para vencer al otro de forma definitiva. Pese a las convulsiones y el innegable declive, el Imperio romano seguía siendo inmenso, rico y poderoso. El Imperio persa no lo era menos. El primero seguía ejerciendo su influencia sobre el área mediterránea; el segundo controlaba territorios que se extendían hasta la India.

Cosroes, segundo emperador de ese nombre, rey de reyes y soberano de todos los persas, meditaba a menudo sobre ese equilibrio inestable. Estaría bien, se decía a veces, ponerse de acuerdo de una vez por todas sobre las fronteras, que ambas partes se comprometieran a respetarlas y que no volvieran a discutirse con cada revolución palaciega. Durante mucho tiempo, Cosroes creyó que se atendería a esa norma. Doce años antes, hizo concesiones gigantescas: cedió la mayor parte de Mesopotamia a los romanos. Es cierto

que las circunstancias eran un poco particulares. Sin embargo, si examinaba su corazón, no encontraba en él el menor rastro de mala fe. Aceptó desgajar del imperio de sus padres esas tierras fecundas que protegían el oeste de su capital, Ctesifonte. De ese modo creyó apaciguar la rapacidad romana. Sobre todo, se había considerado capaz de no arrepentirse jamás de semejante renuncia. Pero luego le llegó la proposición de Heraclio.

Un avestruz. Colocado a tiro de flecha por sus ojeadores. Cosroes, a quien los largos y ondulados cabellos, la nariz aguileña y una leve corpulencia daban una elegante prestancia, se apoderó del arco e hizo un gesto seco a la joven que agitaba un gran abanico a su lado. Ella interrumpió sus movimientos al instante. Cosroes pudo concentrarse y apuntar. La flecha atravesó el pescuezo del animal. Exclamaciones de júbilo, ruidosas felicitaciones del nutrido séquito que ese día lo acompañaba en la caza. Una admiración un poco forzada, lo sabía: después de todo, acababa de abatir un estúpido e inofensivo pájaro incapaz de alzar el vuelo. No un tigre. No obstante, volvió a sentarse en su enorme litera descubierta, satisfecho de su certero disparo. Y retomó el hilo de sus ideas.

Conocía bien el Imperio romano. Seguramente mejor que ninguno de sus antepasados de la ilustre dinastía sasánida. Era el único de su familia que había vivido en él. Habían sido apenas unos meses, doce años atrás, en la época del emperador romano Mauricio. Un recuerdo doloroso y humillante, pero útil. Un recuerdo que marcaba a un hombre y podía determinar toda una vida. En esa época, Cosroes era un joven monarca falto de experiencia y de autoridad. Un general de su difunto padre lo había arrojado del trono y se había proclamado rey de reyes. Cosroes encontró refugio junto al enemigo hereditario, en la corte de Mauricio. Tuvo ocasión de conocer Constantinopla, ciudad admirable donde las hubiera, una maravilla, un deslumbramiento que no olvidaría jamás.

El emperador Mauricio acogió al joven exiliado y decidió apoyarlo. Envío un ejército, mandado por su mejor general, el famoso Narsés, para devolverlo al trono. La operación fue un éxito: si Cosroes reinaba hoy se lo debía al pueblo execrado. De hecho, muchas grandes familias persas seguían considerándolo una creación de los romanos. No podía negar que había sentido auténtico afecto por Mauricio, a quien le habría sido muy fácil dejar que la dinastía sasánida se extinguiera. Pero no lo hizo. Un comportamiento interesado, por supuesto: a cambio obtuvo la mayor parte de Mesopotamia e ingentes cantidades de oro. Un comportamiento no por ello menos noble, que honraba a tan gran monarca.

Su palacio apareció de pronto a lo lejos, al final de una de las largas avenidas arboladas. Sintió la urgente necesidad de volver a él. La caza no había sido excepcional. Cinco avestruces. Ni un solo felino. No importaba. Tenía cartas que enviar. Dio una orden y la enorme litera giró.

Dastagerd era su residencia de recreo favorita. A una jornada de la capital, Ctesifonte. Un palacio espléndido en medio de un parque que parecía no tener fin. Allí se habían reunido animales de todos los rincones del Imperio y se organizaban cacerías grandiosas. Cuando se daban bien, al menos. Ese día solo los avestruces se habían prestado al juego. Tigres, leones y panteras habían permanecido ocultos tras la vegetación, demasiado densa en esa estación para hacerles salir al descubierto.

Desde Dastagerd, Cosroes podía gobernar su inmenso imperio mientras disfrutaba de la tranquilidad de un lugar más seguro que la capital. Desde allí daba a conocer su voluntad a sus gobernadores y sus generales, estacionados a veces a miles de leguas. Y también era allí adonde llegaban las noticias de su imperio y del mundo.

Cuando el centurión Focas derrocó a Mauricio, Cosroes llevó luto pero no intervino. «Derrocó», seguía prefiriendo ese término vago a otros más precisos, porque incluso ocho años después le resultaba doloroso imaginar lo que le habían hecho a aquel hombre al que quería, a él y a todos los que, por ser de su sangre, habrían podido reclamar su trono algún día. Pensándolo bien, él tuvo la suerte de huir a tiempo en su momento y de que el general traidor lo derrocara de un modo que no era en absoluto definitivo. Sin duda, Focas había aprendido la lección.

Pese al horror que le produjo la suerte de Mauricio, Cosroes no quiso cambiar su línea de conducta: los tratados debían sobrevivir a quienes los habían firmado. Se comportó de forma ejemplar; se abstuvo de atacar a los romanos, diciéndose que, de todos modos, nada podía resucitar al emperador tan cruelmente asesinado ni a su familia. Habían pasado los años y de pronto, diez meses atrás, le llegó aquella carta enviada desde Cartago.

La multitud se agitó. El estremecimiento que recorría las gradas no desembocaba en una explosión de gritos o silbidos. Era como si la voz del hipódromo se hubiera callado de repente y su silencio fuera mucho más ruidoso que todos los aullidos. Focas echó un vistazo a la pista: era evidente que la carrera que estaba a punto de acabar no había provocado ese cambio de actitud de los espectadores.

—Me parece que nuestro amigo Prisco ha llegado.

En el otro extremo del hipódromo, el revuelo de las tribunas anunciaba la entrada de un grupo de hombres por la puerta oeste. No tardaron en aparecer.

—Es él —gruñó Bonoso—. Y bien acompañado. ¿No se suponía que iba a reducir su guardia personal? —Una veintena de soldados armados hasta los dientes rodeaban a un personaje suntuosamente vestido al que apenas se veía, porque su escolta se mantenía en fila cerrada—. ¿De verdad os habéis reconciliado? Se diría que desconfía.

Los labios de Focas se abrieron para responder, pero vio temblar los brazos de su compañero, aquellos fuertes y fieles brazos, dispuestos a cualquier sacrificio y cualquier infamia para servirle, y no dijo nada. Había cometido una gran injusticia con él, una injusticia quizá irreparable. Y sin embargo Bonoso seguía secundándolo en todo. Lo había herido, le había causado un sufrimiento que, pese a los años transcurridos, no se había extinguido. Pero ¿podía la palabra de un simple soldado comprometer a un emperador?

La comitiva de Prisco se abría paso entre la masa de espectadores. Un murmullo de aprobación acompañaba su avance. Pero la gente no se atrevía a aclamarlo abiertamente.

—Puede que yo ordenara matar a Mauricio. Pero él lo traicionó —recordó Focas.

Bonoso observaba al grupo que avanzaba hacia ellos por las tribunas. De pronto, palideció. Entre los cascos de los soldados, junto a Prisco, acababa de ver una larga melena pelirroja.

—Y tú lo recompensaste muy por encima de lo que merecía —refunfuñó—. ¿De qué sirve la reconciliación, Focas?

—Tú mismo puedes verlo. Mi yerno viene a someterse. O más bien, a renovar una sumisión que nunca se ha interrumpido.

—Es lo que imaginaba: no crees en su fidelidad. —Focas no respondió. Prisco y su escolta ya habían recorrido la mitad del camino que los separaba de la tribuna imperial. Bonoso volvió a la carga—: ¿No podía venir directamente desde allí? ¿Tenía que cruzar todo el hipódromo, como en triunfo?

—Se lo he pedido yo.

—No entiendo.

—Los símbolos, Bonoso, los símbolos... Es él quien viene a mí.

La escena había sido cuidadosamente preparada. Cuando Prisco llegó al fin a la tribuna de Focas y se encontró ante la triple hilera de soldados que protegían el palco imperial, se detuvo. La multitud contenía la respiración. La escolta del general se había inmovilizado con su jefe. Las ambiciones de Prisco no constituían un secreto para nadie. Era el yerno de Focas, su supuesto heredero. Unas semanas antes se había erigido una estatua suya a la entrada del hipódromo, privilegio habitualmente reservado a los emperadores. Focas no era el promotor de ese magnífico honor concedido a otro, ni siquiera estaba al corriente; su furia estuvo a la altura de su reputación. El patrocinador de la escultura, un alto dignatario de la facción de los azules, que quizá esperaba halagarlo de forma indirecta, fue quemado vivo en mitad del hipódromo. El escultor que tuvo la desgracia de aceptar el encargo y otros diez azules, cuya responsabilidad era un tanto vaga, perecieron con él. La estatua fue derribada y destrozada a mazazos. Por un momento, se temió por la vida del hombre al que representaba, pero la venganza se detuvo ahí. Prisco tuvo la suerte de perder únicamente el favor del emperador.

Para el pueblo las cosas quedaron en eso, en esa situación de guerra larvada entre el emperador y su potencial sucesor. Y cuando los espectadores vieron que el pequeño ejército avanzaba con paso decidido hacia Focas, muchos creyeron que la confrontación estaba servida. ¿Forzaría el paso Prisco, a quien se consideraba el instigador del asunto de la estatua? Los soldados que tenía enfrente eran en teoría fieles a Focas, pero todo el mundo sabía que la popularidad del antiguo general de Mauricio, muy grande entre el

pueblo, era inmensa en el seno del ejército. Prisco había estado a su cabeza durante los últimos años del reinado del difunto emperador, siguió estándolo mucho tiempo bajo Focas y obtuvo con él resonantes victorias. Si intentaba atravesar la barrera que lo separaba del emperador, ¿quién osaría detenerlo?

Bonoso había posado la mano en la empuñadura de la daga. En cuanto a Focas, seguía exhibiendo la gran sonrisa que apenas había abandonado sus labios en todo el día. ¿Acaso a él también le asaltaban las dudas y era su forma de disimularlas?

Prisco se había vuelto ostensiblemente hacia él, en una actitud majestuosa y de desafío. Su escolta, que había imitado sus movimientos desde su llegada al hipódromo, se alineó junto a él frente al emperador. Y cuando, para estupor del público, el general hincó la rodilla en el suelo, sus hombres hicieron lo propio.

—¿Lo entiendes ahora, Bonoso? Anda, guarda esa daga.

Bonoso estaba tan estupefacto como la multitud que presenciaba la escena, cuyo asombro llegó al colmo cuando, como muestra de humildad, Prisco se desabrochó la pesada capa y la dejó caer al suelo, a su lado. Pero Bonoso ya había apartado los ojos del general. Miraba al único miembro del séquito que no se había arrodillado, su larga y espléndida melena pelirroja, único rasgo de su persona que indicaba de quién era hija.

Prisco se levantó al fin, pero su guardia permaneció de rodillas. Y en compañía de Domencia, hija única de Focas, atravesó la triple hilera de soldados. Ahora solo una decena de escalones lo separaba del emperador. Cuando acabó de subirlos, la ceremonia se repitió: Prisco volvió a prosternarse, y esta vez se deshizo de su rico manto. En el hipódromo, las carreras se habían interrumpido. Los espectadores solo tenían ojos para lo que ocurría en el palco imperial, y muchos dejaron escapar nuevos gritos de sorpresa al descubrir que, bajo el suntuoso manto, Prisco iba con unos míseros andrajos.

—Maldito hipócrita... —murmuró Bonoso.

El yerno acudía a postrarse a los pies de Focas. Imploraba su perdón, exhibiendo ante todos la indigencia del hombre a quien el sol imperial ha dejado de iluminar. Para dar el último toque a la irreprochable ceremonia, con un gesto solemne, el emperador se apoderó del manto caído y volvió a ponerlo sobre los hombros del suplicante.

La muchedumbre, en vilo desde hacía rato, dio rienda suelta a su júbilo. ¡Qué magnífico desenlace! ¡Qué día! Después de las larguezas de la mañana,

aquella reconciliación entre Focas y el favorito del pueblo. Y faltaba poco para la gran carrera, tan esperada...

Prisco seguía sin levantarse, a la espera de una señal del emperador. Pero este no parecía tener prisa. De modo que el suplicante permanecía con la cara contra el suelo. Sudaba copiosamente ante aquel hombre, su suegro, pero también un asesino, capaz, ahora que lo tenía a su merced, de ordenar que le hundieran un puñal entre los omóplatos. Focas seguía sonriendo, como si disfrutara del espectáculo y quisiera prolongarlo todo lo posible. Bonoso no quitaba ojo a la temblorosa Domencia, que parecía a punto de arrojarle entre su marido y el primero que intentara abatirlo. Tenía clavados en su padre unos ojos duros y orgullosos.

—Levántate, hijo mío —dijo al fin Focas—. Ven a abrazarme.

Al ver que Prisco se ponía en pie y se acercaba al emperador, la plebe volvió a mostrarse exultante. Focas dio a su yerno un largo abrazo: la reconciliación estaba sellada. Acto seguido se volvió hacia su hija, a la que retuvo entre sus brazos aún más tiempo. Luego les indicó dos grandes asientos a su izquierda.

—Acomodaos, hijos míos. Presenciaréis la gran carrera del día a mi lado. Prisco y yo tenemos dos o tres cosas que arreglar, ¿verdad, mi pequeño Prisco?

El hijo político era mucho más alto que Focas y, por otro lado, más o menos de su edad. Ahora que la penosa y humillante ceremonia había acabado, Prisco había recuperado su legendario aplomo, que tanto tranquilizaba a los soldados la víspera de una batalla, y su porte noble. Parecía un príncipe exiliado entre truhanes.

—¿Permitirás ahora que me retire, padre? —preguntó Domencia con voz suave pero firme.

—¿No quieres asistir al duelo entre Porfirio y Gorgias?

—Estas carreras me aburren. Todo el mundo sabe que ganará Porfirio, como siempre.

—Puede que hoy tengamos una sorpresa —terció Bonoso con voz vacilante.

Estaba frente a él, en la entrada de la tienda. El perfil aguileño. La cabeza cubierta con un turbante de un blanco inmaculado. Una larga espada curva pendiéndole de la cintura. Nadie se había atrevido a pedirle que la dejara antes de entrar a ver al general Nicetas. Nadie se habría arriesgado a irritar al árabe Mundir. Y menos Nicetas. Sobre todo después de lo que el jinete del desierto acababa de anunciarle.

No muy lejos de los mapas había una copa llena de un vino excelente. Nicetas la había servido antes de la llegada de su lugarteniente. Se la tendió. «Vino, nunca. Ya lo sabes». Aquel hombre era como las piedras del desierto: seco, incisivo, implacable. Nicetas se sentía dividido entre el respeto y la irritación. Mundir le era indispensable. Y quería dejarlo. O al menos se lo estaba pensando. Una catástrofe para el ejército rebelde.

—Siempre podrás volver a tu montón de arena después de nuestra victoria —dijo Nicetas con una sonrisa irónica en los labios.

Mundir lo fulminó con la mirada.

—Mi montón de arena protege tus provincias de las tribus del sur, romano.

Nicetas le dio un trago a la copa. Había hecho llamar a Mundir para algo totalmente distinto, y el árabe lo había cogido desprevenido diciéndole que deseaba regresar a sus dominios. Y que, por supuesto, se llevaría su formidable caballería.

—¿Tu hermano no puede apañárselas sin ti?

La mirada de Mundir se ensombreció aún más. Cuando unos meses antes se unió al ejército de Nicetas, dejó a su hermano menor a la cabeza de la tribu, en Siria. Dio unos pasos hacia el interior de la tienda.

—Mi hermano es como tú, romano: no comprende el peligro que nos acecha.

La monserga de siempre. Según él, se preparaban grandes movimientos, la península Arábiga se agitaba y quería vigilar de cerca esa inesperada efervescencia. Pero ¿cómo podía pensar Mundir, tan clarividente por lo general, que hubiera peligro en el sur? Del sur nunca había venido nada peligroso. No eran más que un montón de mercaderes aún más famélicos e indisciplinados que su propia tribu y que, a diferencia de esta, ni siquiera se habían convertido a la verdadera fe. Paganos, idólatras que se prosternaban ante una piedra negra. Un simple regimiento bastaría para ponerlos en fuga.

Era inútil recordarle esas evidencias. Había llegado el momento de hacerle la propuesta. Después de todo, para eso lo había llamado. Nicetas dejó la copa en la mesa y decidió ser optimista. Esa proposición era una prueba de confianza. Puede que le hiciera cambiar de opinión. En cualquier caso, espolearía su sentido del honor. Lo que era un buen comienzo.

—Esta noche saldré —declaró Nicetas con fingida despreocupación—. Una misión que me ha encomendado mi tío y que debería evitarnos un largo sitio ante Constantinopla. Nadie debe enterarse. Nadie debe saber adónde voy. Solo el hombre que me acompañe. Tú.

Un brillo de curiosidad iluminó los ojos del árabe.

Mientras, inquieta pero altiva, se alejaba rodeada por su guardia personal, Domencia sintió sobre ella una mirada. Dada su estatura, casi excesiva —era más alta que su padre—, era normal que las atrajera. Pero esa era de una insistencia irritante. No la cautivaba únicamente el lujo de la túnica, de un verde que muchos encontraban feo, bárbaro, y que la única en Constantinopla que se atrevía a llevar era ella porque le parecía que ningún otro color combinaba mejor con su cabellera pelirroja. No deseaba solamente desnudarla, imaginar su piel de ámbar bajo la iridiscente tela. Quería más.

No necesitaba volverse para saber de quién era. ¿Es que no entraría nunca en razón? ¿Es que no podía olvidarla, olvidar las promesas rotas, volver esa pesada y pegajosa mirada hacia otra mujer? No, la perseguiría a ella. Hasta que saliera del hipódromo, tendría que soportar esas llamadas silenciosas, esas mudas recriminaciones a las que nada, ninguna recompensa, ningún cargo, ni siquiera el de generalísimo, había conseguido poner fin. «Ladridos...», se dijo reprimiendo un arranque de ira. Sí, se había ganado su apodo a pulso: un día le habían enseñado un hueso y años después seguía exigiéndolo incansablemente. Era repugnante, tan obtuso como un perro. Y, en cierto modo, igual de fiel, se dijo a su pesar.

La caminata a través de las abarrotadas gradas del hipódromo se le hacía interminable. Pese a los guardias que la rodeaban, la gente no se apartaba así como así. Domencia tuvo que detenerse varias veces para esperar a que ciertos espectadores recalcitrantes la dejaran pasar. No quería alborotos.

No podía decirse que la popularidad de su marido se extendiera a ella. Aunque él afirmara lo contrario y le asegurara que también era amada por el pueblo, Domencia sabía que solo era una mentira dictada por el cariño. La ferocidad que muchos temían en su padre, y que en ciertos momentos se transparentaba en ella, levantaba sospechas, provocaba resquemor. Podían admirarla en Focas, pero no la admitían en una mujer, y menos aún en una

que había tenido la desfachatez de nacer hermosa de un padre tan feo. Constantinopla no le perdonaba nada. Cada nuevo vestido que se ponía generaba murmuraciones. El día que estrenó unos magníficos brazaletes que le había traído Prisco de una de sus campañas contra los ávaros, su alegría se vio enturbiada por las miradas desdeñosas de algunas de sus damas de compañía, todas ellas procedentes de la vieja aristocracia. La ciudad le hacía sentir sordamente que no tenía derecho a estar donde estaba. En cierto modo, Focas se había ganado la corona. Había tenido la energía, la temeridad de sus crímenes. Era imposible no estremecerse al recordar lo que le había hecho al emperador Mauricio. Y no solo a Mauricio, a toda la familia imperial, mujeres y niños incluidos. Un hombre que cometía semejantes excesos de crueldad era capaz de cualquier cosa. Cómo no temerlo. En cambio ella... No le perdonaban que se hubiera convertido en princesa después de haber sido una chica humilde.

Ordenó a su escolta que torciera a la izquierda, hacia la salida más próxima. La asfixiante atmósfera del hipódromo la mareaba. Le traía sin cuidado que fuera una salida secundaria, destinada al pueblo. Quería escapar cuanto antes de aquella estruendosa caldera. Murmurarían, era inevitable. Lo verían como una torpe maniobra para agradar a la plebe, cuando no era más que un modo de huir de ella. Todos sus actos eran examinados, comentados y, generalmente, malinterpretados. A veces echaba de menos los tiempos de la pobreza y el anonimato, cuando no sentía todas esas miradas envidiosas puestas en ella, cuando no se veía obligada a revestirse con esa coraza de fingida indiferencia.

Mientras pasaba bajo las arcadas oyó silbidos. Había ordenado a sus guardias que no reaccionaran ante ellos, pero la cólera empezaba a apoderarse de ella. «¡Hija de asesino!». Era demasiado: se volvió para fulminar con la mirada al hombre que había aullado el insulto. Por supuesto, confundido entre sus congéneres, no pudo identificarle. Paseó sus furibundos ojos por las atestadas gradas del hipódromo. La larga cabellera pelirroja enmarcaba como un halo su pálida tez.

Tuvo que esperar a estar refugiada en su silla de manos para recobrar la calma. Respiró. Acababa de jugar una reñida partida, una partida difícil y peligrosa. La había ganado ella. Había salvado la cabeza de su marido. Su padre la había creído, o al menos había cedido. Prisco era totalmente inocente, le había repetido ella, defendiendo su causa sin descanso siempre que él la hacía ir al palacio imperial para disfrutar de su compañía. Focas era un

hombre duro, implacable, pero tenía una debilidad, y esa debilidad era ella, su única hija.

¿Era Prisco tan inocente como decía? Para ser sincera, le importaba muy poco. Prisco era lo que era, un hombre atractivo, ya maduro pero que se conservaba bien, un verdadero aristócrata, un seductor, pagado de sí mismo, desde luego, ambicioso, por supuesto, pero con sobrados motivos para serlo. Ella lo adoraba. A esas horas ya debía de estar luciéndose. ¿Debería haberse quedado para verlo brillar? La mera idea de volver a atravesar el hostil graderío del hipódromo le provocó un estremecimiento. Tiempo tendría para disfrutar de Prisco más tarde, cuando regresara a casa y se reuniera con ella en el dormitorio, donde quizá volvieran a intentar concebir ese hijo que se hacía esperar.

¿Por qué le había hablado Krukis de ese modo, en ese tono, con esas extrañas palabras, confusas y hasta contradictorias? ¿Había olvidado el peso que adquirirían más tarde, o más bien en unos instantes, en cuanto se abriera la puerta de la cuadra y cualquier pensamiento, cualquier reflexión se hiciera añicos y solo ellas sobrevolaran la tempestad? Tras esas dos hojas de madera con incrustaciones de marfil esperaba la furia, el caos, una apnea de ocho minutos que conocía de sobra, que incluso le gustaba, que le hacía sentirse vivo. Pero para triunfar necesitaba el viático que Juan Krukis venía a entregarle unos momentos antes: en la pista, esas últimas palabras de ánimo se convertían en la voz de su propio espíritu, le servían de acicate y de guía.

Esta vez su mentor parecía perdido, superado por el desafío. Sin embargo, en las grandes carreras no había nada que pudiera asustarlo. Nadie había ganado tantas como Juan Krukis. Nadie, ni siquiera él, el alumno, el émulo y la estrella del momento.

—¡Porfirio! ¡Porfirio! ¡Porfirio!

Decenas de miles de voces coreaban su nombre haciendo temblar las paredes de la cuadra. Se sentía más rodeado que nunca por las vibraciones de su propia gloria.

—¡Porfirio! ¡Porfirio! ¡Porfirio!

No olvidaba que ese hermoso nombre, que había hecho célebre gracias a su talento como auriga, se lo había puesto Juan Krukis. ¿Había algo que no le debiera al poderoso jefe de los verdes? Su nombre, su fortuna, incluso la vida. Porque era Krukis quien lo había encontrado y recogido, y, más tarde, educado, formado, modelado.

De hecho, el entusiasmo del anciano, su paciencia, su afecto por el niño huérfano habían sorprendido a más de uno: Krukis ya tenía hijos y desempeñaba en la facción de los verdes funciones que no le dejaban mucho tiempo libre. ¿Por qué dedicar tanto esfuerzo a un muchacho al que no le unía

nada? Cuando quedó claro que la antigua estrella estaba decidida a transformar a Porfirio en un segundo Krukis, la desaprobación y la desconfianza se extendieron por la maledicente Constantinopla. Se habría admitido que pusiera unos cuantos palos en las ruedas de Porfirio, que le creara rivales dentro de su propia cuadra. A decir verdad, incluso se esperaba esa actitud de él. Por el contrario, Krukis puso todo su orgullo en convertir a aquel niño de las calles en el mejor auriga posible. Nunca temió ver su pasada gloria eclipsada por aquel nuevo astro.

El anciano había llegado al cajón en el que se preparaba Porfirio cojeando más de lo habitual, con el rostro descompuesto y la mirada huidiza. Cuando su protegido le preguntó qué le ocurría, las palabras no consiguieron salir de sus labios, torcidos por una sonrisa forzada.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó al fin con esfuerzo, apoyado en un tabique del cajón.

—¿Yo? Listo, como siempre. Y estas preciosidades, muertas de impaciencia, como puedes ver —respondió Porfirio dando unas palmadas en la grupa a las cuatro yeguas.

Krukis asintió con la cabeza y volvió a sumirse en su extraño mutismo. Porfirio comprobaba los tirantes del carro, el estado de las ruedas, la longitud de las riendas. No había que dejar nada al azar. El menor detalle —un caballo mal herrado, un eje poco o demasiado engrasado— podía costarle la derrota, incluso la vida, como le había recordado el triste accidente del conductor de la mañana. Esa minuciosidad la había aprendido de Krukis. Concentrándose en la metódica comprobación de las cosas más insignificantes no solo evitaba imprevistos, sino que, lo que era más importante, también impedía que su mente divagara, se perdiera en estériles consideraciones sobre la inminente carrera y se crispara inútilmente. Era un poderoso antídoto contra el pánico. En circunstancias normales, el otro apoyo se lo proporcionaba el propio Krukis con sus últimos consejos antes de la salida. Pero esta vez no llegaban. En lugar de dárselos, el jefe de los verdes, perdiéndose de pronto en un torrente de palabras incoherentes, le había dicho en una misma frase que se trataba de una carrera muy importante y que, sin embargo, la victoria no era esencial. Y había pronunciado esas palabras en un tono que lo había desconcertado.

Krukis se disponía a marcharse cuando, de pronto, se volvió a hacia él.

—¿Lo has comprobado todo bien? —le preguntó.

A Porfirio le sorprendió la angustia que traslucía la pregunta y, sobre todo, el hecho de que se la hiciera después de haber asistido a todos los

preparativos.

—¿También el eje? ¿Todos los rayos de las ruedas?

Para tranquilizarlo, el joven volvió a examinar todos los elementos de la cuadriga: las dos ruedas, sus rayos, los pezones y el eje, perfectamente ajustado en los pezones; en la parte superior, la plataforma de madera enrejada del carro, el parapeto delantero, que llegaba a la altura de las rodillas, el timón y los arreos; y por último las cuatro yeguas, Helena y Clitemnestra en medio, sometidas al timón, y a los lados Europa y Níobe, dirigidas por el auriga solo con las riendas. Los bocados y las herraduras estaban perfectos. Pero Krukis seguía preocupado.

—¿Quién ha dado de comer a tus yeguas? —inquirió con el ceño fruncido.

—No lo sé.

—Ya me acuerdo, ha sido Mateo, yo estaba delante. Olvida la pregunta —farfulló Juan Krukis, que recorría el reducido espacio del cajón cojeando más que nunca.

—¿Cómo tienes la pierna? —le preguntó Porfirio mirándolo con preocupación.

Los ojos de Krukis adquirieron un brillo extraño.

—¿Nunca te he contado lo que me pasó?

—¿Lo que te pasó? ¿Cuándo?

—En la pierna, hace treinta años.

Porfirio no respondió.

—No, no te lo he contado. Pero otros sí, ¿verdad?

—Pues...

—Está bien, hijo, es normal. ¿Qué te dijeron?

—Que tuviste un accidente de carro.

—Ya. ¿Qué más?

—Que volcaste en una curva y tu pierna...

—¿Quedó aplastada?

Porfirio asintió.

—¿Eso es todo lo que te han contado?

—No. Otros me explicaron que volcaste para socorrer a un competidor. Que fue voluntario. Él había caído. Estaba tendido en mitad de la pista, inconsciente. Pusiste tu carro de través para protegerlo.

—Es posible.

Krukis inspiró hondo.

—Escucha, Porfirio. Da igual cómo perdí el uso de la pierna. Digamos que tuve un accidente, un grave accidente. Los detalles son lo de menos. Me accidenté en la pista. Todavía era joven, no tanto como tú, pero era joven, sí. Ganaba la mayoría de las carreras, y habría ganado otras, muchas otras quizá. Mi trayectoria quedó rota. Rota de golpe, como los huesos de mi pierna. De golpe, ¿comprendes? ¿Sabes lo que eso significa? Eres el rey, casi como un rey, mimado, adulado por la plebe, más popular que el mismo emperador. Decenas de miles de miradas se posan en ti con adoración, decenas de miles de bocas gritan tu nombre... ¿Lo oyes? Igual que ahora gritan el tuyo, Porfirio. Tienes todo eso, la gloria, la luz. Cuando tomas esa curva, aún no sabes que será la última, aún lo tienes todo...

Krukis empezó a acompañar su perorata con rápidos movimientos del bastón: dibujó la pista del hipódromo en la arena.

—¡Mira, en esta curva aún eres el rey, Porfirio! —gritó señalando un punto del óvalo. Luego describió varios círculos alrededor del dibujo—. ¡Todo el hipódromo es tuyo! —continuó con vehemencia—. Tu vida sigue siendo un regalo. ¡Eres el elegido! ¡Te crees invencible! La gracia de Dios nunca te abandonará, o eso crees. Pero ¡mira aquí! Aquí... —Dibujó un trazo en el suelo—. Aquí se acabó. Has caído, te has desgraciado. Nunca volverás a subirte a un carro. Ya no eres nada. Y, de pronto, todo desaparece.

Con el pie sano, borró todo lo que había dibujado en el suelo.

—Ya no existe el hipódromo, ni los espectadores que te adulaban. Tu vida no era más que un sueño, un espejismo. Y ahora has despertado. ¡Triste despertar!

Porfirio nunca había oído hablar a su mentor así, con tanta violencia.

—Uno no se espera algo así cuando es joven, cuando todo le sonríe, cuando los giros más peligrosos se ejecutan con una facilidad que emborracha, cuando se adelanta al adversario sin pensarlo siquiera...

El joven auriga, cada vez más desconcertado, no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Qué esperas de mí? —le preguntó.

—Prudencia, nada más que prudencia —respondió Krukis de inmediato—. Solo por esta vez. Cuida de ti mismo, hijo —añadió al cabo de unos instantes con una voz de la que había desaparecido toda la violencia, casi suplicante—. Habrá otras carreras. No estás obligado a correr riesgos absurdos para ganar esta.

—¿No quieres que la gane?

El rostro de Juan Krukis enrojeció.

—¡Claro que quiero que ganes esta carrera! —exclamó con voz firme—.
Sí, gánala.

Aparte del arroyo que corría por encima del campamento, todo estaba inmóvil a su alrededor. El viento había dejado de barrer la pradera, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista a la turbia luz del crepúsculo. Se oían los balidos de los rebaños que volvían de los pastos, invisibles en el horizonte. La tierra cuya inexpugnable capital se disponían a asediar doce mil soldados respiraba paz.

Habían salido del campamento por una pequeña poterna, disfrazados de simples exploradores. Nadie les había hecho preguntas. Se dirigían hacia el oeste, pero Mundir, cegado por el sol, seguía con dificultad a Nicetas, que parecía no sentir que el terreno era cada vez más accidentado. El árabe ignoraba aún el objetivo de su expedición, y le inquietaba ver que el campamento, envuelto en las tinieblas, desaparecía a sus espaldas. Nicetas no despegaba los labios.

Sus monturas se adentraron en un desfiladero, y la oscuridad se hizo casi total. Apenas se distinguían las estrechas paredes. A ese paso, acabarían matándose. Mundir espoleó a su caballo para acercarse todo lo posible al romano. Nicetas giró bruscamente y se introdujo en un desfiladero secundario, que poco después desembocó en un altozano. Allí se detuvo.

Al pasar de las gargantas, en las que ya se había instalado la noche, a aquella meseta, inundada aún por la claridad del sol poniente, Mundir se vio obligado a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, pudo comprobar que desde donde estaban se divisaban todas las tierras circundantes.

—Mira —le dijo Nicetas señalando con el dedo un valle escarpado situado frente a ellos.

Al jinete del desierto le resultaba difícil ver nada a la luz rasante del crepúsculo.

—Mira, en la ladera de esa montaña.

Las pupilas de Mundir, que se iban habituando poco a poco al resplandor, acabaron distinguiendo la escarpa y, luego, agarrado a la pared rocosa, un austero edificio. Se quedó boquiabierto: un monasterio.

—Ahí es donde vamos.

Nicetas no tenía fama de ser un hombre de fe. Hasta sus más fervientes partidarios le reprochaban su descreimiento. Mundir, también.

—¡No serás capaz! —exclamó el árabe, temiendo de pronto que aquella misión, supuestamente trascendental, se redujera a una vulgar escapada nocturna, al rapto de una monja.

—No es lo que imaginas. Bueno, no del todo.

—Entonces ¿qué es?

—Voy a encontrarme con la persona que me abrirá las puertas de Constantinopla.

Una ráfaga de viento procedente del valle alzó los velos blancos de Mundir. El árabe inspiró profundamente. Necesitaba aclarar los secretos que sentía flotar a su alrededor.

—¿Esta noche?

—Sí. Tenemos que llegar al monasterio cuando haya oscurecido por completo y marcharnos antes de que salga el sol.

El árabe seguía en guardia, pero Nicetas vio que la curiosidad le iluminaba la mirada.

—¿Crees que nos dará tiempo?

—Sí.

Mundir recorría con la mirada la falla en la que pronto se adentrarían.

—¿Es seguro el camino?

—No lo sé. Por eso necesito que me acompañes.

—¿Has estado alguna vez?

—Nunca.

—Entonces ¿no habría sido mejor una buena escolta?

—No hay que llamar la atención. Sería lo peor de todo.

Mundir no se atrevía a hacer la pregunta que le quemaba en los labios.

Nicetas se volvió hacia su amigo y lo miró a los ojos.

—Lo siento, no puedo decirte quién es. Aún no.

—¿Tu primo Heraclio?

El general negó con la cabeza. Los dos hombres guardaron silencio unos instantes. El árabe observaba la lejana construcción con sus ojos de águila.

—La verdad es que no sé dónde está mi primo —confesó Nicetas, y dejó escapar un suspiro.

—¿Sigue en pie vuestro juramento? —El joven general no respondió—. Tal vez sea eso lo que os distanció, amigo mío, ¿no crees? Sé de hermanos que se han matado entre ellos por mucho menos que un imperio —dijo Mundir antes de lanzarse hacia el monasterio.

Tras la marcha de Domencia se había instalado un largo silencio. Focas estaba disgustado, Bonoso se sentía abatido y Prisco fingía interesarse en los preparativos de la pista antes de la gran carrera mientras se comía uva a uva un gran racimo. El emperador rompió el hielo:

—¿Has apostado, Prisco?

—Ya sabes que apenas apuesto. Al menos, en las carreras.

—¿No es digno de ti? —lo cortó Bonoso.

—No es eso, querido Bonoso —replicó Prisco con flema—. ¿Para qué apostar por alguien que no sea Porfirio? No hay nada que ganar. Toda la gente sensata apuesta por él.

Focas le dio un imperceptible codazo a su amigo, que contuvo la risa.

—Admiro tu cabeza fría, hijo. Pero ¿y el placer del juego? ¿La excitación de la victoria, por fácil que sea?

Prisco se tomó su tiempo para acabarse el racimo antes de responder.

—La victoria solo me interesa en los campos de batalla.

A Bonoso le costó dominarse. La suficiencia de Prisco lo sacaba de quicio. No obstante, permaneció impasible, sabiendo que Focas desaprobaba cualquier reacción violenta. El emperador observaba a su yerno con atención. Si en los tiempos, no tan lejanos, en que era un simple centurión le hubieran dicho que aquel ilustre general lo llamaría «padre» y temblaría ante él, se habría echado a reír, con aquella risa entrecortada de hiena que ya entonces hacía estremecerse a sus camaradas.

—Hablando de campos de batalla, ¿sabías que los persas han puesto sitio a Dara?

Prisco parecía sorprendido.

—¿Por qué pierde el tiempo el rey de reyes asediando una ciudad que nunca conseguirá tomar?

—No tengo la menor idea. Esperaba que tú me lo aclararas. Lo conoces mejor que yo.

—¡Bah, apenas!

Seguramente era la única persona presente en el hipódromo que había hablado con él en alguna ocasión. Pero de eso hacía mucho tiempo, doce años.

—Cuando estaba exiliado aquí coincidí con él varias veces, es cierto —acabó reconociendo de mala gana—. Pero sus verdaderos aliados eran Heraclio el Viejo y Narsés.

—El gran Narsés —se apresuró a corregirlo Bonoso con maligna alegría. Se había inclinado un poco hacia delante y dirigía una sonrisa hipócrita a Prisco, sentado al otro lado del emperador.

—El gran Narsés, en efecto —admitió Prisco en un tono glacial—. El gran Narsés, que convenció a Mauricio para que mandara un ejército que devolviera el trono de Persia al pequeño sasánida.

El hombre considerado como el mejor general del siglo había dirigido una campaña fulminante. Prisco lo recordaba con admiración y —como Bonoso suponía— con una pizca de envidia. Él no participó en las operaciones. Narsés partió con Heraclio el Viejo como lugarteniente y cincuenta mil hombres. En cuestión de semanas aniquiló al ejército del soberano persa ilegítimo —un individuo cuyo nombre tenían prohibido pronunciar los persas desde entonces— y volvió a colocar a Cosroes a la cabeza del imperio de sus antepasados. La aplastante sombra de Narsés pesó sobre Prisco mucho tiempo. Fue necesario que desapareciera y que, más tarde, Heraclio el Viejo se marchara a África para que el camino quedase despejado y Prisco pudiera al fin brillar y acceder al rango de generalísimo.

—Mauricio defendió la legitimidad dinástica —repuso Focas—. Es muy comprensible. —Al pronunciar el nombre del difunto emperador, un leve rictus se había dibujado en sus labios. Un rictus de odio—. Y ahora Cosroes quiere vengarlo.

Su frente se había arrugado y sus dos pobladas cejas casi se encabalgaban.

—Desde luego, sitiar Dara no es la mejor forma de conseguirlo —intentó tranquilizarlo Prisco.

Todo el mundo sabía que Dara era inexpugnable, hasta el punto de que la frase se había convertido en un lugar común. Para conseguirlo, se habían gastado sumas ingentes en la edificación de murallas desproporcionadas. Dara no era una ciudad grande, pero sí esencial para el Imperio romano: protegía su flanco este. Si caía, todas las provincias de Asia quedarían expuestas a una

invasión. No sería la primera vez que las llanuras que la rodeaban pasaran a manos persas. Pero Dara siempre había resistido: seguía siendo una bolsa irreductible a partir de la cual los romanos habían reconquistado los territorios perdidos y, si los persas se aventuraban más allá de ella, también una amenaza mortal en su retaguardia.

—¿Querrá Cosroes ser el primero en conquistarla? —preguntó Focas—. Tal vez crea que con eso hará olvidar que debe su trono a los enemigos de su pueblo. Y no solo su trono. Todas sus recientes conquistas en Mesopotamia.

Prisco se encogió de hombros.

—Se ha aliado con Nicetas —continuó el emperador—. Aún no tenemos pruebas concluyentes, pero no tardarán en llegar.

Al pronunciar esas palabras, clavó los ojos en su yerno de un modo extraño. Bonoso también parecía repentinamente alerta. Prisco sentía el peso de sus miradas.

—Se estrellará contra las murallas de Dara —afirmó con naturalidad—, como Nicetas contra las de Constantinopla. No hay que preocuparse.

—No hay que preocuparse —repitió Focas.

Se hizo un largo silencio, que dejó el campo libre al ensordecedor griterío del hipódromo.

—Sin embargo... Esta doble campaña contra nosotros la dirigen Nicetas por un lado y Cosroes por el otro. No hace falta ser tan inteligente como tú, Prisco, para adivinar que detrás de Nicetas, y quizá también de Cosroes, hay alguien más que ha orquestado, planificado, concebido todo esto. Y ese alguien todos sabemos quién es: Heraclio el Viejo, desde Cartago.

—Es posible —admitió Prisco al cabo de unos instantes.

El alboroto de las gradas iba en aumento. Apenas se podía hablar.

—Y tú estás en una posición inmejorable para saberlo —dijo Focas casi gritando—. Heraclio el Viejo tiene un hijo, un hijo que lleva su mismo nombre.

El rostro de Prisco permaneció totalmente impasible.

—Así es.

—Bueno, ¿y dónde está Heraclio el Joven?

Prisco lo miraba sin decir nada. ¿Le costaba realmente oírle, o es que necesitaba tiempo para responderle?

—¿Por qué deja que su primo se cubra de gloria él solo? —prosiguió Focas—. ¿Por qué no lo pusieron a él a la cabeza de las tropas que nos arrebataron Egipto y ahora suben hacia aquí? Es un misterio, y a mí no me gustan los misterios.

Sin poder evitarlo, los ojos de Prisco volvían a posarse una y otra vez en la espantosa cicatriz de su suegro, que, con la agitación, y quizá también con una ira incipiente, había adquirido un tono escarlata. Seguramente, Focas habría seguido rumiando esas ideas largo rato si Bonoso no le hubiera señalado al grueso pregonero, que se acercaba a ellos jadeando y portando un gran pañuelo blanco en una bandeja de plata.

—La gran carrera va a empezar —le susurró—. El pueblo solo espera tu señal.

A solas ya, Porfirio esperaba la salida con las riendas y el látigo bien sujetos y los pies firmes en el suelo del carro. En unos instantes, la puerta se abriría de par en par. Tendría que hacer que las yeguas salieran disparadas. Con más rapidez, con más ímpetu que las demás. Oía piafar a los otros caballos en los cajones vecinos. A través de los tabiques de madera casi podía percibir el repugnante tufo a sudor y cuero. Pese al peto y la humedad, él tenía el torso seco. La ventaja de ser el favorito. Y saberse capaz de correr a mayor velocidad. Desde el principio.

«Una buena salida es media carrera», le había dicho Juan Krukis muchas veces: menos adversarios a los que adelantar, menos riesgos, menos tiempo perdido. Escupió. Lo más lejos que pudo. Y alcanzó la arena mucho más allá de la marca dejada por la apertura de las puertas. Una buena señal.

Por supuesto, al público le gustaba ver que un rezagado alcanzaba a sus competidores y los adelantaba uno tras otro. Y a veces Porfirio se divertía retrasándose a propósito en la primera vuelta para acabar ganando por la mínima. Pero era una estrategia peligrosa. Esta vez, en vista de lo que había en juego, nada de heroicidades: una salida en tromba, una carrera dominada de principio a fin y una victoria sin brillo, no pedía nada más.

Afuera el griterío era infernal, más impresionante si cabe porque, encerrado en el cajón, él no veía su procedencia. Se obligó a respirar tranquilamente. El campeón de los verdes estaba acostumbrado al alboroto. Le gustaba. Después de todo, ¿no era su nombre lo que oía aullar a la mayoría de los espectadores, ahogando el de Gorgias, su rival de los azules?

Todo iba bien. Mejor dicho, todo iría de maravilla si la extraña actitud de Juan Krukis de hacía unos minutos no le hubiera provocado una vaga angustia, que el vocerío no hacía más que aumentar. «Porfirio, Porfirio, Porfirio...». Ya no eran gritos de ánimo, pensaba, sino una especie de

advertencia, una llamada a la cautela. Su instinto se lo decía, se lo gritaba, como esos miles de bocas: algo no funcionaba.

De pronto, en el hipódromo se hizo el silencio: el emperador acababa de lanzar el pañuelo al aire. Porfirio se estremeció: tenía que olvidarse de Krukis y concentrarse en la inminente apertura de la puerta. El pañuelo blanco que el emperador había arrojado desde el palco caería girando lentamente —lo veía en su imaginación—, hasta posarse en la arena de la pista. En ese instante, se abrirían las puertas.

Oyó el golpe sordo de las pesadas barras de hierro al caer al suelo. Estaba listo para arrancar, con la mandíbula apretada hasta hacerse sangre en el interior de las mejillas y el látigo en alto, a punto de fustigar los lomos de las yeguas. Pero las hojas de la puerta seguían cerradas. Sorpresa. Total, paralizante. Y un instante después, cólera, al oír el martilleo de decenas de cascos, las ruedas girando sobre la arena a toda velocidad, las voces de los demás aurigas incitando a sus caballos. Sí, habían salido.

Negras, gruesas, diabólicas. Y altísimas. Sharvaraz, generalísimo de los ejércitos persas, observaba las murallas de Dara desde la entrada de su tienda. Para su desgracia, merecían su fama. Tenía consigo sesenta mil hombres. Pero si hubiera tenido cien mil el problema habría sido el mismo: un número reducido de defensores podía rechazar cualquier ataque. Según decían, solo Constantinopla tenía unas murallas tan impresionantes. Incluso más formidables.

El sol empezaba a ponerse y golpeaba con fuerza los muros de basalto. Apenas un reflejo. Era terrorífico. La piedra negra absorbía el sol. Sharvaraz no era hombre que se dejara impresionar fácilmente, pero aquellas murallas poseían una fuerza más que humana, en la que quizá tuviera algo que ver el Diablo. Observándolas durante el crepúsculo, daba la sensación de que la noche salía de Dara. Cuando todos los rayos de un sol al límite de sus fuerzas hubieran sido vencidos, reinaría la oscuridad. Hasta que, a la mañana siguiente, la negra fortificación se dignara liberar a la luz que había hecho prisionera.

Se decía que las famosas Puertas de Hierro, al norte, en los confines del Cáucaso, también tenían esa propiedad, con la salvedad de que protegían al Imperio persa, no a una ciudad enemiga.

¿Enemiga? Sharvaraz cerró unos instantes sus maquillados párpados. Ese era el problema, evidentemente. Los persas se habían aliado con los romanos, al menos con una parte de ellos. Una alianza contra natura. Pero el rey de reyes tenía una deuda. Y, al parecer, también una venganza que cobrarse. Sharvaraz había aceptado ser el instrumento de esa venganza. ¿Acaso no era el mejor general que habían tenido los persas desde... bueno, desde aquel cuyo nombre no podía pronunciarse, aquel loco que había intentado instaurar una nueva dinastía?

Sharvaraz había actuado bajo las órdenes de Cosroes, había invadido Mesopotamia y puesto en fuga a las guarniciones romanas que le habían salido al encuentro con desconcertante facilidad. Hombres poco motivados, es cierto, conscientes sin duda de que servían a un usurpador. Dos aplastantes victorias le habían entregado la región. Su misión debería haber acabado ahí. Pero, acto seguido, el rey de reyes le había ordenado asediar Dara. No estaba previsto. Que Sharvaraz supiera, incluso era contrario a los acuerdos establecidos con los aliados romanos. Todas las tierras entre el Tigris y el Éufrates: esas eran las ganancias que le correspondían a Cosroes por sus servicios. Dara, no.

Una generosidad aparente, desde luego, porque para controlar todos esos territorios se necesitaba estar en posesión de Dara. Cuatro siglos de luchas contra los romanos lo habían demostrado con toda claridad. Dara dominaba el valle del Tigris. Era una espina clavada en el costado persa. Una amenaza permanente. Una pesadilla. Quien se apoderara de ella haría un favor inmenso al Imperio persa. Y podría regresar a Ctesifonte con la aureola de una gloria imperecedera. Viendo aquella masa negra, mineral, inhumana, Sharvaraz comprendía por qué. Y volvía a hacerse la misma pregunta una y otra vez: ¿qué tenía en mente Cosroes al ordenarle la toma de aquella ciudad irreductible?

Pese a su cojera, Juan Krukis permanecía de pie en mitad de la tribuna de los verdes, con los ojos clavados en las puertas del cajón, temiéndose lo peor desde hacía rato. Conocía perfectamente el brusco movimiento de empuje que debía realizar el mozo de cuadra para hacer caer al suelo la barra de hierro y liberar la puerta. Cuando lo vio detenerse con los músculos en tensión y el rostro enrojecido por el esfuerzo, su mirada se volvió hacia el otro lado del hipódromo, hacia el palco imperial, hacia Focas. Este agitaba los brazos en actitud colérica. Cuando los espectadores, asombrados de no ver en la pista a la estrella, al semidiós al que esperaban desde la mañana, empezaron a silbar y lanzar gritos de indignación, el emperador se unió a ellos. El muy hipócrita.

El auriga se desgañaba. En vano. Las hojas seguían cerradas. Llamó al mozo, que farfulló que la barra estaba atascada, que no había nada que hacer. Porfirio tomó una decisión a la desesperada. Le gritó que se apartara e hizo retroceder a los animales todo lo que permitía la profundidad del cajón.

Las yeguas estaban acostumbradas a obedecerle ciegamente. Respiró hondo diciéndose que estaba loco, que se arriesgaba a matarlas y matarse con ellas. Pero al instante pensó que no quería perder aquella carrera tan importante, y las azuzó contra la puerta cerrada. Como preveía, aceptaron saltar en el último momento. Sus bien herrados cascos golpearon justo encima de la inamovible barra de hierro. Provocaron un estruendo espantoso, pero las hojas no resistieron y se obró el milagro: Porfirio se vio en la pista, recibido por un clamor ensordecedor.

Los animales parecían haber aguantado bien el golpe. Clitemnestra, en el centro, era la única que cojeaba un poco. Seguramente había apoyado mal las patas al caer. Si las otras tres le imponían su ritmo, podía aguantar. El campeón de los verdes se había visto en otras peores. Las ruedas tampoco habían sufrido apenas daños. Pero de pronto miró abajo y se estremeció. El parapeto delantero había desaparecido. Porfirio estaba sobre una pequeña

plataforma que avanzaba a toda velocidad, sin protección alguna. Nada en que apoyar las rodillas. Al menor choque, saldría disparado por encima de sus animales.

Un riesgo a asumir. Su instinto de campeón acalló cualquier temor. Miró la pista para comprobar qué distancia habían recorrido ya sus contrincantes: los vio al final de la primera gran recta. Parecía que alguno ya la había dejado atrás.

En el palco imperial, desde donde se disfrutaba de una vista completa de la pista, Bonoso susurró al emperador:

—Media vuelta de desventaja... ¡No la recuperará!

El auriga redobló los latigazos. Sobre todo, no podía perder de vista a los demás para que sus yeguas mantuvieran las ganas de alcanzarlos.

La distancia se redujo. Cuando Porfirio dio el primer giro —una obra maestra de precisión—, pudo comprobar que su adversario más cercano estaba a medio camino del siguiente mojón. Al menos respecto a ese había acortado la mitad... Dentro de lo malo, la suerte lo acompañaba un poco: tenía la ventaja de estar solo en ese tramo de pista y torcer como quisiera, sin que nadie lo entorpeciera.

Durante todas esas maniobras la multitud no había apartado los ojos de él. Aullaba con miedo, con entusiasmo, con loca pasión. Desde que Porfirio había echado abajo la puerta, el hipódromo ardía. La ira había dado paso a una excitación que crecía por momentos. Los espectadores gritaban, pateaban el suelo, recobraban la confianza en su campeón. Porque Porfirio estaba remontando. Sus adversarios ignoraban el percance que había sufrido. El delirio del gentío los tenía desorientados. Comprendían que había ocurrido algo inusual, pero no sabían qué era y estaban inquietos.

—¡Esos idiotas están bajando el ritmo! —gritó Bonoso.

Focas le apretó el brazo para ordenarle discreción, pero en medio de aquella batahola nadie más lo había oído.

Los corredores de cabeza, desorientados, parecían haber aflojado. Tras ellos, en cambio, daba la sensación de que Porfirio volaba sobre la pista. Había finalizado la primera vuelta y ahora estaba muy cerca de su adversario más rezagado. Este se había rendido hacía rato; sus caballos casi trotaban. Porfirio lo adelantó por fuera casi al comienzo de la recta. «Otras siete vueltas para alcanzar a los demás...», se dijo.

—Está desatado, Focas. Empiezo a preocuparme —susurró Bonoso.

—Yo no —respondió el emperador con la misma discreción—. Ha adelantado a un rezagado. Puede que adelante a uno o dos más, pero ya está,

créeme.

Acto seguido se puso a animar, a voz en cuello, al campeón de los verdes.

Ahora Porfirio tenía una visión más o menos clara de los seis competidores que iban por delante: dos rezagados, no mucho más rápidos que el que acababa de adelantar, y luego, mucho más lejos, tres aurigas que corrían codo con codo y le impedían ver al que iba solo en cabeza, sin duda Gorgias.

Desde su tribuna, que le ofrecía una vista de la pista en oblicuo, también Krukis había comprendido la situación. Su experiencia en las carreras no tenía igual en Constantinopla. Cuando vio que Porfirio pasaba junto al primer adversario como una exhalación y se disponía a adelantar al siguiente, un sudor frío le perló las sienes.

Se sentía dividido entre dos miedos: ver a Porfirio rompiéndose la crisma y verlo ganando la carrera. En el fondo de su corazón, no dudaba: por encima de todo le importaba la vida del joven, pero no podía evitar preguntarse cómo reaccionaría Focas si el campeón verde se adjudicaba la victoria. Había formulado sus amenazadoras instrucciones del modo más claro posible. Krukis tuvo la sensación de que acababa de lanzarle una mirada furiosa desde su palco. Era una ilusión. El emperador, seguro del triunfo final de Gorgias, estaba tranquilo, y siguió estándolo cuando Porfirio, tomando la curva por dentro hasta rozar el canto de la espina con la rueda, adelantó al segundo competidor y luego, en el inicio mismo de la recta, al tercero. La multitud respondió a esas proezas con un delirio de gritos.

El sol, bajo ya en el horizonte, había dejado de golpear las gradas. Pero parecía que todo el calor acumulado durante el día se hacía sentir de golpe.

Quedaba lo más duro. Delante, el grupo de tres mantenía una ventaja considerable, casi una recta. Cuando vieron que Porfirio salía de la curva como una exhalación, comprendieron al fin lo que estaba pasando y aceleraron. Su perseguidor redobló los latigazos, pese a que sus yeguas no daban más de sí: Clitemnestra cojeaba cada vez más. Para no acuciar al animal más débil, Porfirio siguió usando el látigo con tiento e hizo recaer el esfuerzo sobre las yeguas de los costados.

Las cuatro vueltas siguientes no modificaron en nada las posiciones: el que iba en cabeza tenía a los otros tres aurigas pisándole los talones, y Porfirio seguía a estos. Pero la distancia se había acortado notablemente. Viéndolo ahora tan cerca, nadie hubiera dicho que había empezado la carrera con más de media vuelta de desventaja. Sin embargo, no había acelerado.

Debía aquella proeza únicamente a sus dotes de conductor. Tomaba las curvas de forma impecable: imposible darlas más ajustadas.

—Es magnífico —murmuró Krukis con los ojos arrasados en lágrimas.

La enloquecida muchedumbre no podía apreciar tan bien como él las elipses perfectas que la cuadriga de Porfirio describía sobre la pista. Pero veía que acortaba distancias, y se entusiasmaba.

—Ahora sí que empiezo a preocuparme —le susurró Focas a Bonoso—. ¿Se habrá olvidado Krukis de cumplir el encargo?

—Por su bien, espero que no.

—Yo lo espero por el nuestro. Somos nosotros los que perderemos millones en este negocio si... Pero eso aún no ha ocurrido. No todo depende de Krukis, ¿verdad?

—Queda lo que tú sabes. Aunque es un poco más escandaloso que la barra de hierro...

—Si no hay más remedio...

Se había quedado traspuesta y por un momento creyó que ya era de día, pero vio que la noche estaba cayendo y la oscuridad empezaba a invadir la pequeña habitación. Quiso llamar: una mano le tapó la boca. La angustia se apoderó de ella.

—Soy yo, hija —le dijo una voz tranquilizadora—. Habla bajo, es todo lo que te pido.

—Sor Helena... ¿Qué ocurre?

—Tienes que acompañarme. Vístete y ven.

Fabia no tenía por costumbre discutir las órdenes de la todopoderosa superiora del monasterio de Santa Catalina. Se puso la túnica rápidamente. Ante ella, el pálido rostro de Helena parecía flotar en la penumbra como una máscara fúnebre pero benevolente a la vez, donde la resignación y la esperanza siempre parecían mezclarse. La madre superiora era la única monja del monasterio que vestía totalmente de negro. Todas sus compañeras llevaban hábitos de un blanco inmaculado.

En el pasillo, las antorchas fijadas a la pared guiaron los pasos de las dos mujeres. A toda prisa, Helena condujo a Fabia a través de un dédalo de escaleras y habitaciones interiores a las que no llegaba la luz. La mujer de negro llevaba a la muchacha de la mano. Que las monjas recordaran, ellas dos nunca se habían separado: habían entrado al monasterio a la vez, muchos años antes. Helena aún no era una venerable religiosa. Era hermosa; al parecer había tenido una vida brillante, y nadie estaba menos al tanto de los ritos y las tradiciones de la congregación. Sin embargo, al llegar sacó de entre los pliegues de su vestido un pequeño pergamino y se lo tendió a la superiora de entonces, y esta se hincó de rodillas y le besó las manos. Al día siguiente, Helena se convertía en la nueva superiora del monasterio. Fabia, una chiquilla de no más de siete años, empezó a vivir entre las monjas, mucho mayores que ella. Nadie le preguntó a Helena quién era la niña, ni la naturaleza exacta de la

relación que la unía a ella. Se pasaba horas vistiéndola, peinándola y, a veces, simplemente contemplándola, hasta que de pronto los ojos se le llenaban de lágrimas, que ocultaba lo mejor que podía. Fabia gozaba de un trato de favor insólito en Santa Catalina: mientras las demás debían apretarse en una celda con otras dos o tres hermanas, a la niña la instalaron en una habitación para ella sola. Y no estaba obligada a vestir el severo hábito de las hermanas, ni a asistir a los oficios.

A nadie se le habría ocurrido reprocharle esos privilegios: era la primera niña que acogían aquellos recios muros. Verla correr por el huertecillo en el que las monjas cultivaban sus verduras, oírla reír cuando una de ellas se dormía durante la lectura de los textos sagrados y soltaba un potente ronquido, era la alegría y el consuelo de aquellas mujeres, en muchos casos envejecidas antes de tiempo. Con el paso de los años, Fabia se adhirió por decisión propia a las reglas del monasterio: se levantaba con las demás, rezaba y comía con ellas y llevaba el mismo hábito blanco y recto. Cuando creció tuvo amigas, jóvenes novicias apenas mayores que ella. Pero Helena siempre se opuso a que diera el paso definitivo y profesara.

Bajo la dirección de aquella recién llegada que en apariencia carecía de vocación para dirigir un convento, Santa Catalina prosperó. Las monjas volvieron al trabajo: además de cultivar el huerto, se dedicaron a tejer la lana que les llevaban cada vez más criadores de ovejas de la región; también introdujeron enjambres, y la miel que obtenían no tardó en tener excelente fama. Pese a su aislamiento, el monasterio acabó convirtiéndose en el centro neurálgico de aquella comarca desheredada de Tracia y contribuyó a hacerla un poco menos mísera. En un imperio en el que todo parecía condenado a ir de mal en peor, Santa Catalina ofrecía los rayos consoladores de un éxito modesto pero tangible.

Helena podía sentirse orgullosa de esos modestos logros, pero ninguno de los visitantes que en todos esos años acudieron a solicitar un favor o a agradecerle una buena acción vislumbraron en ella el menor gesto de satisfacción; solo vieron a una mujer destrozada. La querían por su bondad, su energía y su sentido de la justicia. Pero el drama que llevaba en su interior los disuadía de una mayor cercanía: se mostraba distante, inaccesible, y nadie se atrevió nunca a preguntarle cómo había sido su vida antes de su llegada al monasterio. Tampoco nadie se atrevió jamás a infringir la única regla que había introducido, en la que se mostraba inflexible: no hablar de la existencia de Fabia fuera de allí.

Las dos mujeres se detuvieron en una sala que daba a un patio interior al que ya no llegaban los rayos del sol poniente. La muchacha reconoció esa sala: precedía a la gran entrada, el único sitio en el que las hermanas estaban autorizadas a recibir visitas. Allí los mercaderes de la región ofrecían su género y lo vendían o cambiaban por productos del monasterio tras negociar el precio. Todos los asuntos que ponían en contacto a Santa Catalina con el mundo circundante se trataban allí. Fabia nunca había podido entrar en ella.

—Hija —le dijo Helena con voz suave—, detrás de esa puerta hay alguien que desea hablar contigo.

Fabia se estremeció. Nunca había recibido una visita. Un pánico sordo se apoderó de ella. Fue a decir algo, pero su boca no emitió el menor sonido. Pese al sofocante calor del atardecer estival, temblaba como una hoja.

—No estás obligada a aceptar —añadió Helena acariciándole la mejilla.

—De... debo hacerlo —murmuró la muchacha tratando de serenarse.

La madre superiora guardó silencio.

—Entonces ¿ha llegado el día? ¿Es hoy? —le preguntó Fabia, que temblaba y se alisaba el hábito con movimientos rápidos y nerviosos, como si quisiera alisar hasta el último pliegue—. ¿Es esta noche? Pensaba que tenía tiempo. Creía que podría prepararme...

—Es ahora.

—¿Y si no quiero? ¿Y si no puedo?

Lanzaba miradas asustadas a los gruesos muros de piedra iluminados por las antorchas, como si temiera verlos derrumbarse de pronto. Helena cogió sus febriles manos como para calentárselas.

—Siempre tendrás tiempo para renunciar. Cruzar esa puerta no te compromete a nada.

—Pero es lo que llevábamos esperando tanto tiempo...

—Mucho tiempo, sí —murmuró la superiora con una voz apenas audible.

Fabia respiró hondo y avanzó hacia aquella puerta que nunca había cruzado. Sus dedos se posaron en una de las hojas. Se volvió por última vez.

—¿No me acompañáis?

—Estaré detrás de ti todo el tiempo.

—Pase delante, se lo ruego...

La superiora avanzó con una sonrisa comprensiva en los labios.

—Voy a abrirte. Luego entrarás tú la primera.

Fabia asintió. Helena empujó las hojas de la puerta con decisión y se apartó.

Al otro lado, en una sala que le pareció inmensa, Fabia vio a dos hombres. Uno estaba sentado en una silla frente a ella; el otro permanecía de pie dándole la espalda, a unos pasos del primero. En cuanto la vio aparecer, el que estaba sentado se levantó y le hizo una profunda reverencia.

—Mi acompañante solo está aquí para garantizar mi seguridad. Tenéis mi palabra de que no se dará la vuelta —dijo.

Su voz era suave, tan poco atemorizadora que Fabia, desconcertada, olvidó decirle que se irguiera.

—Está bien —intervino Helena—. Contáis con nuestra confianza. Podéis volver a sentaros.

Le indicó un asiento a Fabia, pero ella permaneció de pie, un poco apartada.

—Me habéis dicho que tenéis que iros cuanto antes —continuó—. Con las prisas, no he podido poner a Fabia en antecedentes. Sin embargo, sospecha el motivo de vuestra visita.

La muchacha no se atrevía a mirar al visitante, que estaba a unos pasos y podría apoderarse de ella de un salto. Había vuelto la cabeza hacia los interminables muros que la rodeaban. Los habían provisto de antorchas, pero no eran suficientes para disipar la penumbra. Jamás habría imaginado que en el monasterio hubiera una sala tan inmensa.

De vez en cuando, pese a sus muchos esfuerzos, su mirada se posaba en el joven. No era feo, ni mucho menos. Le pareció que, por su parte, él no le quitaba ojo, y ese turbador comportamiento hizo nacer en ella una sensación extraña, nueva, que no le resultaba desagradable. Fabia no había visto un hombre desde su llegada al monasterio, siendo aún una niña. Los recordaba feos y violentos sin excepción. Aquel era diferente. Volvía a sentirse ligera. El tranquilo presente que durante tanto tiempo había sido su vida, aquel universo cerrado, se abría hacia un futuro en el que quizá hubiera sitio para la felicidad.

—Entonces ¿sabéis qué me trae aquí? —le preguntó Nicetas con una voz vibrante que la hizo estremecer.

—Un poco —balbuceó Fabia bajando los ojos. Habría querido transformarse en estatua o en árbol, en un laurel, como esa heroína (¿cómo se llamaba?) cuya historia le había contado Helena tantas veces.

—Mi tío es el gobernador de África, Heraclio. Mi ejército está acampado a tres horas de aquí. Mañana marchará sobre Constantinopla.

Fabia consiguió levantar la cabeza y no deshacerse en llanto.

—Entonces ¿seréis vos? —farfulló, y al oír resonar su voz en los altos muros de la enorme sala sintió vergüenza.

El joven asintió con una expresión seria, y Fabia vio que un leve rubor teñía sus finos rasgos. Iluminado por el vacilante resplandor de las antorchas, estaba muy guapo. Se miraron en silencio, incapaces de reanudar la conversación.

—¿Me llevaréis con vos esta misma noche? —preguntó al fin Fabia con una voz apenas audible.

Nicetas parecía pensativo. Era evidente que no se esperaba esa pregunta. Su rostro enrojeció.

—No. No sería prudente —acabó contestando, como a regañadientes.

Fabia apenas oyó el resto de sus explicaciones: la ruta hasta Constantinopla, corta pero todavía peligrosa, la seguridad de la que gozaba en el monasterio... Pero al oír el nombre de «Focas», el corazón le dio un vuelco y volvió a prestar atención a las palabras del joven.

—El Usurpador aún podría enviar un ejército contra nosotros. Cuando estemos al pie de las murallas, y solo entonces, abandonaréis Santa Catalina. Haré que os escolten hasta Constantinopla, donde os mostraréis al pueblo, y no me cabe la menor duda de que os abrirá las puertas. Después, una vez hayáis sido vengada, y si aceptáis...

—Acepto —murmuró antes de que la voz se le ahogara en la garganta.

Solo quedaban dos vueltas. A la salida de la curva, Porfirio se vio de pronto justo detrás del trío de aurigas. Iban a la par: no había forma de pasar entre ellos. Tampoco podía adelantarlos por el exterior: sus yeguas estaban demasiado cansadas. Esperó a la siguiente curva, pero los tres seguían formando un bloque infranqueable. Si mantenían esas posiciones no podría hacer nada, solo esperar a que cruzaran tranquilamente la línea de llegada después de dejar que quien los precedía ganara la carrera.

De repente, uno de los tres aurigas que le cerraban el paso se volvió. Era Gorgias, su rival azul. «¡No lleva la delantera!», se dijo Porfirio. Y en sus labios se dibujó una sonrisa. No todo estaba perdido.

Porfirio se colocó justo detrás del campeón azul, cuya cuadriga estaba flanqueada por las otras dos. Y se mantuvo a la expectativa, incluso redujo un poco la velocidad en previsión de la última vuelta. Su carro estaba prácticamente descuadrado y Clitemnestra cojeaba cada vez más, aunque seguía el ritmo que marcaban sus tres compañeras.

«¡Última curva antes de la última vuelta!», pensaba Porfirio cuando vio que Gorgias azotaba con furia a sus caballos y su cuadriga aceleraba bruscamente. ¡Ahora! Como esperaba, su principal adversario se había lanzado al ataque. Los dos aurigas que lo flanqueaban no lo habían visto venir. La barrera se rompió. Porfirio se coló en la brecha. Ahora estaba a la altura de los otros dos, una situación peligrosa en pleno giro. Su carro no estaba en condiciones de soportar el menor golpe. Si uno de los otros dos tenía la mala idea de desviarse aunque solo fuera unos grados, o peor aún, de intentar cortarle el paso, la plataforma enrejada sobre la que estaba saltaría en pedazos irremediabilmente.

El hipódromo estaba mudo. Los partidarios de las dos facciones contenían el aliento.

—Te estás jugando la vida, hijo mío —murmuró Juan Krukis retorciéndose las manos con angustia.

Porfirio tenía que escapar cuanto antes de aquella especie de prensa en la que estaba atrapado. Sus animales habían sido adiestrados para enfrentarse a las situaciones más difíciles: les habían enseñado a no soportar estar a la misma altura que otros tiros. Las cuatro yeguas empezaron a galopar más deprisa para dejar atrás a sus rivales. La valerosa Clitemnestra soltaba sangre por los ollares.

—¡Por Lucifer! —exclamó Bonoso—. Los ha pasado...

Porfirio acababa de deshacerse de sus molestos competidores. Su cuadriga se lanzó sola en persecución de Gorgias. Un inmenso clamor premió su nueva proeza.

—¿Y ahora? —le preguntó Focas a su cerbero.

Bonoso se volvió hacia la tribuna de los azules. Su jefe, Caliopas Trimolano, parecía aterrado y lanzaba miradas interrogativas en dirección al palco imperial. Bonoso levantó los brazos, como si se estuviera desperezando. Al instante, en la tribuna se inició un extraño ajetreo. Alrededor de Trimolano, los azules ponían en pie grandes tableros que estaban ocultos en el suelo.

En la pista, Gorgias adelantó al auriga que había ido en cabeza durante toda la carrera. Un instante después fue Porfirio quien, en su persecución, pasó al infortunado, cuyos caballos ya no podían seguir aquel ritmo infernal. Ahora los campeones de las dos grandes facciones estaban en cabeza. Gorgias mantenía una ligera ventaja, pero todo el hipódromo sabía que una ligera ventaja, incluso a menos de una vuelta de la línea de llegada, rara vez era suficiente frente a Porfirio. El verde no tardó en atacar e intentó adelantar por fuera. Tenía la frente empapada en sudor, calambres en las pantorrillas y las manos temblando por la tensión reprimida y el cansancio... De pronto, en mitad de la recta, cuando estaba a la altura de Gorgias, quedó como cegado: la pista desapareció y todo se volvió borroso. Su carro dio un brusco bandazo, que estuvo a punto de lanzarlo contra la barandilla. Un instante después recuperó la visión tan repentinamente como la había perdido. Volvió a ponerse a la par de su oponente, pero de nuevo sus ojos no vieron más que un sol cegador. «¿Qué me pasa?», se preguntó, casi presa del pánico.

—¡Dios mío, se va a desmayar! —rugió Juan Krukis.

Pero cuando el jefe de los verdes miró hacia la tribuna de los azules comprendió lo que tramaban. ¡Los azules estaban deslumbrando a Porfirio! Los tableros que habían sacado hacía unos instantes estaban revestidos con

láminas de hierro. Los orientaban hacia el auriga verde y lo cegaban a propósito. Su tribuna, situada a la altura de la última curva, frente al sol poniente, era el lugar ideal para reflejar sus ardientes rayos.

Indignado y con el corazón en un puño, Juan Krukis mandó a un grupo de verdes a exigir a los azules que pusieran fin a esa estratagema desleal. Pero sabía que no conseguirían llegar a la tribuna rival antes de que acabara la carrera.

Porfirio había conseguido mantener el rumbo, pero Gorgias había vuelto a ponerse claramente por delante. «Después de la curva, ya no podrán cegarlo», se dijo Krukis para tranquilizarse.

Mientras tanto, su protegido, que no distinguía nada a su alrededor, se había confiado por entero al instinto de sus yeguas. La curva final era su última oportunidad de adelantar a Gorgias. Pero abrió los ojos de nuevo y volvieron a cegarlo, e, instintivamente, sus manos tiraron de las riendas. Sus yeguas, en lugar de torcer a la izquierda para adelantar al adversario, se desviaron a la derecha y tomaron la curva por el exterior.

—Ya está. Gorgias no puede perder —le susurró Bonoso a Focas.

Pese a su gran sonrisa, el emperador no compartía la alegría de su compañero. La victoria de Gorgias debería haber sido una formalidad. Al final iba a conseguirlo, pero ¿a qué precio? Estaba claro que Krukis no había cumplido su encargo, o no lo bastante bien. Por un instante, Focas pensó en hacérselo pagar. Pero ya no servía de nada. Lo importante era que ganara Gorgias.

El campeón de los azules no había dejado de vigilar a su rival, temiendo hasta el último momento que intentara adelantarle por el interior. Pero cuando vio que al llegar a la curva se apartaba de él, se dejó invadir por el entusiasmo: ¡Porfirio había perdido! Ya no podía darle alcance. ¡Aquella magnífica victoria sería suya, suya! Por unos instantes, sintió la mayor alegría de su vida. Incluso se dio el gusto de volver la cabeza para ver a su oponente intentando rectificar la dirección a la desesperada. El recuerdo de ese breve momento lo acompañaría durante mucho tiempo. Si no se hubiera vuelto para regodearse en la derrota de Porfirio, si no hubiera cantado victoria antes de tiempo, tal vez hubiera podido evitar al auriga rezagado contra el que se estrelló a la salida de la curva.

El choque le destrozó la rueda izquierda. Tras encabritarse, sus caballos continuaron al paso y se detuvieron. Gorgias soltó un grito en el que el estupor se mezclaba con la desesperación. Porfirio, fuera ya del alcance de los tableros, cruzó la línea de llegada como vencedor.

Esa noche, Shahin no se había presentado ante su hermano, el generalísimo persa Sharvaraz. ¿Qué habría podido decirle que no supiera ya? Las tropas que había puesto bajo su mando, las mejores, las más aguerridas, habían vuelto a fracasar. Shahin en persona había dirigido varios asaltos, y fueron rechazados uno tras otro. No había nada que hacer. Las murallas de Dara seguían intactas.

Sabía que Sharvaraz no se lo habría reprochado. Para no apesadumbrarlo más, seguramente se habría abstenido hasta de suspirar. Por severo e implacable que fuera, con él tenía ese tipo de delicadeza. Habría escuchado sus recriminaciones con paciencia y puede que lo hubiera confortado. Pero Shahin no quería imponerle la ira que lo poseía, añadir ese peso a una mente tan cargada de preocupaciones como la suya. Esa noche prefería recorrer las calles del campamento persa con paso vivo. Tenía otros métodos para aliviar su frustración.

Ninguno de los dos hermanos se hacía muchas ilusiones sobre las posibilidades de tomar aquella ciudad. Nunca se las habían hecho. Sharvaraz había obedecido la orden del rey de reyes Cosroes. Orden disparatada, orden criminal. Porque, ¿qué sentido tenía malgastar el genio de un estratega como Sharvaraz frente a aquellas murallas infranqueables? Era un terrible desperdicio. Shahin las veía alzarse ante él, negras, siniestras. La materialización de los límites contra los que todo hombre acaba chocando algún día. Sharvaraz no había conocido el fracaso. Esta vez estaba condenado a él. Una deshonra que recaería sobre su familia.

Shahin sentía esa humillación futura —porque llegaría un momento en que habría que batirse en retirada y volver a Ctesifonte con la cabeza gacha— de forma aún más amarga que su hermano. Sharvaraz nunca decía una palabra más alta que otra, ni siquiera cuando mencionaba a Cosroes, el responsable de aquel desastre. En cuanto a Shahin, lo maldecía abiertamente. Durante años,

Cosroes había sido un aliado servil de los romanos, ¡y resulta que ahora quería arrebatarles Dara! Se había aliado con ellos, por lo menos con los que en su día le habían permitido recuperar la corona, y quería hacerles una mala jugada, ¡pero una mala jugada imposible de hacer!

Era un comportamiento tan ruin como ridículo, muy propio de un monarca que cazaba en litera en un parque donde los animales, medio domesticados, se ponían a tiro de flecha. ¿Las disparaba él, siquiera? Era muy capaz de delegar en otros incluso eso, como todo lo demás.

Shahin ahogó un juramento. Lo peor que podía sentir un hombre era impotencia. A veces le entraban ganas de emprender solo el ascenso de los negros muros y dejar que lo acribillaran a flechazos, para acabar de una vez. Su hermano le había hecho comprender que, de poner en práctica ese desatino, no debía esperar ninguno de los rituales funerarios indispensables para que su alma fuera a fundirse con el principio de la Luz.

Por suerte, tenían a los prisioneros, capturados durante las dos brillantes batallas que habían ganado a las tropas del usurpador Focas semanas antes. Antes de aquel absurdo sitio. Shahin los vio a lo lejos, delante del campamento, frente a Dara: los habitantes de la ciudad debían poder contemplarlos y, a ser posible, oír sus gemidos. Ellos, que se lo pasaban en grande retándole desde lo alto de sus murallas, también sufrían un poco a través de terceros. Veían aquellos extraños toneles de los que sobresalían las cabezas, agitándose y suplicando.

Metidos hasta el cuello, con el cuerpo encogido, estaban los prisioneros romanos. No los mataban de hambre ni de sed. ¿Para qué? Al contrario, los alimentaban bien y les daban de beber. Solo que no los sacaban nunca de entre aquellos listones sujetos con aros de hierro. Shahin prefería no imaginar lo que sucedía dentro.

A cincuenta pasos, percibió el abominable hedor. Una fermentación de un tipo único. Siguió acercándose. Los guardias se apartaban de él con temor. Sospechaban lo que iba a ordenarles.

Un vistazo rápido, entre otras cosas porque con aquella peste era imposible quedarse allí mucho rato. Uno de los prisioneros le pareció lo bastante maduro. Lo señaló con el dedo. Los guardias cogieron el barril. El hombre aulló. Buena cosa. Era evidente que su cuerpo había empezado a descomponerse, pero no estaba muerto ni inconsciente. Aún podría gritar cuando lo colocaran con su tonel sobre la catapulta y lo estrellaran contra las altas paredes negras.

Porfirio celebró la victoria como se merecía. Había obtenido muchas, pero aquella tenía un valor especial: era inesperada. Vociferando y en pie, el hipódromo lo coreó como a un triunfador de los tiempos antiguos. Sobre su carro, completamente descoyuntado, una simple plancha sobre ruedas, traqueteante, desfondado, hecho una ruina, del que las espumeantes y maltrechas yeguas seguían tirando como podían, el auriga inició la vuelta de honor. Cuando pasó al trote corto ante la tribuna de los verdes parecía que el hipódromo iba a venirse abajo. Las salvas de aplausos recorrieron incluso las gradas de los irreductibles enemigos azules.

Constantinopla solo tenía ojos para aquel hombre. Durante largos minutos, se mantuvo en comunión con él: no existía nada que no fuera aquel ser casi sobrenatural. La amenaza persa, la pérdida de las tres cuartas partes del Imperio a manos del general Nicetas, los crímenes de Focas, sus concesiones, el propio Focas... todo se olvidó. Porfirio era lo único que había en el mundo. Su sublime carrera ocupaba las mentes y animaba los corazones. Consolaba de tantas derrotas y cobardías. Vengaba de algún modo la parte que le correspondía a cada uno en el honor perdido.

—Se diría que el emperador es él, ¿no? —murmuró Prisco, que había disfrutado con el espectáculo y, tras echarse sobre los hombros su espléndida capa, se disponía a abandonar el palco imperial.

Al otro lado del hipódromo, en medio de un alborozo ensordecedor, Krukis estaba inquieto. Parte de los homenajes de que era objeto Porfirio se extendían a él, pero respondía a las felicitaciones que le llegaban de todas partes con frases estereotipadas, que pronunciaba en un tono distante, y sus interlocutores se sorprendían al verlo tan poco entusiasmado. El jefe de los verdes observaba a Focas.

El emperador no había abandonado su gran sonrisa, casi beatífica. También él levantaba los brazos para manifestar su alegría y, como buen

partidario de los verdes, lanzaba gritos de triunfo. Pero a Krukis le llamó la atención su palidez.

La felicidad de Porfirio se vio ensombrecida por un incidente que puso fin a su vuelta de honor. El auriga había advertido que Clitemnestra, la yegua que pese a la lesión en la pata había mantenido valerosamente el ritmo endiablado que le había impuesto durante toda la carrera, se tambaleaba cada vez más. Pensaba llevarla a que la atendieran tras una última vuelta a la pista para saludar a su público. De pronto, el animal se derrumbó. Porfirio saltó al suelo de inmediato: Clitemnestra estaba muerta.

Los espectadores recibieron el desgraciado hecho con gritos de estupor. Krukis lo consideró un presagio siniestro. Cuando Porfirio hizo su entrada en la tribuna de los verdes y corrió a abrazarlo, el anciano, asaltado de nuevo por ideas sombrías, se mostró casi frío. El joven campeón, solicitado por todos, apenas lo advirtió. No tardaron en llevárselo lejos de su viejo mentor, para celebrar como era debido su extraordinaria victoria en las tabernas de Constantinopla.

La locura del hipódromo lo siguió a través de las callejas de los alrededores. El auriga pasaba de unos brazos a otros. La gente se lo disputaba y le ofrecía el mejor vino para tener el honor de brindar con él, las mujeres le deslizaban notas escritas a toda prisa en trozos de tela... Todos aquellos ojos vueltos hacia él, aquellas caras, en su mayoría desconocidas y como poseídas, aquellas manos que querían tocarlo... El torbellino duró horas.

Porfirio acabó escapándose de la última taberna a la que lo habían arrastrado. A su alrededor, el gentío había disminuido. Solo quedaba un puñado de fieles bastante entonados, que se contaban por centésima vez las vicisitudes de la carrera. Porfirio necesitaba tomar el aire. El recuerdo de Krukis, extrañamente incómodo en el cajón y casi glacial tras la victoria, volvió a su mente. Por primera vez, reflexionó sobre los diversos incidentes que habían salpicado la carrera: la puerta bloqueada, los espejos utilizados por los azules...

La noche había caído hacía rato. Porfirio se vio al fin solo en una calleja sumida en la oscuridad, que los pálidos rayos de una luna casi llena no atenuaban. La ciudad se reponía de las emociones de la jornada. Aparte de las voces que salían de la taberna, todo parecía haber vuelto a la calma. Los gritos, los aplausos, la histeria de la multitud se habían desvanecido. ¿Habían existido realmente? Porfirio aspiró con avidez la fresca brisa que llegaba del Bósforo. La cabeza le daba vueltas. Incapaz de determinar con exactitud dónde se encontraba, decidió echar a andar en línea recta. El cansancio, que

no había notado hasta ese momento, se apoderaba de él y entorpecía sus movimientos. Su aturdimiento era tal que ni siquiera advirtió que cuatro sombras se despegaban de los muros de la calleja y empezaban a seguirlo.

Cuando el auriga se paró en la primera esquina para decidir qué dirección tomaba, las sombras se detuvieron a cierta distancia de él. Luego, en cuanto reanudó la marcha, tambaleándose, volvieron a seguir sus pasos. Agotado y absorto en sus pensamientos, Porfirio no se daba cuenta de nada. En determinado momento, una de las sombras hizo una seña a las demás.

Un instante después, el auriga vio que dos hombres lo adelantaban, inspeccionaban los alrededores con un rápido vistazo y se volvían hacia él. Por instinto, retrocedió un paso: chocó con otros dos individuos. Supuso que se trataba de ladrones.

—¿Sabéis quién soy?

Era impensable que fueran a por él. Estaba claro que no lo habían reconocido.

—Alguien que ha ganado una carrera que tendría que haber perdido —respondió uno de los hombres que estaba enfrente.

Sus palabras le hicieron estremecerse.

—¿Qué queréis? ¿Dinero?

Empezó a buscar torpemente entre los pliegues de su túnica.

—Con lo que vamos a recibir cuando acabemos contigo, no merece la pena.

Porfirio sintió que unos fuertes brazos lo inmovilizaban. La embriaguez, el cansancio y quizá también el miedo hicieron que apenas ofreciera resistencia.

—¡Tumbadlo en el suelo! —gritó el que llevaba la voz cantante—. ¡Sujetadlo bien! Y no olvidéis las órdenes: golpearlo, no matarlo.

Había sacado un mazo de hierro. Porfirio vio que levantaba el brazo: iba a descargarlo sobre su rodilla. El auriga comprendió que querían romperle la pierna, pero estaba paralizado. De su garganta no salía ningún sonido. Cerró los ojos y esperó lo inevitable.

Cuando llegaron al campamento, el sol ya estaba saliendo. Era el mismo paisaje inmóvil: los balidos lejanos de invisibles rebaños, el olor de la tierra avivado por el rocío matutino, un cielo atravesado por unas cuantas nubes, las límpidas aguas del río, más abajo... La tarde anterior, la apacible belleza de aquel valle rodeado de verdes montañas le era indiferente. En ese nuevo amanecer, pese al cansancio, Nicetas miraba cada roca, cada claro acariciado por la brisa, el animal más pequeño que salía huyendo ante él, con curiosidad, con alegría. Todo lo emocionaba.

No había abierto la boca en todo el trayecto, y Mundir había respetado su silencio. Después de todo, ¿qué habría podido preguntarle el árabe? Ahora creía saberlo más o menos todo. Incluido uno de los secretos mejor guardados del Imperio. No podía sospechar que, en realidad, ignoraba lo más importante. Él había tenido que quedarse de espaldas. La había oído, pero no la había visto. Sin embargo, lo esencial era que Mundir hubiera comprendido que ahora el ejército rebelde tenía una baza con la que sus adversarios no contaban, más temible, en cierta forma, que cien mil soldados bien entrenados. ¿Reconsideraría su decisión de abandonarlo antes del ataque final, de regresar a su desierto sirio a la mayor brevedad?

Una vez en la tienda, Nicetas se sentó ante su mesa. Estaba muerto de cansancio, pero sabía que no conseguiría dormir. El alma le bullía, estaba exultante. Se puso a escribir y luego llamó a Marco, a quien tendió varios de aquellos delgados pergaminos que el chico sabía hacer volar hasta cualquier punto del Imperio.

—Estos mensajes tienen que llegar a Cartago y a Constantinopla cuanto antes.

El campamento se despertaba poco a poco. Los hombres empezaban a aparecer en las polvorientas calles. Nicetas les había dado el día libre para que descansaran. Ningún ejercicio obligatorio, aunque todos estaban invitados a

bruñir sus armas. Contaban con tomar el camino de Constantinopla al día siguiente. Era lo que tenía previsto el joven general hasta la tarde anterior. Pero ahora dudaba.

Marchar de inmediato hacia Constantinopla seguía siendo peligroso. Focas disponía de un ejército más imponente que el suyo. Algunos de sus espías hablaban de entre cuarenta mil y cincuenta mil hombres. Evidentemente, tenía partidarios en la ciudad, y ahora contaba con un argumento de peso, casi mágico, para convencer a los defensores de que le abrieran las puertas. Aun así, si se presentaba ante las gigantescas murallas guardadas por tantos soldados se exponía a llevarse una sorpresa desagradable. No temía por sí mismo; nunca lo había hecho, cosa que su tío le reprochaba a menudo. Ahora temía por otra persona.

Debía conseguir que corriera el menor riesgo posible. Que llegara a una ciudad desprovista del grueso de sus defensores, encontrar el modo de derrotar previamente al ejército del que seguía disponiendo Focas. Atraerlo a un terreno que hubiera elegido él. Bonoso, el perro del Usurpador, quería pelea. Se lo habían dicho sus espías. Había que aprovecharlo. Pero Focas jamás dejaría partir a su último ejército sin estar seguro de la victoria. ¿Cómo hacerle creer que no perdía nada?

Cuando estaba en ese punto de sus reflexiones, Eumeno, el guardia nuevo, apareció. Discreto, sin anunciarse siquiera y, como siempre, sudando. Avanzó hacia él diciendo que estaba allí para tratar de sus «asuntillos». No le dio tiempo a explicarse mejor. Teodoro irrumpió a su vez, con la cara, tan pálida habitualmente, enrojecida por la cólera. Reconvino duramente al nuevo, cuyo turno de guardia no empezaba hasta dos horas después, y luego se deshizo en excusas delante de Nicetas. El bueno de Teodoro. Siempre tan escrupuloso.

Ahora el sueño enturbiaba la mente de Nicetas. Antes de rendirse a él, le dio tiempo a comprender de qué quería hablarle el tal Eumeno. De sus «asuntillos». Chicas. Las chicas que había localizado en los pueblos vecinos. De repente, la idea le asqueó.

El primer grito que se oyó no fue el suyo.

Tras una brusca sacudida como venida del cielo, la presión que ejercían sobre su cuerpo cesó: ya no lo sujetaban contra el suelo. Volvió a oír gritos desgarradores, juramentos, ruido de porrazos... Tenía la cabeza a punto de estallar. ¿Soñaba? ¿Ya estaba muerto?

Cuando volvió a abrir los ojos, su atacante yacía boca abajo en medio de un charco de sangre. De pie junto a él, un hombre con el rostro crispado le escupió a la cara. Se agarraba el cuello con las manos. Cuando dejó caer los brazos, Porfirio vio la punta de una flecha asomando por su garganta. Consiguió apartarse para que el cuerpo no le cayera encima. Todo era borroso y confuso. El joven auriga, desconcertado y todavía entumecido, se sentía a la vez víctima y espectador de unos hechos que lo superaban.

Frente a él, dos de sus agresores forcejeaban con un solo hombre. Sin embargo, eran ellos los que parecían a la defensiva, acorralados contra la pared.

Uno de ellos no tardó en derrumbarse, con el pecho ensangrentado. Su secuaz puso pies en polvorosa y desapareció en la oscuridad. Un instante después, Porfirio oyó súplicas a lo lejos y luego un grito, un estertor y, por último, nada. Mejor dicho: unos pasos que volvían hacia él. De las tinieblas surgió una figura inmensa.

—¿Puedes andar?

El campeón verde, agotado por las emociones, no respondió. Perdió el conocimiento.

Cuando despertó, el aire estaba saturado de un olor familiar. Era el fuerte y penetrante olor del mar, pero mezclado con un tufo dulzón, agradablemente rancio, que hacía pensar en el estuario. Estaba cerca del Cuerno de Oro.

Abrió los ojos y se irguió sobre los codos: todo a su alrededor recordaba la bodega de un barco.

—Vuelve a tumbarte. Aquí no tienes nada que temer —le ordenó una voz.

El auriga, mal repuesto, creyó que su vida seguía en peligro.

—¡Me has secuestrado! —exclamó.

Al decir esas palabras se incorporó de nuevo: frente a él, un hombre sentado le daba la espalda. Su tamaño lo impresionó. Un auténtico coloso. Estaba escribiendo en una tablilla de madera.

—Te he dicho que te tumbes —gruñó sin volverse hacia él—. Necesitas descanso. Así que descansa.

Estupefacto ante su tono autoritario, que nadie salvo Krukis se atrevía ya a utilizar con él, Porfirio no supo qué contestar.

—No te he secuestrado —siguió diciendo el hombre—. Te he salvado la vida. O, si no la vida, al menos buena parte del cuerpo. Querían destrozarte, acuérdate.

En la cabeza del auriga, la niebla empezaba a disiparse.

—¿Quién?

—Alguien poderoso.

—¿Quién?

El hombre, que seguía escribiendo de espaldas a él, no respondió.

—¿Quién? —insistió Porfirio con voz angustiada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Para quejarme al emperador y que le imponga un castigo!

El hombre suspiró.

—Qué ingenuo eres, Porfirio...

El aludido se sonrojó.

—¿Por qué dices eso?

—Quien ha pagado a esos hombres es Focas.

Conmocionado, el auriga abrió los ojos como platos.

—Pero... el emperador me apoya... Es un verde, un verde convencido... —farfulló.

El desconocido meneó la cabeza.

—Focas solo es verde cuando le conviene. Se hizo verde porque los verdes estaban enfadados con el emperador Mauricio y le ayudaron a usurpar el trono. Es verde porque los verdes son más fuertes y más numerosos que los azules, y porque su campeón gana más carreras. Lo que no le impidió apostar contra ti.

—¿Cómo sabes todo eso?

Por toda respuesta, el hombre volvió a suspirar.

—¿Qué hacías allí anoche? ¿Por qué me ayudaste?

El desconocido hizo un gesto exasperado.

—¡Eran cuatro, por lo menos! —exclamó Porfirio, que empezaba a recordar imágenes de la noche anterior.

Entonces cayó en la cuenta de que ni siquiera había dado las gracias a su salvador. Pero, de nuevo, sus frases chocaron con un mutismo desdeñoso. Quizá fuera el momento de despedirse de su inquietante anfitrión.

En cuanto hizo amago de levantarse, el hombre dejó el estilete en la mesa y se alzó ante él. ¡Qué estatura! Y aquel rostro...

—No me des las gracias. Te salvé porque te necesito. Vas a hacerme emperador, Porfirio.

El campeón verde se quedó petrificado, prisionero de aquellos ojos brillantes y aquella voz que de pronto se había vuelto aún más potente, irresistible.

—Asistí a tu carrera —continuó el hombre—. Presencí tu triunfo. Vi a la muchedumbre venerándote como a un dios. Escuché a la ciudad, que solo hablaba de tus hazañas. ¿No sabes que todo eso es vano? Remueves el polvo, Porfirio. Mientras tú das vueltas alrededor de la pista, la Historia avanza; se preparan acontecimientos que sí son reales. Se está hundiendo un imperio, ¿no lo sabes? El imperio más grande, más antiguo del mundo está de rodillas por culpa de un asesino miserable, Focas, el mismo hombre que quería matarte. Nuestro mundo toca a su fin, pero ¿cómo ibas a saberlo tú? Lo único que conoces es el resplandeciente mármol del hipódromo, sus suntuosas cuerdas, los millones de piezas de oro que se ganan en tu nombre. Constantinopla aún rebosa de todo. Riqueza engañosa, riqueza nefasta, porque ¿de dónde viene? Del pillaje. ¿Y a quién robamos? No al enemigo, al que preferimos comprar. A nuestras propias provincias. El Imperio se devora a sí mismo, es su propio botín de guerra. Hemos dejado de cultivar la tierra, nuestras manufacturas decaen y nuestros comerciantes prefieren abastecerse en Persia y no aquí, donde ya no se produce nada; nuestros soldados se niegan a luchar y amenazan con rebelarse si no cobran el salario, nuestras artes han muerto... De modo que sí, Porfirio, tú triunfas... sobre un campo de ruinas.

La voz penetraba hasta el fondo de su alma. Era ardiente y, al mismo tiempo, lo helaba. En aquel coloso se adivinaba una vida apasionada sepultada bajo las cenizas de un infortunio irreparable. Había en él una fuerza tanto más irresistible cuanto que era desesperada. Sus ojos expresaban amarga decepción, renuncia, un amor muerto. Apenas era mayor que Porfirio.

—Un hombre quiso atajar ese declive, restablecer la disciplina en los ejércitos, la honradez en la administración, el amor al esfuerzo y el valor del mérito entre nosotros —prosiguió el desconocido—. Constantinopla lo mató. Constantinopla prefirió la viscosa demagogia de Focas a Mauricio, con su sana severidad; le ofrecía afrontar los desafíos de la supervivencia y recuperar la robusta austeridad de nuestros padres, pero eligió seguir deslizándose hacia el abismo. Yo soy el vengador de Mauricio, la espada que ha venido a levantar de nuevo el Imperio, a purgarlo de sus ponzoñosos deleites. Soy la espada de la Justicia.

Porfirio no se sentía capaz de resistirse a aquella ardiente voluntad.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Tu popularidad te abre todas las puertas. Toma esta carta. —El hombre le entregó la tablilla que acababa de escribir en la mesa de madera—. Será un buen comienzo. El nombre de la persona a quien debes llevársela está escrito ahí. Lo leerás cuando hayas salido, no antes. Hazla llegar a su destino hoy mismo. Y prudencia: si cae en malas manos, eres hombre muerto.

—Y tú también, supongo...

Por primera vez, el desconocido esbozó una sonrisa.

—Toma —dijo tendiéndole una pequeña moneda de cobre—. Por las molestias.

Porfirio lo miró perplejo. Sus victorias lo habían convertido en uno de los hombres más ricos de la ciudad. Aquella moneda ofrecida de ese modo era casi un insulto.

—Sé lo que estás pensando —aseguró el hombre—. Aun así, cógela.

Cuando el auriga se encontró de nuevo al aire libre, el sol ya estaba alto. El viento del mar le azotó el rostro y lo sacó de su aturdimiento. En efecto, estaba en el Cuerno de Oro, pero en un lugar apartado del puerto, lejos de la zona de más trajín. Los barcos que echaban el ancla en aquel sitio no eran las inmensas naves que podían surcar el Mediterráneo y traían enormes cantidades de trigo de Egipto, incluso de Hispania. Eran navíos más modestos, que no interesaban al cliente habitual, como aquel del que acababa de salir, una carraca cuyo único rasgo destacable era su aparente robustez y, por supuesto, los cuatro o cinco guardias con los que se había cruzado en el puente, armados hasta los dientes bajo su disfraz de simples comerciantes.

«Ni siquiera le he preguntado su nombre». Porfirio se sorprendió de su despiste. Su mente empezaba apenas a liberarse del dominio que el desconocido había ejercido sobre él desde que se había despertado. «Llevaré la carta, pero después estamos en paz. En cuanto a ti...». Cogió la moneda de

cobre y se acercó a la orilla para arrojarla al agua. Pero en el último instante sus ojos se posaron en la impronta, que no reconoció. No, no la había visto nunca. Mirándola con más detenimiento, le llamó la atención el rostro que estaba acuñado. «¿Será posible? Esa cara, esa cara... ¡Claro que sí, no hay duda! ¡Es la suya!».

Dio la vuelta a la moneda y descifró dos nombres: «Cartago» y «Heraclio el Joven».

26 de septiembre

El palacio que ocupaba el general Prisco era uno de los más lujosos de Constantinopla. Se alzaba frente a la Propóntide, que llegaba a lamer sus muros cuando había mar gruesa. Su propietario había hecho construir un espigón, oficialmente para protegerse de la amenaza de las olas, y de hecho moderaba sus embates, mucho más temibles en ese lado de la ciudad que a lo largo del Cuerno de Oro. Pero también hacía posible que una discreta embarcación fondeara de forma permanente ante el impresionante edificio. Una escalera tallada en el muro daba acceso al pequeño barco, que podía manejar un solo hombre aunque no tuviera mucha experiencia y que, a instancias de Prisco, permanecía aprovisionado de víveres y listo para hacerse a la mar en cualquier momento. «Simple precaución», había dicho el general cuando su esposa mostró extrañeza ante esas disposiciones.

Prisco tenía un carácter inquieto. Pese a su enorme popularidad, desconfiaba de la plebe, de sus irracionales sublevaciones, de su frenesí, de pronto incontrolable. El recuerdo de los disturbios que habían provocado la violenta caída de Mauricio seguía obsesionándolo. Durante casi una semana, una turba desmandada, que contaba entre sus filas a respetables padres de familia, prósperos tenderos e incluso algunos monjes, se lanzó contra los palacios y las mansiones de los ricos de la ciudad. No se trataba tanto de saquear como de destruir lo que un día antes muchos adoraban, de quemar y matar de manera indiscriminada. A Prisco solo lo salvó su ausencia: estaba al mando del ejército del Danubio.

Pero cuando sus hombres oyeron hablar de la agitación de Constantinopla, provocada por la negativa del emperador a organizar los juegos, se sublevaron a su vez. El Mauricio que privaba a su pueblo de las habituales diversiones con la excusa de que las finanzas del Estado no lo permitían, ¿no era el mismo que los obligaba a ellos a pasar el invierno entre las gélidas brumas del norte, lejos de sus familias y las comodidades de la ciudad? ¿Algún

emperador se había atrevido antes a negar a sus valientes soldados la sacrosanta tregua invernal?

Prisco trató de explicarles que aquel esfuerzo adicional no se les exigía por mera crueldad: Mauricio quería poner fin a la amenaza de los ávaros. Todos los años, desde hacía casi un siglo, esos temibles nómadas, sucesores de los hunos, pero más organizados y mejor armados, devastaban el norte del Imperio. No era suficiente con una simple campaña de verano. Ya se habían llevado a cabo decenas, y solo habían sido éxitos parciales: cuando parecía que los habían aniquilado definitivamente, tras conseguir victorias aplastantes, ellos aprovechaban el invierno para recuperar fuerzas y reclutar nuevas tropas entre las inagotables hordas de las estepas, y reanudaban sus destructivas incursiones en cuanto volvía el buen tiempo. Esta vez no iban a darles tregua; debían prolongar el esfuerzo durante el gélido invierno y exterminar hasta al último de ellos.

Sus razones no convencieron a unos soldados exhaustos y ateridos a los que un joven centurión llamado Focas prometía los placeres de Constantinopla, ciudad conquistada, si marchaban junto a él para acudir en ayuda de la plebe sublevada.

No obstante, Prisco estuvo a punto de conseguirlo, y, en consecuencia, recordaba el momento en que todo se había ido al garete con despecho, con una rabia impotente, que ocho años después seguía quemándole por dentro. De pie frente a la nutrida y tumultuosa asamblea, en medio del campamento cubierto de nieve, revestido con su suntuoso manto de generalísimo, inmaculado pese a que el barro no respetaba nada, casi logró apaciguar la cólera de sus tropas a base de palabras hábiles y convincentes. Los hombres se dejaron seducir por la gloria que les prometía. En la explanada, barrida por rachas de nieve casi gris, volvió a hacerse el silencio. Pero de pronto se oyó una voz que Prisco conocía de sobra. Otra vez aquel maldito centurión, incapaz de obedecer. «¡Buscar el martirio es un pecado!», aulló.

Bastó esa frase para que el fluctuante ánimo de los soldados oscilara a su favor. Justificaba su pereza y su cobardía con la única autoridad capaz de rivalizar con la del emperador: la religión. El tumulto volvió con mayor fuerza si cabe, y Prisco comprendió que esta vez todo estaba perdido. Si intentaba hacer entrar en razón a aquella muchedumbre armada, que ahora profería insultos y agitaba los puños, su cabeza acabaría paseando por el campamento clavada en una pica. Así que aquel hombre elegante y refinado, miembro destacado de la vieja aristocracia, se había plegado a la sedición y sumado a ella.

No podía descartarse que estallara una nueva revuelta en Constantinopla. No obstante, el generalísimo se tranquilizaba a sí mismo: sus relaciones con los verdes nunca habían sido mejores. Y, en lo esencial, eran ellos quienes hacían y deshacían en Constantinopla, en mayor medida que los azules, que llevaban décadas perdiendo fuelle. La facción que dirigía Juan Krukis contaba con afiliados de los barrios más populosos de la ciudad, y en cada manzana, incluso en cada casa, había al menos un individuo pagado directamente por la cuadra, que recogía las quejas de la plebe e intentaba ponerles remedio. Esa división en zonas le permitía ejercer sobre la población un control más estricto que el de la propia policía imperial. Si se producía una nueva insurrección, Prisco podía confiar en que los sublevados lo respetarían.

En cambio, nada lo protegía del cambiante humor de Focas. El asunto de la estatua había sido una seria advertencia. Su suegro le había perdonado la vida. ¿Por cuánto tiempo? Los juegos continuaban. El emperador asistía a ellos casi siempre, pero, desde la tarde de su espectacular reconciliación en el hipódromo, su actitud había cambiado. Entre Bonoso y él había habido conciliábulos; Prisco no había conseguido enterarse de lo que habían hablado, ni siquiera ofreciendo fortunas a ciertos eunucos bien informados y generalmente habladores.

En público, Prisco no dejaba traslucir sus temores y se dedicaba a sus actividades como si tal cosa. Su puerta seguía abierta a numerosos solicitantes. Acudían a pedirle favores, apoyo o consejo, y él hacía alarde de su proverbial generosidad, cultivando de forma especial, como siempre, sus buenas relaciones con los verdes y el clero, pero sin descuidar a los azules. El auriga Porfirio le había hecho una visita, y él lo agasajó como a un héroe. Sergio, el patriarca de Constantinopla, le había confesado las dificultades económicas a las que se enfrentaba para renovar la iglesia de Sana Irene: le hizo un donativo colosal.

Pero su actitud despreocupada ocultaba una profunda agitación. Prisco presentía que Focas iba a golpear. Veía en sus ojos que necesitaba hacer correr la sangre. ¿Se debía a los reveses militares frente a Nicetas y los persas? ¿El sitio al que pronto se vería sometida Constantinopla? Prisco no lograba dilucidar la causa del brusco ensombrecimiento del emperador y temía ser quien pagara las consecuencias.

Lo único que le tranquilizaba era pensar en su mujer. Domencia era su muralla contra el tirano. A veces se preguntaba si la habría querido tanto en otras circunstancias. De hecho, de no ser por los desórdenes que ocho años antes habían desembocado en el inesperado golpe de Estado de Focas,

Domencia —bien lo sabía— continuaría siendo la hija de un oscuro centurión. Habría seguido languideciendo en la pobreza y el anonimato. Y se habría casado con el hombre a quien su padre la había prometido desde su más tierna edad, su amigo y compañero de armas Bonoso. Si una tragedia como la caída de un gran emperador, el exterminio de su familia y su sustitución por un demagogo cruel e incompetente podía tener algún sentido e incluso justificarse, en cierta medida era, se decía Prisco, porque había permitido salir de la sombra a un ser tan excepcional como Domencia.

Hija única del nuevo amo de Constantinopla, se había convertido de la noche a la mañana en el mejor partido de la ciudad. Después de algunas dudas, Focas se la entregó a Prisco. Con ello esperaba ganarse a un valioso aliado, el único general de Mauricio susceptible de servirle también a él, puesto que Narsés estaba muerto y Heraclio el Viejo, en rebeldía larvada en la lejana Cartago. Según decía, también cedió a los ruegos de su hija, que se sentía atraída por Prisco desde que lo conoció en una misa solemne en Santa Sofía, en la que hombres y mujeres se habían mezclado de forma excepcional. El lujo, la desenvoltura, el ágil e irónico ingenio de aquel brillante hombre de guerra habían deslumbrado a la joven advenediza, que se había criado oyendo los juramentos de la soldadesca.

Prisco no conseguía recordar si también él se sintió subyugado desde un principio. Domencia lo impresionó: tenía una cabellera del mismo rojo resplandeciente que su padre y muchos de sus rasgos. Repulsivos en Focas, convertían a Domencia en una de las mujeres más atractivas de Constantinopla. En cuanto la vio, la joven le agradó, pero también le repelió. En su hermoso rostro, pálido e inocente, veía dibujarse la cara acuchillada del asesino de Mauricio. El hábil estratega comprendió enseguida el partido que podría sacar de su unión con la hija única del tirano, quien la adoraba, y la cortejó. Tuvo el tacto de no interponerse nunca en el afecto que sentía por su padre. Después de todo, no era más que otra de las buenas cualidades de Domencia.

El rey de reyes Cosroes seguía de cerca lo que ocurría en Dara, es decir, tan de cerca como podía desde su palacio de Dastagerd. El generalísimo Sharvaraz le enviaba mensajes con regularidad. Además, el monarca persa disponía de sus propios informadores, porque, por supuesto, habría sido muy imprudente confiar únicamente en la buena fe de un jefe del ejército.

Así pues, sabía que el sitio se había estancado, lo que no podía sorprender a nadie. Aun así, en su última misiva a Sharvaraz le instaba a no renunciar, a no empañar el honor persa.

Dara era el sueño incumplido de los soberanos persas. Cosroes no era el primero que se daba de bruces contra sus murallas. Su abuelo, Cosroes I, venció al gran Justiniano en batalla campal, impuso a los romanos un tratado de paz humillante y les arrebató casi todos los territorios entre el Tigris y el Éufrates, pero sus sueños se estrellaron contra las murallas de Dara. Se contaba que la inmensa llanura que se extendía a los pies de la ciudad era blanca a causa de los innumerables esqueletos de sus tres ejércitos aniquilados. El rey de reyes sabía por Sharvaraz que era falso: la planicie, bañada por el Tigris y dominada por las altas paredes de basalto, era verde. En cuanto al padre de Cosroes, Ormuz, nunca se atrevió a volver los ojos hacia Dara.

El monarca tomó otro bocado del exquisito hojaldre de carne que le habían servido en la suave penumbra de una sala cubierta de vegetación pintada. Eso era lo que más había echado de menos durante su exilio en Constantinopla: los platos persas, su incomparable sutileza. A su lado, la cocina romana resultaba rudimentaria, previsible, demasiado simple. Siempre reconocías los ingredientes. En cambio, si no se los hubieran enumerado antes, habría sido incapaz de identificar los que componían aquel hojaldre. Los habían combinado hasta formar una sustancia nueva. Una operación casi mágica.

Con un rey de reyes debía ocurrir lo mismo, se dijo. Tenía que ser impenetrable para sus generales y gobernadores, expresarse con sus palabras, parecer de carne y hueso como ellos, pero al mismo tiempo distinto, superior. Una instancia cercana e inaccesible. La orden que había dado de tomar Dara formaba parte de esa puesta en escena.

Por un momento, sintió pena por Sharvaraz. Un hombre leal, era evidente, pues no había protestado pese a estar convencido desde su partida de que el sitio sería un fracaso. Pero luego su lástima se desvaneció. Había hecho espiar al generalísimo por hombres de su confianza. Lo sabía todo sobre él: sus extravagancias más manifiestas, su afición a la ropa interior femenina, los perfumes, las joyas. Pero esas excentricidades no eran un misterio para nadie, y a decir verdad no le molestaban en absoluto. En cambio, había descubierto otros vicios más secretos y —tuvo que admitirlo— mucho más vergonzosos.

Tras la visita que le hizo Porfirio al día siguiente de su magnífica victoria, Prisco pareció quedarse pensativo, y siguió estándolo toda la tarde, e incluso la mañana siguiente, hasta que el viejo Pablo, su criado de confianza, bajó de la pajarera, que estaba a su cuidado, y se acercó a decirle unas palabras al oído. Prisco salió de su ensimismamiento y siguió a Pablo hasta el desván del palacio. Allí había hecho instalar unas jaulas inmensas en las que se agitaban innumerables pájaros, a cuál más vistoso. Pero el que Pablo le señaló era una pobre paloma de color gris, que cojeaba un poco y parecía desorientada.

Prisco se quedó hasta la noche en el desván, único lugar del palacio en el que Domencia sabía que no debía molestarlo. Su pasión por los pájaros era bastante reciente, se remontaba a solo unos meses atrás, pero a veces lo absorbía durante horas. Al enterarse, Focas lo había encontrado divertido, pero le había parecido bien que su rico y ocioso yerno, privado ahora de mando militar, se mantuviera ocupado de un modo tan inofensivo. Bonoso había fruncido el ceño.

Cuando Prisco volvió a bajar, ordenó que le prepararan un coche sencillo, ni siquiera portaba sus insignias, e insistió en que solo lo acompañara el viejo Pablo. Se dirigieron hacia la Puerta de Oro, pero antes de llegar se desviaron en dirección norte. Al cabo de un rato, se adentraron en una sucesión de estrechas callejas. Su recorrido era errático, a veces incluso contradictorio. En repetidas ocasiones pasaron por los mismos cruces. Mientras volvían a atravesar el foro de Constantino, Pablo, que conducía y lanzaba miradas ansiosas a todas partes desde que habían salido, se inclinó hacia la puerta del coche.

—Nadie nos sigue, señor.

A una señal de su amo, tomó la dirección del Cuerno de Oro. El coche se detuvo lejos del ajetreo, en una zona del puerto en la que solo fondeaban embarcaciones de segunda categoría. Cuando Pablo le abrió, Prisco llevaba la

cara oculta bajo largos velos, al estilo árabe, y de esa guisa recorrió los muelles. Caminaba con paso vacilante; era evidente que buscaba algo, pero a sus ojos les costaba penetrar en la oscuridad. Observaba los distintos navíos, envueltos en la negra bruma del estuario. Pablo estaba junto a él.

—Me parece que es ese, señor —le susurró de pronto, y le señaló una modesta embarcación que no se diferenciaba en nada de las demás.

Los dos hombres se acercaron. Cuando estaban a unos pasos, el resplandor de un farol que enfocaron hacia ellos los deslumbró.

—¿Quién va? —les gritaron.

—Me están esperando —respondió Prisco, que pudo distinguir cuatro o cinco siluetas, espada en mano, en el puente del barco.

—¿La contraseña?

—Eudoxia.

Las misteriosas siluetas envainaron sus aceros y dejaron subir a Prisco. Pablo tuvo que quedarse en el muelle.

Una estrecha escalerilla descendía a un camarote.

—Es por aquí, supongo... —dijo Prisco.

Le respondieron con un movimiento de cabeza. En la bodega, un hombre sentado ante una mesa de trabajo le daba la espalda. Al ver su extraordinaria altura, el flemático visitante, que se había despojado de su improvisado turbante, no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¡Cómo has crecido, muchacho!

El hombre se levantó y lo saludó.

—¿Te entregó Porfirio mi carta?

—Sí, y te agradezco que fuera él. ¿Quién sospecharía que un auriga participa en una conjura? Sin saberlo, claro. Veo que no te gusta correr riesgos, Heraclio. Bien hecho.

—Aun así, te recibo aquí...

La sonrisa de Prisco se heló en sus labios.

—¿Cómo está tu padre?

—Cuando dejé Cartago, estaba bien. Pero eso ya lo sabes, Prisco, puesto que estás en contacto con él. Y también con mi primo, por cierto.

—Así es, su última carta me ha llegado hace nada. Qué mensajeras tan maravillosas, las palomas, ¿verdad? Discretas y eficaces. Me informa de que puede estar ante Constantinopla en tres días.

Esta vez, el desconcertado fue Heraclio.

—¿En solo tres días?

Prisco había recobrado su habitual desenvoltura.

—¿Te sorprende? ¿No te comunicas con él?

El joven no se dignó responder.

—¿Qué habéis acordado? —preguntó a su vez.

—Muy sencillo: él llega y yo me las arreglo para que encuentre abiertas las puertas de la ciudad.

—¿Estás en condiciones de hacerlo?

Prisco apoyó una mano en la cadera y esbozó una sonrisa.

—El ejército me echa de menos, muchacho —aseguró con cara de satisfacción—. Desde que dejé de ser generalísimo, solo ha cosechado derrotas. Focas piensa que le es fiel y está seguro de que Nicetas se estrellará contra las murallas de Constantinopla. Por supuesto, yo lo animo a creerlo. Pero, llegado el momento, la mayoría de los soldados me seguirán.

—¿La mayoría? ¿Seguro?

—Al menos, los suficientes como para que tu primo pueda entrar en la ciudad y apoderarse de ella. Sobre todo si trae consigo a cierta joven persona. Pero tengo la sensación de que te contraría lo que digo...

Los dos hombres se estudiaban mutuamente desde hacía rato. Prisco miraba desconcertado a aquel joven al que había conocido cuando era un niño en la corte de Mauricio y al que veía por primera vez desde que se marchó a África tras la estela de su padre, ocho años atrás. Había cambiado en todo. No eran solo los hombros, la estatura... Su mirada, su voz... No era la misma persona. Algo parecía haber muerto en él. Aquella dureza era nueva. Casi le daba miedo.

—Mi padre confía en ti, general —dijo Heraclio—. Así que también yo me pongo en tus manos. Pero en mi opinión...

Prisco lo interrumpió con un gesto.

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte algún día.

—Eso me trae sin cuidado. ¿¿Acaso crees que tengo algo que perder?! —exclamó Heraclio—. Si puedes ayudarnos a derrocar al Usurpador, tanto mejor, pero para mí no eres más que un traidor.

Prisco suspiró.

—Hablas sin conocimiento, muchacho. ¿Qué sabrás tú de la vida!

—Lo suficiente como para distinguir entre los que han permanecido fieles a Mauricio y los cobardes que lo abandonaron.

Un escalofrío recorrió la espalda de Prisco.

—No me hables de cobardía —replicó—. Para tu padre era muy fácil oponerse a Focas: ¡lo tenía a más de dos mil leguas! No cabe duda de que Mauricio le salvó la vida al nombrarlo gobernador de África seis meses antes

de la rebelión. ¿Has pensado en eso alguna vez? Vosotros no estabais en Constantinopla cuando ocurrió todo. Yo llegué como rehén de un ejército decidido a enfrentarse a Mauricio. Vi la furia que poseía a todo el mundo, vi a una multitud desmandada con la que no se podía razonar, olí la carne quemada, y oí los alaridos de los hombres aún vivos a los que estaban quemando...

—Y decidiste apoyar a Focas.

—Sí. Porque la partida ya estaba jugada. Mauricio la había perdido.

—Preferiste conservar la vida en lugar del honor.

—¡Eso lo dice quien contemplaba los acontecimientos desde el otro lado del océano, desde la tranquila Cartago! Yo venía del territorio de los ávaros, que saben cómo hacer sufrir a un hombre, créeme. Pues bien, lo que ocurría en Constantinopla en esos momentos era aún peor.

—Da igual dónde estuviéramos. Allí y aquí, nuestro bando siempre ha sido el mismo. ¡E incluso aquí, tú tenías elección!

—¿La elección de arder con Mauricio?

Los dos hombres estaban frente a frente en el reducido espacio del camarote. La vacilante luz de las velas iluminaba sus caras. La de Heraclio, más joven, más dura, implacable, expresaba la rigidez de certezas inquebrantables. Los rasgos de Prisco, huidizos, móviles, pasaban de la cólera a la afabilidad en cuestión de instantes.

—Tu padre y yo hemos evitado abordar temas espinosos en nuestras cartas —dijo el general en un tono mucho más suave—. Pero, de acuerdo, saquemos todos los trapos a relucir, y eso que tenemos adelantado.

Un día, se dijo Prisco, aquel joven enrabiado comprendería que cobardía y traición no eran más que palabras. Quería a Mauricio y le era leal. Cuando sus tropas se sublevaron, intentó hacerlas entrar en razón.

—¿Alguna vez has estado ante cuarenta mil soldados exhaustos, muertos de frío, hostigados por los jinetes ávaros, dispuestos a aprovechar cualquier excusa para poner en tela de juicio las órdenes que les das? —preguntó Prisco con énfasis, mientras Heraclio seguía clavando en él una mirada inflexible.

Intentó explicárselo. Aquellos hombres llevaban semanas chapoteando en el barro, tenían que combatir contra un enemigo atroz y escurridizo... Les prometieron el final de aquel infierno de hielo y sangre, y siguieron a Focas como desesperados. Nada habría podido detenerlos.

—Tú hablas de cobardía, pero ¿qué cobardía hay en ceder ante la necesidad?

Cuando Prisco bajó del barco, había refrescado. Pese a la oscuridad, el viejo Pablo, que esperaba pacientemente en el muelle, tuvo la sensación de que su señor estaba satisfecho de la visita.

—¿Correo para esta noche, señor? —le preguntó.

—Sí. Para el general Nicetas. Le dirás que su primo está en Constantinopla, y que parece que se prepara para atacar por sorpresa. No me ha explicado con detalle lo que piensa hacer, pero tengo la sensación de que, si Nicetas está ante las murallas dentro de tres días, como me ha anunciado, le faltará tiempo. Así que dile que no se entretenga, si quiere asegurarse la púrpura.

¡Sí, iba a asistir a un gran duelo! ¿Cuál de los dos primos golpearía primero? Prisco tenía cierta preferencia por el lujurioso Nicetas. El otro no era cómodo. Pero había que jugar sobre seguro. No relajarse. Estar preparado para cualquier posibilidad: él estaría con el ganador, fuera quien fuese, se llamara como se llamase, Nicetas, Heraclio o, por qué no, Focas.

Los dos hombres llegaron al coche. Antes de subir, Prisco se volvió hacia su criado.

—Me olvidaba de algo, Pablo. La carta a Nicetas, la mandas dos veces. Nunca se sabe: la paloma podría perderse o acabar en el buche de un pájaro más grande.

Cuando el coche llegó al centro de la ciudad, no pudo continuar. Un gentío inesperado abarrotaba las calles.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no avanzamos? —le preguntó Prisco a su criado.

—No lo entiendo, señor, hay un montón de gente; grupos de hombres, diría que algunos van armados.

Prisco se estremeció. De pronto, el miedo volvió a surgir en su interior. Al asomar la cabeza por la portezuela, vio que se agolpaban delante de los edificios.

—Baja a informarte, Pablo. Creo que son los verdes, me ha parecido reconocer sus insignias.

Pablo volvió poco después, pálido.

—Mi señor...

El antiguo generalísimo creyó leer su propia perdición en los ojos de su criado, tan plácidos habitualmente y medio cerrados por la edad: ahora brillaban, desorbitados, asombrados. ¡Ah, debería haberlo previsto! Aquellos hombres que llenaban las calles lo buscaban a él. Focas se había arrepentido de sus promesas. Sí, seguro: había puesto precio a su cabeza.

—¿Y bien, Pablo? —consiguió decir, poniendo todo su empeño en parecer tranquilo.

—¡Han detenido a Juan Krukis!

Prisco tuvo que reprimir la sonrisa nerviosa que asomó a sus labios.

—Está acusado de alta traición. Un complot contra el emperador —le explicó el anciano—. Han encontrado documentos comprometedores en su casa.

Mientras el coche se abría paso entre el populacho, que profería amenazas, maldiciones e insultos, Prisco, recostado en el asiento, parecía relajado. Hacía semanas que no se sentía tan bien. «El rayo ha caído. Y no me ha fulminado a mí».

Tardó horas en llegar a su palacio. No parecía que la agitación fuera a desembocar en sublevación. Más que indignada, la cuadra verde estaba desconcertada por la detención de su jefe. La gente se llamaba, se preguntaba o maldecía a Focas, pero blandamente, porque, por una vez, se habían respetado los procedimientos legales y, según decían, se habían hallado pruebas irrefutables: las dudas sofocaban la cólera.

Poco después del regreso de Prisco, el último piso del palacio se iluminó. Los pájaros piaron, pero en la calle apenas había nadie para oírlos: el barrio, relativamente apartado, a la orilla del mar, se había librado de los desórdenes que esa noche agitaban Constantinopla. Pero dos destellos brillaron en la oscuridad: los ojos de un hombre agazapado en el quicio de una puerta. Miraban hacia la pajarera del general Prisco.

—Un mensaje para el general.

El guardia alto y rubio lo miró con la desconfianza de costumbre. Como si cada día olvidara que lo había visto el día anterior y le permitiera entrar en la tienda por primera vez. La profesionalidad llevada a un extremo ridículo.

Pese a su brusquedad, Marco lo apreciaba. Estaban en el mismo bando y servían al mismo caudillo en la misma causa, justa y hermosa. Ambos pertenecían al núcleo original del ejército rebelde, que había hecho todo el viaje desde Cartago y ahora solo era una minoría, diluida entre los miles de hombres que se les habían unido por el camino y los mercenarios árabes y armenios. Eso no podía por menos que unirlos.

El muchacho le entregó al guardia todo lo que este consideró que podía representar un peligro. Fue entonces cuando advirtió que esa mañana Teodoro estaba solo, sin su acólito, el nuevo, el moreno bajito y sudoroso de los demás días.

Dentro de la tienda, el general Nicetas también estaba solo. Sin una chica guapa haciéndole compañía. Parecía cansado, pero lo recibió con amabilidad. Algo había cambiado en él.

—¿Un mensaje?

—De Constantinopla.

Marco sostenía el pequeño cilindro metálico, con uno de los extremos sellados.

—¿Otra vez no tienes nada para abrirlo? —El chico suspiró—. No se lo tengas en cuenta a Teodoro. Es casi como mi anciana madre. Ve peligros por todas partes. —El joven general cogió su daga, que, como casi siempre, estaba olvidada en la mesa, medio oculta bajo los mapas—. Toma: es mejor que ese horroroso cuchillito que te ha confiscado Teodoro.

Marco asió la empuñadura de marfil, hizo saltar el sello y quiso devolverle el arma a su dueño al tiempo que le tendía el mensaje.

—Quédátela, te la regalo.

Marco no daba crédito a sus oídos. Llevaba meses admirando la preciosa daga. Cuando la tenía en la mano, a veces incluso se le olvidaba usarla, cosa que sacaba de quicio a Nicetas. Era el arma más extraordinaria que había visto en su vida, la más fina, la más trabajada, hermosa y eficaz, bien proporcionada, equilibrada, pequeña pero muy afilada. Una daga de general, de futuro emperador. ¿Y era suya?

Nicetas no se impacientó ante su arrobó. Lo miraba con una indulgencia inusual. Nunca había sido desagradable con él; duro, seco, cortante, sí. ¿De dónde había salido aquella paciencia?

—Vendré a buscar tu respuesta, señor, si es que la hay —dijo Marco con una vocecilla tímida y agradecida.

Quería desaparecer antes de que se rompiera el hechizo y le pidieran que devolviera el inestimable regalo que acababan de hacerle.

Nicetas le sonrió. Pero no con la ironía burlona con la que solía sonreírle, sino con amabilidad.

—No, seguramente no tardaré mucho. Espera aquí.

—¿Puedo quedarme?

Marco estaba encantado.

El joven general le indicó un montón de cojines en un rincón de la tienda. Luego se olvidó de él y se sentó a su mesa.

Decididamente, parecía otro.

La jaula estaba en la mazmorra más inaccesible del palacio imperial, a la que se llegaba por una sucesión de pasillos y escaleras transitados permanentemente por soldados en estado de alerta. Por el camino, había que atravesar una decena de gruesas puertas provistas de pesados cerrojos. Para cada una había una contraseña, y se había dado orden de acabar con cualquiera que dudara más de la cuenta en pronunciarla. En esas condiciones, cualquier tentativa de huida parecía condenada al fracaso. «Está más seguro que yo», pensó Focas mientras bajaba los resbaladizos peldaños. Lo acompañaba una escolta impresionante. Cuando llegaron a la mazmorra, primero entraron los soldados y formaron dos hileras. Una medida para recordar al prisionero a quién se había atrevido a desafiar. Para aplastarlo un poco más.

El juicio al jefe de facción se había resuelto esa misma noche. Se le acusaba de estar preparando una sublevación para el momento en que Nicetas se acercara a la ciudad. Durante una operación convenientemente dirigida por Bonoso, hallaron cartas del rebelde, que se había proclamado general y a cuya cabeza habían puesto precio en todo el Imperio, en el domicilio de una persona cercana al jefe de los verdes. Iban dirigidas a Juan Krukis. Bajo tortura, se obtuvieron todas las confesiones deseadas. Nadie se extrañó de que Krukis no hubiera quemado esas cartas.

Los soldados se pusieron firmes. Focas avanzó entre ellos lenta, gravemente, con los hombros levantados y el brazo derecho posado con solemnidad en el pliegue de su toga púrpura. La exhibición de fuerza era momentánea: la conversación no tendría testigos. En cuanto llegó al final del húmedo subterráneo, los despidió a todos.

—Ahí dentro ya no puede hacerme nada.

La jaula colgaba de una gruesa cadena de hierro. Cada vez que el anciano se movía, oscilaba con un agudo chirrido. Focas se acercó con la cara

deformada por un rictus de maligna alegría.

—Si no fuera un buen cristiano, Juan, si no creyera en un solo Dios y en todo lo que eso conlleva, te diría: «Amigo mío, deberías haber hecho más ofrendas a la diosa Fortuna. Porque es caprichosa. Te lo dice un centurión convertido en emperador».

Rio por lo bajo, y sobre sus brillantes ojillos, las pobladas cejas pelirrojas formaron una especie de sonrisa que duplicaba de un modo horrible la anchura de la de los labios. ¿Cuándo se habían visto por última vez? No hacía ni dos días: Krukis aún era el jefe de la facción más importante de Constantinopla, aún podía permitirse desafiarlo un poco en el hipódromo. Ahora, el anciano ni siquiera podía erguirse del todo en la jaula, demasiado baja.

—¿Sabes por qué estás aquí, Krukis?

El anciano se aferró a los barrotes.

—Esas cartas son falsificaciones.

—Por supuesto. Pero eso no responde a mi pregunta. —El silencio se instaló en el subterráneo, en el que había una humedad sofocante—. La última vez que hablamos, te di una orden.

—Una orden indigna de un emperador.

El rostro de Focas se ensombreció.

—Exigí que Porfirio perdiera. Porfirio ganó. Tú mueres. Es tan sencillo como eso.

Ya estaba. Le había anunciado su veredicto. Sin previo aviso, a bocajarro. Esperó la reacción del condenado.

—Yo muero...

Juan Krukis soltó un suspiro. Pero no de desesperación, sino de desprecio; casi de indiferencia. Estaba claro que no se arrepentía. Pero ¿comprendía lo que significaba morir, morir a sus manos? Tenía que doblegarlo. Humillar su insufrible orgullo. Golpearlo en su único punto débil.

—También he venido a comunicarte que la victoria de tu joven protegido será la última. Consiguió librarse de las felicitaciones, un poco rudas, es cierto, que le había preparado, así que tomaré otro camino: en su próxima carrera, la que cerrará los juegos dentro de diez días, las reglas serán distintas, y, créeme, con las pequeñas innovaciones que voy a introducir, un atleta tan endeble como Porfirio, por genial que sea, no tendrá la menor posibilidad de ganar una carrera de carros. Ni siquiera de sobrevivir a ella. Claro que tú ya no estarás allí para verlo...

El emperador esperaba haberlo destrozado, pero la suave risa de Juan Krukis se hizo oír discretamente.

—¿De veras crees que se puede matar a un jefe de facción así como así, tirano? —Había hecho la pregunta en un murmullo, como si hablara consigo mismo, pero Focas lo escuchó perfectamente. Esta vez fue él quien se echó a reír, con su heladora risa de hiena—. ¿Crees que el pueblo lo permitirá? —insistió Krukis, vagamente inquieto.

—¡Ay, Juan! Al pueblo no le dará tiempo a darse cuenta de nada. Aún está desconcertado por tu arresto. Y no te descubro nada si te digo que a muchos de tus lugartenientes les encantaría verse al mando de los verdes. Antes de que nadie piense en rebelarse, tus cenizas se habrán dispersado por la Propóntide. En estos momentos están alzando una gran pira en medio del hipódromo: antes de que caiga la noche, expiarás tus crímenes en ella.

Mientras volvía a subir los húmedos y desgastados peldaños, Focas pensó que seguramente le reprocharían que no hubiera concedido una muerte menos dolorosa al jefe de los verdes. Podría haberse limitado a hacerlo decapitar. ¿Habría estado eso a la altura del inmenso perjuicio que le había causado? Le había hecho perder una fortuna, pero también algo más. Lo que ya no podría comprar sin ella, el bien máspreciado cuando había un ejército enemigo acampado a tres días de Constantinopla: el favor cierto y duradero del pueblo. Sus planes amenazaban con derrumbarse. Si no podía contar con el apoyo del pueblo, ¿debía dejar que Nicetas se acercara a la ciudad y la sitiara? ¿No era mejor hacer caso a Bonoso y enviar a los cuarenta mil hombres que le quedaban contra el general rebelde? Sobre todo cuando empezaban a correr ciertos rumores: los aliados mercenarios de Nicetas lo estaban abandonando (era lo previsible cuando prohibías el pillaje) y, según decían, hasta el poderoso jefe del contingente árabe quería volverse a su desierto.

Pero incluso en esas condiciones, incluso cinco contra uno, que sus últimas tropas se enfrentaran con Nicetas seguía siendo más arriesgado que esperar tranquilamente a que se estrellara contra las murallas de una ciudad que sería leal y jamás le abriría sus puertas. Por desgracia, ya no tenía esa seguridad. Y la culpa era de Krukis.

La pira. El jefe de los verdes debía morir, morir sufriendo. El emperador se detuvo un instante. Casi siempre hacía quemar vivos a sus enemigos. A veces, hasta Bonoso se horrorizaba. Todas esas hogueras... Pero su perro fiel ignoraba el motivo secreto de esa preferencia: volver a sentir la alegría salvaje

que le había procurado el primero de todos. Casi se puso a bailar mientras respiraba a pleno pulmón la brisa de la noche con las cenizas del hombre al que odiaba.

De eso hacía ocho años. Una vetusta embarcación cargada de leña y rociada con nafta. Y atado a lo alto del mástil, Mauricio. Focas lo insultó, le recordó la enormidad de su caída, el horrible sufrimiento que le iba a hacer padecer. Y en voz baja, para que nadie más pudiera oírlo, le dijo por qué quería que su muerte fuera tan atroz, que no quedara nada de él. Luego él mismo le prendió fuego a todo.

¡Fue magnífico! ¡Una noche extraordinaria! El barco se deslizaba por el agua ardiendo en la oscuridad. Al recordarlo, un estremecimiento de extasiado horror lo recorrió: las llamas quemaron las ligaduras, y Mauricio alzó las manos hacia el cielo. Y aulló. ¡Qué locura! Aulló tan fuerte que lo oyeron todos los habitantes de Constantinopla, incluso los que se habían encerrado en casa por miedo a los disturbios. No eran gritos de dolor ni maldiciones. Le daba gracias a Dios. ¡Sí! ¡Le daba gracias a Dios! ¿Por qué? ¿Porque se estaba asando como un cerdo en medio del agua? ¿Porque antes había visto morir a sus hijos uno tras otro? No en vano, ya en esos momentos repetía como un idiota absurdas palabras de agradecimiento.

¡Oh, también ese preámbulo fue un regalo! Puede que el mejor. Fue por la tarde, en el muelle del Cuerno de Oro. Mauricio, inmovilizado por los soldados —entre ellos, Bonoso—, asistió al suplicio de cada uno de los miembros de su familia. Empezando por la decapitación del hijo mayor, Teodoro, su heredero designado, y siguiendo por la de los demás, hasta el más pequeño. Había que exterminar el linaje. Seguramente, el emperador esperaba esas medidas preventivas, indispensables. Pero no la crueldad de las que vinieron a continuación, cuando les llegó el turno a la emperatriz y a sus hijas. Nada más terrible para un hombre que ser testigo de los tormentos infligidos a los seres queridos, como bien sabía Focas. Sobre todo cuando esos seres queridos son mujeres y antes de matarlas las puedes degradar. La primera que fue entregada a los soldados fue la emperatriz. Tras lo cual, todas sus hijas, incluidas las más jóvenes, sufrieron el mismo ultraje delante de su padre. Aquello duró horas. Luego las decapitaron a ellas también.

Uno tras otro, los cuerpos sin vida fueron arrojados sin contemplaciones al mar y las cabezas, metidas en un saco para exponerlas más tarde en el hipódromo. Mauricio permaneció impasible; se limitaba a repetir una frase al final de cada suplicio, al final de cada ejecución: «Señor, eres justo y justo es

tu juicio». Pero a él no lo engañó: tras la máscara de orgullosa indiferencia, percibía la desesperación. Y se reía.

Apenas ocho años. Krukis debería haber recordado todo aquello. Debería haber recordado que el odio de Focas no se expiaba más que contorsionándose en el fuego. El emperador volvió a detenerse unos instantes en la escalera. Tuvo la tentación de bajar de nuevo para recordarle al jefe de los verdes lo que acababa de pasarle por la mente. ¿Cómo podía Juan Krukis creerse inocente? Y sobre todo, ¿cómo se atrevía a acusarlo a él de ser un tirano, un criminal? ¿Había olvidado quién se sintió perjudicado cuando Mauricio anunció que los juegos quedaban cancelados y, para defender los intereses de su cuadra, desencadenó la sublevación, por los miles de monedas de oro que iba a perder?

Nicetas estuvo tentado de volver al convento la noche siguiente, y también la siguiente. Solo lo detuvo la idea de no ponerla en peligro. Pero volver a verla, hablar con ella... Suspiró. Todavía no había abierto aquella carta de Constantinopla. Prefería seguir perdido en sus ensoñaciones. Junto a ella.

Abandonó el monasterio como un sonámbulo. Su mente se había quedado en aquella gran sala mal iluminada en la que la joven había aparecido ante él. Y pensar que había ido a regañadientes... Si no se lo hubiera ordenado su tío, se habría limitado a mandar un mensaje. ¿Qué tenía ella que no tuvieran las demás? Trató de reconstruir los pormenores de su encuentro, pero los recuerdos se le resistían. Ni siquiera conseguía acordarse de las palabras exactas que se habían dicho. A veces tenía la sensación de que solo había sido un sueño. Lo único que persistía era aquella sensación absolutamente nueva para él, a la que aún no se atrevía a poner nombre.

¿Qué pensaría el Nicetas que siempre había sido del hombre en el que se había convertido de pronto, de aquel individuo al que él mismo no reconocía? Se habría burlado de él, sin duda. Lo habría llamado iluso, se habría reído. Así pues, uno podía renegar de sí mismo. La vida no era un suelo firme hecho de certezas, a veces se abrían abismos.

Había acabado cediendo a la insistencia de Teodoro: Eumeno, el nuevo, dejaría de formar parte de su guardia personal. La decisión lo había aliviado. Temblaba ante la idea de lo que ella pudiera pensar de cómo había sido hasta ahora. Prescindir de aquel guardia era como darle una prueba, demostrarle que ya no era el lujurioso, el insaciable, el inconstante Nicetas.

La carta seguía allí, sobre la mesa. Una carta de Constantinopla, le había dicho el joven Marco. Debería abrirla. Pero una vez más sus pensamientos lo llevaron hasta ella. Se sentiría obligada a casarse con él. Era una idea insoportable. Tenía que escribirle. ¿Para decirle qué, exactamente?

La carta. Ya iba siendo hora de abrirla. Sin duda era de Prisco. Por fin, desenrolló el pergamino. Sí, era la letra de Prisco, su aliado secreto, su hombre en la capital. Al primer vistazo comprendió de qué, de quién se trataba: su primo Heraclio. ¿En Constantinopla? Se estremeció.

Bonoso no aceptaba que Domencia se hubiera casado con otro. La promesa que en su día le hizo Focas de dársela en matrimonio cuando tuviera la edad conveniente había sellado su amistad. Su amor había aumentado conforme Domencia crecía y se convertía en una mujer hermosa y encantadora. Tuvo que esperar, porque Focas siempre le daba largas: a los catorce, aún no estaba preparada; a los dieciséis, tampoco... Había esperado años y años, durante los que su pasión no había hecho más que exacerbarse. Y ahora que estaba casada con otro, seguía esperando.

Curiosamente, Bonoso no culpaba a su compañero de armas por haber incumplido su promesa una vez convertido en emperador, sino al beneficiario de ese incumplimiento, aquel galán que había sabido despertar un amor voraz en la muchacha. Prisco era el objeto de todas sus aversiones. Estaba obsesionado con él. Su mera existencia era una tortura permanente, una herida imposible de cerrar. Lo lógico habría sido que desapareciera con todos los demás cuando Focas subió al trono, que siguiera a Mauricio al infierno, o al menos que se exiliara, que fuera a reunirse con el gobernador Heraclio a Cartago, por ejemplo. Pero se había quedado, como único vestigio del régimen derrocado, y se había apoderado del corazón de Domencia.

¡Y su suficiencia, su altanería! Su impecable dominio del lenguaje y, sobre todo, su maldita ironía, de la que él se sabía desprovisto. No todo el mundo tenía la suerte de haber sido educado por los mejores maestros. Él, que no procedía de una de las familias más ilustres de Constantinopla, no había tenido ninguno. Se alistó en la legión del Danubio a los catorce años. No obstante, tenía instinto. Y su instinto le decía que, en el fondo de su alma, Prisco era un traidor. En otros tiempos, ese mismo instinto le hizo presentir que, pese a su escasa estatura y su cobardía, Focas tenía algo que les faltaba a los demás, algo que le hacía capaz de sublevar a un ejército, de derribar un imperio.

Prisco traicionaría a Focas. Bonoso estaba tan convencido que lo hacía vigilar estrechamente y acechaba el menor indicio, esperaba un paso en falso. Pero, hasta el momento, el antiguo generalísimo no se había descuidado.

Bonoso se paseaba por una gran sala del palacio al que se había mudado, situado no muy lejos de la residencia del emperador. El suelo estaba cubierto de estatuas enormes y bastante toscas que no se había molestado en hacer colocar correctamente. Una de ellas, mejor cincelada y separada de las demás, representaba a la hija de Focas.

Todos lo subestimaban: Prisco, por supuesto, pero también Focas y, por desgracia, Domencia. Era a ella a quien le habría gustado sacar de su error. Bonoso se avergonzaba de sus rasgos vulgares, de sus maneras rudas, de no saber manejar las palabras. Su plan de desafiar a Nicetas en batalla campal se lo había inspirado únicamente el deseo de brillar a los ojos de Domencia. Si quería cubrirse de gloria, obtener una victoria memorable y decisiva, era por ella. Tenía que demostrarle que Prisco no era el único gran general con que contaba Constantinopla. Focas seguía oponiéndose a ese empeño, pero Bonoso no desesperaba de convencerlo. Llevaba días lanzándose a la carga una y otra vez. Durante su último encuentro, había tenido la sensación de que el emperador empezaba a ceder. «Nicetas solo dispone de unos cuantos miles de hombres —había argumentado Bonoso—. Todos los informes lo confirman. Mañana mismo podría caer sobre él con al menos el triple de sus efectivos». «Ya veremos», había respondido Focas. Pero a Bonoso le pareció que también él se inclinaba por dar la batalla, como acababa de hacer con éxito contra Krukis. ¡Ay, si pudiera eliminar a Prisco como él había eliminado a Krukis!

En esas estaba cuando le anunciaron que un hombre quería verlo. Una urgencia. Bonoso le hizo entrar y reconoció a uno de sus espías. Encorvado y sucio, tenía la siniestra sonrisa de quien sabe que va a recibir una generosa recompensa. Su mano rebuscó en un zurrón que llevaba a la espalda, sacó algo envuelto en un trozo de tela con manchas de sangre y lo dejó caer al suelo. Una paloma muerta.

El sol empezaba a ponerse. Las calles del campamento se vaciaban poco a poco. Los soldados se dirigían a las tiendas que hacían las veces de comedor. Una idea de Nicetas. Brillante. Todos aquellos hombres tan distintos, que ni siquiera hablaban el mismo idioma, reunidos en un sitio. Los regimientos, invitados a mezclarse unos con otros, compartir el pan, comportarse como hermanos, como miembros de un mismo cuerpo, de un mismo ejército. Había que olvidar quién lo había seguido desde Cartago y quién desde el día anterior, quién había combatido antes para el Usurpador y quién era un mercenario. Nicetas había puesto todo su empeño en conseguir que la comida que se ofrecía fuera mejor y más abundante que lo que cada soldado podía confiar en conseguir por su cuenta. Había obligado a todo el mundo a la unión, a la fusión.

Teodoro vio a un grupo de árabes, delgados, orgullosos, con los blancos velos ondeando al viento. Lo saludaron. Mercenarios, eficaces. Temibles jinetes. Indisciplinados pero valientes, de los que no te abandonan en mitad de la batalla. No como uno que él sabía. Por cierto, ¿dónde se había metido? Ya hacía rato que debería haber empezado la guardia.

Daba igual. De todas formas, aquella falta sería la última.

Los hombres seguían afluyendo hacia el comedor. Eumeno se separó de uno de los grupos y apareció al fin. Teodoro iba a darle la noticia.

—Llegas tarde.

El otro se disculpó de mala gana mientras hacía crujir los nudillos. Fue a tomar un bocado antes de empezar, ya que no podía comer con los demás: «privilegios» de la guardia.

—A partir de mañana, podrás ir con ellos —replicó Teodoro—. Es tu último día.

Las gruesas cejas negras se fruncieron bajo una frente que ya chorreaba sudor.

—El general me ha pedido que te busque un sustituto. Parece ser que ya no necesita tus «servicios».

Ante la cara de desconcierto del nuevo, Teodoro no pudo evitar sonreír.

—Pero ¡puedo formar parte de su guardia personal aunque no le consiga chicas!

Teodoro, que se esperaba ese argumento, tenía la respuesta a punto:

—Podrías, si respetaras las normas. Si llegaras a la hora, por ejemplo.

—¡Lo haré! —chilló Eumeno, servil de repente.

El viejo guardia suspiró.

—No me pareces de fiar. El otro día entraste en la tienda del general sin permiso. Sin mi permiso, que es indispensable, como sabes. A mí no me engañas, Eumeno: era el momento del relevo, el momento en que yo me había ausentado, y lo aprovechaste.

—¿Es mi último día? ¿Es irrevocable? —lo interrumpió Eumeno, que lanzaba miradas inquietas a las calles del campamento, ahora totalmente desiertas.

Teodoro asintió con un movimiento seco de la cabeza. El hambre empezaba a atormentarlo. Quizá debería haber comido algo él también. Apartó los ojos de Eumeno, que acababa de ocupar su puesto junto a él sin decir palabra.

Vencer el hambre. Ser un guardia, uno de los buenos, siempre en su sitio, al que nunca se cogía en falta. A su alrededor, el campamento estaba vacío. Solo él vigilaba, imperturbable centinela ante la tienda de su señor. Una ola de orgullo lo inundó. Miró las montañas del horizonte. Quería ser como ellas: silencioso, macizo, infranqueable, insensible al hambre, a la sed, a cualquier cosa que pudiera distraerlo de su deber.

Pero un súbito dolor le atravesó el estómago. Intenso, insoportable. No era hambre. Acababan de apuñalarlo.

Cuando Prisco —fuertemente custodiado— hizo su entrada en la gran sala del palacio imperial, Focas tenía un pequeño pergamino en la mano.

—¡Hete aquí a nuestro traidor! —anunció Bonoso con voz estentórea antes de empujarle hacia los pies del trono.

Prisco se tambaleó unos instantes, pero consiguió recuperar el equilibrio, no sin cierta elegancia. Tenía la mejilla derecha tumefacta. Se arrodilló ante el emperador como si tal cosa.

—¿Sabes lo que tengo ante mi vista? —le preguntó Focas sin preámbulos, con una voz que temblaba de ira.

—Sí. La carta que envié al rebelde Nicetas —respondió Prisco con voz serena, casi burlona.

Focas avanzó hacia su yerno, al que abofeteó en la mejilla ya hinchada con una violencia que habría derribado a un hombre menos fornido. El antiguo generalísimo no se inmutó. Desde su detención, había conseguido mantener la sangre fría a costa de una extraordinaria fuerza de voluntad. Bonoso había ido en su busca en un momento en que se sentía a salvo, por encima de toda sospecha. La confianza había sido su perdición. Habían llamado con los nudillos a la puerta de su imponente palacio. En circunstancias normales, habría desconfiado. Pero esperaba una nueva entrega de pájaros y ordenó que abrieran de inmediato.

—¡Confieras! —aulló el emperador—. ¡Tú también irás directo a la hoguera! —Y, agarrándolo del cuello, lo arrastró hasta un gran ventanal que ofrecía una panorámica de la ciudad—. Mira... ¿Ves a ese hombre maniatado en ese carro que se dirige al hipódromo en medio de la multitud? Ayer era jefe de facción. Me desafió. Va a morir.

Ante esas palabras, Prisco se estremeció.

—Tu muerte no tiene por qué ser tan dolorosa —siguió diciendo Focas—. Habla, confiesa, no ocultes nada, y, en atención al amor que mi hija siente por

ti, te prometo que no te haré sufrir demasiado.

Bonoso se enfureció.

—¡Entrégamelo a mí, Focas! ¡Como premio a mi perspicacia!

El emperador pareció pensárselo. Prisco intentaba mantener una actitud digna, pero estaba pálido.

—Te lo mereces, amigo mío —admitió Focas—. Y no tengo la menor duda de que sabrías qué hacer, de que en tus manos desearía morir.

—Deseará no haber nacido.

Prisco se mordió el interior de la mejilla para no desfallecer. Como hacía un rato en su casa, cuando de pronto Bonoso arrojó la paloma muerta a sus pies, todos sus esfuerzos perseguían un único objetivo: parecer lo más tranquilo posible. El sudor que le resbalaba por las sienes era lo único que delataba su creciente inquietud, aunque también podía atribuirse al agobiante calor de aquel atardecer.

—Padre —dijo volviéndose hacia Focas tras respirar hondo—, sé que esa carta tiene que haberte sorprendido. Las apariencias juegan en mi contra. Me has llamado mentiroso y traidor, y sin duda yo, en tu lugar, habría reaccionado igual. Sin embargo, no soy ni lo uno ni lo otro. Mi único error ha sido ocultarte algunos de mis planes.

—¿Te burlas de mí?! —exclamó Focas—. ¡Es tuyo, Bonoso! ¡Haz lo que quieras con él!

El dogo avanzó hacia Prisco con una sonrisa aterradora en los labios.

—¡No, espera! —pidió el antiguo generalísimo procurando que su voz fuera lo menos suplicante posible—. No lo entiendes: nunca he dejado de servirte.

—¿Ofreciéndote a Nicetas para abrirle las puertas de la ciudad? ¿Poniéndote en contacto con su primo?

Prisco se secó la frente con la manga de la túnica.

—Haciendo creer a Nicetas que apenas encontraría resistencia en Constantinopla, sí. Con un único fin: que venga a estrellarse contra sus murallas a ojos cerrados. Y localizando al fin a ese Heraclio que tanto te inquietaba hace solo dos días, sí.

El emperador hizo una mueca terrible. Su yerno había conseguido sembrar la duda en su mente.

—Como prueba de mi sinceridad, puedo decirte algo que nada me obliga a revelar: la carta que interceptó Bonoso...

Hizo una pausa, como si vacilara.

—Bueno, ¿qué pasa con esa carta?

—Estoy seguro de que ha llegado a su destinatario sin novedad.

—¿Y cómo es eso? —quiso saber Focas.

—La mandé por duplicado. En estos momentos, todo lo que has descubierto también lo sabe Nicetas. Sabe que su primo está en Constantinopla. Y, créeme, es una buena cosa. Lo incitará a meterse en la boca del lobo a toda prisa. Con la esperanza de ser coronado antes que Heraclio.

—Esa historia no se tiene en pie —terció Bonoso.

Focas le hizo una seña para que se callara.

—¿Por qué ibas a tramar todo eso sin informarme? —le preguntó a Prisco.

—Pensaba hacerlo, pero quería ofrecerte algo sólido, traerte la cabeza de Heraclio en una bandeja. Y eso no es todo. —Poco a poco, su voz se volvía más firme. Otra vez era el general lleno de arrogancia que tanta veneración inspiraba a sus tropas—. Temía que no me dejaras actuar a mi manera, que Bonoso se entrometiera y lo estropeará todo. Lo que, dicho sea de paso, y pese a todas mis precauciones, está punto de ocurrir: si Nicetas se entera de mi detención, desconfiará.

Bonoso quiso replicarle. El emperador, en actitud grave, lo contuvo con el índice alzado.

—No sé si te he entendido bien... —murmuró—. ¿Dices que has fingido traicionarme para poder servirme mejor? ¿Que te has compinchado con la pandilla de ese viejo canalla de Heraclio, con su hijo y su sobrino, solo para atraparlos en tus redes?

—Eso es, padre, te lo juro por mi salvación eterna —afirmó el antiguo generalísimo en tono solemne.

—¡Estás acabado! —aulló Bonoso apuntando a su rival con un dedo acusador—. Focas, no irás a creerlo, ¿verdad?

Poco a poco, Prisco recobraba la esperanza. Una vez más, su sangre fría le había ayudado de un modo admirable.

—Entonces ¿sabes dónde está el hijo de Heraclio? —le preguntó Focas.

—Ayer por la noche le hice una visita en su cuartel general —respondió Prisco sin el menor reparo.

—¿Dónde está?

El yerno del emperador dudó un instante. Pero ¿por qué ocultar una información que, de todos modos, Focas sabría cómo arrancarle?

—En un pequeño navío fondeado en el Cuerno de Oro —respondió con una voz firme que emanaba sinceridad—. Casi al final de los muelles, en la

zona más aislada del puerto —añadió, e hizo una pausa para dar mayor efectismo a sus palabras.

—Continúa —le ordenó el emperador.

—Puedo indicarte el barco exacto sin problemas. Pero está custodiado. Conté una decena de hombres. Yo en tu lugar no mandaría una pequeña escuadra. Parecían muy determinados, y Heraclio es un coloso que vale por todos juntos. Envía un regimiento si pretendes aniquilarlos.

—¡Si hace falta, iré con toda la guardia imperial! —declaró Bonoso con los ojos brillantes de odio.

—Seréis muchos y, por lo tanto, visibles y ruidosos —dijo Prisco—. Sin embargo, debemos actuar con prudencia.

Al oír aquel «debemos», Focas sonrió. Su pulgar recorrió la línea de su larga cicatriz.

—Creo que te has ganado el derecho a morir sin sufrir demasiado, mi querido hijo.

Si hasta entonces Prisco había demostrado un extraordinario dominio de sí mismo, en ese momento un temblor incontrolable se apoderó de él. El marco de la ventana le ofreció un punto de apoyo y, sobre todo, un refugio para evitar las escrutadoras miradas del emperador. El sol poniente penetraba en la sala y los cegaba: su resplandor disimuló los estremecimientos de angustia que agitaban los miembros del antiguo generalísimo. A lo lejos, se oía un griterío ensordecedor. Se puso la mano sobre los ojos y consiguió distinguir a Juan Krukis entre una doble hilera de soldados. Erguido sobre la nutrida y amenazadora muchedumbre que lo rodeaba, le pareció enorme, tan digno como cuando conducía el carro que lo llevaba al hipódromo.

—Debes de sentirte aliviado —dijo Focas acercándose a su yerno—. Tu suerte será mucho más envidiable que la de ese maldito Krukis.

—¿Me condenas? —replicó Prisco.

—¿Y qué imaginabas?

—¡Cometes un tremendo error! —exclamó Prisco—. Puedo entender que me creas culpable, pero reflexiona...

—No sé si eres culpable, Prisco —admitió el emperador.

—¡Lo es! ¿Cómo puedes seguir dudándolo? —gritó Bonoso.

—A decir verdad, da lo mismo —respondió Focas—. No quiero correr más riesgos, ahora menos que nunca, y es evidente que no eres de fiar. Además, no creo que guardes más información.

—¿Y Nicetas? Si desconfía, la trampa no funcionará. Tengo que seguir siendo su interlocutor.

—Nicetas ya no puede hacer gran cosa. Su ejército está agotado. Ahora que ya no hay nadie para abrirle las puertas de la ciudad, no tenemos nada que temer. Bien defendida, Constantinopla es inconquistable. ¿Cuántos son? ¿Doce mil? ¿Cómo piensa alimentarlos ese loco? ¡Voy a arreglármelas para que no quede una sola espiga de trigo sin recolectar en toda Tracia! En dos semanas, esos doce mil no pasarán de tres mil. En un mes, sus cadáveres estarán esparcidos al pie de nuestras murallas. En cuanto al otro, al tal Heraclio, gracias a tu valiosa información, en menos de dos horas lo mandaré al infierno, a saludar a Mauricio de mi parte.

Prisco estaba anonadado, destrozado. Bonoso se dirigía ya hacia él para conducirlo a la muerte. Un relámpago negro atravesó las pupilas, ya de por sí oscuras, del antiguo generalísimo.

—Corres otro peligro —murmuró—, un peligro sobre el que no sabes nada, pero mucho más temible que Heraclio y Nicetas juntos.

Focas le hizo una seña a Bonoso para que retrocediera.

—¡Miente! —gritó este—. ¡Matémoslo antes de que vuelva a enredarnos!

—¡Cállate! —le ordenó el emperador, y se volvió hacia su yerno—. Y tú, ¡habla!

—¡Antes júrame que conservaré la vida!

—Sabes que, si quiero que hables, hablarás.

Prisco alzó la cabeza y lo miró fijamente.

—Esta vez no. Sobre esto no. Este secreto morirá conmigo, créeme. Sufriré mil martirios si es necesario. Si te lo cuento, me acarrearé el deshonor. Juré por lo más sagrado no revelarlo jamás. Lo he ocultado durante diez años. Solo lo conocen dos hombres. Uno de ellos te desafía desde Cartago y piensa utilizarlo contra ti. Es Heraclio el Viejo. El otro soy yo.

A lo lejos, una humareda negra se alzaba hacia el cielo desde el centro del hipódromo. De pronto, el clamor que llenaba la ciudad cesó. Los tres hombres se volvieron hacia el ventanal.

—Krukis arde —comentó Focas.

Prisco estaba lívido. Le costaba recurrir a aquel último mercadeo, desvelar aquel secreto. Sentía que estaba a punto de perder la pizca de honor que aún le quedaba.

—Traicioné a Mauricio en casi todo —admitió—. Pero en eso le he sido fiel.

Su voz tenía tal acento de verdad que sacudió a Focas.

—¿Qué secreto es ese? Dímelo y conservarás la vida. Siempre que sea lo bastante importante...

—Oh, lo es... Puede hacer que, cuando Nicetas llegue ante las puertas de Constantinopla, nadie se atreva a atacarlos ni a él ni a su ejército y, por el contrario, lo reciban como a un héroe, como a un libertador. ¿Dices que conservaré la vida? ¡Júramelo!

—¡Te lo juro!

—No, eso no basta. Júralo sobre la cabeza de Domencia.

El emperador dudaba. Por un instante, se volvió hacia el tapiz que cubría el fondo de la sala.

—Lo juro sobre la cabeza de Domencia —dijo al fin en un susurro—. Ahora, habla.

Prisco se sintió más o menos seguro. Afuera, la columna de humo seguía alzándose en el flameante cielo del crepúsculo. Al final, Focas continuaría como emperador. ¿Qué importaba? En un mes, él, el indispensable yerno, volvería a obtener su favor gracias a los buenos oficios de Domencia. Puede que antes, si hacía falta un buen general para combatir con los persas en el Éufrates. Decididamente, la rueda giraba muy deprisa. Esa misma mañana habría apostado por los dos primos. Uno se reuniría con los peces de la Propóntide en cuestión de horas. A no ser que Focas lo capturara vivo y le impusiera un castigo más refinado. En cuanto al otro...

La voz con espumarajos de Bonoso lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Vas a hablar?!

El antiguo generalísimo lo fulminó con la mirada. Luego se volvió hacia Focas.

—No todos los hijos de Mauricio están muertos.

Los días pasaban mucho más despacio que antes. Ahora ya no se confundían unos con otros, idénticos e intercambiables. Ahora Fabia los contaba. Sor Helena la encontraba distraída, pero a ella le parecía que nunca había estado más atenta. Durante mucho tiempo, el monasterio había sido todo su universo. Sabía que un día lo abandonaría, que no estaba destinada a tomar los votos, pero ese día parecía tan lejano... Y, de pronto, el joven general llegó y llamó a su puerta. Ella le abrió, y ahora se la iba a llevar. Helena se las había arreglado para protegerla hasta el último momento, para no anunciarle la gran noticia hasta que ya no le fuese posible guardársela para ella. Seguramente, esas precauciones habían evitado a su joven protegida duras semanas de inquietud. Pero también habían convertido el hecho en algo más brutal, casi irreal.

Por las mañanas, cuando Fabia se despertaba, casi había olvidado que su mundo, pese a su apariencia tan familiar, ya no era su mundo. Pero en los breves momentos que precedían al sueño, el recuerdo de aquella voz grave y de la intensa mirada que se había posado en ella un instante, un instante muy breve, regresaba a su mente con total claridad. En sus sueños, nada había cambiado. Las pesadillas infantiles continuaban. La muerte seguía persiguiéndola.

No recordaba nada. ¿Qué podía recordar? Pero Helena se lo había contado todo tantas veces que los recuerdos de la madre superiora se habían convertido en los suyos. Casi cada noche, Fabia oía acercarse a los soldados, el eco de sus pasos y sus amenazas en los corredores del palacio imperial. Registraban todas las habitaciones, todos los rincones. En esos momentos, Helena, que aún no se llamaba Helena sino Verónica, tomó la decisión más difícil de su vida.

Fue al encuentro de Focas y los sublevados. Les ayudó a apoderarse de los hijos de Mauricio. Primero los cuatro chicos y después las chicas. Era la

nodriza de la benjamina, Eudoxia, apenas una criatura, a la que fue a buscar en último lugar. Con la excusa de no asustar a su propia hija, que dormía con ella, exigió entrar sola en la habitación en la que se encontraba la niña. Cuando volvió a salir, les entregó a la princesita, envuelta en sus magníficas vestiduras púrpura.

Fabia, que entonces se llamaba Eudoxia, no vio ni oyó nada. Estaba dormida, incluso cuando su nodriza le quitó la ropa para vestir con ella a la otra niña.

Cuando todos se fueron, Focas se dirigió hacia el tapiz que adornaba una de las paredes de la gran sala. No tuvo que asirlo. Una blanca y temblorosa mano, con una muñeca rodeada por pesados brazaletes de oro, ya había alzado el borde. Domencia avanzó hacia la sala. Su padre quiso abrazarla, pero ella lo rechazó violentamente.

—¿Para qué querías que oyera todo eso?

La joven le daba la espalda. No quería que le viera la cara.

—Las personas como nosotros no pueden hacerse ilusiones —dijo Focas.

—¿Las personas como nosotros?

Un llanto incipiente hacía temblar su voz. Su padre intentó acercarse de nuevo, pero ella volvió a apartarse. El tintineo de sus brazaletes llenó la sala.

—Solo podemos mantenernos donde estamos si vemos la realidad tal como es, Domencia. Y a menudo es cruel —afirmó Focas—. Es la única manera de sobrevivir. Las ilusiones son para ellos.

—¿Y quiénes son ellos?

Su voz había dejado de temblar. Volvía a ser dura.

—Heraclio, Nicetas, Prisco... —respondió su padre con un suspiro—. Todos aquellos a quienes la vida se lo dio todo desde un principio.

—Me voy a casa —anunció Domencia.

Sus hombros se alzaban a sacudidas. Al advertirlo, Focas tuvo un ataque de furia.

—¡Va a sufrir! Durante mucho tiempo —dijo entre dientes.

—¡No! —Domencia se había vuelto hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas y de cólera—. Te lo prohíbo.

¿Por qué había gritado así? Estaba avergonzada. ¿Acaso no era lo que ella también deseaba? ¿No era lo que se merecía? Los minutos que acababa de pasar habían sido los peores de su vida. Habían pisoteado su corazón. Cada instante, cada nueva revelación aumentaba su sufrimiento. Cuando creía haber

llegado al límite de lo soportable, lo que escuchaba hacía elevar un grado su dolor. ¿Cuántas veces había estado a punto de salir de su escondite y arrojarle sobre él? Pero ¿para qué? ¿Para pedirle cuentas, para exigirle que callara? Sí, le habría gustado que no hablara, que no lo desenmascararan.

Se secó las lágrimas que le humedecían las mejillas. Su feroz mirada se posó en su padre. Focas le sonreía torpemente. ¡Oh, cómo lo odiaba! A él, aún más que al otro. Por haberla obligado a mirar a la verdad a la cara.

Su padre la observaba con aprensión, lo notaba. Era su único consuelo: la temía, temía sus reacciones impulsivas, aquella rabia ciega capaz de llevárselo todo por delante, que había heredado de él.

—Esta vez no lo salvarás, pequeña. —Utilizó la misma expresión que cuando era niña y quería que lo obedeciera—. Vivirá, se lo he prometido.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó ella, y señalándose el cuello de alabastro con un dedo hizo una mueca tan espantosa que su padre bajó los ojos.

—Sí —respondió Focas con una firmeza vacilante—. Cumpliré mi promesa. Vivirá...

—Pero ya no será... —balbuceó la joven—. Ya no será...

Su voz se ahogó.

—Es más de lo que merece, Domencia. Mi misericordia no puede llegar más lejos.

Había vuelto a acercarse a ella, y esta vez Domencia dejó que la rodeara con sus brazos. Su padre no cedería, y seguramente tenía razón: Prisco debía pagar. Poco a poco, su respiración volvió a ser regular. Su furia se apaciguaba, sus ideas se aclaraban. Encontraría otro hombre, más seguro, más joven, más fiel. A menos que... Puede que hubiera una solución.

Nicetas volvió a leer el diminuto pergamino. Heraclio estaba en Constantinopla. La carta de Prisco despejaba varias incógnitas. Pero planteaba otras. ¿Por qué había ido su primo a la capital sin la flota adecuada, sin el ejército que su padre el gobernador había puesto a su disposición? ¿Qué pretendía? ¿Enfrentarse a Focas en combate singular?

Por un instante, fue presa de la angustia. Si Heraclio derrocaba al Usurpador antes que él, perdería más que una corona. Pero ¿qué probabilidades había de que lo consiguiera con un barco y diez hombres?

Convenía desconfiar de Heraclio, de su implacable voluntad, de su fría audacia. Un fuego helado. Nicetas sabía que, pese a los años de infancia y juventud que habían compartido, en su primo subyacía un misterio, mezcla de empecinamiento y desesperación, que nunca había conseguido desentrañar. ¿Sobrestimaba Heraclio sus fuerzas? ¿Soñaba con el absurdo de tomar Constantinopla él solo?

Heraclio se creía un elegido. A veces, esa convicción le daba una energía, un aura casi sobrenatural. En cambio, en cuanto la duda se insinuaba en su mente, en cuanto temía haber malinterpretado un signo, haberse equivocado, no ser quizá el hombre que creía ser, el vigor lo abandonaba por completo y se venía abajo. ¿Qué locura lo había poseído para que se metiera de ese modo en la boca del lobo? ¿Qué delirio?

Nicetas volvió a dejar el pergamino en la mesa y sacó un mapa que estaba debajo de otros. Representaba el contorno del mar Interior. Observó todo el camino que había recorrido. Casi toda la costa de África, la de Asia. Ahora, Europa. Y todo en menos de un año. Ciertamente, Heraclio no se esperaba unos éxitos tan espectaculares y rápidos. Tal vez sintió que iba a perder el desafío que se habían lanzado el uno al otro en el palacio del gobernador, en Cartago. Sí, puede que la explicación fuera esa: quería emular sus hazañas,

hasta el punto de enfrentarse él solo con el Usurpador en su capital. ¡Insensato!

Afuera se oyó un grito, pero Nicetas no hizo caso. Dejó el mapa en la mesa. No cambiaría el plan que se había trazado. Él no se lanzaría sobre Constantinopla. Esperaría a que Focas enviara a su último ejército contra él y le diera la oportunidad de obtener una gran victoria, que calaría en los ánimos y vaciaría la ciudad de sus defensores. Entonces, y solo entonces, la haría venir, sin que corriera el menor riesgo. Era demasiado valiosa para exponerla a nada.

Que estuviera al pie de esas murallas dentro de dos, cinco u ocho días no cambiaría nada. De todas formas, Heraclio solo conseguiría que lo mataran. La idea lo entristeció, pero un ruido estridente en la entrada de la tienda lo arrancó de su meditación. Se volvió. Vio a Teodoro, pálido, con la mirada extraviada y, de pronto, vacía. Su boca se abrió para decir o quizá gritar algo. En vano. Su mano, aferrada a la colgadura de la entrada, se soltó, y el viejo guardia se desmoronó pesadamente en el suelo.

La inmensa llama que había incendiado el cielo crepuscular empezaba a ceder. Casi era de noche.

—No ha gritado —murmuró Porfirio, que tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas.

Detrás de él, un coloso observaba la escena con mirada pétrea. El auriga se volvió hacia él.

—¡Es culpa tuya! ¿Por qué no me has dejado salvarlo?

Porfirio hizo lo que pudo. Nada más enterarse del arresto del jefe de los verdes, concibió un audaz plan de evasión y acudió en busca de ayuda al único hombre de Constantinopla capaz, según él, de ejecutarlo con éxito. Pero Heraclio se había negado: «Juan Krukis debe morir», le había espetado con voz seca.

—Mira a tu alrededor. —Era la misma voz carente de emoción, dura, implacable, que había condenado a su mentor—. ¿Qué ves?

Una multitud casi silenciosa llenaba las gradas del hipódromo.

—Veo el cadáver del hombre al que se lo debo todo. Veo su carne torturada por el fuego. Veo que no volveré a hablar con él jamás.

—Yo veo caras furiosas y puños apretados, y oigo el murmullo de la revuelta. ¿Percibes tú también esa rabia?

Alrededor de los dos hombres, los rostros permanecían inexpresivos y serios. De vez en cuando se oía una crítica o un insulto contra el emperador, pero los soldados, presentes en gran número, impedían que el descontento se manifestara de forma abierta.

—Yo veo sobre todo que Focas ha utilizado a Juan como ejemplo y que ya nadie se atreverá a rebelarse —replicó Porfirio.

—Espera. Deja que la cólera siga su curso, que crezca poco a poco. Cuanto más la contengan y la repriman, más incontrolable será su explosión llegado el momento. Créeme, la muerte de Krukis no habrá sido inútil.

Las palabras de Heraclio arrancaron gruesas lágrimas al auriga, que también acabó apretando los puños.

—¡Tienes razón, Focas debe pagarlo! —exclamó.

El esbozo de una sonrisa se dibujó en el rostro impenetrable de Heraclio.

Cuando el coloso estuvo de vuelta en su barco, la noche había ahuyentado los últimos rayos del sol. Sobre la ciudad se abatía una oscuridad fúnebre. En todos los barrios se oían gritos de dolor. La cuadra verde lloraba a su jefe. Heraclio prestó atención: se oían cantos de mujeres, lúgubres y majestuosos, no lejos de su embarcación, procedentes sin duda de las viviendas que había detrás del puerto.

Desde el puente de su barco, el jefe rebelde contemplaba la noche estival. La tristeza que llenaba la capital no parecía afectarle. Se deslizaba sobre él como la brisa del Bósforo. Juan Krukis había instigado los disturbios que ocho años antes habían provocado la caída de Mauricio. Lo había expiado. Una muerte necesaria.

Absorto en sus pensamientos, Heraclio no advirtió que un gran número de siluetas oscuras se deslizaban con sigilo por el muelle en dirección a su barco. Fue cuando uno de sus lugartenientes le señaló las extrañas maniobras cuando les prestó atención. Demasiado tarde: de pronto, las antorchas iluminaron el muelle frente a ellos, y Heraclio descubrió con pavor que estaba rodeado por cientos, puede que miles de soldados.

Instintivamente, Nicetas interpuso la mesa entre él y la entrada de la tienda. El otro guardia apareció con un puñal ensangrentado en la mano.

—¿Qué significa esto?! —exclamó el joven general. Pero ya lo había entendido. Había actuado con ligereza al poner su vida en manos de un hombre al que apenas conocía—. ¿Quién te envía? ¿Focas? No importa lo que te haya prometido, yo te ofrezco más.

Sin decir palabra, el sicario avanzó hacia él.

Su daga. ¿Dónde la había metido? Lanzaba miradas angustiadas a su alrededor, sin perder de vista al otro. Cojines de todos los colores, magníficas telas, pero ni un arma. Mala suerte. Había que ganar tiempo. No tardarían en pasar soldados ante la tienda. Advertirían que los guardias no estaban. Sospecharían algo. No, no sospecharían nada. Se estremeció: a esas horas, todo el mundo estaría en la cantina, en la otra punta del campamento. Era hombre muerto.

Su adversario le lanzó una primera estocada al pecho, que consiguió evitar: con un fuerte empujón a la mesa, hizo retroceder al sicario. Un arma, si al menos tuviera un arma de verdad... El otro no se decidía a rodear el obstáculo que lo separaba de su víctima. Por miedo a que se le escapara corriendo hacia la salida, sin duda. Sus ojillos no se apartaban de él. Su frente chorreaba sudor. Poco a poco, compensando con sus empujones los de Nicetas, lo obligaba a retroceder hacia el fondo de la tienda. Y allí ya no tendría escapatoria.

Mantenerse aferrado al borde de la mesa a toda costa, para evitar que la apartara y se arrojara sobre él. Pero al hacerlo, permanecía al alcance del puñal. La carta, los mapas... Todo se había desparramado por el suelo.

«Eumeno». Se llamaba Eumeno.

Evitó la hoja por segunda vez, por tercera... Iba a morir, lo presentía. Pensó en su tío. El viejo gobernador montaría en cólera por aquel

contratiempo. Culparía a su imprudencia tanto como a los procedimientos criminales de Focas. Luego, en su frío y fértil cerebro germinaría un nuevo plan, y subsanaría la pérdida de su excéntrico sobrino. Una cifra, un número, un peón.

—Eumeno... —probó a decir en un tono casi suplicante.

Por toda respuesta, el guardia llevó su ataque más lejos que los anteriores y Nicetas tuvo que soltar la mesa. El otro la volcó y la apartó de una patada. Ya nada se interponía entre él y el general rebelde. Nicetas comprendió que todo había acabado.

Ahora no. Una semana antes, sí, habría podido morir con una sonrisa hastiada en los labios: su vida estaba tan espantosamente vacía, era tan inútil... Pero ahora quería vivir. Intentó verla una última vez en su imaginación. Su cara. No la recordaba. No tan claramente como le habría gustado. Y jamás volvería a verla.

Cuando se disponía a arrojarle sobre su adversario, a vender la piel tan cara como pudiera, vio que en un rincón, a un lado de la entrada, se alzaba una pequeña silueta. Estaba temblando y tenía en la mano un objeto que Nicetas reconoció de inmediato: su daga. Era Marco. Se había olvidado por completo de él. Cuando el sicario irrumpió en la tienda, el muchacho estaba medio dormido en el montón de cojines. El involuntario escondite le había salvado la vida. «No se atreve a golpear», se dijo Nicetas: Marco, que se había acercado sigilosamente hasta situarse detrás de Eumeno y solo tenía que hundirle la hoja en la espalda, permanecía encogido con la mano crispada sobre la empuñadura.

—¡Golpea! —le ordenó Nicetas con la voz firme e imperiosa que usaba en el campo de batalla.

Eumeno creyó que lo desafiaba a él y esbozó una sonrisa siniestra. De pronto, sus ojos se inmovilizaron y soltó un aullido de dolor. ¡Por fin! El muchacho acababa de clavarle la daga a la altura de los riñones. El sicario se volvió, furioso y tambaleante. Nicetas aprovechó para arrojarle encima de él, pero, antes de que pudiera desarmarlo, al otro le dio tiempo de atravesarle el brazo izquierdo, aunque le había apuntado al cuello. Marco seguía teniendo la daga ensangrentada en la temblorosa mano. Nicetas se apoderó también de ella. El resto fue cuestión de un instante.

—Tienes diez segundos para decirme quién te ha enviado.

Eumeno estaba de rodillas, con dos amenazadores aceros apoyados en su nuca, que chorreaba sudor.

—Ya solo cuatro. —Nicetas hizo una tijera con las dagas alrededor del cuello de Eumeno. El fuerte olor a sudor le revolvía el estómago y multiplicaba por dos el odio hacia aquel hombre que lo había traicionado. El brazo le dolía horrores—. Ha sido Focas, ¿verdad? ¡Vamos, se te ha acabado el tiempo! ¿Es Focas?

El guardia asintió. Su cabeza rodó por la alfombra, que quedó cubierta de espesa sangre.

A Bonoso le hervía la sangre. El asunto debería haberse zanjado en unos minutos. Y llevaban tres horas luchando. Tras apoderarse del puente del barco, a costa de innumerables pérdidas, sus hombres volvían a estar bloqueados. Esta vez, ante una escotilla. Abierta. Pero eran incapaces de cruzarla.

—¡Acabad con él, por Lucifer! —ladró—. O los que moriremos seremos nosotros. ¡De vergüenza!

Heraclio se había refugiado en la bodega, desde donde mantenía a raya a los guardias imperiales ayudado por otros dos locos, los únicos hombres que le quedaban.

Por fin, informaron a Bonoso de que uno de ellos había caído. Instantes después, acabaron con el otro. Los acontecimientos se precipitaban. Buena señal. Bonoso esperaba ver en cualquier momento a uno de sus hombres saliendo del barullo y agitando triunfalmente la cabeza del rebelde. Luego, él mismo se la llevaría a Focas, que sin duda haría que la clavarán en la punta de una pica y la convertiría en uno de los principales adornos del hipódromo durante unos meses. Pero pasaban los minutos, los gritos llenaban el puente y sus soldados seguían sin conseguir penetrar en la bodega.

—Continúa resistiendo, mi general —vino a anunciarle un soldado—. De momento, no podemos entrar, la escalera es demasiado estrecha para mandar a más de dos hombres a la vez, pero el agotamiento acabará con él.

—¿Me tomas el pelo? ¿El agotamiento? ¿Dentro de diez años? ¡Está solo y atrapado como una rata! —gritó el dogo lleno de furia. Luego, con el rostro súbitamente inmóvil y los ojos entornados, añadió—: Este asunto ha durado demasiado. ¡Prendedle fuego a todo!

Su interlocutor creyó que desvariaba.

—¿Fuego?

—Fuego. ¡Ahora mismo! No seré el hazmerreír de la ciudad ni un minuto más.

El soldado intentó razonar con él.

—Hay que evacuar a los hombres. Al menos hay cien de los nuestros a bordo.

—No tenemos tiempo —replicó Bonoso—. ¡Que le hubieran arreglado las cuentas antes, son unos incompetentes! Quemad el maldito barco y a ese Heraclio del demonio con él. ¡Ahora! Lástima, no poder cortarle la cabeza. Tendremos que conformarnos con las cenizas.

Los soldados obedecieron. Juntaron a toda prisa una decena de balas de paja y las lanzaron al puente, entre los guardias imperiales, que no necesitaron más explicaciones para comprender lo que estaba a punto de ocurrir. Muchos fueron presa del pánico: los más rápidos consiguieron saltar al agua; los demás vieron con terror cómo las flechas incendiarias que disparaban sus compañeros desde el muelle alcanzaban las pacas y las convertían en piras. En unos instantes, el puente no fue más que un torbellino de llamas en el que se retorcían todos los que no habían podido huir a tiempo.

Indiferente a los gritos de dolor y al olor a carne quemada que inundaba el aire, Bonoso observaba el infierno flotante que él mismo había creado. Pero de la bodega no salía nadie.

—¡Heraclio se ha achicharrado! —gritó, y se echó a reír, aliviado.

Cuando, consumido por las llamas, el barco se hundió en las negras aguas del puerto, el sol asomaba en el horizonte. Bonoso, que había estado contemplando el siniestro espectáculo hasta ese momento, dio media vuelta. «¡Y ahora es tu turno, Nicetas!».

Los jefes mercenarios Pedro y Mundir habían acudido a la tienda del general en cuanto se enteraron de que habían intentado asesinarlo. Tras comprobar que el traidor no era ni armenio ni árabe, renovaron su juramento de fidelidad. Pese a la herida y la pérdida de su guardaespaldas, Nicetas se mostró decidido. Con el brazo vendado, observaba los mapas de pie ante la gran mesa. No volvería a dar la menor oportunidad a Focas.

Pedro no se quedó mucho rato. Nicetas estaba vivo, la guerra continuaba, faltaba poco para que terminase. ¿Qué podía añadir? Mundir estaba más preocupado. Su conversación con Nicetas se prolongó hasta la noche.

—¿El Usurpador pagó a este hombre? ¿Estás seguro?

—Ha confesado, y llevaba encima dinero, mucho dinero. Mira: un centenar de monedas como esta.

Se la tendió con el brazo sano. El hombre del turbante la cogió entre el índice y el pulgar y, con el ceño fruncido, la examinó atentamente en la penumbra de la tienda.

—¡Pero esta moneda es persa!

Nicetas suspiró.

—Lo sé.

Mundir seguía mirando la moneda de plata sin comprender.

—Es todo lo que le queda a Focas. Mauricio recibió cofres llenos de esas monedas tras devolver a Cosroes a su trono. Como ves, el Usurpador sabe en qué emplearlas. —El joven general se dio cuenta de que la duda no había desaparecido del rostro de Mundir—. Cosroes es nuestro aliado. Sin su ayuda, no habríamos podido apoderarnos de Siria con tanta facilidad.

Ya había dicho bastante. Se suponía que no debía desvelar los planes elaborados por Heraclio el Viejo en Cartago. Pero ¿qué importaba? El árabe era demasiado lúcido, demasiado astuto para no haber comprendido desde hacía tiempo que, al atacar por el este y atraer al grueso de las tropas

destinadas en Damasco y Alejandría, Cosroes había hecho un enorme favor a los rebeldes. Nicetas solo había encontrado guarniciones debilitadas incapaces de ofrecer resistencia.

—El rey de reyes tiene una vieja deuda con mi familia —se sintió obligado a aclarar.

Al decirlo, recordó al joven exiliado que, doce años atrás, había llegado a Constantinopla en busca de refugio. Apenas mayor que él, pero avejentado por las tribulaciones. En la corte de Mauricio eran muchos los que apostaban por dejar que la antigua dinastía sasánida se extinguiera con él. ¿No debilitaría eso a Persia irremisiblemente? Pero Heraclio el Viejo y el gran Narsés sostenían lo contrario. Estaban convencidos de que el general que había derrocado a Cosroes podía iniciar una política de conquistas contra el Imperio romano para asentar su autoridad y legitimar un nuevo linaje. Más valía reponer al último retoño de los sasánidas en el trono de sus antepasados. Un soberano débil, dócil y agradecido.

—Entonces ¿por qué su generalísimo ha sitiado Dara?

La pregunta de Mundir lo sacó de su leve ensimismamiento. No tenía la menor idea. Puede que Heraclio el Viejo no le hubiera revelado todos los términos del acuerdo al que había llegado con el emperador persa. Se suponía que, en pago de su ayuda, le cederían gran parte de los territorios comprendidos entre el Tigris y el Éufrates, pero no Dara. Era una ciudad demasiado valiosa, necesaria para la seguridad del Imperio romano. Pero ¿qué importaba? De todas formas, el rey de reyes nunca podría tomar Dara. La irreductible Dara.

—Deja de pensar en los persas, mi querido amigo —zanjó Nicetas, y con el gesto repentinamente serio miró a Mundir a los ojos—. Mejor, dime qué has decidido. Tus jinetes y tú, ¿estaréis conmigo en la batalla final?

Las tropas de asalto habían regresado al caer la noche. Tan desmoralizadas como de costumbre. En cuestión de días, habría que levantar el sitio. Pese a las órdenes de Cosroes. Porque un ejército desanimado era un ejército peligroso. Sharvaraz, el generalísimo persa, lo sabía de sobra. El odio al enemigo, acumulado durante semanas pero privado de una vía de escape — puesto que el enemigo seguía siendo intocable en lo alto de sus negras murallas—, no tardaría en tomar otra dirección: probablemente la suya. Y él no estaba dispuesto a aceptarlo. Prefería adelantarse a la humillación de un motín y renunciar, aunque supusiera desobedecer al rey de reyes.

—¿Y la humillación del fracaso? —acababa de preguntarle su hermano.

Shahin dirigía las tropas de asalto contra las murallas de Dara. Ese día había perdido trescientos hombres. Había entrado en la tienda de Sharvaraz hecho una furia. No culpaba a su hermano, por supuesto; no se habría atrevido, y sabía que no tenía motivos, sino al verdadero responsable de aquel desastre: Cosroes, repantigado en su palacio de Dastagerd mientras ellos se azacaban inútilmente al pie de aquellas malditas murallas. Shahin era un guerrero. A veces usaba el lenguaje de un soldado de tropa. Lo que se manifestó de un modo especialmente gráfico en los epítetos que dedicó al rey de reyes.

Sharvaraz posó la mano, cubierta de anillos, sobre el musculoso brazo de su hermano. No podía expresarse así. Los guardias eran de confianza, pero nada garantizaba que no repitieran ciertas frases una noche de borrachera. Pese a todo, Shahin escupió un nuevo juramento. Aún no se había quitado la armadura ligera. Su pelo, recogido con cintas detrás de la cabeza, estaba cubierto de polvo. Era menor que Sharvaraz y distinto, muy distinto. En la corte de Cosroes, había quien llamaba al generalísimo «la hermana mayor» de Shahin. Nunca delante de él, y siempre en voz baja. Porque pese a su apariencia, digamos inusual para un jefe del ejército, Sharvaraz ganaba todas

las batallas y resolvía situaciones que cualquier otro estratega habría considerado comprometidas o desesperadas. Siempre encontraba una solución. Hasta ahora.

—¿Qué hará Cosroes cuando sepa que has levantado el sitio? —le preguntó Shahin.

Estaba de pie ante él, como un soldado en posición de revista. Sharvaraz permanecía tumbado sobre unos cojines rellenos de plumas de pato. Sus labios, pintados de un azul chillón, esbozaron un rictus de regocijo.

—Nada. Es justo lo que quiere, hermano.

Shahin frunció el ceño, miró el rostro maquillado que tenía frente a él y luego sonrió. Lo había comprendido. Era inteligente. Casi tanto como él. Y acto seguido empezó a despotricar otra vez contra el rey de reyes. Porque lo había comprendido.

El propio Sharvaraz había rechazado esa idea durante mucho tiempo. Habría preferido creer en la locura de Cosroes, en su disparatado pero laudable deseo de conquistar una ciudad inconquistable, de sacarse de una vez por todas la espina de Dara, clavada desde hacía siglos en la pata del león persa. Pero la verdad era más mezquina: en realidad, el rey de reyes no había traicionado a sus aliados romanos. No había ordenado sitiar Dara con la esperanza de apoderarse de ella. Sabía que esa empresa estaba condenada al fracaso y deseaba ese fracaso.

La campaña de Sharvaraz en Mesopotamia había sido brillante. Había aplastado a las fuerzas del usurpador Focas en dos choques que ni siquiera podían llamarse batallas. Esos éxitos reforzaban una reputación ya asentada de imbatibilidad. Pero a Cosroes —¿cómo pudo olvidarlo?— no le gustaban los generales invictos. Uno de ellos, cuyo nombre ya no podía ser pronunciado, lo había expulsado del trono. ¿Qué mejor manera de desacreditar a un jefe del ejército con tanto talento como él que recordarle que era un hombre, un instrumento falible?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le preguntó Shahin.

Sharvaraz se encogió de hombros. Simplemente, sabía dominarse en cualquier situación.

—¡Ojalá se pudiera en las alcantarillas de Ctesifonte!

Shahin era distinto. Más instintivo. Lo que lo convertía en un guerrero extraordinario. Y a veces en un visionario que no sabía que lo era.

—¿Por qué en las alcantarillas? —quiso saber Sharvaraz. La pregunta pareció extrañar a Shahin—. ¿Por qué en las alcantarillas? —repitió

Sharvaraz, levantándose de los cojines con un movimiento brusco que hizo tintinear sus brazaletes.

Estaba totalmente de pie frente a su hermano, cosa que no ocurría a menudo. Shahin, más alto y más fuerte que él, lo miraba asustado, sin entender, sin sospechar siquiera que acababa de ocurrir algo, que al pronunciar aquella blasfemia acababa de dar con el modo de tomar Dara.

Bonoso se hizo acompañar a casa. Pero a pesar de la fuerte escolta, a la litera le costaba abrirse paso entre la muchedumbre de curiosos que seguían acudiendo al puerto. La gente se empujaba, se llamaba, quería saber qué había pasado y por qué, la misma noche en que habían ejecutado al jefe de los verdes, había caído de pronto semejante diluvio de fuego sobre aquel barrio tranquilo. Las calles, que a esas horas deberían estar desiertas, eran un hervidero. Pero a Bonoso los contratiempos del trayecto le traían sin cuidado. Estaba exultante: Prisco, caído en desgracia; Krukis, ejecutado; Heraclio, eliminado... Y Nicetas no tardaría en morder el polvo. Todo le sonreía.

Por fin había obtenido el consentimiento de Focas para marchar contra el general rebelde. La gloria le tendía los brazos. Ciertamente, la revelación de la existencia de la hija de Mauricio había tenido un papel decisivo: no podían arriesgarse a que el ejército rebelde se presentara ante las murallas de Constantinopla con ella y la exhibieran ante la población. Había demasiada gente que aún añoraba al difunto emperador, y ella era su heredera legítima. Había que tomar la delantera. Tanto más cuanto que todos los exploradores confirmaban la debilidad de las tropas de Nicetas, que habían empezado a deshacerse como el hielo al sol: prácticamente toda su caballería, compuesta en lo esencial por árabes, estaba a punto de abandonarlo. Solo le quedarían unos miles de infantes. En cambio, él contaba con cuarenta mil hombres, incluidos ocho mil jinetes.

Su partida estaba prevista para el amanecer, en apenas unas horas. Pero no las aprovecharía para dormir, porque en casa le esperaba una alegría aún mayor que las otras. La impaciencia podría haberlo impulsado a aniquilar a quienes obstaculizaban su silla de mano, pero disfrutaba con el retraso, saboreando por adelantado la pequeña diversión que se había preparado. Su palacio contaba con varios subterráneos. En lugar de utilizarlos para guardar vino, Bonoso los había transformado en prisión. La luz del día nunca

penetraba en ellos. Las celdas, húmedas y malolientes, hervían de ratas. Los gruesos muros amplificaban los gritos en el espacio cerrado: cualquier detenido oía lo que le hacían a sus vecinos, sin poder entender nada. Bonoso ya había visto a unos cuantos volverse locos incluso antes de que se ocupara personalmente de ellos.

La espera, la paulatina pérdida de confianza, la perspectiva de las torturas de las que nada podía librarlos... Bonoso había aprendido mucho durante las campañas contra los ávaros, en las que sirvió como soldado raso. Fue testigo de escenas que habrían convencido a cualquiera de que Dios, si existía, se había desentendido del mundo hacía mucho tiempo. Porque los jinetes de las estepas eran los maestros indiscutibles en el arte de torturar a un hombre —o a una mujer, por lo demás—, de destrozarle el cuerpo y el alma. Esa noche, sin embargo, esos recuerdos eran una fuente de inspiración más que de horror.

El emperador había cumplido su promesa: no había ejecutado a su yerno Prisco. No obstante, lo había condenado a que le sacaran los ojos, tras lo cual tendría que retirarse a un monasterio, donde pasaría el resto de sus días. Mientras tanto se pudría en una de las celdas de Bonoso, porque Focas había tenido la bondad de encomendar la ejecución de la sentencia a su perro fiel, que pensaba practicar dicha mutilación en cuanto estuviera de regreso. Esa era la perspectiva que tanto lo alegraba.

Al fin, llegó a casa. Su intención era aparecer ante el generalísimo caído en desgracia vestido con sus galas de jefe militar. Sería la última imagen que vería Prisco antes de que sus ojos se oscurecieran para siempre. Cualquier cosa era buena para que la humillación del yerno del emperador resultara un poco más dolorosa. Pero apenas había cruzado las puertas de su palacio cuando le anunciaron que tenía una visita.

—¿A estas horas? ¡No tengo tiempo, no lo tengo en absoluto! ¿Quién es?

—La dama va cubierta con un velo, señor —le respondieron.

—Otra de esas piojosas que viene a suplicarme que perdone a su marido, detenido por la guardia...

—Más o menos —replicó una voz, que reconoció de inmediato y lo dejó atónito.

—¿Tú?! —exclamó.

La mujer avanzó hacia él y se apartó el velo, dejando al descubierto una larga y magnífica cabellera pelirroja.

30 de septiembre

El gran día, el momento decisivo, por fin. El sol había empezado a iluminar la llanura en pendiente. Cuando volviera a ponerse, ya lo sabría. Mucho antes, quizá. Antes de mediodía, si todo ocurría como esperaba. Sabría si la púrpura recaería sobre él, un joven general al que durante mucho tiempo nadie se había tomado en serio pero que acababa de conquistar la mitad del Imperio, y aún no había cumplido los treinta años.

El ejército de cuarenta mil hombres mandado por Bonoso avanzaba a su encuentro. Cuarenta mil hombres: más del triple de sus efectivos.

El escenario en el que se desarrollaría el enfrentamiento se extendía ante él: una enorme llanura, más seca de lo normal para esa época del año. El terreno más desfavorable posible para un puñado de hombres que se enfrenta a una multitud. Una serie de pequeñas grutas se perfilaba en el horizonte, allí donde la vanguardia del ejército imperial empezaba a asomar. Las tropas de Nicetas ya estaban en orden de combate en mitad de la llanura. Soldados de infantería, casi todos. Presas fáciles cuando se contaba con una buena caballería, como la de Bonoso. Un señuelo, por supuesto.

A medida que la imponente masa enemiga se acercaba, el contingente rebelde parecía cada vez más ridículo. La desproporción de fuerzas era tan manifiesta que, por un instante, Nicetas fue presa de la duda. Por un instante. Se tranquilizó enseguida. Iba a ganar aquella batalla. Confiaba en su plan. En unas horas, Constantinopla ya no tendría ejército que se le opusiera. Su avance sería una marcha triunfal hasta Santa Sofía, donde se haría coronar.

El emperador Nicetas... Quién lo hubiera dicho hacía solo unos meses... Quién lo hubiera dicho cuando salió de Cartago con un puñado de hombres... Todo señalaba a su primo como futuro dueño del Imperio. Era mayor que él e hijo de Heraclio el Viejo, gobernador de África y cerebro de la rebelión. Por si fuera poco, el itinerario que le correspondía seguir, por mar y con una poderosa flota, era más seguro y más rápido.

El primero que tomara la ciudad y acabara con Focas sería el nuevo emperador. Lo habían acordado mediante un juramento solemne, sobre el que no obstante seguía flotando el fantasma de las rivalidades de la infancia. Los dos primos habían desmentido todos los pronósticos: uno, con sus fulgurantes conquistas; el otro, con sus incomprensibles dilaciones, su negativa a ponerse al mando de una escuadra digna de ese nombre y su llegada a Constantinopla, tardía y suicida.

Dos días antes, Marco había entregado un mensaje al joven general. Le anunciaba la muerte de Heraclio. Nicetas seguía sin saber qué pensar. El informe era confuso. Un ataque nocturno contra un barco, un incendio que se había propagado rápidamente y cientos de guardias imperiales ahogados o abrasados, y con ellos también su primo. No habían encontrado el cuerpo. La carta no era de Prisco, sino de un espía que Nicetas tenía en la capital. El yerno de Focas no le había confirmado esa información. Llevaba días sin dar señales de vida.

Pero ya tendría tiempo de aclarar ese asunto. Cuando estuviera en Constantinopla. Cuando fuese emperador. Emocionado por la idea, se olvidó por un instante del campo de batalla y de la probable muerte de su primo. Se volvió hacia el sol naciente, allá, en el este, donde estaba ella. Fabia. ¿Por qué se empeñaba en seguir llamándola así? Eudoxia. Era Eudoxia, la hija de Mauricio, la última descendiente de una estirpe gloriosa, cuya mano pertenecería a quien la vengara, al hombre que matara al asesino de su padre, de toda su familia.

—Quiera el cielo que tu plan funcione —murmuró Pedro, el jefe del contingente armenio, que estaba justo a su lado.

—Deja en paz al cielo. Bastará con que tus armenios sigan mis instrucciones —respondió el joven general, que aún tenía el brazo inmovilizado por los vendajes.

Desde el lugar en el que se encontraba, en lo alto de la pendiente, rodeado por un reducido grupo de oficiales a caballo como él, el contraste entre los dos ejércitos era estremecedor: los rebeldes formaban un pequeño rectángulo; cinco filas de infantes apoyados por un puñado de jinetes. Los regimientos que mandaba Bonoso se extendían a lo largo de veinte filas. Los soldados de infantería marchaban en medio, con la caballería ocupando los flancos. Una formación clásica, previsible.

Cuando el ejército imperial estuvo a trescientos pasos detuvo la marcha. Los arqueros avanzaron hasta la primera línea. Nicetas sonrió: desde luego,

aquel Bonoso no tenía imaginación. Pero ¿para qué la necesitaba, cuando la relación de fuerzas le favorecía de tal modo?

Una primera andanada de flechas, seguida de una segunda. Sus hombres reaccionaron con sangre fría y alzaron los escudos para formar un caparazón protector. Cayeron algunos. Pocos. Pero había que pasar a la acción. Nicetas hizo una señal con el brazo sano. Uno de sus lugartenientes asió el enorme cuerno que llevaba colgado al cuello y sopló a pleno pulmón. El sonido resonó en toda la llanura. Abajo, los soldados rompieron repentinamente la formación de la tortuga y cargaron contra el centro de la alineación enemiga. Una carga caótica, que las tropas de Bonoso no se esperaban. Provocó un amago de pánico.

No tenían que avanzar demasiado, si no querían verse rodeados. Solo provocar al enemigo. Nueva señal de Nicetas a su lugarteniente, que esta vez hizo sonar el cuerno dos veces: repliegue inmediato. Para los rebeldes, era un momento crítico. La caballería de Bonoso se había lanzado al galope: intentaba envolverlos. Si lo conseguía, los haría picadillo.

Era uno de los puntos débiles de su plan, lo sabía. Durante unos segundos dejó de respirar. A su lado, Pedro escupió al suelo. Presenciaban el enfrentamiento desde lo alto de la pendiente sin poder participar todavía. Era tremendamente frustrante, pero necesario.

Abajo, los rebeldes consiguieron retirarse sin demasiadas bajas y hacer frente a las dos alas de caballería, que intentaban encerrarlos en su tenaza. Pero era una lucha desigual. Enardecido, el ejército imperial quiso aprovechar su ventaja. Las fuerzas de Nicetas seguían cediendo terreno, empujadas por la enorme masa enemiga. Era inevitable. Era lo previsto.

De pronto, se produjo una desbandada. Todo ocurrió muy deprisa. A pesar de la distancia, Nicetas oyó a algunos de sus hombres, oficiales de infantería, que gritaban: «¡Todo está perdido!». El pánico pareció apoderarse de los soldados, que dieron la espalda al enemigo y se batieron en retirada con la mayor precipitación. Nicetas incluso vio que algunos soltaban el escudo para huir más rápido.

El ejército imperial soltó un clamor de triunfo. Sus primeras filas se lanzaron a la persecución atropelladamente. Todos, infantes y jinetes, querían su parte del botín.

Nicetas observaba la estampida de su ejército con atención. En su rostro no se movía un solo músculo. Como una estatua de cera. A su lado, Pedro también parecía paralizado.

Sus hombres huían, pero de forma ordenada. Pese a los gritos de terror, el abandono de las armas y los golpes que daban casi frenéticamente —al parecer, sin más razón que el pánico— contra unos montoncitos de piedras repartidos por el suelo, no se dispersaban a la buena de Dios. Por el contrario, huían al interior de determinadas zonas, bien delimitadas, del campo de batalla. Formaban estrechas columnas que dejaban vacías amplias franjas de terreno, aumentando aún más la sensación de confusión en sus filas.

Nicetas tenía la mano crispada sobre la empuñadura de la espada. Todo iba de maravilla. Casi demasiado bien. Se sorprendió a sí mismo rezando.

La primera línea consiguió reorganizarse y disparó varias tandas de flechas para retrasar el avance de sus perseguidores. Estos se detuvieron unos instantes, pero volvieron a lanzarse a la carrera con renovado ímpetu. Idiotas...

De pronto, la trampa se cerró. O más bien se abrió. Se oyó un tremendo crujido, seguido de gritos de terror y el ruido de una caída en masa de cuerpos y objetos metálicos. Una nube de polvo se alzó en el aire y llevó el caos al paroxismo. Ya no se veía nada. Cuando la nube se disipó, Nicetas se relajó al fin. Había funcionado: ante él, el enorme foso al que se habían precipitado todos los soldados que se lanzaron en persecución de su ejército. Un foso erizado de afiladas estacas. Idea suya, obra suya.

Sus hombres, que habían recuperado las armas y volvían a estar en orden de batalla, acabaron con los soldados enemigos que habían sobrevivido a la caída e intentaban escapar de la trampa.

Nicetas veía en el fondo del cráter, mezclados con los moribundos y los empalados, los ramajes que, cubiertos de arena y tierra, habían servido para ocultar el foso. Lo salvaban unas cuantas pasarelas, estrechas franjas practicables por las que las tropas rebeldes habían llevado a cabo su falsa retirada.

Pero la batalla no había acabado. Lo sabía. Se volvió hacia el lugarteniente del cuerno, que esta vez lo tocó tres veces. El golpe de gracia. Al oír la señal, su infantería dejó de rematar a los soldados que agonizaban en el foso y volvió arriba con la intención de atacar por los flancos. En el mismo instante, un nutrido contingente de jinetes hizo su aparición: salieron de las grutas que rodeaban la llanura y avanzaron hacia la espalda del enemigo. A la cabeza iba el jefe de la caballería árabe, Mundir.

Nicetas bajó del pequeño promontorio desde el que había dirigido las operaciones y se unió a ellos. Juntos cayeron sobre la retaguardia de las tropas de Bonoso, todavía numerosas pero totalmente desarboladas. Seguro de la

victoria hasta hacía unos instantes, el ejército imperial se vio atacado por todas partes, empujado hacia una trampa mortal y sorprendido por la espalda por una caballería totalmente fresca que, oculta, había sabido esperar su momento. Muchos optaron por arrojarse sobre las afiladas estacas del foso. El asalto combinado de la caballería y la infantería de Nicetas era invencible, y habría acabado con el exterminio de aquellos miles de hombres desmoralizados de no haber sido por la intervención del joven general.

Cuando la matanza estaba en su apogeo, Nicetas ordenó a sus tropas que se detuvieran. Para estupefacción del enemigo, los hombres lo obedecieron al instante. Los dos ejércitos quedaron frente a frente sin intercambiar golpes, uno detenido por orden de su jefe, el otro por el agotamiento y quizá también por la esperanza. Erguido en su montura, más hermoso y radiante que nunca, Nicetas tomó la palabra:

—Soldados que habéis luchado contra nosotros en el día de hoy: creo no ofenderos si digo que habéis sido derrotados. Estáis rodeados. ¿Qué salida os queda? Las espadas de mis infantes, las lanzas de mis jinetes, el foso que excavamos para vosotros, en el que yacen miles de vuestros compañeros... Adonde quiera que volváis la cabeza, no veréis más que la muerte. Soldados, si yo fuera como el hombre al que servís, es probable que, aprovechando la ventaja que me ha dado sobre vosotros la batalla, os aniquilara hasta no dejar a uno solo con vida. En el mejor de los casos, con humor magnánimo, es posible que Focas se conformara con reduciros a la esclavitud...

Esas últimas palabras provocaron un repunte de agitación entre los restos del ejército imperial. Algunos soldados volvieron a empuñar la lanza y el escudo. Mundir, que estaba junto a Nicetas, le susurró unas palabras al oído. A modo de respuesta, el joven general esbozó una sonrisa y, con una voz vibrante de la que había desaparecido todo rastro de ironía, prosiguió:

—Vosotros, que hoy habéis sido desbaratados, vencidos y humillados, podéis regresar mañana a Constantinopla como triunfadores. Conmigo. Si deponéis las armas inmediatamente y me entregáis a Bonoso, el hombre que se dice vuestro general, cuando no es más que un carnicero y un asesino, dejaréis de ser mis enemigos y os convertiréis en mis soldados, sin que a mis ojos haya diferencia alguna entre vosotros y quienes me han acompañado desde Cartago. Sí, habéis oído bien, os invito a uniros a mí, no como esclavos, ni como súbditos o vencidos, sino como hermanos.

La noticia de la calamitosa derrota de Bonoso llegó a Constantinopla en apenas unas horas, en alas de un rumor más veloz que el más diligente de los jinetes. Pronto lo supo la ciudad entera. Las facciones estaban en ebullición. En cada esquina estallaba una pelea. La guardia imperial apenas intervenía. Ya no tenía comandante, y sus hombres se habían dispersado por la ciudad no para mantener el orden, sino para entregarse también al pillaje preventivo. Se temía un sitio y las estrecheces que eso acarrearía, y la gente saqueaba los puestos de venta. Muchos vecinos permanecían encerrados en sus casas esperando ver el rumbo que tomaban los acontecimientos.

Focas hizo anunciar que los juegos se celebrarían según lo previsto. Ahora todo estaba prácticamente perdido; no se hacía demasiadas ilusiones, pero al menos le quedaban unos días. Los suficientes para ajustar cuentas. Su final sería espléndido. No lo verían esconderse en su palacio. Tenía unos juegos que presidir. ¡Serían grandiosos! ¡El sangriento apocalipsis de Focas! Iba a morir, pero antes se vengaría. Se llevaría por delante a todos los que pudiera.

Bonoso no había estado a la altura. Había hecho mal en confiar en él. Estaba claro que un general no se improvisaba. ¿Por qué no había enviado a un auténtico estratega, como Prisco? Sí, Prisco habría sido perfecto para una misión así: tranquilo, reflexivo, retorcido... Demasiado retorcido, seguramente.

La gran puerta de la sala del trono se abrió. Apareció un mensajero. Un jinete exhausto cubierto de polvo. Pertenecía al ejército vencido. Era el quinto desde el comienzo de la tarde. ¿Acaso no sabía que todo el mundo estaba ya al tanto de lo que venía a anunciar? No obstante, tal vez le diera algún detalle. No. Otra vez la historia de esa trampa gigantesca. Nada más.

—¿Qué han hecho con Bonoso? —le preguntó Focas.

—Lo ignoro, majestad.

El emperador se quedó pensativo. Nadie había sabido darle noticias de su viejo compinche. ¿Podría ser...? En su interior prendió una llama de esperanza. El segundo objetivo. ¿Podría ser que aún estuviera al alcance de la espada? Sin duda, eso no cambiaría en nada el resultado final: Constantinopla ya no estaba en condiciones de defenderse. Pero qué satisfacción... ¡Qué venganza!

Lo buscaron entre los heridos, bajaron al foso y dieron la vuelta a los cadáveres, peinaron todo el campo de batalla: ni rastro de Bonoso. ¿Había muerto? ¿Se había puesto el uniforme de un soldado con la esperanza de que no lo reconocieran? Su desaparición arrojaba una sombra sobre la victoria de Nicetas.

El general convocó a todos los altos mandos del ejército vencido frente a su tienda, en la gran explanada del campamento, abrasada por el sol.

—Creía que había sido claro —dijo con voz serena pero amenazadora—. Vuestra vida y vuestro honor a cambio de Bonoso.

Sus interlocutores estaban de pie frente a él, aterrorizados. Ninguno se atrevía a tomar la palabra. Sentado, Nicetas los observaba. Desastrados, y en algunos casos heridos, miraban de reojo a los guardias que los rodeaban, y el joven general no tardó en comprender que le ocultaban algo.

—¿Debo considerar que nuestro acuerdo ya no es válido?

Se oyeron murmullos ininteligibles. Con los nervios de punta, agotado por los combates de la mañana y, antes de eso, por las noches que había pasado en vela preparando su extraordinaria victoria, Nicetas montó en cólera y se levantó de un salto, volcando la silla.

—¿Dónde está Bonoso? —gritó.

Pero nadie parecía dispuesto a hablar.

—Muy bien —dijo en un tono glacial. Dando media vuelta, hizo amago de regresar a su tienda y añadió—: ¡Que los decapiten!

Al instante, los guardias desenvainaron las espadas y avanzaron un paso.

—¡Noble señor! —exclamó uno de los oficiales hincando la rodilla en el suelo. Era un hombre de cierta edad, al que Nicetas había visto combatir con valentía durante la batalla—. Mis compañeros y yo no tememos por nuestras vidas.

Nicetas contuvo a sus guardias con un gesto.

—No podemos entregarte a Bonoso. Por lo que a mí respecta, lo sabía en el momento en que me rendí. Mi persona te pertenece. Pero perdona a mis hombres.

Nicetas no pudo ocultar su decepción.

—Explícate.

—Bonoso ha huido, e imagino que a estas horas está lejos de tu alcance.

—¿Ha ido en busca de refugio a Constantinopla?

El oficial permaneció en silencio. Le temblaba el mentón ligeramente.

—¿A qué otro sitio puede ir? —insistió Nicetas.

El hombre seguía dudando. Su voz se volvió balbuceante:

—Nuestro plan inicial no consistía solo en aniquilaros a ti y a tu ejército. Teníamos otro objetivo, un objetivo secundario... Cuando caímos en tu trampa, nuestro general comprendió casi de inmediato que la batalla estaba perdida y, con ella, el grueso de su ejército.

Nicetas había vuelto a sentarse en su silla, y, contrariado, escuchaba al oficial, con el ceño fruncido.

—Al instante, volvió grupas, seguido por un puñado de hombres. Aprovechando la confusión, y sobre todo la nube de polvo que había levantado la trampa, consiguió burlar tu vigilancia y huir. Hacia el segundo objetivo.

—¿Cuál es? ¿Practicar la táctica de tierra quemada? ¿De verdad espera conseguirlo con un puñado de hombres?

El oficial sacudió la cabeza.

Un horrible presentimiento asaltó a Nicetas.

—¿Cuál es el otro objetivo? ¡Habla!

—El monasterio de Santa Catalina.

«¡No habré durado ni diez años! ¡Bah, es más de lo que consiguieron muchos! Y nadie lo esperaba de un simple centurión...». Pese a sus razonamientos, Focas no conseguía serenarse. La rabia lo poseía. Iba de aquí para allá por la gran sala de aquel magnífico palacio, que en cuestión de días dejaría de ser suyo. Cuando llegara Nicetas, ¿qué le tendría reservado? Probablemente, algo bastante parecido a lo que él le hizo a Mauricio en su día. Desde la ventana veía la ovalada mole del hipódromo. «Mi cabeza permanecerá clavada en lo alto de una pica hasta que el viento, el aire salado y los cuervos hayan devorado los ojos, toda la carne y todos los tendones, hasta que solo quede un cráneo mondo coronado por una pelambreira pelirroja». De pronto, se estremeció. «¡No, por todos los diablos! ¡De ninguna manera!». Al lado de su cráneo, acababa de imaginarse otro tan atrocemente descarnado como el suyo, cubierto por una cabellera pelirroja, como la suya. Las piernas se negaban a sostenerlo. Se tambaleó hasta el trono y se derrumbó en él con la cabeza entre las manos.

Solo podía salvarlo un milagro. «¿Y desde cuándo los milagros favorecen a gente como yo?». Iba a restablecerse el orden natural de las cosas: Nicetas, joven y de ilustre cuna, sería el nuevo emperador. También él pertenecía a la alta aristocracia, como todos, absolutamente todos, al menos desde Constantino.

Focas escupió sobre la suntuosa alfombra que se extendía a sus pies. Adornada con motivos verdes y dorados, representaba una escena de caza en un paraje lejano. Seguramente, un regalo del rey de reyes Cosroes a Mauricio, su benefactor. Todos de buena familia, todos herederos, y no tardarían en volver a disponer de sus bienes. Luego borrarían su nombre de las tablillas y condenarían su reinado al olvido eterno. A menos que prefirieran tomar como ejemplo un fracaso tan lamentable para recordar a las generaciones futuras el

precio que deben pagar los humildes por sentarse en un trono que no está destinado a ellos.

Focas el Usurpador... Ese sería el nombre que pasaría a la posteridad: el apodo que le habían puesto sus enemigos. Ni Focas el Libertador ni Focas el Grande. Nadie recordaría su fulgurante ascensión, su audacia, su furiosa patada al hormiguero de las tradiciones y los privilegios. O, si acaso, lo mencionarían para condenarlo. Un simple centurión tenía que callarse y morir. «¡Malditos hipócritas! —rugió interiormente—. Os creéis por encima de los demás. Vuestro orden no era el mío. ¡Me negué a jugar según vuestras reglas! Ese es mi único delito. ¡Por eso, y solo por eso, me castigáis!».

Volvía a pasearse por la gran sala. El abatimiento había dado paso a la furia. Pensó en poner tierra de por medio llevándose consigo a su hija. «Pero ¿adónde vamos a ir? ¿A Persia? Cosroes me odia aún más que Nicetas. ¿Al norte, con el gran kan de los ávaros?». Un escalofrío le recorrió la espalda. Por un instante, se imaginó presentándose ante los jinetes de la estepa con su hija y se le revolvió el estómago. Conocía a los ávaros de sobra: el pueblo más abominable de la tierra. Sabía lo que les hacían a los romanos a los que apresaban, y también cómo trataban a las mujeres. No, no, moriría en Constantinopla.

«Pero antes... antes...». Tenía algunos asuntos pendientes. Llamó. Aparecieron dos guardias.

—Que me traigan al general Prisco —ordenó, con la gravedad marcada en su semblante—. Y que sea tratado con todo el respeto que merece.

Por una vez, el árabe y el armenio estaban de acuerdo. La toma de Constantinopla no podía posponerse. Convocados con urgencia a la tienda de Nicetas, ambos habían expresado su opinión. El mismo e inhumano veredicto. Una condena a muerte.

—Ahora ya no necesitas a la chica, mi querido amigo —dijo Mundir con cara seria.

En ese instante, Nicetas lo odió. El tiempo corría. Cada minuto contaba, pero no conseguía decidirse. Hacía más de una hora que conocía el paradero de Bonoso, sabía adónde se dirigía. Y seguía de brazos cruzados en la tienda, paralizado por la angustia. Todo aquello le parecía irreal. Había ganado la batalla. Con brillantez. Constantinopla estaba indefensa, a dos días de marcha todo lo más. Ya nada se interponía en su camino. Pero se sentía más impotente, más desamparado aún que el Usurpador.

—Ahora no puedes abandonar a tus tropas —insistió Mundir—. La mayor parte de ellas aún servía a tus enemigos esta mañana. No sería prudente. Sin ti, tu ejército se desmantelaría.

—Tienes que aprovechar la victoria —corroboró Pedro—. Golpear rápido y fuerte. ¡Tomar la capital ya!

¿Era lo que había que hacer, o lo que el impaciente armenio deseaba?

—No permitas que se recuperen. No sabes lo que puede pasar si tardas más de la cuenta...

Sí, estaba tardando mucho. El tiempo huía irremediablemente. Dejar que siguiera pasando era elegir. Elegir por omisión. Elegir lo peor. Un mundo en el que él sería emperador. Pero un mundo sin ella. De repente, lo supo.

—Ordenad que ensillen vuestros caballos. Coged diez hombres cada uno. Los mejores que tengáis. Vamos a Santa Catalina.

Esa tarde llegó un mensajero al palacio de Dastagerd. Lo enviaba el generalísimo Sharvaraz. Pidió que lo condujeran ante el rey de reyes a la mayor brevedad. Cosroes dudó si recibirlo de inmediato. Sospechaba el motivo por el que estaba allí. Quiso prepararse para fingir cólera, indignación. De modo que Sharvaraz, el hombre al que había confiado sus mejores ejércitos, renunciaba a cumplir la misión que le había encomendado... ¿Un general al que se creía invencible se dejaba derrotar por unas simples murallas de piedra negra? Cosroes casi consiguió convencerse a sí mismo de la sinceridad de esos reproches. Mientras se los repetía, ensayando la decepción, la incredulidad y la furia mal contenida, ordenó que le trajeran a aquel hombre. Pero no a la sala del trono. Un simple mensajero no merecía semejante honor. Sobre todo cuando traía una noticia tan humillante para el prestigio persa. A través de él, Cosroes pretendía herir el amor propio del general que lo había enviado. Si es que el fracaso que se veía obligado a comunicar no había mortificado ese amor propio lo suficiente.

Lo que Cosroes no se esperaba era que el mensajero fuera Shahin, el hermano del generalísimo en persona, guerrero temido por su valentía y su franqueza. Y aún se esperaba menos lo que vino a anunciarle: la caída de Dara.

Cuando volvió a sus aposentos, Cosroes estaba pensativo. Evidentemente, eso lo cambiaba todo. Evidentemente, se abrían nuevas perspectivas. Hermosas. Aterradoras. ¿Acaso no contaba con ello? Habría sido injusto consigo mismo y con su propia sagacidad si afirmara que no había creído posible esa eventualidad ni por un momento. Al principio, cuando el gobernador de Cartago y él habían elaborado su plan contra el usurpador Focas, él lo pensó. Para sí mismo, claro. La orden aparentemente absurda que le había dado a Sharvaraz obedecía desde un principio a un doble cálculo. Si el generalísimo fracasaba —posibilidad más que real—, sería una buena cosa:

una forma de desacreditarlo, de empañar su reputación de invencible. Y si triunfaba, puede que fuera algo aún mejor. Aunque más preocupante. El equilibrio de varios siglos —y la dirección de un reinado— podía irse al traste.

¿Podría ser que el joven general la curara de sus miedos? ¿Podría ser que acabara habitando sus noches, ahora que ya ocupaba todos sus pensamientos diurnos? Fabia recorría los pasillos del monasterio. Sus muros la habían protegido durante ocho años. Ahora la mantenían prisionera. Miraba a las novicias, algunas de las cuales tenían más o menos su edad, y ya no las envidiaba.

Su cuerpo había cambiado, o tal vez se tratara de ella, que por primera vez era consciente de que tenía un cuerpo, sensible y anhelante. Casi de un día para otro, sus andares se habían vuelto más seguros. Sus mejillas habían cogido color. Ella lo atribuía al sol, que últimamente inundaba el claustro, donde le encantaba estar: se pasaba las horas muertas contemplando aquel cuadrado de cielo sin nubes. Sus compañeras veían esa transformación con agrado. Les parecía una señal del favor de la Virgen hacia aquella muchacha tan pálida que, como las flores del jardín por el que se paseaba, parecía haberse abierto al fin.

¿La acompañaría Helena a Constantinopla? Se lo había preguntado varias veces, pero la madre superiora se mostraba evasiva. Seguramente aún no se había decidido. Fabia temía regresar sola a una ciudad que en otros tiempos había consentido su muerte. ¿Cómo la recibirían? ¿Y cómo recibiría ella a los fantasmas que inevitablemente le saldrían al encuentro a cada paso? Cuando pensaba en eso, la invadía una angustia incontenible, y de pronto ya no deseaba abandonar el monasterio.

Le había gustado ser Fabia. Fabia no tenía pasado. Pronto volvería a ser Eudoxia. Al dejar el hábito blanco para vestir la púrpura imperial, también se pondría de luto por el pasado, volvería a tener un padre llamado Mauricio, una madre de nombre Teodora y cuatro hermanos y dos hermanas de los que apenas se acordaba, todos ellos ejecutados por Focas. Y, por supuesto, aceptaría convivir con la niña que murió en su lugar. Puede que Helena

volviera a convertirse en Verónica, pero en ningún caso seguiría siendo su madre.

Le habría gustado marcharse de Santa Catalina sin dejar de ser Fabia. Pero si solo hubiera sido Fabia, las puertas del monasterio no habrían vuelto a abrirse nunca y el joven general habría seguido su camino sin verla.

Había caído la noche. Sentada en su cama, se peinó con el esmero que ahora ponía en esos detalles que tan vanos le habían parecido siempre. Creyó oír voces. Sonrió. ¿Sería Helena? ¿Le diría al fin si la acompañaba? Aguzó el oído. Los pasos se acercaban. Demasiado rápidos: no eran de una mujer. Se oían carreras. Escuchó gritos.

Domencia se había unido a los soldados, que no se atrevieron a impedirselo. Sin embargo, Focas había ordenado que no estuviera presente cuando abrieran la insalubre bodega: temía que encontraran a Prisco horriblemente mutilado. Por su parte, Domencia sabía que el único sufrimiento que había padecido su marido era la ausencia del lujo al que estaba acostumbrado. No le habían tocado un pelo. De eso se había encargado ella.

La recta y austera túnica le llegaba a los tobillos, que había adornado con unas ajorcas ávaras, regalo de su esposo. Tintineaban al ritmo de sus pasos. Unos días antes no se habría atrevido. Pero ahora todo parecía permitido en aquella ciudad en la que se estaba gestando una revolución. Se esforzaba en adoptar una actitud serena.

La disciplina se relajaba. Antes de la derrota de las legiones de Bonoso, aquellos soldados de la guardia jamás habrían desobedecido una orden del emperador, ni siquiera por ella. ¿Qué cálculos hacían? ¿Pensaban que una vez muerto su padre, ella seguiría teniendo influencia en la ciudad junto al hombre al que iban a liberar? Seguramente. Se le encogió el corazón: su padre estaba condenado, y ella no podía salvarlo. Sus ojos adquirieron un brillo duro.

Veía el mundo desmoronarse súbitamente a su alrededor. Aquellas calles, en las que había jugado de niña, casi con harapos, en la época en que la soldada de Focas se hacía esperar, y que más tarde había recorrido en elegantes literas adornadas con el águila imperial, aquellas calles tan familiares ahora le parecían amenazadoras. Y el tráfico tampoco era el mismo: unas veces inexistente y otras, todo lo contrario, demasiado denso, casi agobiante. Nadie iba solo, ni tampoco en grupos de dos o tres personas. Había sitios anormalmente desiertos y, entre ellos, aglomeraciones de decenas, a veces de centenas de hombres. De pronto cayó en la cuenta de que no había visto una sola mujer.

El calor de los últimos días había llenado la ciudad de olores nauseabundos a carne corrompida y fruta podrida. Estuvo tentada de llevarse un pañuelo humedecido con perfume a la nariz, pero se contuvo. En el fondo, el hedor no le molestaba; en las cloacas de su infancia, había oído cosas peores. Lo que la exasperaba era la idea de un universo en descomposición. Domencia odiaba a la gente que se disponía a festejar la caída de Focas con la misma alegría que ocho años antes había celebrado la matanza de Mauricio y su familia. Uno de los jóvenes guardias que la escoltaban llevaba un rato observándola; Domencia le lanzó una mirada de odio, y él volvió la cabeza. Le tenían miedo, más aún que a su padre. Pero ¿hasta cuándo?

Al llegar ante el palacio de Bonoso, no pudo evitar estremecerse. Prisco estaba allí, tras aquellos gruesos muros. Él ignoraba todo lo que había ocurrido durante los últimos días. Ignoraba que Bonoso había sido derrotado, que su ejército se había unido al rebelde Nicetas; ignoraba que Focas había decidido sacarlo de su prisión, que una vez más se abría ante él un futuro prometedor, que no solo viviría sino que tal vez reinara: ignoraba lo que había hecho por él. Mientras cruzaba el umbral del palacio, sus mejillas se enrojecieron ligeramente. Lo que había hecho por él... ¿Se lo confesaría?

Se sorprendió a sí misma asegurando el broche de su túnica y, al bajar la escalera, posando los pies con suavidad en los húmedos peldaños para evitar que las ajorcas entrecantaran. Ni una sola fibra de su cuerpo se sentía humillada. Al contrario. Se sentía ensalzada. «Eres una reina». Y como tal la había tratado. Los verdaderos brutos no siempre eran los que una creía.

Se lo diría, sí, se lo contaría todo. Un hombre como Prisco lo entendería. Dentro de poco su padre ya no estaría y solo lo tendría a él. Entre ellos no debía haber secretos. Prisco la apreciaría aún más. La encontraría digna de él.

Acababan de abrir la puerta de la bodega. Domencia se dirigió hacia la celda en la que sabía que estaba encadenado. La oscuridad era casi total. Un inmundito olor a orina saturaba el aire. Trajeron antorchas. Abrieron la última verja. ¿Dónde estaba? Su príncipe. Su héroe. Lo vio al fin, acurrucado en un rincón. Se estaba despiojando.

¿De qué había servido aquel respiro de ocho años? ¿De qué había servido sobrevivir a toda su familia si ahora los asesinos volvían a atraparla? Aún no la habían visto. Pero no tardarían en cogerla también a ella. Las más altas la ocultaban del soldado corpulento de voz atronadora, el que daba las órdenes y amenazaba a Helena con la daga. Pero las hileras se irían aclarando. La descubrirían.

No tenía por qué matarlas a todas, había dicho. Solo buscaba a una. Solo a esa, y dejaría en paz a las demás. En ese momento, Fabia comprendió que si un hombre así no ordenaba una matanza general desde el principio, solo podía haber una razón, y esa era su única esperanza. Única y muy débil.

Seguramente Helena también lo sabía. Por eso guardaba silencio, pese a la daga que le apuntaba al cuello, pese a la gruesa mano que aferraba brutalmente su pelo, pese a los gritos y las amenazas.

Los asesinos ignoraban que estaba en aquella sala. Habían juntado a todas las monjas que habían encontrado pero no conocían el monasterio, sus interminables pasillos, sus innumerables estancias. Eran conscientes de que se podía haber escabullido. Pero estaba escrito que esta vez no escaparía.

Sabía que nadie iba a traicionarla. Y ahora todo había vuelto a empezar: de nuevo morían por ella, en su lugar.

—¿Es esta?

El grito, la pregunta, repetida una y otra vez. Y la muerte, porque Helena no respondía.

Por encima de los hombros que la tapaban, echó un rápido vistazo al soldado corpulento. Conocía esa voz, la oía en sus pesadillas.

No sabía que la tenía al alcance de la mano, a unos pasos, a su merced. Estaba rabioso. Le habría gustado acabar con todas. Pero no podía, y si no podía, era porque no tenía tiempo.

Empezaron a subir la escalera sin hacer ruido. En mitad del tramo, el joven general sacó un espejito de entre los pliegues de la túnica. Mundir hizo una mueca de aprobación. Alzando ligeramente el brazo, Nicetas orientó el espejo hacia el pasillo que arrancaba de lo alto de las escaleras. Sus cansadas facciones se tensaron.

—Dos cascos delante de una puerta —murmuró.

—Uno para ti y otro para mí.

Los dos amigos subieron los últimos peldaños. Los soldados que montaban guardia estaban a cada lado de una puerta entreabierta. Las dagas volaron. La de Mundir alcanzó a su blanco en el pecho. Nicetas había apuntado a la garganta. Los vigilantes se desplomaron entre estertores. Se abalanzaron sobre ellos para rematarlos. Los gritos que llegaban del otro lado de la puerta ahogaron el ruido de la lucha.

Los asaltantes se reunieron en el pasillo. Lo que vieron momentos después les pareció irreal, un espectáculo de un horror, de una crueldad feroz. Cuerpos, quizá una decena, esparcidos por el suelo, hábitos blancos manchados de sangre, en algún caso subidos hasta las caderas, y miembros cortados, dedos, manos, trozos de carne que parecían orejas... Sí, no se equivocaban: mirando con atención, se veía que la mayoría de los cadáveres estaban mutilados, sin nariz, sin ojos. Se oían gritos. «¿Es ella? ¿Es ella?».

La angustia paralizó a Nicetas. ¿Dónde estaba Fabia? No entre los cadáveres, de lo contrario la carnicería habría acabado. ¿Entre las filas de aterrorizadas monjas? No conseguía verla. Había otras caras jóvenes. Las recorrió una a una. Reconoció a sor Helena, pálida en su largo hábito negro. Un gigante la amenazaba con una daga mientras señalaba a una chica joven a la que dos soldados sujetaban brutalmente. Era el que daba las órdenes.

Bonoso. Solo podía ser Bonoso.

—¿Es esta? —Helena permaneció impasible—. ¡Si es necesario, os mataré a todas!

Nicetas estaba impactado. ¿Habrían llegado a tiempo? La cabeza le daba vueltas. La cabalgada había sido dura, sin un respiro. La llegada al monasterio, hacía casi una hora, apenas un alivio: habían oído gritos nada más entrar. Al instante, intentaron localizarlos, pero orientarse por aquel laberinto de pasillos era una tarea ardua. Una prueba inimaginable para los nervios.

—¡Matadla! —oyó decir.

—¡Hay que entrar! —le susurró Mundir, que tenía un arco tensado en las manos.

Nicetas, comprendiendo al fin la urgencia de la situación, asintió.

A su señal, el pequeño contingente irrumpió en la sala.

Una alegría increíble. ¡Había aparecido! Como en las historias que le contaba Helena. En el último momento, justo a tiempo. De pronto, cuando el soldado alzaba la daga, en el hueco de la puerta habían aparecido dos siluetas. Y una de ellas... ¿Cómo había podido dudar de él?

En ese instante supo que no iba a morir. Era una certeza que se basaba únicamente en su inmensa, en su infinita fe en él. El joven general. Su héroe. Nicetas.

Ni siquiera fue un combate. El otro no tenía ninguna posibilidad. Habrían hecho falta veinte como él para detener al hombre al que se enfrentaba, porque, aunque llevara el brazo en cabestrillo, estaba animado por una rabia fría e implacable.

Luego todo se precipitó. Pero antes de derrumbarse, el botarate había conseguido golpear. No al joven general, invulnerable. Sino a Helena.

En la sala reinaba una confusión indescriptible. Nicetas sostenía a la madre superiora en sus brazos mientras Bonoso agonizaba junto a él. Mundir intentaba tranquilizar lo mejor que podía a la joven religiosa a la que acababa de salvar.

—Necesito verla, necesito verla... —murmuraba Helena—. ¿Dónde está?

Nicetas no deseaba otra cosa. Buscaba a Eudoxia con la mirada desesperadamente.

—¿Dice que está aquí, hermana?

Helena asintió con una débil sonrisa, que murió en sus pálidos labios. Los rodeaban varias monjas.

—¿Dónde está Fabia? —les preguntó Nicetas—. Quiere verla... ¿Dónde está, por Dios?

Todas retrocedieron respetuosamente. Luego, las filas se separaron y la muchacha avanzó hacia ellos.

Estaba allí, ilesa, delante de él. La aparición lo borró todo: el agotamiento, el insoportable miedo... Estaba allí. Nicetas se olvidó de las horas de angustia atroz, de su desesperación ante la idea de no llegar a tiempo.

Estaba allí. No podía creerlo. La había salvado. Al menos, a ella.

—Tu vida cambiará —le dijo Helena con un hilo de voz—. Abandonarás el monasterio. Serás emperatriz, hija. Hija mía, mi niña...

Todo era tan rápido... Hacía un instante iba a morir. Y ahora, la púrpura. Su destino. Su carga.

Fabia estaba inclinada sobre Helena, cuya voz era casi inaudible.

—Quiero que sepas algo: no me arrepiento.

Cerró los ojos y, por un momento, todos creyeron que había entregado su alma a Dios. Pero al cabo de unos instantes volvió a abrirlos. Jadeaba. La sombra de la muerte se extendía sobre sus extenuadas facciones. Eudoxia, arrodillada junto a ella, le cogió las manos. ¿Cómo podía ser? Helena no merecía morir. Ni su hijita tampoco, ocho años atrás. Se había producido el milagro. El joven general había llegado. Así pues, estaba escrito que solo ella podía salvarse, a costa de la vida de muchos otros.

—¡La promesa! ¡No olvides tu promesa! —exclamó de pronto la madre superiora—. ¡Debes casarte con el hombre que nos libre de Focas, con el que acabe con el asesino de Mauricio! Con ningún otro.

—¡Madre! —murmuró la muchacha abrazándose a ella.

Helena había dejado de moverse.

—Ha muerto —tuvo que decirle Nicetas.

Le habría gustado añadir que Helena descansaba en paz. Pero el cadáver ensangrentado de la monja expresaba cualquier cosa menos paz.

Nicetas alejó a Eudoxia de aquel horrible espectáculo. La muchacha se resistió un poco, quiso abrazar de nuevo a su benefactora, pero acabó cediendo y aceptó refugiarse en sus brazos. Solo fueron unos instantes. Detrás de Nicetas se oyó una voz ronca y lenta:

—¡Aún no eres emperador!

Era Bonoso. Mundir avanzó hacia él para rematarlo.

—¡Espera! —le ordenó Nicetas, y, tras separarse con suavidad de su bien amada, se acercó al agonizante.

—He sido muy presuntuoso al enfrentarme a ti en campo abierto, ¿verdad? —farfulló Bonoso.

—Era mucho más digno que atacar a unas mujeres indefensas.

—Quiero pedirte algo —dijo Bonoso—. Un favor.

—¿Un favor? ¡Has asesinado a unas siervas de Dios, miserable! ¡Mataste a mi primo!

—Un hueso duro de roer... Deberías estar orgulloso. Cinco contra quinientos. Y fue el último en caer.

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

—No apareció. Ardió todo. Sí, es verdad, se habría merecido un mausoleo por su valentía. Nunca había visto nada igual. Era... Era...

Se estaba apagando. Nicetas vio que hundía la mano en su herida, con la esperanza de que el dolor lo despertara.

—¿Qué me dices del favor? —insistió Bonoso con una voz que se debilitaba por momentos.

—Habla de una vez.

Bonoso reunió sus últimas fuerzas.

—Domencia... Domencia...

Sus palabras expiraron con él. Sus gruesos brazos cayeron pesadamente al suelo.

La sala ofrecía un aspecto aterrador. Tropezaban con los cadáveres, pisaban la sangre... Nicetas nunca había visto una carnicería como aquella fuera de los campos de batalla. Quiso hacer salir a Eudoxia. Ella insistió en permanecer a su lado. Optó por acompañarla fuera; pero en el laberíntico monasterio estaba perdido, y fue ella quien lo guio hasta el pequeño huerto.

Nicetas le cogió la mano. Era la primera vez que estaban solos.

5 de octubre

Pese al calor, agobiante incluso a última hora de la tarde, el graderío estaba a rebosar. Nada había conseguido apartar al pueblo de su pasatiempo favorito: la agitación que reinaba en la ciudad, el miedo, el riesgo de la inminente llegada del general Nicetas. La ejecución de Juan Krukis tampoco parecía haber disuadido a los verdes de acudir en masa a animar a sus aurigas. Al contrario, ocupaban la mayoría de las gradas formando un bloque impresionante y amenazador, aunque ahora carecieran de jefe. Aún no habían elegido al sucesor de Krukis. Los aspirantes eran numerosos. El contraste entre la agitada multitud, que lloraba a su líder, y el servilismo de los dirigentes de la cuadra en relación a Focas resultaba llamativo.

—Míralos. Como si no supieran que dentro de una semana no seré yo quien ocupe este sitio...

—Nada te dice que...

—¡Bah, ahórrate tu cháchara de cortesano! No te he sacado de esa mazmorra para que sigas mintiéndome.

Prisco se había puesto sus mejores galas, pero su rostro seguía mostrando las huellas de la detención. Tenía ojeras y el pelo más gris. El antiguo generalísimo estaba sentado a la derecha del emperador. Cuando fueron a buscarlo, creyó que era para reventarle los ojos y arrancarle la lengua. Llevaba días esperando ese momento con angustia. «Tuviste suerte de que Bonoso no se ocupara de ti —le dijo Focas cuando lo vio aparecer, tembloroso y desconcertado—. Tenía mi permiso. Seguramente prefirió dejarlo para cuando volviera, el muy idiota».

El hipódromo refulgía. Parecía que los rayos del sol poniente hubieran incendiado la blanca superficie del mármol.

—Pronto la pista también se teñirá de rojo —susurró Focas a su yerno—. ¡Con la sangre de Porfirio! ¡La apoteosis del espectáculo! No te he hablado de las nuevas reglas que me he permitido introducir para la última carrera del

día... Te van a gustar. No, supongo que a ti te trae sin cuidado. Pero al pueblo no, créeme. Por eso no ha querido perderselo.

Focas se tomó la molestia de explicarle en qué consistían las novedades que auguraban un espectáculo tan grandioso. Se trataba de reimplantar los combates de gladiadores, prohibidos desde hacía siglos. En esa última carrera, que pondría el broche de oro a dos semanas de juegos, el auriga no estaría solo en su carro: espalda contra espalda, un asistente armado con una maza de madera le ayudaría a neutralizar a sus adversarios. Naturalmente, estaban permitidos todos los golpes: incluso podía saltar a las otras cuadrigas, si le venía en gana.

Los azules lo celebraban por adelantado. Su auriga, Gorgias, no era el más rápido, pero le habían conseguido un compañero capaz de compensar esa desventaja, un armenio monstruoso, condenado a trabajos forzados por violación, a quien el emperador, en su inmensa clemencia, acababa de indultar. Al parecer, el gigante, que respondía al nombre de Mosseg Mamukian, se había enfrentado a varios osos con las manos desnudas en sus montañas natales.

Cuando llegó al hipódromo, Focas se había llevado una sorpresa mayúscula. Encima de su palco, una cincuentena de clérigos ocupaba toda una fila. En medio de ellos estaba el joven patriarca Sergio. El emperador ocupó su sitio sin dirigirles la palabra. Aunque no estaba prohibido, en principio quedaba excluido que un miembro de la Iglesia pusiera los pies en el recinto infernal que era el hipódromo.

—El muy majadero quiere mostrarme su desaprobación —gruñó Focas—. Mis nuevas carreras de cuadrigas lo escandalizan. No sabe que aún puedo reintroducir las fieras salvajes y que, si sigue molestándome, será el primero en enfrentarse a ellas...

—Efectivamente, tiene toda la pinta de querer convertirse en tu mala conciencia —confirmó Prisco tras echar un vistazo al grupo de la tribuna superior.

Todos se habían vestido con las ropas de las grandes ocasiones. El sol hacía resplandecer la larga túnica de Sergio, de un blanco deslumbrante, que transfiguraba su escasa estatura y sus poco agraciados rasgos. Su elección se había producido hacía apenas unos meses. Esperando convertir a aquel muchacho sin experiencia, recién desembarcado de su Siria natal, en un aliado manejable, Focas le había dado su apoyo. No tardó en desengañarse. Sergio no era un fanático. Tenía una mentalidad abierta, propugnaba la reconciliación de las Iglesias y el diálogo con los herejes, tanto monofisitas

como nestorianos, y se expresaba con una vocecilla ahilada, a veces casi inaudible en la inmensidad de Santa Sofía. Su fama de débil, en la que tan grandes esperanzas ponía el emperador, no se basaba en nada más. Tenía una firmeza suave pero inquebrantable cuando se intentaba menoscabar lo que él consideraba privilegios intangibles del clero. Por mucho que Focas hubiera tronado, amenazado y maldecido, Sergio siempre se había negado a contribuir en lo más mínimo al esfuerzo de guerra contra Nicetas. «La Iglesia no se inmiscuye en las disputas temporales, no toma partido», respondía invariablemente. A ese mismo principio debía Nicetas el no haber sido excomulgado todavía, a pesar de su vida disoluta. El emperador había considerado la posibilidad de apoderarse por la fuerza de las fabulosas rentas de la Iglesia. Y se había planteado deponer a Sergio en varias ocasiones. Prisco lo había disuadido siempre.

—¿De verdad tengo que permitir que me amarguen mis últimas diversiones en este mundo? —rugió Focas, que sentía sobre su cabeza el peso de la mirada crítica del patriarca—. Y tú, Prisco, ¿es que ya no sabes sujetar a tu mujer?

Domencia estaba sentada no muy lejos de Sergio. Cuando el emperador hizo su aparición en las tribunas, con Prisco a su lado, se sorprendió de verla allí y no en el palco imperial, así que mandó a su yerno a buscarla. Obedeciendo de mala gana, este se abrió paso hasta Domencia. El matrimonio intercambió unas palabras, pero Prisco no consiguió convencerla para que lo acompañara: su mujer se había quedado con el patriarca.

—No estaréis enfadados, ¿verdad? —le preguntó Focas.

—De ninguna manera.

La mirada de Prisco se había vuelto huidiza. Leves espasmos sacudían sus hombros. El emperador atribuyó su agitación a las pruebas que había soportado en la mazmorra de Bonoso.

—Bien —respondió implacable—. Porque si lo estáis, te mando de vuelta al calabozo. Sabes por qué te saqué de allí, ¿verdad?

—Lo imagino —respondió su yerno con voz más firme.

Las facciones de Focas se tensaron.

—Querrán hacerle pagar mis crímenes...

—Lo sé.

—Y tú tendrás que impedirlo. Tendrás que protegerla.

—Conozco mis deberes de esposo.

Su voz tenía una frialdad inusual. Focas no le prestó mayor atención: un griterío ensordecedor recibió a los participantes de la última carrera de los

juegos. Antes de penetrar en los cajones de salida, ofrecían al público una vuelta de honor.

—¿Cuántos seguirán vivos dentro de ocho vueltas? —rezongó el emperador, que de pronto lamentó la ausencia de Bonoso.

Al dogo le gustaban las mismas cosas que a su señor. En cambio, Prisco presenciaba el espectáculo con mirada indiferente. Volver al aire libre no lo había revitalizado. Al contrario, desde que se había instalado en el palco, su apatía parecía ir en aumento. La cálida acogida del público era lo único que había conseguido iluminar unos instantes su adusto semblante. Al verlo llegar, todos los verdes se levantaron para aclamarlo. El antiguo generalísimo los saludó con un leve movimiento de la mano, y en sus labios apareció una sonrisa, que se borró en cuanto vio con el rabillo del ojo la mirada suspicaz de su suegro.

—¿Qué te parece mi idea?

—¿Qué idea? ¡Ah, sí! Muy buena, como siempre.

No estaba allí. Tenía la cabeza en otra cosa, pero a saber cuál. Y sin embargo aquellas ocho cuadrigas que desfilaban al paso por la arena de la pista, donde en unos instantes chocarían unas con otras sin piedad, habría impresionado al espectador más tibio: desde que se hacían carreras, no se había visto nada igual. Dos hombres por carro, un frágil auriga con la espalda pegada a un mastodonte armado. Sí, era una idea sensacional. Tanto más del gusto de Focas porque el terrible armenio, cuya cabeza sobresalía entre las de los demás, había empezado a arrancar gritos horrorizados a las gradas incluso antes de entrar en acción. Todos los equipos habían aflojado la bolsa para conseguir un energúmeno capaz de inspirar respeto a la competencia. Pero aquel Mosseg Mamukian era algo aparte, un titán entre los gigantes. Pegado a su espalda, Gorgias parecía una niña. Sus brazos tenían el grosor del muslo de un hombre robusto. Dos pares de manos normales no habrían podido sostener la enorme maza que él blandía como si fuera una brizna de paja. Su torso recordaba el tronco de un plátano centenario. Llevaba el cráneo afeitado y grandes aros de oro en las orejas. Estaba claro que habían tenido que reforzar el carro para que soportara a semejante fenómeno.

Viéndolo tan terrorífico y al menos dos cabezas más alto que sus contrincantes, los azules no cabían en sí de gozo. Había llegado la hora de la venganza. En la primera gran carrera de los juegos, Porfirio había arrebatado la victoria a su campeón en el último momento. Esta vez le iba a costar dar la talla frente a Gorgias y Mamukian. Su compañero tenía una planta estupenda, realmente impresionante, pero ridícula si se la comparaba con la del armenio.

Era mucho más pequeño y menos musculoso: un hércules, no un titán como el azul. Al igual que otros participantes, llevaba un velo para protegerse del sol y la arena.

—Nada podría evitarle la maza de Mamukian, ni siquiera una armadura —opinó Focas volviéndose hacia Prisco. Este guardó silencio. El emperador advirtió que no apartaba los ojos del auriga verde—. ¿Quieres dar la salida?

La proposición sacó a Prisco de su ensimismamiento.

—¡Claro, con mucho gusto! Es un gran honor...

—¿Verdad que sí?

Focas le tendió su pañuelo blanco, y los dos hombres se acercaron a la balaustrada que rodeaba el palco. La multitud aplaudió al antiguo generalísimo. Al parecer, su paso por los calabozos imperiales solo había conseguido aumentar su popularidad. «Hace ocho años, los verdes lo querían a él como emperador —se dijo Focas—. Si yo no hubiera intervenido, Krukis lo habría hecho coronar». De pronto le vino todo a la memoria. Se vio arengando a los soldados antes de entrar en Constantinopla, recordándoles las penalidades que habían sufrido en el norte, preguntándoles si deseaban ver a uno de los que se las habían impuesto vestido con la púrpura. ¿No era preferible buscar a alguien distinto, a un hombre sin tacha? Por supuesto, si ese hombre era alguien a quien conocían, alguien cercano a ellos, capaz de comprender sus sufrimientos, mejor que mejor. Lo ideal sería que saliera de sus filas... Fue en ese momento cuando Bonoso aulló: «¿Y por qué no tú?». Y un puñado de cómplices empezaron a corear: «¡Sí, Focas emperador!». Acto seguido, entró en la ciudad al mando de un ejército adicto a su causa. Ante esa elección, Krukis solo pudo inclinarse. Prisco, que temía por su vida, parecía felicitarse de haber salido tan bien parado.

Prisco... Allí seguía pese a todo, siempre en el núcleo del poder, siempre influyente y decisivo. Todos los ojos estaban vueltos hacia él. Las cuadrigas habían ocupado los cajones. Todo el mundo esperaba la señal. El hipódromo contenía la respiración, pendiente de aquella mano que soltaría el pañuelo en unos instantes. Focas observaba a su yerno. Iba a sobrevivirle, como había sobrevivido a Mauricio, como quizá sobreviviera incluso al joven Nicetas. Quién sabía... Aquel hombre era capaz de adaptarse a todo y a todos. Y siempre acababan encontrándolo insustituible. Había defendido la tacañería de Mauricio, halagado la inclinación al dispendio de su sucesor, y no le resultaría difícil servir a un calavera descreído como Nicetas. De todas formas, ¿qué más daba ya? Lo importante era que cuidara de Domencia, que

le sirviera de escudo frente a los que quisieran hacerla responsable de los crímenes de su padre.

Focas se volvió hacia el grupo que rodeaba a Sergio. Aquel pelo, aquella larga y magnífica melena pelirroja: puede que no se la perdonaran nunca. Sin embargo, ¿qué había heredado de él, aparte de aquella espléndida cabellera? «¡Ay, tantas cosas!». La adoraba, pero seguía pareciéndole un hermoso e inquietante animal. Le habría gustado que fuera más dócil, aunque, de serlo, seguramente no la habría querido tanto. No podía evitar admirarla cuando le plantaba cara, como en esos momentos. ¿Por qué se había unido al grupo del patriarca? Aún estaría enfadada con él por no haber liberado inmediatamente a su querido Prisco.

Su túnica, de un azul casi negro, contrastaba con la deslumbrante vestidura blanca de Sergio. ¿La llevaría por él, por su querido padre? ¿Se habría puesto de luto por adelantado? Sonrió con tristeza. Sabía que las peleas entre ellos, sus enfurruñamientos, su frialdad, su hostilidad, no impedían que lo quisiera profunda, incondicionalmente, casi a su pesar. Por lo menos no era como todas esas aristócratas de tres al cuarto, mojigatas y mezquinas, que se asustaban por nada. Ella habría sido una emperatriz excepcional, no como esa muchacha, seguramente enfermiza, que había permanecido ocho años escondida en un monasterio.

Absorto en sus reflexiones, Focas casi no se dio cuenta de que la carrera había empezado. Todo el mundo gritaba. Las gradas habían entrado en ebullición.

«Tal vez debiera abdicar en favor de Prisco... Tal vez eso atajara la rebelión... Tal vez la dejaran ser emperatriz...». En otros tiempos, cuando era un simple centurión, le habían reprochado su cobardía en el combate. Era cobarde, sí, le daba miedo morir; pero eso se debía a que no quería abandonarla. Nada le asustaba tanto como dejarla sola, sin apoyo, en un mundo cuya ferocidad conocía de sobra. Era cobarde por ella. Y si más tarde decidió casarla con Prisco y faltar a la palabra dada a su viejo compañero, también fue para protegerla. Siempre supo que su reinado sería precario, pero no podía aceptar la idea de que su hija tuviera que hundirse con él. Su obsesión era que le sobreviviera.

Todo el hipódromo era un rugido ensordecedor. Los espectadores parecían rabiosos. Su furia no hacía otra cosa que responder a la barbarie del espectáculo que se les ofrecía. Focas había querido aquella carrera salvaje y sangrienta, la había concebido e impuesto. Pero ahora que se desarrollaba ante él, apenas le prestaba atención.

Tenía los ojos clavados en la pista, pero no la veía. Ante él desfilaban otras imágenes, las de un pasado lejano y doloroso, las de una vida que había olvidado que era la suya. Vio la gigantesca maza de Mamukian agitándose en el aire. Cuando el armenio pasó ante el palco, el brillo de sus aretes lo deslumbró unos instantes. Al abrir los ojos de nuevo, ante ellos aparecieron otros pendientes de oro, y, pese al sofocante calor del atardecer, un escalofrío glacial le recorrió la espalda.

Quince años atrás, todavía deseaba arrancárselos, y la oreja con ellos, ver borrarse aquella maldita sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes podridos, oír el grito de dolor de aquella boca de la que solo salían órdenes brutales. Quince años atrás, aquellos ojos rasgados y astutos aún lo aterrorizaban.

Sacudió la cabeza para librarse de esa imagen. La carrera, su carrera, continuaba. Tenía que concentrarse en ella. ¿Quién iba en cabeza? No habría sabido decirlo. La pista ya estaba sembrada de trozos de carro. Varios aurigas yacían en la arena. La cuadriga de Gorgias rozó a uno. Al pasar, Mamukian lo remató con un golpe que le aplastó horriblemente el cráneo y provocó los gritos histéricos de la multitud. ¿Dónde estaba Porfirio? ¿Por delante de la cuadriga azul? La suya, más ligera, había conseguido tomar la delantera. El armenio sabía lo que debía hacer en esos casos: dejar correr una vuelta para interceptarlo y arreglar cuentas con él. ¿Por cuál iban?

El emperador quiso preguntárselo a Prisco, pero de pronto allí estaba otra vez aquella cara achatada, aquellos bigotes de largos pelos negros y ralos, como los de un gato. Lo miraba riendo por lo bajo. «¡Ya no existes! —quiso gritarle Focas—. ¡Te maté! ¡Te maté! —La cara siguió riéndose en sus narices—. ¡Mientras dormías, acuérdate! Porque hasta tú necesitabas dormir de vez en cuando. Porque era tu vida o la mía. Te corté el cuello lenta, limpiamente, y volví a dejar tu cabeza con cuidado sobre la cama. Luego cogí tu caballo y me lancé al galope, cabalgué en línea recta durante dos días, hasta el río, hasta el Danubio».

—¿Quién forma pareja con Porfirio?

La pregunta de su yerno lo arrancó de su pesadilla. ¿A qué forzado le habían echado el ojo los verdes? Buscó la cuadriga con la mirada. No sería por falta de candidatos... La cuadra podía escoger entre los habituales de los enfrentamientos callejeros con los azules, o entre los marineros del puerto, que en su mayoría eran partidarios suyos y contaban en sus filas con algunos especímenes impresionantes.

—¡Y qué más da! —respondió Focas—. Ninguno le llega a la suela de las sandalias a Mosseg. No tienen a nadie parecido, créeme. A ese fui a buscarlo bien lejos.

—¿Y si ellos también fueron a buscar el suyo bien lejos?

El emperador trató de localizarlo, pero se había levantado un fuerte viento que anunciaba tormenta. La arena revoloteaba por la pista, no se veía gran cosa. Su mente volvió a divagar. Los seres y las formas iniciaron un baile vertiginoso de incontables metamorfosis, el hipódromo desapareció y una risa, su risa, sonó de nuevo. «No, otra vez no, que no empiece otra vez», quiso gritar. La cara lo miraba sonriendo. La risa seguía resonando en su cabeza. Pero una risa tan estridente, tan estruendosa, tan insoportable, no podía salir de aquella boca irónica, de aquellos labios entrecerrados... Entonces ¿de dónde venía? Focas estaba pálido, con los ojos casi en blanco, obsesionado por aquella aparición cambiante y nauseabunda. De pronto dejó de reconocer las facciones. Todo giraba muy deprisa en su cabeza. La cara había cambiado. La forma de los ojos, de la boca, los pómulos abultados parecían haberse borrado. ¿Quién era aquel hombre? Un escalofrío lo hizo estremecerse: los rasgos eran más delgados, el pelo había encanecido, las pupilas tenían un brillo azulado... ¡Era Mauricio! Mauricio lo miraba y se reía a carcajada limpia. Mauricio, el severo, el austero Mauricio, que en su vida se había reído... Un horrible malestar se apoderó de Focas. «¡No te burles de mí! ¡Te lo prohíbo! ¡A ti también te maté! ¡Oh, deja de reír, por compasión! ¡La culpa fue tuya! Te odio. ¿Por qué no nos rescataste?».

De pronto estaba muy lejos de allí, ausente de aquella carrera. El graderío había desaparecido, las cien mil voces que aullaban a su alrededor se habían callado, los carros no habían iniciado la carrera... Focas caminaba por el barro con las manos atadas. Cielo y tierra se confundían, a cuál más gris. Delante y detrás de él, una cuerda de prisioneros, una hilera de hombres que parecía no tener principio ni fin. Él bajaba la cabeza cada vez que un jinete le pasaba rozando, uno de aquellos bárbaros que recorrían la columna en previsión de que alguno intentara huir y, de vez en cuando, se divertían acribillando a flechazos a un pobre diablo, o cortándole la cabeza con un tajo de sus pequeños sables curvos. Luego había que redoblar los esfuerzos para seguir avanzando, porque los muertos seguían atados a los vivos. Los que flaqueaban también eran ejecutados al instante, y se convertían en un peso añadido para sus compañeros. Pronto, él, el enclenque Focas, se vio arrastrando dos cadáveres congelados. Sin duda habría sucumbido si el

soldado que lo precedía no hubiera sido duro de pelar, un valiente entrado en carnes que lo animaba y lo sostenía.

Se llamaba Bonoso.

La marcha duró días, no sabía exactamente cuántos. En aquella llanura infinita y helada, todo era confuso; el aire y el agua, el día y la noche se mezclaban de un modo inimaginable en el sur. Cuando al fin llegaron a su destino, un enorme y caótico campamento que hacía las veces de capital del pueblo de las estepas, de los cinco mil hombres que habían sido capturados apenas seguía con vida una tercera parte. Focas y Bonoso estaban entre ellos.

Poco a poco recuperaron la esperanza. Al fin podían comer y beber. Seguro que, en cuestión de semanas, los ponían en libertad. En cuanto se pagara el rescate. ¿Acaso el emperador no compraba todos los años a todos sus soldados hechos prisioneros? Solo había que esperar.

Los días pasaban, grises y aburridos, siempre gélidos, pero casi agradables después del infierno que habían vivido. Entre Bonoso y él se creó un lazo indisoluble. Durante las interminables horas de inactividad, se contaron sus vidas. Estaban hechas de la misma miseria, de la misma violencia y de la misma esperanza de poder retirarse un día a un trozo de tierra que ellos mismos cultivarían. En el corral para ganado donde los mantenían vigilados junto a otros prisioneros romanos, paseaban bajo el cielo raso, en el que buscaban en vano un sol ausente. Allí sus toscas mentes se veían como obligadas a la ensoñación. Una noche, después de haberse tragado la inmundicia que les repartían una vez al día, Focas le prometió a Bonoso la mano de su hija.

Dos o tres jinetes de sonrisa maliciosa vigilaban permanentemente sus movimientos. Ya no los maltrataban. Estaba claro que esperaban venderlos a buen precio. Esperaron semana tras semana. Una mañana un poco más soleada que las demás, porque la primavera había acabado asomando, un romano apareció en el campamento. Portaba las insignias de la Legión del Danubio. La suya. Sostenía el bastón rojo y amarillo de los embajadores. Focas y Bonoso lo vieron entrar en la tienda del gran kan de los ávaros. Un cuarto de hora después salió un hombre llevando un saco atado con cuerda. Se acercó al corral y, sin decir palabra, lo arrojó dentro. Todos se precipitaron sobre él y, al abrirlo, encontraron la cabeza del emisario.

Luego el horror, con una rapidez y un salvajismo de pesadilla. Apareció el gran kan, con la trenza negra anudada sobre el cráneo rapado y el cuello adornado con collares hechos con huesos de caballo y oro. Lleno de furia, agitó el dedo y aulló unas órdenes en su bárbara lengua. Casi al instante, sus

jinetes montaron a caballo. Al cabo de un momento, Focas los vio cabalgando alrededor del corral por decenas. Y empezó la matanza. Tensaron los arcos y dispararon a bulto.

¿Por qué sobrevivió? ¿Porque los dedos de los jinetes ávaros acabaron cansándose? ¿Porque se ocultó entre los cadáveres? ¿Porque cuando a los ávaros se les pasó la ira pensaron que sería más sensato conservar a algunos como esclavos? Focas salió de la carnicería aturdido y con una cadena alrededor del cuello. Hasta mucho más tarde no supo que aquel brote de violencia había sido provocado por la negativa de Mauricio a pagar el rescate.

—¡El grande, el generoso, el noble Mauricio!

El odiado nombre se le había escapado de los labios como un esputo, y el bilioso murmullo hizo volverse a Prisco.

Los lugartenientes del gran kan se habían repartido al puñado de supervivientes y se los habían entregado a sus mejores hombres. Y reiniciaron la marcha. Con otros cuatro romanos, Focas seguía a un hombrecillo rechoncho, que sin duda pensaba venderlos en el oeste, a los francos. Volvieron los malos tratos. Por la mañana, les arrojaban trozos de carne cruda, que se veían obligados a disputarse. Se miraban unos a otros con desconfianza. Su gran suerte —su salvación— fue encontrarse de nuevo a Bonoso. Juntos, no tardaron en conseguir imponer su ley a los otros y quedarse con la mayor parte de la comida. El amo vigilaba divertido las fricciones y los altercados de sus esclavos. Para prevenir cualquier intento de fuga, por la noche hacía turnos de vigilancia con otro ávaro, que tanto podía ser su hijo como su hermano pequeño. Una vez los esclavos se acostaban, tenían prohibido levantarse o hablar. El menor murmullo implicaba un castigo inmediato: el látigo.

En ese clima de temor y violencia, Focas y Bonoso consiguieron elaborar un plan de fuga. Sabían que serían los únicos que podían participar, porque solo había dos caballos, los de los dos ávaros. Focas se había percatado de que el compañero de su amo tenía tendencia a dormirse durante su turno de guardia. Así que todos los días se las arreglaban para tumbarse lo más cerca que podían de él. Pasaron varias noches interminables sin que se les presentara la ocasión de actuar. De repente, el hombre parecía decidido a cumplir con su guardia. Sus ojos siempre volvían a abrirse demasiado pronto. Mascaba tiras de carne de caballo seca, escupía, canturreaba... Pero una noche, poco antes del amanecer, su cabeza se hundió sobre su pecho. Fue la señal. Bonoso saltó sobre él y le aferró la garganta para impedir que gritara. El ávaro, despierto, lo miró con ojos sorprendidos. Debió de notar que

buscaban algo bajo su cinturón, y luego la hoja del cuchillo que acababan de encontrar hundiéndose lentamente en su pecho. Todo pasó en unos instantes.

Focas tenía que encargarse del amo, que dormía no muy lejos de allí. Cuando se inclinó sobre él y vio su ancha y tranquila cara, casi infantil, le tembló la mano. Por suerte, el hombre sonrió en sueños, con la siniestra y cruel sonrisa que tantas veces lo había hecho estremecerse. Con un tajo limpio, Focas le rebanó el pescuezo.

Los estruendosos clamores del hipódromo lo devolvieron a Constantinopla. Tuvo la sensación de que aquel gran caldero en el que se vertían todas las pasiones de la ciudad nunca había resonado tan fuerte. El ruido se le hacía insoportable por momentos. Aquello era obra suya, pero ahora casi le desagradaba. No quería abandonar su ensoñación. «Bonoso y yo fuimos los únicos que escapamos de los ávaros —se dijo—. Los únicos que regresamos, entre miles. Dejamos atrás a nuestros compañeros de esclavitud. Pero ¿nos quedaba otra opción? Nada de aquello habría ocurrido si Mauricio hubiera pagado nuestro rescate. ¡Maldito sea! ¡Y malditos todos sus iguales, todas esas nobles almas que prefieren redactar doctos tratados de estrategia en vez de rescatar a sus soldados! A mi regreso, me ascendieron a centurión. ¡Qué recompensa! ¡Qué generosidad! Después de todo, tenían que sustituir a todos los que habían muerto a manos de los ávaros. Pero yo quería más, quería venganza».

Tuvo que esperar cinco años para cobrársela, cinco años durante los cuales había destilado su veneno lentamente dentro del poderoso ejército del Danubio. Su aureola de superviviente que había regresado del infierno le ganó la admiración y la simpatía de los soldados, que prestaron oídos a sus diatribas contra el emperador. El soldado de infantería callado y un tanto cobarde de antaño se transformó en un vociferante y reivindicativo centurión. Su reputación creció poco a poco dentro de la legión. No tardó en convertirse en el portavoz oficioso de todos los descontentos. Los hombres acudían a él para quejarse de la escasez del sueldo, de la severidad de los oficiales, de las órdenes absurdas, de la dureza del clima... Bonoso lo respaldaba. El pesado dogo, que había reconocido de inmediato la superioridad de su compañero, era el primero en aplaudir sus biliosas peroratas. Él era quien garantizaba su seguridad en las reuniones, no pocas veces tumultuosas, de los soldados. Él era quien se encargaba de excitar a los que no mostraban suficiente entusiasmo respecto a su amigo. Él fue, por último, quien acabó acreditando el relato, convenientemente adornado, de sus hazañas en tierras ávaras. Cinco años después de su regreso del cautiverio, Focas era conocido y apreciado por

su franqueza y por tomar partido siempre por el soldado raso. Así que, cuando Mauricio se negó a conceder al ejército la tradicional invernada en Constantinopla y, poco después, llegó al campamento un mensajero anunciando que la capital se había sublevado en protesta contra la anulación de los juegos, el pequeño centurión comprendió que había llegado su hora.

De pronto, la realidad del hipódromo vuelve a la superficie. Petrificado, Focas ve el gigantesco cuerpo de Mosseg Mamukian cubierto de sangre, arrastrándose por la pista, detrás del carro de Porfirio, cuyo impresionante compañero, cubierto de polvo y cojeando, avanza entre los enloquecidos vítores de la multitud en dirección al pregonero. Este abre mucho los ojos, llenos de terror, antes de anunciar tartamudeando que los ganadores son «Porfirio y... y... ¡Heraclio!». El emperador se vuelve hacia Prisco y lo ve titubear. A continuación, mira hacia la tribuna de los verdes: por millares, han sacado las armas que llevaban ocultas bajo las túnicas. Esas bocas que ha alimentado, que hace una hora aún lo aclamaban, tienen un rictus amenazador, exigen su muerte. Todo el mundo se aparta de él. El vacío previo a la carnicería. Espera no sufrir demasiado.

627 d. C.

Invierno

La seriedad se reflejaba en sus rostros; el cansancio, en sus gestos. Todos callaban. El emperador había bajado del trono para sentarse con el Consejo alrededor de una gruesa mesa de roble. Su impenetrable mirada estaba fija en la puerta que tenía enfrente. A su izquierda, Pedro, el antiguo mercenario armenio, con el rubicundo rostro coronado por un puñado de cabellos ralos de un blanco plateado, tenía los dos puños crispados sobre la mesa. A su derecha, el patriarca Sergio miraba el asiento vacío que había a su lado. La preocupación le surcaba de arrugas la frente, enmarcada por mechones rizados que empezaban a encanecer.

—¡Comencemos sin él! —exclamó el armenio.

Ni el emperador ni Sergio respondieron a su propuesta, y el silencio volvió a invadir la gran sala. En las paredes, las antorchas luchaban en vano contra la creciente oscuridad. Por las grandes ventanas, que daban al hipódromo, los últimos rayos de sol difundían una luz mortecina.

Pedro se impacientaba. Al cabo de unos instantes, volvió a la carga:

—¿Por qué lo esperamos? ¿De qué sirve? ¡Apuesto a que está como una cuba y no se tendrá en pie! ¡El tiempo apremia, por Cristo!

Haciendo caso omiso del juramento, el patriarca interrogó al emperador con la mirada. Parecía no haber oído nada. El armenio se conformó con suspirar y repiquetear nerviosamente en la mesa con los dedos.

—¡Por fin! —exclamó cuando las hojas de la puerta se abrieron y anunciaron al general Nicetas.

—¡Yo también me alegro de veros! —respondió este con la voz cascada cuando entró en la sala.

Sin apresurarse ni hacer el menor caso de la regañina de Pedro, se acercó a la mesa para ocupar su asiento. El penetrante perfume con el que se había rociado apenas disimulaba el fuerte olor a vino.

—Su Majestad ha insistido en que te esperáramos, general Nicetas —explicó Sergio con su suave voz—. A pesar de que la situación no puede ser más grave...

—¿Ah, sí?

—¡Basta, Nicetas! ¿Sabes siquiera lo que está pasando?

La repentina reconvención del emperador lo dejó boquiabierto un instante. Solo un instante.

—Me parece que nos has invadido, primo... —respondió una vez repuesto de la leve sorpresa, con una sonrisa burlona—. Es eso, ¿no?

—Acabamos de saber que el ejército de Prisco ha sido aniquilado —dijo Heraclio, imperturbable—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que Prisco es un general pésimo.

—¡No! ¡Otra vez no! —gritó Pedro levantándose y pegando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¡Esta vez, no! —Y avanzó hacia él con la cara más roja que nunca—. ¡Mírate, maldita sea! Ya no eres más que un bufón, Nicetas, un triste bufón. Si tu primo no fuera el emperador...

—Lo es gracias a mí —lo atajó Nicetas arrellanándose en el asiento.

—Sí, ya lo sé. Eras un buen general, Nicetas. Serví a tus órdenes. Pero... En fin, ¿hace falta explicártelo?

—No, es inútil, Pedro —lo interrumpió el patriarca, cuyos labios temblaban ligeramente—. Dejemos las niñerías, por favor. Tras la derrota de Prisco, los persas tienen vía libre hasta Constantinopla. Su vanguardia podría llegar a orillas de la Propóntide esta misma noche.

La sonrisa irónica de Nicetas se borró.

—¿Cómo ocurrió?

—De momento, no sabemos gran cosa. El generalísimo Prisco solo tuvo tiempo de mandarnos una paloma anunciando la aniquilación de su ejército.

—¡Pero él se ha librado, por supuesto! —exclamó Nicetas alzando los ojos al cielo.

—Embarcó ayer por la noche en Abidos con lo que quedaba de sus tropas —le explicó el patriarca—. Esperamos verlo en Constantinopla de aquí a unas horas.

Todos se miraban en silencio. Sus sombras se mezclaban sobre la gran mesa de roble, como agitadas por el viento helado que penetraba por una ventana entreabierta. El emperador tenía la frente arrugada y la mirada triste.

—Creo que habrá que negociar —anunció al fin con voz inexpresiva.

—¿Negociar? —preguntó Nicetas, y se echó a reír.

De pronto, el malestar había invadido la gran sala.

—¿Qué piensa proponerles vuestra majestad? —preguntó Sergio.

—Reconocer su soberanía sobre Armenia, Mesopotamia, Egipto, Siria y Palestina, si cesan las hostilidades.

—¡Cederles Jerusalén!

El emperador suspiró. Tenía la espalda más encorvada que nunca. Grandes ojeras devoraban su ancho rostro.

—¿Tengo otra elección, Sergio?

Esta vez, quien suspiró fue el patriarca.

—Ya ocupan todas esas provincias y gran parte de Asia Menor —prosiguió el emperador—. Y no tenemos ejército para enfrentarnos a ellos. Prisco era nuestra última muralla.

—¡Una muralla que no ha evitado que perdiéramos la mitad del imperio que le arrebaté a Focas! —replicó Nicetas.

—Y que dejaste sin defensa —puntualizó Sergio.

Heraclio reaccionó:

—No se puede culpar a Prisco. Es cierto que desde que Sharvaraz y su hermano...

—¿Y si se niegan a negociar? —lo interrumpió Nicetas.

—Los bloquea el Bósforo —explicó Pedro—. Disponen de algunos navíos, es verdad, pero no saben maniobrarlos. Estamos a salvo.

—Tienes toda la razón, mi querido Pedro —rezongó Nicetas—. Entonces, como todo va de maravilla, creo que voy a dejaros. Santidad, Pedro y tú, emperador, majestad, primo... me lío un poco con tantos títulos... Mis respetos.

Y de pronto se levantó e hizo una grotesca reverencia que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Indignados, el patriarca y Pedro se quedaron sin palabras. El cansado rostro de Heraclio permanecía impasible.

—¡Ah, sí! Una última cosa... —añadió Nicetas—. Me parece, majestad, que no has reflexionado sobre el problema que planteé en el anterior consejo...

—Refréscame la memoria —replicó Heraclio en un tono que no traslucía ninguna emoción.

—¡Lo sabía! Aquí mis opiniones importan bien poco... ¿Para qué me invitasteis a venir? No sirvo para nada, me lo hacéis sentir constantemente. Quizá debería...

—Habla —repitió el emperador.

Su voz tranquila, casi demasiado tranquila, apaciguó a Nicetas momentáneamente.

—Como te dije, nuestro aliado árabe Mundir me escribió para comunicarme que el comercio con los mercaderes de La Meca se había interrumpido.

—¡¿Y a nosotros qué nos importa?! —exclamó Pedro, irritado.

—Déjale acabar —ordenó Heraclio.

—Ya sé que Mundir no es santo de tu devoción, Pedro, pero sus jinetes y él contribuyeron al triunfo de mi primo al menos tanto como tus armenios y tú. Y él es amigo mío.

—Recuérdame lo que quiere de nosotros, Nicetas.

—¡Pues ayuda, demonios! Su reino...

—¡Que yo sepa, no es rey! —lo atajó Pedro.

Nicetas lo fulminó con la mirada.

—Su territorio —rectificó— rechaza comerciar con los persas por lealtad hacia nosotros. Si tampoco puede comerciar con la península Arábiga, tendrá que resignarse a morir de hambre.

—Entonces ¿qué quiere que hagamos? —preguntó el patriarca con una sonrisa tensa.

—Que mandemos una flota e intervengamos con él en la península. Bastaría con expulsar a un rebelde que se cree el enviado de Dios y corta la ruta de los...

—¿Llegar al mar Rojo remontando el Nilo, cuando Egipto está ocupado por los persas? ¡Es una locura! —exclamó Sergio.

—Desde luego, no es una prioridad —sentenció el emperador.

Nicetas explotó.

—¿Querías que te refrescara la memoria, primo? Entonces permíteme recordarte que si no fuera por Mundir, Focas seguiría ocupando ese trono. O lo haría el traidor de su yerno, nuestro querido Prisco, cuyo regreso esperamos todos con impaciencia para que nos explique su nueva derrota... Pero tú, desde luego, no.

—Estamos casi asediados, Nicetas —quiso explicarle Sergio con voz suave pero firme—. Nuestra flota es la última baza que tenemos contra los persas. No podemos debilitarla enviando parte de ella a miles de leguas de aquí. Lo siento de todo corazón por tu amigo. Pero ¿cómo podemos ayudarle, si nosotros sucumbimos?

Esta vez, Nicetas no aguantó más. Fuera de sí, escupió en dirección al emperador.

—¡Malditos seáis, tú y tus consejeros del demonio, primo!

Indignado por esa actitud casi sacrílega, Pedro se levantó para arreglar cuentas con él de una vez por todas. Heraclio lo contuvo.

—No, déjalo.

—¡Sí, que me deje! —gritó Nicetas—. De todas formas, ya me iba.

Pero cuando apenas había dado unos pasos hacia la puerta, se volvió hacia el emperador.

—¡Es a mí, a mí a quien deberías haber puesto al mando de tus ejércitos! Desde un principio. ¡A mí y a nadie más! Y menos que a nadie a ese... a ese Prisco. Lo sabes, ¿verdad? —Su voz temblaba de rabia y parecía a punto de romperse en cualquier momento—. ¡Dime que lo sabes! Dímelo...

Su tono se había vuelto suplicante. Todos lo miraban en silencio. La indignación de Pedro se había desvanecido y el armenio acabó bajando los ojos. Al cabo de unos instantes, también el patriarca desvió la mirada. Heraclio fue el único que la mantuvo fija en Nicetas hasta el final, hasta que, tras darles la espalda de nuevo, abatido, el antiguo conquistador de Egipto y Siria cruzó la puerta y su frágil y desgarrada silueta, a la que le faltaba un brazo, desapareció al final del largo pasillo que conducía a la gran sala del palacio.

Lo vio venir a lo lejos, con aquellos andares que tan bien conocía, un poco inclinado y desequilibrado, por el camino más corto, sin pensar siquiera en protegerse de la gélida lluvia. Debía de estar calado hasta los huesos y no darse ni cuenta, con el falso fuego del vino corriéndole por las venas. Pero ella lo haría entrar en calor. Al verle, había olvidado todas las quejas, todos los reproches que pensaba hacerle, y una enorme ternura se había apoderado de ella.

Caminaba solo por la calle desierta, que más que calle era un camino embarrado, sin acera y bordeado de malas hierbas. Detrás de él se alzaban las oscuras cúpulas de la ciudad y su imponente muralla. En la calma del campo dormido, apenas se oía nada.

Allí era donde celebraban sus citas secretas, en aquel barrio de Blaquernas, surgido extramuros de la ciudad. Los vecinos lo habían abandonado casi de un día para otro después de un temblor de tierra, unos años atrás. Una iglesia dedicada a la Virgen, que se había salvado milagrosamente de la catástrofe, les servía de refugio. Invasada por los peregrinos durante el día, permanecía vacía por la noche, y la emperatriz había ordenado que la mantuvieran así, para ir a refugiarse en ella cuando lo deseara.

Se acercaba. Aunque iba cabizbajo, puede que ya la hubiera visto refugiada bajo un pórtico, cubierta con una gruesa pelliza negra y con el rostro oculto tras un velo. Le habría gustado que apretara el paso, que corriera hacia ella para abrazarla, pero avanzaba dando traspiés. Se impacientó y decidió entrar en la iglesia sin esperarlo.

—¡Fabia! ¡Fabia!

El nombre, surgido en el silencio de la noche, la retuvo. Ya nadie la llamaba así. Solo él. Ni siquiera su fiel Irene, que pese a haberla conocido en el monasterio de Santa Catalina no usaba con ella otro nombre que el de la

emperatriz, Eudoxia. El único que no lo había olvidado, el único capaz de resucitar un pasado feliz con la sola magia de ese nombre era él.

Los recuerdos se agolparon en su cabeza. Qué breve había sido su felicidad... Apenas unos días. Hasta que llegaron a aquella maldita ciudad. Volvió a verlo en el campamento que había montado su ejército tras su visita a Constantinopla, bajo una lluvia densa y continua, como la que ahora se abatía sobre su cuerpo mutilado, mientras avanzaba renqueando por el barrizal. A la mañana siguiente, se marchó precipitadamente con unos cuantos jinetes, sin prevenirla. «Una simple misión de reconocimiento», le dijo Mundir para tranquilizarla. A su regreso, ya no era el mismo. Cuando ella se arrojó a sus brazos, notó que temblaba de fiebre. Farfullaba frases incoherentes, y fue imposible averiguar nada por él. La herida del brazo, que no se había preocupado de cuidar, había adquirido un inquietante tono negro y supuraba. Lo acostaron en su tienda y llamaron al médico a toda prisa. Ella no tardó en descubrir lo que había ocurrido, y quizá lo culpó por haberla dejado afrontar sola aquel giro de los acontecimientos. Su felicidad, ¿murió ese día? No, no había acabado, se dijo para convencerse a sí misma. ¿Acaso no seguían queriéndose como el primer día? ¿Acaso no se querrían así hasta el final? ¿Pese al pecado, pese al desgaste?

Al verlo acercarse, se dejó invadir por la emoción. Se vio acariciándole el pelo, enjugándole la sudorosa frente mientras él deliraba, llamaba a la muerte para que viniera a buscarlo y gritaba que no quería seguir sufriendo, que dejaran que se fuera. Tuvieron que vigilarlo: se arrancaba las vendas, hundía los dedos en sus heridas... Cuando intentó abrirse la cabeza, no hubo más remedio que mantenerlo atado a la cama. A base de persuasión y caricias, consiguió hacerle beber y comer un poco. El opio que le ponían en el vino y las gachas de avena acabaron con sus ataques de desesperación. Se sumió en un letargo del que no despertó hasta pasado un mes, para descubrir que la mujer a la que amaba se había casado con su primo Heraclio, que a él le habían amputado un brazo y que sus tropas habían sido licenciadas, en algunos casos sin recibir su paga. Mundir se había marchado con sus hombres a su territorio del sur de Siria, que quería proteger de la invasión persa. Pedro era su único compañero de armas que permanecía en Constantinopla, pero se había convertido en un incondicional de su primo y del nuevo generalísimo Prisco. Ella se había pasado los últimos diecisiete años intentando consolarlo.

Cuando al fin estuvo ante la iglesia —ante ella—, Eudoxia no pudo evitar sonreírle. Él se inclinó. Exhalaba vaho. Tiritaba de frío. Se quedó mirándolo. Su rostro se había transformado desde la noche en que apareció ante ella en el

vestíbulo de Santa Catalina, hermoso, enérgico, radiante. Alrededor de sus ojos, tan vivos como siempre, la piel estaba surcada de arrugas. Sus facciones se habían abotargado. Sin embargo, se veía —ella lo veía— que en otros tiempos habían sido muy finas.

Él advirtió que lo observaba e, incómodo, ocultó la cabeza bajo la capa. Ella le dirigió una sonrisa indulgente.

Sin embargo, había pensado decirle que se cuidara, que no bebiera tanto; pero, como tantas otras veces, le faltó valor. La ternura pudo más que todos los reproches. Se abrazaron. En momentos así, ella volvía a ser la muchacha de antaño. Él apoyó la cabeza en su hombro, y Eudoxia notó que sus lágrimas le resbalaban por el cuello.

Entraron en la iglesia. Les habían acondicionado un pequeño cuarto detrás del coro. Allí era donde la emperatriz «se retiraba». La fiel Irene los esperaba dentro. Les había preparado la cama y un pequeño refrigerio. Apenas se instalaron, desapareció.

Él le habló del consejo al que acababa de asistir y le confesó su frustración y su ira. Ella lo escuchó e intentó tranquilizarlo. Pero sus palabras solo conseguían irritarlo más. Incluso cuando le recordó que, aunque no tuviera un mando en el ejército, la tenía a ella, soltó un profundo suspiro. Le dieron ganas de abofetearlo. Aquellas horas, aquellas noches que se pasaba consolándolo... ¿Y sus propios sueños, sus propios deseos? ¿Acaso no se habían desvanecido también?

—¿Sabes qué? —le dijo de pronto dándole la espalda—. Deberías tomar a otra persona a tu servicio.

Él la miró como si no entendiera. Eudoxia se mordió los labios.

—Quiero decir que... Marco es un buen chico, pero ¿confías plenamente en él?

Él se irguió sobre un codo e hizo una mueca.

—Me lo debe todo, Fabia, todo.

—Sí, ya sé que te respeta y eso te complace. Pero ¿no crees que precisamente eso te ciega un poco?

Había posado la mano en su hombro y le hablaba con voz dulce.

—No nos traicionaría nunca —aseguró él.

—No del modo que imaginas, es cierto —admitió Eudoxia—. Pero hay cientos de maneras de mostrarse desagradecido.

Él apoyó la cabeza en la mano que descansaba en su hombro, y por un instante, en la sonrisa que le dedicó en ese momento, Eudoxia creyó reconocer al joven de otros tiempos. Se calló y lo besó.

Al finalizar el consejo, Heraclio se había retirado a sus desnudas y tristes habitaciones. Era emperador desde hacía diecisiete años, pero en realidad nunca había hecho ningún arreglo en ellas. Al contrario: los muebles y los suntuosos tapices de sus predecesores se habían vendido para reflotar las arcas públicas, totalmente vacías. Solo quedaban una cama y una biblioteca, de la que no había querido deshacerse. Algunas doctas glosas de los Evangelios y los Salmos, varios tratados de astronomía y una Biblia compartían espacio con la *Eneida* y la larga historia de Tito Livio.

El emperador se dirigió hacia la escalera que conducía a una torre construida poco después de su subida al trono, el único lujo que se había permitido. La torre acababa en una azotea que dominaba la ciudad. Allí era donde se entregaba a su pasión por la astrología.

Heraclio creía que su destino estaba escrito en el movimiento de los astros, y no desesperaba de descifrarlo. Solía pasarse noches enteras observando la trayectoria de las constelaciones, inmóvil y silencioso. Buscaba en ellas una respuesta que ni siquiera el patriarca Sergio, el hombre al que tanto debía y su principal aliado en esos momentos, había sabido darle. En su vida había una anomalía, una incoherencia, una irregularidad fundamental, y solo podía deberse a un designio sobrenatural, que ardía en deseos de comprender. ¿Por qué le había concedido Dios aquel imperio, si luego se lo arrebatara cruelmente, pedazo a pedazo? ¿Por qué su gloria solo había brillado un instante, fugaz e inevitable, para a continuación apagarse poco a poco, para debilitarse un día tras otro? ¿Por qué se sentía tan impotente desde que vestía la púrpura?

La noche permanecía muda. Debería haberlo previsto: las nubes se interponían entre los astros y él. No importaba: aunque no las viera, sabía el lugar exacto que ocupaba cada constelación en el cielo opaco de ese final de invierno. Un lugar inmutable.

El aire glacial lo caló hasta los huesos. En otros tiempos apenas lo habría notado, pero había adelgazado tanto... Un espantajo alto y escuálido, eso era lo que parecía. Solo las largas túnicas que vestía en cualquier ocasión conseguían disimular su decadencia física. Se puso la capucha para protegerse de la lluvia. Llevaba días y días cayendo sin parar.

Antes del consejo, el patriarca había vuelto a la carga. Heraclio casi siempre le consultaba previamente sobre los problemas que abordarían con Pedro y Nicetas. Esa tarde, en la gran sala todavía vacía, Sergio parecía escucharlo solo a medias. En varias ocasiones abrió la boca para expresar la preocupación que llenaba su mente, pero no pudo pronunciar una palabra.

—¿Qué ocurre, Sergio? —acabó preguntándole Heraclio.

—Es ese asunto, que no deja de atormentarme, majestad...

El emperador contuvo un gesto de impaciencia y suspiró.

—¿El mismo de siempre?

—El mismo, majestad. —Un silencio tenso invadió la inmensa sala—. ¿Ella sigue rechazándolo? —preguntó al fin Sergio, con un hilo de voz que la certeza de incomodar hacía aún más tenue.

—Sí, ya lo sabes.

—Demasiados malos recuerdos: la matanza de su familia por orden del Usurpador, la huida... Es comprensible. Y también es comprensible que prefiera vivir en el viejo palacio de Narsés. Pero, majestad, si me permitís... ¿La visitáis allí alguna vez?

Por toda respuesta, Heraclio fue a sentarse a la gran mesa de roble, dando a entender al patriarca que la conversación había terminado. Lo que no le impidió oír su último comentario, el mismo que le repetía casi todas las semanas desde hacía años:

—El Imperio necesita un heredero.

Sharvaraz se había unido a su vanguardia. El hombre que prácticamente no salía de su tienda, el general invisible al que se consideraba poco menos que incapaz de permanecer de pie —una mente privilegiada prisionera de un cuerpo endeble—, galopaba esa noche sobre un magnífico bayo con una soltura sobrenatural. Los hombres que lo rodeaban apartaban la vista. No había renunciado a sus brazaletes, ni a pintarse los ojos y las mejillas, ni siquiera a perfumarse como una mujer.

El único que se atrevía a mirarlo era su hermano, Shahin. Cabalgaba junto a él. Notaba el malestar de los soldados. También el miedo. Y no podía evitar admirar a Sharvaraz. Su hermano no tenía complejos. Al menos a ese respecto. Era lo que era. Nunca se había escondido. Semejante actitud habría sido la ruina de cualquiera. Pero Sharvaraz no era cualquiera, claro. Y ahora, lejos de perjudicarlo, su singularidad potenciaba su aterradora aureola. Cada gesto delicado, cada tintineo de los brazaletes, cada vaharada de perfume imponía en la mente de quienes lo rodeaban la misma certeza: podía permitírsele todo.

Se mantenía callado. Shahin lo entendía. ¿Cómo no estar absorto en los propios pensamientos en un momento así? ¿Cómo no sentirse embargado por emociones que no se querían compartir? Dos décadas de luchas y hazañas para llegar allí. El sueño de toda una vida. La última conquista. Por fin iban a ver aquella ciudad, que, según decían, no tenía igual. Pese a la oscuridad y la lluvia, estaban seguros de que permanecería iluminada al otro lado del estrecho. No se apagaba jamás.

Tal vez estuviera pensando en su última victoria, obtenida dos días atrás. Nuestra última victoria, se corrigió Shahin, que, si bien no había ideado la estrategia, había tenido un papel decisivo en ella. Habían barrido a los romanos. Como siempre, desde hacía diecisiete años. Y eso que, según decían, habían enviado a su mejor general. Un hombre experimentado. Prisco,

se llamaba. Un hombre que había considerado inteligente entablar batalla bajo una lluvia torrencial. Seguramente pensó que de ese modo neutralizaría a los arqueros persas. Como si su ejército se redujera a los arqueros. La caballería pesada de Shahin se había encargado de demostrarle que estaba muy, pero que muy equivocado. De un modo memorable.

Una pizca de irritación. Alrededor de ellos, algunos soldados murmuraban. Les sorprendía ver a su generalísimo a caballo. ¿Ignoraban que, si hubiera querido, Sharvaraz habría podido dirigir personalmente la caballería pesada? ¿Ignoraban el glorioso linaje del que descendía? Una estirpe que en otros tiempos había dado varios reyes a Persia. Antes de que los sasánidas se apoderaran del trono.

Su hermano había percibido su enfado. Un brujo. Una sensibilidad de mujer. Era inquietante. Se volvió hacia él un instante. Solo un instante. Porque la ciudad estaba ahí.

Uno, luego dos, pronto una decena, poco después al menos cien, un millar... Titilaban a lo largo de toda la margen asiática del Bósforo. Eran las únicas estrellas de esa noche muda: los fuegos persas. La vanguardia de Sharvaraz se instalaba frente a Constantinopla. Pese a esperarlo, Heraclio no pudo evitar estremecerse. Un olor marino, mortífero, penetró en sus fosas nasales. Un simple estrecho lo separaba de aquel prodigioso ejército que se había tragado su imperio, haciendo picadillo a sus legiones y forzando una tras otra las murallas de sus ciudades. Solo quedaban las de Constantinopla.

Pensó en Roma, allá lejos, en aquella Italia que nunca había visto, minúsculo poblado a la orilla del Tíber, encajonado y pantanoso, que año tras año, siglo tras siglo, inexorablemente, había sometido a las tribus y los pueblos vecinos, y luego a naciones, a reinos enteros, extendiéndose cada vez más, hasta convertirse en el mayor imperio que había existido. Ahora ese imperio sin igual se reducía a una ciudad que ni siquiera era Roma, sino Constantinopla. Una ciudad a la espera de que el enemigo la tomara al asalto. El irresistible empuje que había conducido a tantas victorias gloriosas parecía haberse invertido. Tras sus conquistas, poco a poco el Imperio lo había perdido todo, la gloria y las provincias, hasta volver casi al punto de partida y replegarse en una porción cada vez más reducida de un territorio antaño inmenso. Heraclio podía abarcar con la mirada los irrisorios vestigios de la antigua República romana.

¿Por qué tenía que consumarse bajo su reinado la ineludible catástrofe? ¿Lo habría hecho mejor algún otro? Sin duda, se dijo con amargura. Su padre habría sabido salvar el Imperio, estaba seguro. Pero el viejo gobernador había muerto hacía muchos años, apenas unas semanas después de la caída de Focas. ¿Tuvo tiempo de enterarse de que su hijo había cumplido la misión que le había encomendado? Heraclio lo dudaba, aunque desde Cartago le aseguraron lo contrario, probablemente para tranquilizarlo. Se decía que el

navío enviado desde Constantinopla para propagar la noticia llegó a la capital africana por la noche; que un mensajero corrió al palacio e hizo que le abrieran todas las puertas para llegar cuanto antes a la pequeña habitación en la que agonizaba el gobernador; que, una vez allí, se inclinó sobre su oído y le anunció la feliz noticia. Entonces, y solo entonces, Heraclio el Viejo, que la esperaba desde hacía semanas asediado por la muerte, esbozó una sonrisa, sin fuerzas para más, y rindió el alma.

Su enfermedad fue un misterio casi hasta el final. El viejo gobernador no había informado de ella a su hijo, ni siquiera cuando este se embarcó para Constantinopla y era evidente que no volverían a verse. Semanas más tarde, el joven Heraclio comprendió que, en el momento en que dejó Cartago, su padre, al que creía bien de salud, ya era presa del mal que lo devoraba por dentro. A veces se preguntaba si ese plazo fatal no habría acelerado los proyectos del anciano.

Su plan se vio coronado por el éxito. El Usurpador, atenazado por el avance combinado de Nicetas y los persas, golpeado en su centro de poder por el propio Heraclio, había sucumbido; Prisco y el patriarca se unieron a la conjura; solo Cosroes burló su vigilancia, pero no cabía duda de que, si hubiera vivido, el gobernador habría encontrado el modo de hacer entrar en razón al persa. Las catástrofes habían llegado tras su desaparición. La responsabilidad recaía sobre los hombros de un hijo incapaz de mostrarse a la altura de semejante hombre de Estado.

Ruido de pasos. Alguien subía la escalera. Sergio. Solo él tenía permiso para ir en su busca a lo alto de la torre. Su único amigo, quizá; en cualquier caso, la única persona a quien podía confiarle casi todo. Al oírlo llegar, resollando tras subir los centenares de peldaños, Heraclio se sintió lleno de gratitud. Lejos de comportarse como un rival celoso de sus prerrogativas, el patriarca siempre había puesto todo su poder al servicio del trono.

—Ya imaginaba que vuestra majestad habría subido aquí a pesar de la lluvia —le dijo en cuanto llegó a la encharcada terraza.

—Es cosa hecha, Sergio: ahí está Sharvaraz...

—Su vanguardia, sí. No es ninguna sorpresa.

El emperador no apartaba los ojos del Bósforo.

—Tan previsible e inevitable como el destino...

—El destino no tiene nada que ver con esto, si me permitís decirlo, majestad.

—¿No te gusta que hable así?

—Creo que escudarse en el destino... ¿cómo diría?... no es...

—¿Preferirías que hablara de voluntad divina?

El patriarca suspiró.

—Ruego a vuestra majestad que no se ofenda por lo que voy a decir: no creo que Dios desee la destrucción del Imperio y de su Iglesia, e ignoro por qué ponéis tanto empeño en convencerlos de ello. Dios, si es que puedo hablar en su nombre, nos somete a pruebas, sí, pero siempre nos deja la libertad de luchar, de enfrentarnos dignamente a la adversidad. Sin duda os cree capaz de grandes cosas para haberos...

—¿Piensas que no lucho lo suficiente?

—No.

Sergio había respondido en un susurro. La lluvia y las ráfagas de viento ahogaban su tenue voz. Acto seguido, le anunció que el general Prisco estaba de regreso, listo para presentarle su informe.

Sin silla de manos ni una escolta acorde a su rango, Nicetas avanzaba tan deprisa como le permitían la embriaguez y el cansancio. Solo lo acompañaba Marco, bien armado. A esas horas, las calles de Constantinopla estaban vacías. Una calma engañosa, lo sabía: en la gran ciudad hambrienta, nunca se podía descartar un mal encuentro. Una pelea, un golpe certero, y su vida habría acabado, al fin. Cerró los ojos un instante y luego avivó el paso hacia el palacio imperial. Por borracho, por desesperado que estuviera, cuando Marco fue a despertarlo, a arrancarlo de los brazos de la emperatriz para avisarle de que el general Prisco estaba de vuelta en Constantinopla, quiso saber lo que este tenía que decir.

A su izquierda apareció la cisterna que el gran Justiniano había hecho construir hacía un siglo. Visitaba a menudo aquel inmenso templo subterráneo, que podía almacenar agua suficiente para abastecer a la capital durante meses. Le gustaba recorrerlo en una barca que un viejo piloto hacía zigzaguear entre las imponentes columnas. Surgían del agua inmóvil y se perdían en las alturas de una bóveda que las antorchas apenas permitían distinguir. En esas ocasiones, podía creerse en los infiernos, conducido por Caronte por un brazo olvidado del Aquerón.

Pero aquel era un infierno muy llevadero. Hermoso. Excitante. Suspiró y entrecerró los ojos bajo el chaparrón. El verdadero infierno lo conoció diecisiete años atrás. Lo arrojaron a él de repente. Un día tan lluvioso como aquel. El de su llegada a Constantinopla.

Acababa de pasar cinco días maravillosos, un largo éxtasis, en el camino de regreso de Santa Catalina. Cabalgaba con Eudoxia, avanzando por etapas cortas, sin dudar en dar rodeos para evitar la incomodidad de los caminos más accidentados. Se reponían del cansancio y el duelo, eran felices. La muchacha y él recorrían un mundo fuera del tiempo y de los dramas, dormían abrazados bajo las estrellas. Una tarde, entrelazando las letras, grabaron sus iniciales en

la corteza de un árbol bajo el que habían reposado amorosamente. Ella no le había negado nada.

Y después, la caída, el inesperado naufragio.

Los primeros rumores le llegaron a su regreso al campamento. Al instante, quiso salir de dudas y dirigirse a Constantinopla con un pequeño destacamento. Mundir trató de disuadirlo diciéndole que la herida de su brazo tenía un aspecto preocupante, que se veían estriaciones rosáceas que bajaban hasta el codo, que debía pensar en cuidarse en lugar de emprender una arriesgada misión de reconocimiento. Nicetas no lo escuchó. A la mañana siguiente, bajo una densa lluvia, se puso en camino hacia Constantinopla acompañado por una decena de jinetes.

El palacio imperial. Marco le preguntó si seguía necesitando sus servicios. Nicetas meneó la cabeza. Vio alejarse a Marco bajo el aguacero, y un estremecimiento recorrió sus entumecidos miembros: la única persona que no lo había abandonado después del desastre. Era injusto: una de las dos únicas personas.

Entró en el palacio y se dirigió hacia la sala del trono. Prisco ya debía de estar allí. Nicetas no veía el momento de averiguar cómo se había dejado vencer esta vez, pese a sus promesas de atajar definitivamente la invasión persa. Odiaba a aquel hombre. Desde aquel día terrible en que lo perdió todo, y de eso hacía diecisiete años.

Siempre volvía a lo mismo. El momento crucial de su vida. Un atolladero del que en realidad aún no había salido. Camino de Constantinopla, aquel fatídico día tuvo un encuentro. Entonces tardó en comprender lo que significaba. Ahora, el mero recuerdo le resultaba insoportable. Sus jinetes y él se toparon con un grupo de soldados que escoltaba una litera totalmente cerrada. De su interior salían gritos. Alguien más sensato que Nicetas se habría apartado prudentemente. Él pidió explicaciones. Se negaron a dárselas. Nicetas se abrió paso a la fuerza hasta la litera y, con la mano buena, arrancó la cortina de un tirón.

Nunca olvidaría lo que vio en el interior. La joven muchacha lloraba. Era muy hermosa, pese a las llagas que le cubrían el rostro y el cráneo desnudo. Sus ojos eran los de una loca: desorbitados, opacos. Quiso saber por qué la habían rapado y maltratado de aquel modo. ¿Adónde la llevaban? ¿Quién era? Pero sus hombres estaban a punto de llegar a las manos con los soldados de la escolta. La misión de reconocimiento peligraba. Prefirió no agravar la situación y ordenó que dejaran pasar a la comitiva. Uno de los mayores errores de su vida.

La muchacha romana temblaba. Sharvaraz le sonrió. No quería asustarla. De momento. Acababan de montar su inmensa tienda en medio del campamento persa y había pedido que dejaran descorridas las lonas de la entrada: al otro lado del estrecho, Constantinopla se extendía ante sus ojos, casi como si se le ofreciera. Un magnífico espectáculo, que la chica, azorada, incapaz de acercarse, le ocultaba en parte. Sharvaraz no quería mostrarle que su timidez lo irritaba, pero aun así se preguntó si sabría satisfacerlo como deseaba. Una chica más atrevida le habría venido mejor.

Había sido capturada, como miles de compatriotas suyos, en las provincias conquistadas, y les había parecido lo bastante hermosa como para entregársela. Debía de estar intacta, aunque dudaba que todas las que le llevaban lo estuvieran realmente. A decir verdad, no tenía ningún deseo de comprobarlo. Esa manía de la pureza no era más que un camelo, que no engañaba a casi nadie.

Muchos de sus hombres pensaban que solo hacía que le llevaran a aquellas criaturas para dar el pego, que en realidad no le interesaban, que habría preferido chicos jóvenes. No iban desencaminados del todo, y sin embargo se equivocaban.

Con un gracioso ademán, le indicó que se acercara. Los brazaletes tintinearón. El suave sonido, tan poco guerrero, debió de tranquilizarla: avanzó hacia él con pasos vacilantes.

Como no era cuestión de quedarse en la entrada, la condujo hacia el interior de la tienda. Él mismo apartaba las pesadas colgaduras que separaban las innumerables secciones de aquel palacio nómada. Esa noche, su guardia se limitaba a vigilar fuera. No quería testigos.

Cuatro candelabros iluminaban tenuemente aquel apartado rincón. Todo estaba preparado. Una gruesa alfombra amortiguaba los pasos. Sobre ella, los cojines estaban esparcidos de manera desordenada. En una mesa baja con

incrustaciones de lapislázuli, descansaba el látigo. Maquinalmente, Sharvaraz deslizó la mano bajo las telas azules y verdes que le cubrían la espalda y, con la punta de los dedos, se acarició las marcas, que eran su secreto mejor guardado, su sufrimiento y su placer... De pronto, se volvió. ¿Había advertido ella su gesto? Por primera vez, sus miradas se encontraron. Vio el terror que la poseía: estaba paralizada y temblorosa. Sabía que no la dejaría con vida. No después de lo que iba a pedirle que le hiciera.

—Debes desconfiar de Prisco. Yo en tu lugar le quitaría el mando de las tropas.

Nicetas había dicho esa frase con una seriedad impropia de él.

—¿Para qué, si ya no hay tropas? —replicó Heraclio con amargura.

Prisco acababa de abandonar la gran sala, seguido de Pedro. El emperador, su primo y el patriarca continuaban sentados ante la mesa del Consejo. Habían escuchado el informe que les había presentado el generalísimo. Era peor que las conjeturas más catastróficas. Trescientos hombres de cincuenta mil, o sea, prácticamente nada. Del último gran ejército con el que aún contaba el Imperio dos días antes, no quedaba prácticamente nada.

Pese a ello, Prisco se había mostrado imperturbable, casi indiferente. Parecía que la responsabilidad por la derrota no pudiera recaer sobre sus espaldas. Le había echado la culpa a la debilidad de los efectivos y el armamento, a la falta de una caballería digna de ese nombre, al escaso apoyo de la capital... A todo salvo a sus propias decisiones.

—¿Es que no lo entiendes?! —exclamó Nicetas—. ¿Crees que ha renunciado al trono? ¡Si no sueña con otra cosa! Pero ¿no te has dado cuenta? Se está reservando. Espera sobrevivirte y...

—Y no tenéis heredero, majestad —lo interrumpió Sergio—. Vuestro primo no anda del todo desencaminado.

Nicetas lo fulminó con la mirada.

—Nuestra flota sigue intacta. Y no tiene igual —quiso tranquilizarse Heraclio.

El dominio de los mares era la última baza de un imperio acorralado. Si Sharvaraz se negaba a retirarse, sus tropas quedarían empantanadas en la orilla asiática y su impotencia acabaría por desmoralizarlas. Puede que entonces se iniciara el reflujo.

—¡Pero, Heraclio, tienes que nombrar a un nuevo generalísimo! —insistió Nicetas.

El emperador soltó un suspiro y meneó lentamente la cabeza.

—¿Y a quién nombro? ¿A ti, que nunca has aceptado que llegué el primero a Constantinopla? Mira en qué te has convertido... Jamás. ¿A Pedro? Es un buen lugarteniente, pero no un jefe. Prisco es indispensable, no tengo alternativa.

La ancha frente del patriarca se arrugó levemente. Sus ojos miopes se quedaron mirando un punto en el vacío.

—¿Cuál fue el último de nuestros generales que venció a los persas? —preguntó con su frágil vocecilla.

Los dos primos se miraron sorprendidos.

—¡Hombre, pues el gran Narsés! —respondió el emperador—. Cuando devolvió el trono de sus antepasados al desagradecido de Cosroes, hace casi treinta años.

—Un muerto, como quien dice —murmuró Nicetas, y soltó un suspiro.

—¿De qué murió? —quiso saber Sergio.

De nuevo, los dos primos se quedaron asombrados de la ignorancia del patriarca.

—¿Dónde ha pasado estas tres últimas décadas, santidad? —rezongó Nicetas.

—Permíteme recordarte que soy de provincias. Nací y crecí en Siria.

—Perdónanos, Sergio —terció el emperador—. Narsés se hizo monje al poco de regresar de Persia.

—¿Por qué?

—En realidad, nunca se supo. El hastío de la vida...

—Perdonad mi ignorancia una vez más. Pero entonces, si es monje, ¿no ha muerto?

—Se retiró al monasterio de Psamacia.

Al oír ese nombre, el patriarca asintió con una expresión seria.

—Psamacia... Entiendo —murmuró entre dientes.

—Supongo que conoces la regla de ese monasterio, Sergio... —dijo Heraclio, que no lo había oído—. Tienen prohibido cualquier contacto con el exterior. Así que nadie sabe qué ha sido de Narsés. En Psamacia, ni siquiera se anuncia la muerte de los monjes, puesto que, simbólicamente, mueren cuando ingresan allí.

—Sí, sí, eso ya lo sé. Y también que, en caso de que aún viviera, no os permitirían hablar con él, por muy emperador que seáis. No obstante...

—No obstante, ¿qué? —preguntó Nicetas con impaciencia.
—Puede que sea nuestra última esperanza.

Discretamente, sin más compañía que Irene, Eudoxia volvió al antiguo palacio de Narsés. El suyo desde que, a su regreso a Constantinopla, insistió en instalarse en él. En su momento, su esposo el emperador no puso objeción. Ella se sintió agradecida, sobre todo cuando Heraclio le anunció que, por su parte, se alojaría en el palacio imperial. Ahora, cuando volvía a pensar en ello, le sorprendía su complacencia.

El alba gris se alzaba sobre una ciudad condenada. Los persas ya estaban allí, le había explicado Nicetas antes de dejarla sola en plena noche. Cien mil enemigos al otro lado del estrecho. La situación nunca había sido tan crítica. Eudoxia sonrió con tristeza. La situación era crítica desde hacía diecisiete años, pero seguía degradándose día tras día. A veces deseaba que la catástrofe se produjera de una vez y los liberara a todos de aquella insoportable espera, de aquella vida en suspenso, que no era vida.

De pronto, lo vio. Estaba cerrando con suavidad la pequeña puerta falsa que daba acceso a la parte posterior del palacio, en el momento en que ella llegaba a la calleja con la intención de entrar por esa misma puerta. Se arrimó a la pared y obligó a Irene a hacer lo mismo. No quería enfrentarse a él. Allí no. Así no. Por suerte, Marco se alejó en la otra dirección, sin llegar a verla.

Había acertado poniendo en guardia a Nicetas. ¿Qué habría ido a hacer allí? ¿Por qué entraba en el palacio por la puerta de atrás cuando tenía la certeza de que no la encontraría en él? Demasiado bien lo sabía ella, pese a sus negaciones y sus farsas. Era un juego peligroso. Nicetas debía ponerle fin. Volvería a hablarle de ello. Todas las noches, si hacía falta.

Una vez dentro, Irene la despojó del pesado abrigo, empapado por la lluvia, y la ayudó a ponerse ropa seca. Eudoxia la dejaba hacer. De pronto, no pudo más y se echó a llorar. Lloraba en silencio, sentada en el arcón de madera en el que Irene guardaba su ropa. Esta, sorprendida al principio, acabó

acercándose para balbucir unas palabras de consuelo. La emperatriz la rechazó. Luego se levantó, subió al primer piso y entró en la habitación.

La muchacha estaba acostada. Su respiración era profunda y regular. No fingía: estaba dormida. Naturalmente. Y desde hacía tan solo unos minutos, sin duda.

Eudoxia se sentó junto a la cabecera de la cama y la contempló. El viento que se colaba por una ventana entreabierta agitaba las cortinas, y las primeras luces del día se posaban en el hermoso rostro dormido.

Eudoxia pensó que tenía más o menos su edad cuando Verónica, a la que por entonces aún llamaba sor Helena, la despertó en plena noche para anunciarle que la esperaba un visitante. Pronto también a ella le llegaría la época de las penas y los desengaños. Pronto también ella conocería a los hombres y su mundo absurdo, en el que casi todo importaba más que la felicidad.

Si le daban tiempo. Si es que le daban tiempo.

—¡Ay, Epifanía, qué será de nosotras! —murmuró la emperatriz en la penumbra del mortecino amanecer.

Los persas rechazaron durante casi un mes todas las propuestas de diálogo. Despreciando los usos establecidos, los embajadores romanos fueron vejados y, en algunos casos, regresaron mutilados ante su señor. Los acusaban de servir a un emperador ilegítimo, a un segundo Focas. El último de aquellos desgraciados se presentó ante los persas cargado de regalos. Una barca a la deriva devolvió los presentes a Constantinopla. En lo alto del montículo de oro destacaba la cabeza del embajador, con la lengua arrancada.

—Sharvaraz sabe que el tiempo juega a su favor —le comentó Heraclio al patriarca, con resignación.

Cada día llegaban nuevos regimientos para reforzar el ejército del general cuyo nombre —ya nadie lo ignoraba— significaba «el Jabalí Real». Toda la margen oriental del Bósforo era un inmenso campamento persa. En las colinas arboladas de antaño, ahora se alzaba una ciudad improvisada, rodeada de torres y empalizadas. Nada se había dejado al azar: el avituallamiento estaba asegurado durante meses, tal vez años. Las provincias conquistadas se veían obligadas a contribuir, sometidas al pillaje. Desde la famosa campaña de Jerjes contra las ciudades griegas, hacía mil años, no se había vuelto a ver semejante avalancha de Asia sobre Europa.

El emperador se empeñó en entrar en contacto con el estado mayor persa. No pudiendo recurrir a embajadores dignos y espléndidos, echó mano de intermediarios más sospechosos, de los escasos agentes dobles disponibles, cuya fidelidad era más que dudosa, y por último de condenados a muerte, a los que prometió el indulto en pago de la peligrosa misión. Cuando el Jabalí Real se dignó al fin a dar una respuesta, sus tropas habían terminado de concentrarse frente a Constantinopla. Eran innumerables, un rutilante bosque que cubría las laderas de las colinas hasta donde alcanzaba la vista. Todas las mañanas se congregaban en la orilla, y sus gritos de guerra llegaban hasta los oídos de los romanos.

El alivio de ver regresar a un enviado con un mensaje de Sharvaraz duró poco. El generalísimo persa se negaba a encontrarse con cualquier dignatario que no fuera Heraclio. Incluso Prisco fue considerado indigno de negociar con él. Se intentó entonces fijar una entrevista en una de las islas de la Propóntide, en la que la flota romana habría podido garantizar la seguridad de su emperador. Pero el Jabalí Real excluyó cualquier sitio que no fuera su propio campamento.

—Es demasiado peligroso —advirtió Nicetas.

—Es la única solución —alegó Prisco.

Por su parte, Sergio escrutaba el pensativo rostro del emperador.

—No creo que Sharvaraz haya juntado cien mil hombres al otro lado del estrecho para rebajarse a asesinarme cobardemente —murmuró Heraclio con los ojos clavados en el suelo—. A los embajadores, aún. Pero a un emperador, aunque no me reconozca como tal... Iré.

Nicetas miraba la trirreme, que se alejaba poco a poco del Cuerno de Oro. Un barco magnífico: ciento cincuenta pies de largo por veinte de ancho, tres filas de remeros, dos mástiles. ¿Bastaría para impresionar a los persas? Lo dudaba mucho.

Le había propuesto a Heraclio acompañarlo. El emperador se había negado. ¿Temía lo que pudiera decir o hacer? ¿Le daba vergüenza presentarse ante Sharvaraz acompañado por un borracho manco? Lo que estaba claro era que no tenía la menor confianza en él. No la había tenido nunca: lo había apartado de todos los puestos relevantes desde el principio. No le había dejado nada. Casi nada, se sintió obligado a rectificar.

Sin embargo, lo justo habría sido que compartiera el trono con él. Porque lo había conseguido por muy poco. Era imposible no pensar en ello cada día, cada hora, a cada momento. El vino no conseguía hacerle olvidar la insoportable idea de que era él, Nicetas, quien estaba destinado a convertirse en emperador. Después de todo, si Heraclio se negaba a confiarle la menor responsabilidad, ¿no se debía precisamente a eso?

Por un día. Por un alto en Santa Catalina. Y también por la obstinación y la piedad de un eclesiástico. Tras el asalto de Bonoso al barco de Heraclio, el patriarca Sergio, acompañado por un grupo de sacerdotes, se empeñó en sacar del Cuerno de Oro los cadáveres de los innumerables guardias muertos durante la operación. Cuerpos en un estado espantoso, quemados, hinchados ya por el agua, que no obstante merecían una sepultura digna. Y, de pronto, el de un hombre que aún respiraba. Y que no era un guardia imperial.

El patriarca hizo llevar a su casa a Heraclio, inconsciente.

¿Qué habría ocurrido si lo hubiera encontrado alguien que no fuera Sergio? ¿O nadie? Pensar en esas posibilidades diecisiete años después seguía dándole vértigo.

Las heridas de Heraclio eran superficiales. Lo cuidaron, y no tardó en recuperarse. Nació una alianza. A la postre, Sergio, el discreto joven de provincias, coronó a un emperador.

Fue unos días después, durante la última gran carrera de los juegos. Nicetas había pedido que se lo contaran tantas veces que tenía la sensación de haberlo presenciado: la épica carrera, el triunfo de su primo, la derrota del temible Mosseg Mamukian, el pregonero anunciando el nombre del inesperado vencedor; los verdes sacando los cuchillos de debajo de las túnicas, el general Prisco apartándose del Usurpador e instando a la guardia imperial a apoyar a Heraclio; el hipódromo, la guarida de Focas, súbitamente transformado en una trampa mortal para él; el propio Sergio, siempre tan tranquilo y moderado, exhortando al pueblo a reconocer el juicio de Dios...

Al cabo de tantos años, Nicetas aún se estremecía pensando en la muerte del Usurpador. Apenas se defendió. No intentó huir (¿adónde iba a huir?). Por primera vez en su vida, había mostrado dignidad. Quizá porque sabía que su hija lo miraba. Sin embargo, no se volvió hacia ella. Ni una sola vez. Quería protegerla, dedujo Nicetas más tarde. El Usurpador se limitó a burlarse del héroe del día. Cuando, espada en mano, Heraclio subía las gradas hacia él, le gritó que se diera prisa, que tenía cosas que hacer. Nadie rio, salvo él. Con su insoportable risa de hiena.

Una vez en el palco imperial, Heraclio le preguntó si no se avergonzaba de la situación en que había dejado el Imperio. Nueva risa de hiena, seguida por una frase desafiante: «¿Lo harás tú mejor?». Luego, si añadir nada, se arrodilló y le ofreció la nuca. Sin discurso de despedida. No se dirigió por última vez a la multitud, no intentó ponerla de su parte. Ni una sola palabra para su hija. La espada de Heraclio lo decapitó de un golpe. En cierto modo, Focas supo morir, ganarse la inesperada gracia de una muerte rápida y limpia, casi digna. No podía imaginar lo que sucedería después. Justo lo que temía, más que a la misma muerte. Lo que quiso evitar a toda costa. No podía imaginar que otra persona expiaría sus crímenes.

Nicetas sacudió la cabeza para no seguir pensando en aquello. Luego se acordó de que ese día aún no había bebido casi nada.

Desde el puente de la suntuosa trirreme que lo conducía a la orilla asiática, Heraclio contemplaba su país ocupado. Hasta ese día las derrotas habían sido sucesos lejanos. Las ciudades tomadas, los territorios arrebatados al Imperio no eran más que nombres en los mapas. Escaseaba el trigo, era cierto, el vino sirio ya no llegaba al Cuerno de Oro, y las aceitunas palestinas tampoco, pero el enemigo seguía siendo invisible. Y ahora estaba allí, arrogante e inexorable.

¿Qué recibimiento le daría Sharvaraz? Puede que, con un simple gesto, hiciera que lo despojaran de la túnica púrpura y lo cargaran de cadenas. Puede que le esperara la tortura, o el exilio en Ctesifonte, adonde lo llevarían a rastas, humillado y cubierto de polvo, detrás de un carro triunfal. Esas ideas, que deberían haberlo aterrorizado, lo dejaban indiferente. La lluvia había cesado al fin, y las nubes bajas cedían el sitio a un cielo inmenso y puro. El emperador respiraba a pleno pulmón los primeros efluvios de la primavera y, pese a las desgracias que lo abrumaban, se dejaba invadir por una extraña sensación de bienestar. Era la primera vez que salía de Constantinopla en diecisiete años.

—La tripulación de la trirreme tiene órdenes de regresar a la menor señal de alarma —le había dicho Prisco para tranquilizarlo.

Ingenuo, aturdido Prisco... ¡Como si Sharvaraz fuera a descubrir sus planes de inmediato, intentando apoderarse de su persona en cuanto pusiera pie en tierra! O más bien, hipócrita, estúpido Prisco. Heraclio ya no se hacía la menor ilusión respecto a él. Uno de los motivos por los que se alegraba de abandonar la ciudad, aunque solo fuera por unas horas, era el clima asfixiante que reinaba desde el regreso del generalísimo. Las calles se habían llenado de rumores. Se suponía que el motivo de la última derrota había sido la falta de apoyo de la retaguardia y, en especial, del emperador Heraclio, que, celoso de las dotes de su comandante en jefe, había preferido sacrificar sus legiones

antes que verlo cubierto de gloria una vez más. Abandonado a su suerte, acuciado por la falta de víveres, Prisco había decidido enfrentarse valientemente a un ejército muy superior en número y mejor equipado. ¿Podía reprochársele que hubiera querido salvar el honor de los romanos? Su audaz estrategia era la única posible, y sin duda se habría visto coronada por el éxito si los refuerzos prometidos por la capital hubieran llegado. El ejército había sido traicionado. Los mezquinos cálculos de individuos que, acostumbrados al lujo de sus confortables palacios de Constantinopla, lo ignoraban todo sobre los trabajos y las penalidades del soldado habían prevalecido. Se había privado al Imperio de sus últimos defensores deliberada, diabólicamente.

Aquella hábil mezcla de medias verdades y absolutas mentiras era lo bastante verosímil como para convencer a una plebe tan veleidosa como reivindicativa, que había dejado de adular a Heraclio, el vengador de Mauricio, hacía mucho tiempo y empezaba a odiarlo. No era más que un incompetente, un envidioso, un traidor. Deshonraba la púrpura imperial más aún que Focas, quien, pese a todos sus defectos, jamás habría expuesto a la capital de aquel modo. Dios lo había maldecido. La ejecución de unos cuantos miserables que expresaban esas opiniones en voz demasiado alta no habría hecho más que confirmar que eran fundadas. Así que Heraclio les dejaba hablar.

Puede que el pueblo supiera agradecerle que fuese solo a un campamento en el que se congregaban más de cien mil soldados enemigos. Puede que, si no volvía, lo convirtiera en un mártir, después de haberlo vilipendiado. Tenía curiosidad por conocer al famoso Jabalí Real. «Más que un hombre y menos que un hombre». Qué más daba que se maquillara y se vistiera como una mujer, se dijo Heraclio. El Imperio jamás se había enfrentado a un general tan temible. Sin él, Cosroes nunca se habría atrevido a enviar sus ejércitos más allá del Tigris.

El campamento persa se acercaba. El emperador distinguía con claridad a los soldados enemigos. Una cuádruple hilera de infantes se extendía a lo largo de la ancha playa en la que estaba previsto que desembarcara. Tras ellos, deslumbrante, estaba la temible caballería acorazada, la misma que había aniquilado al ejército de Prisco. Al cabo de unos instantes, el barco había fondeado.

El capitán se acercó a él.

—Aún estamos a tiempo de volver a Constantinopla, majestad —le sugirió.

Sin decir palabra, Heraclio ocupó su lugar en la barca que debía llevarlo a tierra.

Sharvaraz no había acudido a la playa para recibir al emperador de los romanos. Sabía que estaba a punto de llegar en uno de los impresionantes barcos de su flota. La única arma eficaz que le quedaba. Un arma de cobarde. Un pueblo de auténticos guerreros no necesitaba un estrecho para sentirse seguro. Ni murallas tampoco.

Aquel hombre que venía a humillarse ante él no debería haber llegado a emperador. Sharvaraz lo tenía claro. En ese punto, coincidía totalmente con el rey de reyes. Por eso, aquel encuentro le repugnaba. Emperador de casualidad, eso es lo que era. Debería haber pedido que le mandaran al general manco en su lugar. Era el único por el que sentía respeto. El único al que le habría gustado enfrentarse en un campo de batalla. Pero, naturalmente, los romanos ya no le confiaban ningún ejército.

Diecisiete años atrás, Sharvaraz había seguido con atención el desarrollo de la guerra civil. Era plenamente consciente de que si el general Nicetas, que en esa época aún no había perdido el brazo, hubiera llegado el primero a Constantinopla, todo habría sido muy distinto. Una victoria de uno contra cinco en una llanura de Tracia, a tres días de marcha de Constantinopla. Una trampa de una envergadura excepcional. Una idea genial, una idea que podía darle envidia incluso a él, Sharvaraz. Y sin embargo, unos días después coronaron a su primo. Aquellos romanos eran raros. Parecían disfrutar perversamente poniendo a inútiles en el trono. Allá ellos.

Se incorporó un instante en el lecho y admiró un lujoso tapiz que adornaba uno de los lados de su tienda. Representaba el palacio de Dastagerd. ¿No cabía decir lo mismo de los persas? Ahuyentó la idea de su mente. Demasiado peligrosa.

Había acertado: Sharvaraz no lo hizo matar como a un perro en cuanto lo tuvo a tiro de sus arqueros. Las filas se abrieron ante él, respetuosas y amenazadoras a un tiempo. Mientras lo conducían ceremoniosamente a la tienda del generalísimo, pudo admirar el orden del campamento. «Ya han empezado las negociaciones —se dijo Heraclio—. El Jabalí Real hace valer sus argumentos».

No lo sometieron a la humillación de registrarlo. Aunque los guardias vigilaban hasta el menor de sus gestos; un movimiento sospechoso, y los matarían a todos. El extraordinario lujo desplegado en el interior de la tienda lo dejó estupefacto. En los campamentos romanos, los generales se conformaban con una comodidad rudimentaria. Allí se exhibía un fasto que convertía las salas más suntuosas del palacio imperial de Constantinopla en austeras celdas monacales. Los pies se hundían en gruesas alfombras que representaban escenas de amor o de caza. El suelo estaba sembrado de cojines de seda de colores vivos. Enormes arcones, tallados como joyas, permanecían abiertos. Estaban llenos de monedas de oro. El botín de guerra de Sharvaraz, se dijo el emperador.

No lo llevaron de inmediato ante el Jabalí Real. La inmensa tienda estaba dividida en varios salones. Tuvo que esperar en uno de ellos, cuyos tabiques estaban cubiertos de tapices que representaban las grandes victorias persas de las dos últimas décadas. En uno de ellos se veía una muralla colosal pero medio derrumbada, asaltada por nubes de soldados. Heraclio adivinó que se trataba de Dara. En otro reconoció Jerusalén, sometida igualmente a un saqueo implacable por haberse atrevido a resistir demasiado tiempo, y se le encogió el corazón. En un tercero aparecía Antioquía. En otros, Damasco, Cesarea, Alejandría... Todas ciudades romanas desde hacía siglos, caídas súbitamente en manos persas.

Sharvaraz seguía sin aparecer. No quería matarlo, ahora Heraclio estaba prácticamente seguro, solo humillarlo teniéndolo plantado frente al muestrario de sus fracasos. El sol ya debía de estar alto. Daba de lleno en la lona de la tienda y hacía que en el interior costase respirar. Incómodo, el emperador no se atrevía a dirigir la palabra a las pocas personas que lo acompañaban y estas, por su parte, miraban al suelo. ¿Para que no pensara que eran testigos de su vergüenza?

Pasó una hora. Un hombre entró al fin en el salón. Los guardias se inclinaron ante él. Alto, corpulento, con el torso cubierto por una gruesa cota de malla, todavía joven... No casaba con la imagen afeminada del Jabalí Real. Era su hermano Shahin. Tras mirarlo de arriba abajo con desdén, le anunció que Sharvaraz no tardaría en aparecer.

El general Prisco ya no sentía gran cosa. Adiós a los grandes miedos. Y a las grandes alegrías. Sus sentimientos estaban como embotados. ¿Debía considerarlo una consecuencia de la sabiduría que llega con la edad? Un sabio se habría olvidado de las ambiciones. Él seguía sin renunciar a las suyas. Aunque ahora careciera de pasión, su voluntad era inexorable, y tenía una fría sed de poder. Lo que la hacía aún más temible. Prisco era muy consciente de ello.

Prácticamente dirigía el Imperio. Tenía a la mayoría de los oficiales en sus manos, y también a la guardia imperial, gracias a Pedro, convertido en su juguete. Solo le faltaba el título de emperador. Todo llegaría.

Había acompañado al hombre que ahora lo ostentaba hasta la trirreme que debía llevarlo al campamento persa. Heraclio le había parecido más debilitado e insignificante que nunca, un fantoche, una sombra, una fuerza de la naturaleza agotada prematuramente. No aguantaría mucho tiempo. Si no se lo llevaba la enfermedad o la desesperación, un levantamiento popular —apoyado, si no instigado por el ejército— acabaría librando a Constantinopla de aquel hombre. Ya estaba totalmente desprestigiado. El miedo provocado por la llegada de los persas había excitado los ánimos un poco más. El pueblo buscaba un culpable. ¿Y quién era el más indicado sino el actual emperador? Por supuesto, era necesario que la furia de la plebe se cebara también en la familia de Heraclio, al menos en su primo, se dijo Prisco esbozando una sonrisa malvada.

Durante la reunión del Consejo celebrada tras su derrota ante Sharvaraz, Nicetas se había atrevido a pedir su ejecución. Lo había llamado cobarde y desertor. Él había mantenido la sangre fría. Pero si aún fuera capaz de sentir emociones fuertes se habría reído en la cara del manco. ¿Quién iba a atreverse a arrestar al general Prisco? Su guardia doblaba a la del emperador. Los soldados lo adoraban. ¿Acaso no se las arreglaba siempre para excusarlos de

las derrotas y, de paso, exculparse él? Ni un perro loco y borracho como Nicetas podía ignorarlo.

Prisco se hizo servir otra escudilla del caldo de puerros que le había recomendado su médico. Una garantía de longevidad, según él. El cuenco de plata humeaba. Sopló con suavidad. Después de acompañar a Heraclio al Cuerno de Oro, había vuelto a su palacio, al borde de la Propóntide. Disfrutaba del día primaveral a la orilla del mar. Pensaba en la cadena de acontecimientos. Su barca estaba amarrada al pontón que había hecho construir. Al verla, frunció el ceño. ¿Llegaría a necesitarla? ¿Tendría que huir a toda prisa? De allí a unas semanas, ocuparía el trono y echaría a los persas de Asia, o encontraría los argumentos que les hicieran retirarse. Sus facciones se relajaron, y de pronto casi lamentó haber perdido la capacidad de emocionarse: en otros tiempos, esas ideas lo habrían llenado de alegría.

¿Cuándo había empezado esa insensibilidad? Porque sabía que no siempre había sido así. Había odiado a menudo, temblado a veces y puede que amado en alguna ocasión. Si era sincero consigo mismo, para explicar esa metamorfosis solo tenía que remontarse a diecisiete años atrás, al día de la caída de Focas e, inevitablemente, a los sucesivos.

—Domencia.

Había dicho el nombre en voz alta. Ahora podía hacerlo sin inmutarse. Podía volver a pensar en la que había sido su esposa y en lo que le hizo sin sentir remordimientos ni vergüenza. ¿Qué habría sido de ella? Seguramente, estaría muerta. Él se lo deseaba.

En cuanto la cabeza del Usurpador rodó por las gradas del hipódromo, se volvió hacia ella. Lo recordaba perfectamente: esa tarde iba vestida de azul oscuro y no estaba en el palco imperial, sino junto al patriarca. Ni un rasgo de su rostro traslucía la menor emoción, el menor miedo. Solo su indestructible orgullo. Era su mujer. Le había prometido a Focas que la protegería. Pero en ese instante solo le inspiraba un odio inmenso. El deseo de destruirla también a ella. De hacer que se reuniera con su padre a la mayor brevedad.

El pueblo, tan exigente otras veces, parecía conformarse con la ejecución de Focas. Se había olvidado de su hija. Así que Prisco avanzó hacia ella y, aprovechando uno de los pocos momentos de silencio entre los vítores a Heraclio, la señaló con el dedo y gritó: «¡Pido la disolución de mi matrimonio!». Y vio cómo palidecía.

Sergio intentó oponerse. La hija no era responsable de los crímenes del padre, argumentó; además, un matrimonio no podía disolverse así como así. Pero a Prisco no le resultó difícil ganarse a la multitud para su causa.

Constantinopla odiaba a Domencia. En especial, las mujeres de Constantinopla, por algún motivo que él nunca había entendido. Eran las que más gritaban, y arrastraron a los hombres con su furia.

Pese a los vituperios, Sergio se mantuvo firme largo rato. Entretanto, con los ojos clavados en su marido, al que ya no parecía reconocer, Domencia temblaba. Era evidente que había dado por descontado su apoyo, y ahora estaba perdida: su mundo se derrumbaba. ¿Y qué esperaba? ¿Que él se mantuviera al lado de la hija del Usurpador? Si lo quería tanto como decía, debería entenderlo, desear su bien y resignarse a desaparecer. No despegó los labios. Temía que su voz no se oyera, que solo sirviera para exacerbar la hostilidad de la plebe.

Prisco no había olvidado lo que ella le confesó, la razón por la que Bonoso no le había sacado los ojos, ni lo había torturado como habría debido y, sin duda, querido hacer. Así que, para acabar de convencer a Sergio, recurrió a aquel argumento decisivo que ella misma le había puesto en bandeja, la muy idiota: la denunció como adúltera. Al oírlo, Domencia no aguantó más: aulló. Gritos incomprensibles, casi demenciales. Los clérigos que rodeaban a Sergio tuvieron que sujetarla para que no se arrojara sobre él.

Él siguió hablando en el hipódromo, que, súbitamente mudo, estaba pendiente de sus labios. Y mientras empezaba a dar detalles de su deshonor, se le ocurrió una idea genial: aseguró que quien había denunciado a Heraclio a la guardia imperial y provocado el ataque a su barco había sido Domencia. Él había cometido el error, fácilmente comprensible, de ponerla al tanto del complot. Pero ella, la hija del demonio, y demonio ella misma, tenía por amante al siniestro Bonoso. Ella se lo había contado todo. ¡Seguramente, tras una noche de desenfreno!

Los escupitajos, las piedras y los excrementos empezaron a volar en su dirección. Si el mismo Sergio no se hubiera interpuesto, arriesgando su propia vida, Domencia habría perecido. La alcanzaron en la cara; le manaba sangre de la sien, y también de un brazo. Su magnífica cabellera estaba cubierta de inmundicias.

En ese momento, Prisco levantó el brazo para hacer callar a la multitud.

—¡No habrá ejecución sumaria! —gritó con repentina magnanimidad dirigiendo una sonrisa tranquilizadora a la que todavía era su mujer. Luego añadió con calma—: Que se la entreguen a la guardia imperial. Al ponerse de parte de Heraclio, se ha ganado esa recompensa.

Al instante, los guardias presentes en el hipódromo soltaron un bramido de bestial satisfacción y golpearon el suelo con las lanzas. Algunos ya

empezaban a acercarse a ella para llevársela. Pero, una vez más, el enteco patriarca se opuso a semejante venganza. Los guardias imperiales no se atrevieron a agredirlo, pero les faltó poco. Mientras tanto, le explicaban a la hija de Focas todo lo que iban a hacerle en cuanto se la entregaran. Al final, fue el nuevo emperador quien zanjó la cuestión. Heraclio, mudo hasta ese momento, pidió silencio y dictó su veredicto: el exilio.

Domencia fue llevada allende el Danubio, a aquellas tierras desoladas, sin cultura, devastadas por las hordas nómadas, donde los inviernos eran interminables y los veranos, cortos y tórridos. Si se atrevía a volver a pisar el Imperio, cualquiera tenía derecho a acabar con ella y dejar su cuerpo insepulto. No debió de tardar en morir de hambre y vergüenza, tras vagar algún tiempo por aquellas grises y vacías inmensidades. ¿Se habría ahogado en el Danubio intentando cruzarlo en dirección opuesta? Nadie había vuelto a oír hablar de ella.

Pero antes de ese suplicio, en el hipódromo mismo, entre insultos y burlas, había sufrido otro: la habían rapado. Sus últimas fuerzas aún no la habían abandonado por completo: se debatió y maldijo. Las lágrimas rodaban por sus blancas mejillas. Seguía intentando zafarse de las manos que la sujetaban; incluso consiguió morder hasta hacerle sangre al guardia que acercó la espada para cortarle el pelo (porque nadie fue en busca de un instrumento más adecuado para la tarea). Unas cuantas bofetadas acabaron con su resistencia. Se sumió en una extraña apatía, de la que ya no salió.

Prisco lo vio y lo alentó todo. Solo temía una cosa: sentir lástima, sufrir con lo que le había hecho. Se llevó la grata sorpresa de experimentar ante todo un gran alivio. Y luego nada.

Poco a poco, esa insensibilidad se había extendido al resto de su vida: ningún arrebató, ninguna debilidad del corazón que pudiera desviarlo de sus objetivos. Estaba a salvo de las habituales complicaciones de los mortales. ¿Como un dios, ya? Esa mañana tuvo la respuesta. Cuando uno de sus informadores fue a verlo y perturbó la tranquilidad de su palacio marítimo, cuando le comunicó el motivo de su visita y le explicó por qué temblaba de aquel modo, el general Prisco tuvo que reconocer que él tampoco conseguía permanecer del todo indiferente a semejante noticia. Al instante, se hizo llevar al Cuerno de Oro. Tenía que poner sobre aviso al emperador cuanto antes, apenas regresara a Constantinopla. Si es que los persas le dejaban volver.

Sharvaraz apareció tumbado en una suntuosa litera que transportaban cuatro eunucos gigantescos. No se dignó levantarse ante Heraclio. El general que hacía temblar a Constantinopla tenía un aspecto muy poco marcial. Su cuerpo, que se adivinaba endeble, estaba cubierto de telas, de entre las que solo se dejaban ver unas manos de dedos interminables llenos de anillos. Lo más inquietante era su rostro, de una delicadeza femenina y sin edad, al que asomaban de vez en cuando expresiones salvajes.

Tras los cumplidos de rigor, Heraclio, de pie ante aquel hombre tendido en una litera, pronunció con voz monocorde el discurso que había pulido con Sergio, en el que reconocía la soberanía persa sobre Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. En su conclusión, suplicaba humildemente al rey de reyes Cosroes, en la persona de su general Sharvaraz, que se retirara de las puertas de su capital.

El Jabalí Real lo escuchó sin interrumpirlo, aunque de vez en cuando dejaba escapar un suspiro de desprecio. Luego los romanos lo oyeron pronunciar unas cuantas frases en su gutural e inquietante lengua. Esperaron la traducción con el alma en vilo y, cuando el intérprete concluyó su tarea, se miraron unos a otros, consternados. La misión que el rey de reyes le había encomendado no estaba acabada, lamentaba Sharvaraz. Solo terminaría cuando Constantinopla le ofreciera la rendición. Pese a sus crímenes, el sedicente emperador de los romanos, Heraclio, sería tratado con respeto si aceptaba abrirle las puertas de la ciudad: no muy lejos de Ctesifonte, lo esperaba una inmensa propiedad, que incluía hermosos vergeles y abundante ganado, en la que pasaría tranquilamente el resto de sus días.

La perspectiva hizo temblar al romano, que se mostró dispuesto a hacer nuevas concesiones: aceptaba reconocer la preeminencia de Cosroes sobre él; ya no lo llamaría «hermano», como había sido costumbre hasta entonces, sino «padre»; y le pagaría tributo.

Sharvaraz le respondió con un mohín desdeñoso. No había llevado a cien mil hombres hasta allí para volver a marcharse con tan vagas promesas.

—Aunque dispusieras de un millón de soldados, general, ¿qué podrías hacer? —replicó Heraclio—. No tenéis barcos. Jamás cruzaréis el estrecho.

El Jabalí Real soltó una carcajada que les heló la sangre en las venas. Luego, con un leve movimiento de la mano, el persa indicó a sus portadores que había llegado el momento de alejarse de aquellos importunos. La audiencia no había durado ni una hora.

Marco no tuvo dificultades para encontrarlo. Cuando quería beber, Nicetas nunca iba demasiado lejos. Tras acompañar al emperador hasta la trirreme, había dado con sus huesos en una de las tabernas de los alrededores del Cuerno de Oro. Un antro inmundo. Y seguramente se había conformado con el vino más infecto. De hecho, en la ciudad todo el mundo decía la misma maldad: para gastar las ánforas avinagradas, bastaba con ofrecérselas al primo del emperador. Pagaba sin rechistar lo que los mendigos menos exigentes habrían escupido al instante.

Marco lo vio solo en un rincón mal iluminado de sala. Los demás parroquianos se mantenían a una distancia que parecía dictada no tanto por el respeto como por el miedo a contagiarse de las desgracias de aquel hombre. Marco se sintió orgulloso de no ser como ellos, de no contarse entre los cobardes y los veletas que le habían dado la espalda. Él se acordaba. Sabía que aquel tembloroso borracho había sido un general magnífico.

Seguramente, él había presenciado el hundimiento más de cerca que nadie. Él fue quien, diecisiete años atrás, cuando Nicetas volvió al fin de su absurda expedición a Santa Catalina, le tendió el mensaje sellado que había llegado al campamento durante su ausencia y le vio abrirlo distraídamente, echarle un vistazo y, de pronto, cambiar de color.

Lo demás solo había sido una dolorosa confirmación de lo que decía el pequeño pergamino. A la mañana siguiente, Nicetas galopó hasta Constantinopla y comprobó con sus propios ojos lo que había leído, pero aún se resistía a creerlo: su primo Heraclio no solo no había muerto; además, ahora era el emperador.

—Marco... —farfulló Nicetas.

«¿Quién si no?», se dijo el joven, y la lástima por el héroe caído le encogió el corazón. Al instante, un sentimiento de culpa se apoderó de él: quiso sincerarse, decirle lo que le ocultaba desde hacía tiempo, porque le

reconcomía. Pero ante aquel rostro descompuesto y alelado, renunció. Más tarde. Ahora no. Además, no estaba allí por eso.

Dejó a un lado su mala conciencia y anunció a Nicetas la terrible noticia que había empezado a extenderse por la ciudad. No tuvo que convencerlo para que lo siguiera a toda prisa.

El oleaje mecía suavemente el barco. El sol había empezado a declinar y arrancaba reflejos tornasolados a la superficie del agua. El emperador se llenó los pulmones de aire salino. Al instante, lo invadió una sensación de alivio. Y, sin embargo, su misión se había saldado con un nuevo fracaso. Habían barrido sus enormes concesiones de un manotazo. Lo habían tratado como a un miserable, lo habían humillado proponiéndole que cediera su capital para salvar su vida. Confinado para el resto de sus días en un rincón de la lejana Persia. ¿Eso era todo lo que el destino se dignaba ofrecerle?

Estaba aliviado porque regresaba sano y salvo a Constantinopla. Nunca había imaginado que pudiera alegrarse tanto de volver a respirar la brisa del mar. Aquel mar revitalizante y hermoso era la última muralla contra la invasión. Que sus acompañantes y él hubieran visto, en el campamento del Jabalí Real no había navíos capaces de rivalizar con la armada romana. Así que aquel inmenso contingente, que en los últimos diecisiete años se había acostumbrado a aplastarlo todo a su paso, seguiría bloqueado en Asia y quizá acabara cansándose de verse impotente. Podían estallar motines. No sería la primera vez que un ejército invencible se descomponía repentinamente ante un obstáculo nuevo. Un general tan experimentado como Sharvaraz no podía ignorarlo.

«¿Me cree tan débil como para abrirle de par en par las puertas de la ciudad sin luchar?», se preguntó Heraclio, que, a medida que se acercaba, estaba cada vez más sorprendido de la agitación que reinaba a lo largo del Cuerno de Oro. La muchedumbre había invadido el puerto, y esa misma mañana, cuando embarcó, estaba desierto.

Más enérgico de lo que suponía. Y también más digno. El tal Heraclio casi lo había sorprendido. Sharvaraz no podía decir que hubiera sentido simpatía. Pero casi le había dado lástima. Nada en aquel hombre traslucía servilismo o cobardía. Y, sin embargo, le había ofrecido las tres cuartas partes de lo que había sido su imperio. Había tenido el coraje de humillarse. Porque eso era tener coraje. El coraje de los débiles, por supuesto, pero habría sido injusto despreciarlo de lleno. No era cuestión de mostrarle que se hacía cargo de su situación. Seguían siendo enemigos. Constantinopla tenía que caer. En el cara a cara había que exteriorizar un desdén absoluto. Luego, en la tranquilidad de su tienda, en su palacio de velos y tapices, podía ser más comprensivo, intentar ponerse en el lugar de un hombre tan manifiestamente desgraciado. Pronto, quizá en cuanto estuviera de regreso, tendría un nuevo motivo para desesperarse.

Durante la entrevista, cuando el emperador de los romanos esgrimió el argumento del estrecho, la imposibilidad de que los persas lo atravesaran, Sharvaraz había estado a punto de revelarle lo que le aguardaba. Se contuvo, conformándose con reírse a carcajadas. Pero había faltado poco para que le explicara cómo iba a caer en sus manos la capital, que tan segura se creía, sin que un solo persa tuviera que cruzar el Bósforo.

En cuanto Heraclio pisó tierra, Prisco acudió a su encuentro, acompañado por Pedro y Sergio. Por su cara, supo que acababa de suceder algo grave.

—Estamos perdidos —aseguró el generalísimo con voz temblorosa.

Instintivamente, Heraclio se volvió hacia la orilla asiática. Pero el enemigo no se había movido. El mar estaba tranquilo y desierto.

—No son los persas, majestad —le aclaró el patriarca.

—No entiendo.

—Los ávaros.

—¿Qué pasa con los ávaros?

—Están cruzando el Danubio por decenas de millares. Se dirigen a Constantinopla. Desde el oeste, por tierra. ¡Estamos rodeados!

Hasta ahora, Heraclio no había cedido a la desesperación. Cada derrota lo desanimaba un poco más, pero no se derrumbaba. Seguía llevando su cruz, encorvado, enflaquecido, triste. Veía su autoridad escarnecida; su imperio, despedazado provincia a provincia; su vida, reducida a una sucesión de deberes cumplidos de mala gana... Pero una llama interior le impedía rendirse. La noticia de la invasión ávara la apagó de golpe.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? —empezó a gritar.

Era la catástrofe que faltaba. Sergio trató de calmarlo, pero Heraclio estaba destrozado. En su interior, las compuertas de una violencia contenida durante demasiado tiempo se abrieron de par en par.

—La respuesta a esa pregunta me parece obvia —opinó Prisco.

El emperador lo miró asombrado. De buena gana se le habría echado encima para desahogar su rabia con él, si un movimiento de la multitud no hubiera estado a punto de hacerle caer al agua. El populacho se encrespaba por momentos, amenazando con romper el cordón de guardias. De pronto, comprendió que el blanco de su ira era él: lo insultaban, y no tardaron en lanzar piedras en su dirección. Si Prisco no hubiera calmado a los

alborotadores con un gesto, los guardias imperiales se las habrían visto y deseado para evitar que la algarada degenerara en matanza.

—Hay que volver al palacio cuanto antes, majestad —le aconsejó Pedro.

Heraclio se abrió paso entre la furibunda muchedumbre bajo un caparazón de escudos, que no lo protegió de los improperios.

En el palacio, pudo respirar. La cabeza le daba vueltas. Las manos le temblaban, pero no sabía si era de fiebre o de ira. Quería echar a todo el mundo y quedarse solo, pero lo pensó mejor: era preferible saber a qué atenerse cuanto antes. Tomaron asiento alrededor de la gruesa mesa de roble. Por las altas ventanas penetraba una luz ya primaveral. A lo lejos, el mármol del hipódromo lanzaba reflejos casi rosáceos. Esa suavidad agudizaba su amargura.

—¿Qué os hace pensar que no es una incursión más, como hacen todas las primaveras? —preguntó en tono brusco.

Prisco, que se había sentado a su derecha, se encogió de hombros.

—¿Una incursión de cincuenta mil hombres? —objetó con una sonrisa irónica.

—Los exploradores hablan incluso de ochenta mil —corroboró Pedro con el ceño fruncido.

La noticia sumió al emperador en un nuevo abismo de perplejidad. Su ancha y abombada frente estaba tan arrugada como la de un viejo.

—¿Creéis que...? Según vosotros, ¿hay alguna relación entre...?

—Es evidente, Heraclio. Esta clase de coincidencias no existe —aseguró el generalísimo—. Los ávaros no se habrían lanzado al ataque si no estuvieran seguros del apoyo persa.

—Sharvaraz los ha comprado para que nos ataquen por la espalda —confirmó Nicetas, que acababa de unirse al Consejo y cuyo aliento apestaba a vino—. Sabe Dios lo que les habrá prometido. Puede que la misma Constantinopla.

Más pálido que nunca, Heraclio se echó atrás en el asiento. Luego, dando una fuerte palmada sobre el tablero de roble, despidió a todos sus consejeros, aquel hatajo de incompetentes, envidiosos y traidores. En el alféizar de una de las ventanas, un pájaro acababa de soltar sus vanos trinos.

El rey de reyes Cosroes había creído en el equilibrio de las grandes potencias durante mucho tiempo. Persia y Roma se odiaban y se hacían la guerra. Podían flaquear de forma momentánea, cederse terreno alternativamente, sufrir una humillación de vez en cuando. Pero nunca ponían en serio peligro la existencia del otro. Herían al enemigo, pero no acababan con él. La caída de Dara había abierto una primera brecha en ese sistema. Las victorias posteriores lo habían hecho estallar en mil pedazos.

A veces, a Cosroes le costaba creer que durante su reinado se hubieran producido sucesos tan prodigiosos. En los cuatro siglos que llevaban gobernando Persia, los soberanos de la dinastía sasánida siempre habían limitado sus ambiciones a las fértiles llanuras situadas entre el Tigris y el Éufrates. Y, de repente, las fronteras de su imperio llegaban hasta el Nilo. Le sorprendía gozar de tanto prestigio cuando, hasta hacía bien poco, muchos de sus súbditos lo consideraban indigno de reinar: un individuo —cuyo nombre ya no se podía pronunciar— lo había expulsado del trono y le había obligado a buscar refugio en Constantinopla. Y ahora su gloria eclipsaba la de todos sus antepasados. Había doblado el tamaño del reino que recibiera en herencia. Casi había aniquilado al viejo enemigo hereditario y borrado la vergüenza de haber tenido que recurrir a él en el pasado para recuperar su corona. Lo más extraño era el efecto que esos triunfos habían tenido en él, en su cuerpo: tenía la sensación de rejuvenecer con el paso de los días. Durante su exilio, parecía un adolescente ya decrepito. Las inmensas alegrías que vinieron después habían suavizado las arrugas prematuras y paliado los estragos de la amargura y la decepción, dándole a su rostro el aspecto sereno y falsamente aniñado de una divinidad.

Por supuesto, esos éxitos no eran solo suyos, lo sabía de sobra. Él no dirigía las tropas persas. Quien las había llevado de victoria en victoria había sido Sharvaraz. Él era quien había sometido a la inexpugnable Dara al

ocurrírsele la idea de penetrar en ella a través de las alcantarillas; él era quien se había apoderado de las provincias enemigas, y quien pronto pondría los pies en Europa y entraría triunfalmente en Constantinopla. A pesar de sus manías, de su afición a la ropa interior femenina —y de otros vicios de los que no se hablaba tanto—, a pesar de su negativa a aparecer en persona en los campos de batalla, el generalísimo había demostrado que era un estratega de primera, tan bueno o mejor de lo que había sido Narsés para los romanos en la generación anterior. Secundado por su hermano Shahin, estaba claro que sabía cómo ganar una guerra. Cosroes incluso estaba dispuesto a reconocer que, en cierto sentido, era un genio. Pero la «visión» no la había tenido él.

Había tomado Dara, pero no había comprendido el significado profundo de ese hecho: que el mundo acababa de dar un vuelco, que de pronto se abrían perspectivas desconocidas, grandiosas, que al fin, y probablemente por primera vez en cuatro siglos, estaban en condiciones de destruir al eterno rival, el Imperio romano, y convertir su capital, la incomparable Constantinopla, en el puesto avanzado de una Asia reunificada bajo la autoridad persa. Para ver toda esa magnífica concatenación había que tener un temple distinto al de Sharvaraz. Quizá, forjado por haber sentido en las propias carnes la precariedad del mundo, haber padecido la vergüenza y el exilio, haberse deshecho de muchos prejuicios, saber que nada de lo que parece inmutable lo es realmente, que el árbol más venerable puede ser abatido por el rayo una noche cualquiera, que todo muere, las plantas, los hombres y también los imperios. Cosroes, que tres décadas antes estuvo a punto de ser el último sasánida, sabía esas cosas. Pensándolo bien, lo que podía parecer una paradoja —que aquella extraordinaria grandeza pusiera el colofón a un reinado que había empezado con tan mal pie— era un hecho de lo más natural. Las adversidades le habían proporcionado una mirada fría y lúcida sobre el mundo, le habían permitido ver lo que hasta para los más sagaces era borroso o invisible. En el mejor de los casos, Sharvaraz solo había sido el brillante ejecutor de un sueño ajeno.

Primavera

La muchedumbre presenciaba el paso del cortejo con admiración. En aquellos tiempos de desgracias y penurias, ya no estaba acostumbrada a espectáculos tan magníficos. El patriarca atravesaba la ciudad seguido de todos sus diáconos y varios centenares de monjes. Delante de ellos, dos venerables monjas portaban el icono más valioso de Constantinopla, una imagen de la Virgen pintada por san Lucas. La procesión había salido de Santa Sofía y se dirigía al puerto.

El emperador la vio acercarse a lo lejos y comprendió las intenciones del patriarca. Buenas, como siempre, pero vanas. Dentro de poco, los ávaros pondrían sitio a la ciudad. Con los persas al otro lado del Bósforo, impidiéndole reabastecerse de trigo y soldados, no podría resistir mucho tiempo. Estaba condenada. Heraclio no quería presenciar su caída, consecuencia lógica de su ineptitud. Renunciaba. Se iba.

Quienes lo desearan, podían seguirlo y continuar la lucha con él desde África. En cuanto a los otros, que fuera lo que Dios quisiera. Él no podía más. Aquella ciudad no lo quería. Pues muy bien, se la dejaría a Prisco, o a quienquiera que ella misma eligiese para que terminara de llevarla al desastre. Allí todo estaba podrido; nada podía salvar el alma enferma de aquella capital nueva pero ya viciada. Construiría una tercera Roma sobre fundamentos sanos lejos de allí, al otro lado del mar, a salvo de los persas y los ávaros. En Cartago.

Como imaginaba, Sergio se detuvo en el muelle, al pie del barco. Aunque Heraclio esperaba oír gritos hostiles, la muchedumbre que había seguido al patriarca se mantenía extrañamente tranquila y respetuosa. Estaba claro que Sergio tenía más autoridad que él. Sintió una punzada de amargura, que no tardó en desaparecer: pronto todo aquello habría quedado atrás. Esa misma noche zarparía para no volver jamás.

—¿Qué pretendéis? —le preguntó el patriarca en cuanto llegó al puente.

Por un instante, la sencilla y brusca pregunta le hizo dudar. Comprobó con estupor que todos los monjes del cortejo, que seguían en el muelle, se habían puesto silenciosamente de rodillas.

—Os imploran que os quedéis, majestad.

¿De dónde había sacado Sergio tanta gente dispuesta a arrodillarse ante un cobarde que pensaba abandonarla a su suerte? A su pesar, se sintió conmovido. ¿Tan fácil era hacerle cambiar de opinión?

—Mi destino me llama a otro sitio —dijo con voz vacilante.

—El destino es la excusa perfecta.

Heraclio jamás lo había oído hablarle en ese tono. El patriarca le miraba a los ojos. Su rostro, enrojecido por la cólera, tenía una expresión dura y decidida.

—¿Qué me retiene aquí, Sergio?

—El único destino que importa: el deber.

Con un amplio ademán, el emperador abarcó la ciudad que se extendía ante el barco, habitada por un pueblo al que odiaba.

—Es una carga demasiado pesada para mí. —Heraclio había bajado la cabeza, incapaz de sostener la mirada del patriarca—. Tal vez en otras circunstancias... —continuó, incómodo ante el silencio cargado de reproches que guardaba su amigo—. Con un pueblo más joven, más valiente... tal vez hubiera sido un buen emperador. Pero yo no puedo reanimar a los moribundos.

El patriarca, que se había acercado a él, lo agarró del antebrazo.

—Nadie puede, hijo mío, nadie excepto Dios —le dijo hundiéndole en la carne los dedos, los dedos finos, casi esqueléticos, de un hombre que no había manejado un arma en su vida—. Y solo Él sabe si mañana los persas o los ávaros tomarán la ciudad.

—Ya no hay esperanza.

—Si fuera así, quizá os dejara partir.

El emperador alzó la cabeza y lo miró intrigado.

—He invitado al generalísimo a ponerse en contacto con los ávaros, y él ha aceptado de mejor gana de lo que suponía. Esos bárbaros se han vendido a los persas. Quién sabe lo que podremos conseguir de ellos mejorando el precio.

—Pero las arcas están vacías, mi querido amigo.

—El clero proveerá —le respondió el patriarca esbozando una sonrisa.

—¿Harías algo así?

—¿Y por qué no? Si la ciudad cae, lo saquearán todo: iglesias, basílicas, monasterios... Perderemos todo lo que no quisimos dar.

—Tus predecesores nunca...

—... nunca se vieron en semejante situación. Ni los vuestros tampoco, hijo mío.

Heraclio se quedó pensativo. Las palabras del patriarca le habían tocado una cuerda que seguía siendo sensible. Sergio advirtió la duda en su mirada y sus facciones, que de pronto parecían menos tensas, más serenas. Era la ocasión que esperaba.

—No hagáis que me arrepienta de haberos salvado en su día...

Una montaña de oro. Casi podía verla. Digamos que un cerro. Ya era mucho, muchísimo. Más de lo que sus predecesores habían conseguido nunca. Más que todas las riquezas reunidas por su pueblo desde su llegada a Europa, tres generaciones antes. Bayan II podía estar orgulloso. Había empezado siendo el hermano pequeño y ahora estaba a punto de convertirse en el kan más rico, y por tanto más poderoso, que habían tenido los ávaros.

Siguió con la mirada a los dos hombres que se alejaban por la pradera. A pie, por supuesto. Él había permanecido montado durante todo el encuentro. En su caballo, su trono.

Los enviados de Constantinopla tuvieron que hablarle con la cabeza alzada hacia él. Procurando, eso sí, no sostener su mirada demasiado tiempo. Unos hombres sensatos. Sabían que su condición de embajadores no bastaba para protegerlos. Si lo ofendían por cualquier cosa, no volverían a casa. Bayan recordaba lo que les pasó a los que en otros tiempos le dieron a su padre una noticia que no le gustó nada: el emperador de los romanos se negaba a pagar rescate por los prisioneros. En esa época, él era muy joven y estaba lejos de soñar con que un día también sería kan. Pero las cabezas cortadas y la matanza posterior fueron algo memorable.

Aquellos embajadores no le habían hecho propuestas merecedoras de una muerte violenta. Al contrario, le habían ofrecido una montaña de oro. Que, con lo que ya había recibido de los persas, bastaba para ganarse el respeto de todas las tribus ávaras. ¡Ojalá hubiera estado allí su padre, el primer Bayan, para ver adónde había llegado su retoño! El poderío de los ávaros adquiriría una dimensión nueva. Hasta hacía pocos años, los jinetes de las estepas solo inspiraban desprecio a unos vecinos que los veían como una molestia a eliminar, o al menos circunscribir, en ningún caso como a auténticos interlocutores o aliados potenciales. Ahora los monarcas más importantes del mundo se disputaban sus favores. Gracias a él. El hermano pequeño.

Por supuesto, tenía que meditar la respuesta que daría a los romanos. Los embajadores se quedarían dos días. Les había asignado una cómoda tienda en medio del campamento que servía de capital del pueblo de las estepas. Puede que dentro de poco aquel campamento se convirtiera en una ciudad de piedra. En una ciudad inmóvil. Entonces podría contratar a artesanos de Constantinopla, hacerles venir para que trabajaran para él. Construir la primera ciudad ávara... Una idea atractiva y terrible. Su pueblo, obligado a desplazarse a pie por las calles y a dormir entre cuatro paredes bajo techo. ¿Seguiría siendo su pueblo? Pero ella insistía. Quería una ciudad. Una ciudad de verdad.

Su caballo lo llevó ante la tienda en la que lo estaba esperando. Era evidente que no tomaría aquella decisión —aceptar o no la proposición de los romanos— sin consultarle. Ella sabría qué hacer. Siempre lo sabía todo. Lo había hecho kan.

Para sorpresa de Heraclio, mientras bajaban del barco la gente empezó a vitorearlo. Así pues, aquel pueblo al que quería abandonar, ¿lo apreciaba?

—Oficialmente, estabais inspeccionando la flota con vistas a una operación contra los persas —le dijo Sergio al oído—. Al menos, eso lo que se dice en las iglesias de la ciudad.

—¿Nadie lo sabe? ¿Ni los monjes que estaban arrodillados?

—Rezaban por el éxito de la ofensiva que vuestra majestad prevé iniciar en breve.

Por primera vez en mucho tiempo, Heraclio esbozó una sonrisa.

—¿Cómo es posible que toda esta gente esté *in albis*?

—Los que no lo estaban lo están ahora. Acabáis de demostrar que los rumores relativos a vuestra persona no tenían fundamento: no habéis desertado, seguís aquí, dispuesto a vencer o morir con vuestro pueblo.

—A vencer o morir, sí —repitió Heraclio.

Fueron andando hasta el palacio imperial a la cabeza de la procesión, y la gente se apartaba dócilmente a su paso. Pero la hostilidad no había desaparecido del todo. De vez en cuando, aún sonaban gritos reivindicativos, y se oyeron algunos insultos, pero ahogados por las constantes aclamaciones.

Cuando estaban a punto de separarse, Heraclio se volvió hacia el patriarca.

—Gracias —le dijo apretándole con fuerza los brazos.

—La plebe es caprichosa, como bien sabéis. No os garantizo que se mantenga de este humor, ni que yo pueda deshacer siempre lo que urden ciertas personas de vuestro entorno.

—¿También crees que Prisco...?

Sergio adoptó una expresión sombría.

—Lo sé, majestad.

—No puedo hacer nada contra él...

—No, todavía no.

Se quedaron callados largo rato, sumidos quizá en pensamientos que no podían confesarse. Luego, el patriarca se despidió. Pero cuando apenas había empezado a alejarse, el emperador vio que volvía sobre sus pasos.

—Una última cosa, hijo mío... —dijo con su vocecilla aflautada.

—Todas las que desees, amigo mío.

—Como era de esperar, los monjes de Psamacia no quisieron decirme nada sobre Narsés.

—De todas formas, seguramente lleva muchos años muerto —murmuró Heraclio, que había olvidado aquel proyecto del patriarca.

—Sin embargo —prosiguió este—, aceptaron que entrarais en el monasterio.

—¿Cómo conseguiste ese favor?

Sergio sonrió.

—Después de todo, sigo siendo el patriarca.

—¡Claro, claro, perdona! Iré encantado si crees que puede ser útil.

—Hay una condición.

Heraclio lo interrogó con la mirada.

—Vuestro predecesor Mauricio fue el gran benefactor de Psamacia, como quizá sabéis —prosiguió el patriarca—. Su generosidad fue tal al dotar al monasterio que sin duda podrá seguir viviendo de forma autónoma durante siglos. De modo que, además de a Dios, los monjes también adoran un poco a Mauricio, y no podrían negarle nada a su familia.

El emperador había fruncido el ceño.

—¿Adónde quieres ir a parar, Sergio?

—Solo podréis entrar en Psamacia si os acompaña la única hija viva de Mauricio, vuestra esposa, la emperatriz Eudoxia.

Nicetas le había pedido que se reuniera con él en la sala interior de una taberna de mala muerte. Sabía que a nadie se le ocurriría ir allí para escuchar lo que tenían que hablar. El lugar estaba desierto. El dueño conocía las manías del primo del emperador y se mantenía a distancia, vigilando la entrada con un ojo distraído.

Marco llegó puntual. Iba vestido sobriamente. Su ropa, usada pero impecable, contrastaba con la magnífica túnica de su mentor, adornada con un lamparón que Nicetas intentaba ocultar en vano.

Un chico fiable, serio. Que, además, rechazó la copa que le tendía.

—Es demasiado temprano.

En su tono no había el menor reproche. Más bien, parecía que se disculpara.

Nicetas sintió que su afecto por él se reavivaba. Marco era mucho más que un simple servidor. El hijo que el destino le había negado. Eso hacía que la tarea a cumplir resultara aún más desagradable.

—Siéntate, muchacho.

Tenía que dejar de tratarlo como a un crío. Marco ya era un hombre hecho y derecho.

—¿A qué viene tanto misterio? ¿No podíamos habernos encontrado en otro sitio?

Nicetas se encogió de hombros.

—Este me iba bien. Suelo venir por aquí. —Le dio varios tragos a la copa de vino y soltó un suspiro. Aquella conversación le pesaba por adelantado, pero se había comprometido—. La princesa... —Se interrumpió, consciente de lo absurdo de aquel tono solemne—. Epifanía. Quiero ponerte en guardia.

Eudoxia apenas había dormido. Se sentía incómoda en compañía del hombre al que estaba unida ante Dios y sin embargo apenas conocía. Taciturna y silenciosa, se esforzaba en mirar al frente y olvidarse de su presencia, tan poco habitual. La petición la había cogido por sorpresa. Le habían anunciado que el emperador la visitaría en su palacio, un palacio que no había pisado casi nunca. Eudoxia se temía lo peor, así que, cuando Heraclio le pidió humildemente que lo acompañara a aquel monasterio, del que no había oído hablar, sintió tal alivio que aceptó de inmediato. Ahora se arrepentía.

Psamacia estaba en el centro de Constantinopla pero parecía pertenecer a otro mundo. El monasterio había sido construido sobre una de las siete colinas de la ciudad, en medio de un gran parque arbolado que lo ocultaba a los profanos. Un único sendero conducía hasta él, pero era demasiado empinado para recorrerlo en coche, así que el emperador y su esposa habían dejado el suyo al pie de la colina y subían a pie, acompañados por una decena de guardias. La fachada apareció al fin: gris, austera, sin más oberturas que una enorme puerta, que se abría muy raras veces para dar entrada a un hombre que ya no volvería a salir.

—Gracias a vos, los monjes nos han concedido un privilegio excepcional —le dijo Heraclio a Eudoxia con voz sorda cuando las hojas se cerraron a sus espaldas. Los guardias se habían quedado fuera.

La emperatriz no se molestó en responder, ni siquiera con una sonrisa. Le habría gustado estar lejos de allí, de aquel lugar cerrado que le recordaba a Santa Catalina.

Les hicieron esperar en el vestíbulo, lo que la impacientó aún más. ¿Cómo permitía aquel hombre, el emperador, que lo trataran así? Sin embargo, la incomodidad podía más que el desprecio. No sabía qué actitud tomar ante él. Se veían muy poco, y siempre con motivo de ceremonias oficiales, cuya pompa y formalidades les evitaban cualquier espontaneidad. Ese día estaban

casi solos, lejos de las miradas de la muchedumbre. Eudoxia podría haberle dirigido la palabra, haberle preguntado, por ejemplo, cómo soportaba el peso de las catástrofes, a cuál mayor y más desesperante, que se abatían sobre su imperio. Pero ¿no debería ser él quien rompiera el silencio?

Que ella supiera, nunca se había buscado una amante. Y habría podido hacerlo. Como habría podido acabar con Nicetas y con ella. Pero los había dejado en paz.

Enderezó el cuerpo, clavó los ojos en el muro de piedras grises que tenía enfrente y suspiró. Acudieron a su mente los días que precedieron al nacimiento de Epifanía, dieciséis años atrás. Nicetas estaba preocupado, recordó. Le alivió que fuera una niña y que se pareciera a su madre. Heraclio lo aceptó todo y nunca puso en tela de juicio los títulos y privilegios de la pequeña. A ojos de todos, Epifanía era su hija y, a falta de descendiente varón, su única heredera. No la veía casi nunca, y cuando no podía evitar su presencia la trataba con distancia y frialdad. Pero, después de todo, ¿a quién no trataba así, sin contar al patriarca?

Lo miró de reojo y de pronto casi sintió lástima por aquel hombre austero, que quizá nunca había conocido el amor de una mujer.

—El padre José os espera —les anunció un monje cuyo rostro permanecía oculto bajo la capucha del hábito, pero que, al menos por la voz, parecía joven.

Eudoxia se preguntó cómo podía alguien de su edad encerrarse voluntariamente entre aquellas paredes ciegas para el resto de sus días. «Aunque, después de todo —se dijo—, si me hubiera quedado toda mi vida en Santa Catalina, ¿no habría sido más feliz?».

Los acompañaron a un claustro desnudo. Todas las parcelas del patio estaban cultivadas con el mismo esmero para cubrir las necesidades de los monjes.

—Me gustaría que Constantinopla os tomara como ejemplo para hacer frente a los difíciles tiempos que se avecinan —le dijo Heraclio a un anciano que se acercó a ellos y que supuso que era el padre José.

—Todos los tiempos son difíciles, hijo mío —respondió el monje en tono seco.

—Os agradezco que me hayáis acogido en Psamacia.

—A quien acogemos es a la hija de Mauricio.

Eudoxia respondió al respetuoso saludo del anciano.

—Supongo que el patriarca os ha informado del motivo de nuestra visita... —dijo el emperador.

—Sí. Venís a despertar a los muertos.

—Entonces ¿Narsés está muerto?

Sin decir nada, el padre José los condujo a lo largo de la galería del claustro. Llegaron a una capillita. Una vez dentro, el monje se detuvo ante una piedra rectangular que rompía la simetría de las losas.

—¿Aquí es donde reposa? —preguntó Heraclio. En la lápida no había ninguna inscripción.

El padre José asintió con la cabeza.

—Nada. Ni siquiera un epitafio —murmuró el emperador—. Nada que recuerde al gran hombre que fue.

Eudoxia lo oyó suspirar y, al ver su ancha espalda encorvada, comprendió que seguramente había esperado un milagro. Tras contemplar en silencio el anónimo bloque de piedra, de pronto Heraclio se dio la vuelta y sus miradas se encontraron por primera en toda la mañana. Ella apartó la suya, apurada. Lo que había visto en sus ojos, ¿era decepción? Pero ¿qué se había imaginado?

Tras despedirse del padre José, volvieron al vestíbulo. Ya estaba. Una visita penosa e inútil. El joven monje que los había recibido los acompañó hasta la pesada puerta que él nunca volvería a cruzar. La idea impresionó a Eudoxia: ella regresaba al mundo de los vivos, al mundo de los hombres libres, que no habían hecho votos irreversibles.

¿Por qué seguía sin abrirse la dichosa puerta? Eudoxia advirtió que Heraclio estaba en conversación con el monje. Antes de empujar las enormes hojas, el joven se había acercado al oído del emperador. Era evidente que las palabras que le había dicho lo habían conmocionado. El coloso encorvado tenía el cuerpo erguido y escuchaba con el rostro transfigurado, casi radiante. El monje le hablaba en voz baja lanzando miradas inquietas hacia el fondo de la sala.

—Narsés está vivo —dijo Heraclio cuando al fin salieron del monasterio.

Sharvaraz esperó a que su hermano se tranquilizara un poco. No habría tenido tanta paciencia con nadie más. Pero Shahin y él eran hijos del mismo padre. Es lo único que lo salvaba del látigo.

Shahin había entrado hecho una furia en el enorme espacio del centro de la tienda que servía de dormitorio al generalísimo persa. Sin hacerse anunciar, empujando a los guardias, que no se habían atrevido a detenerlo.

—¿Sabes que me obligas a ejecutarlos por no haberte cortado el paso? —le preguntó Sharvaraz.

Miraba al techo, pero sentía la masa de su hermano temblando frente a él. Shahin no tenía ninguna queja concreta que exponerle. No había ocurrido nada nuevo que justificara su ira. De hecho, no había ocurrido nada, y eso era precisamente lo que lo volvía loco. Estaba harto de esperar. Hacía semanas que el inmenso ejército persa había tomado posiciones a orillas del Bósforo.

—No hemos venido aquí para ver cómo otros toman Constantinopla —bramó.

El Jabalí Real suspiró.

—Los ávaros nos la entregarán a nosotros. ¿Qué diferencia hay?

Se mordió los labios, que esa mañana se había pintado de un violeta oscuro. Sospechaba lo que iba a soltarle su hermano. Una diatriba sobre la gloria que iban a obtener otros en su lugar. Unos salvajes. Pero Shahin se limitó a soltar un suspiro de exasperación. A veces, sus conversaciones no necesitaban palabras.

—Mientras tanto, ¿dónde están?

Se lanzaba por un camino nuevo. Sharvaraz le explicó que movilizar tribus enteras para marchar sobre Constantinopla requería tiempo.

—¿Podemos fiarnos de ellos? —insistió Shahin.

El Jabalí Real hizo un gesto vago con su delicada mano, que más que de guerrero era de princesa. Luego trató de tranquilizar a su hermano una vez

más. Su impaciencia desaparecería cuando viera avanzar a las hordas del gran kan al otro lado del estrecho.

—Ese Bayan es diferente. Más ambicioso que sus predecesores. Vendrá.

Como vio que Eudoxia dudaba, decidió repetirlo:

—Narsés no ha muerto.

—Pero si acabamos de ver su tumba...

—Está vacía.

Intrigada, Eudoxia se acercó a él. Con un gesto, Heraclio detuvo a los guardias, que avanzaban hacia ellos y se disponían a escoltarlos hasta el coche, que estaba al pie del sendero. Se mantuvieron a distancia.

—Narsés dejó Psamacia hace más de veinticinco años —añadió Heraclio.

—Creía que no se podía salir del monasterio...

—Pues Narsés pudo, no sé cómo, pero pudo.

Nunca habían estado tan cerca el uno del otro. Bajaban el sendero entre las hayas y casi se tocaban. La ciudad febril que rodeaba aquel parque parecía no existir. Heraclio se dijo que, en realidad, nunca se había atrevido a poner los ojos en aquella mujer. Sin embargo, tenía todos los derechos sobre ella.

—Perdonadme, pero si eso ocurrió hace más de veinticinco años, ¿cómo puede saberlo ese monje tan joven?

—Se lo dijeron.

—¿Quién?

Heraclio sonrió, satisfecho del interés que veía en sus ojos.

—El antiguo superior de Psamacia, al que atendió en su agonía. Deliraba, y se le escaparon ciertas frases.

—¿Y la tumba?

—Para acallar las sospechas. Nadie debía enterarse de ese incumplimiento de las reglas. Estaba en juego la reputación de Psamacia. El superior era el único que sabía la verdad. La ignora incluso su sucesor, el padre José.

—Pero ¿adónde fue Narsés? —preguntó Eudoxia.

—A Creta. Aquí en Psamacia se ahogaba. No era la vida que había imaginado. Estos muros, los monjes... Necesitaba dialogar directamente con

Dios, entregarse de un modo más radical. Se hizo ermitaño.

Marco esperó escondido en el quicio de una puerta a que se alejara el coche de la emperatriz. Luego permaneció inmóvil unos minutos más, al acecho. Cuando estuvo seguro de que nadie podía verlo, echó a correr por la calleja hacia aquella puerta que tan bien conocía.

Era un error, y lo sabía. Lo peor que podía hacer después de la conversación que había mantenido con Nicetas unos días antes. ¿Pero no tenía ella derecho a saberlo? ¿Qué le habría contado su madre? Alguna barbaridad, seguro. Tenía que defender la verdad. Su verdad, al menos. Conseguir que ella entendiera por qué no había vuelto.

Suspiró y llamó tres veces con los nudillos.

Nicetas se había mostrado muy tranquilo. Ni gritos ni insultos, y Marco sabía que era muy capaz de soltarlos. Se había limitado a pedirle con voz cansada, casi incómodo, que dejara de ver a su hija. Marco tuvo la sensación de que lo hacía de mala gana, de que su mentor interpretaba un papel que no le gustaba nada, como obligado. Por la emperatriz, sin duda. Sobre todo, le pareció que Nicetas lo sabía desde hacía tiempo y que, de no ser por la insistencia de la emperatriz, habría seguido cerrando los ojos.

Sin embargo, habían sido discretos. Él, por supuesto, pero sobre todo ella, que delante de su madre seguía fingiendo hostilidad de un modo tan convincente que a veces lo engañaba incluso a él, y luego tenía que tranquilizarlo. Pero no había bastado. La emperatriz quería alejarlo. Pero ¿qué temía? Él sabía que nunca podría casarse con su hija. ¿Por qué privarlo de esos pocos minutos de cuando en cuando, durante los que se limitaban a hablar y sonreírse?

Pasos. Se acercaban a la puerta. Dudó. Aún estaba a tiempo de marcharse. Se quedó.

Tomaron asiento en el coche. Luego recorrieron en silencio las calles de Constantinopla. Habían decidido pasar primero por el palacio de Narsés. Después, Heraclio seguiría hasta el palacio imperial, solo.

Había caído una barrera, la primera en diecisiete años. Quedaban miles, por supuesto: eran dos desconocidos obligados a verse regularmente y ahora compartían un secreto.

«¿Qué soy yo para él? —se preguntaba la emperatriz mientras contemplaba las abigarradas fachadas de los edificios—. Desde luego, una esposa no, y tampoco una amiga. ¿Una hermana, quizá? —Enrojeció levemente—. Una hermana con la que no has crecido, por la que sientes alguna obligación pero ninguna complicidad». Nicetas siempre había evitado abordar el tema. Le hablaba increíblemente poco de Heraclio; solo le pedía que fuera prudente y discreta durante sus encuentros secretos en Blaquernas, pero a veces ella tenía la sensación de que no se trataba tanto de protegerse de la ira y la venganza del emperador como de evitarle la vergüenza de un escándalo. Heraclio lo sabía. Lo sabía y aceptaba la situación. ¿Qué pacto más o menos tácito tenía con Nicetas?

—¡Cuidado con la cabeza! —le advirtió Heraclio.

Eudoxia volvió a la realidad. El coche había frenado en seco y estuvo a punto de volcar. La emperatriz habría salido proyectada hacia delante si no la hubiera sujetado.

—¿Os habéis hecho daño? —le preguntó Heraclio.

Ella negó con la cabeza. Lo que la había azorado no era el frenazo, sino el brazo que había sentido contra su cuerpo, rodeándola, protegiéndola.

—Voy a ver qué ha pasado —dijo Heraclio.

La estrecha calle, flanqueada de altos y amenazadores edificios, estaba bloqueada. Tras avanzar unos pasos, el emperador vio que un numeroso grupo de hombres armados hacía frente a sus guardias.

—¿Quién se atreve a cortarme el paso de este modo?! —exclamó, inquieto.

—Es el general Prisco, majestad —le respondieron.

Un sudor frío le cubrió la frente. ¿Y si el viejo cortesano, cansado de esperar aquella corona que siempre se le escapaba, había decidido apoderarse de ella? Le bastó un vistazo para hacerse una idea de la situación: no le era nada favorable. Su guardia tenía poco que hacer ante el ejército urbano que rodeaba al generalísimo. Si se producía un enfrentamiento en aquella ratonera... Instintivamente, se volvió hacia el coche y la angustia se apoderó de él: la emperatriz estaba asomada a la portezuela. El palacio de Narsés, en el que habría estado segura, se encontraba muy cerca, a dos o tres manzanas de distancia. Era frustrante. Había que evitar las provocaciones a toda costa. Sus hombres ya estaban teniendo palabras con los de Prisco. Les ordenó que se calmaran.

De pronto, las filas se abrieron y apareció el generalísimo, más elegante, más imperial, más sonriente que nunca.

—Os buscaba, Heraclio —le dijo.

El emperador empuñó la daga disimuladamente.

—Tengo una buena noticia, majestad, que quería comunicaros en persona. Heraclio se preparó para lo peor.

—Los ávaros han aceptado un principio de acuerdo.

Respiró.

—Habrá que pagar, y pagar caro —añadió Prisco—. Pero esos salvajes aceptan renunciar a cruzar el Danubio.

—Te... te felicito, general —balbuceó Heraclio, que no se atrevía a creérselo.

Si las negociaciones fructificaban, Constantinopla podía salvarse. La tenaza se aflojaría: ni sitio, ni hambruna, y los persas, a distancia... Podrían vivir de las provincias de Europa. Luego, si no estaba muerto, Narsés volvería y encontraría una solución para rechazar al enemigo. La esperanza renacía.

El generalísimo le lanzó una sonrisa de complicidad que lo dejó perplejo.

—Me da la sensación de que han cambiado las tornas...

¿Por qué adoptaba aquel tono de conspirador para decir semejante obviedad?

—Y según parece, ahora se preocupan por vos —continuó Prisco, acompañando sus palabras con un insinuante guiño.

Heraclio lo miró desconcertado. La emperatriz, que los observaba y oía todo, entendió de inmediato las alusiones del generalísimo, quien, al verla, no

había podido evitar un leve gesto de sorpresa. Ella se había sonrojado. Solo la dignidad le impidió apartarse de la ventanilla y esconderse en el habitáculo. Y también una cierta curiosidad. Quería ver cómo reaccionaba Heraclio. Él también acabó comprendiendo, y le lanzó una ojeada furtiva. Sus miradas se encontraron, a cuál más apurada.

—Vamos, majestad —dijo el generalísimo posándole amistosamente la mano en el hombro—, nadie puede reprocharos que os acordéis de vez en cuando de vuestros deberes.

Había pronunciado la última palabra con una ironía cómplice, recalcando cada sílaba.

—Pagaremos. Pagaremos a esos bárbaros lo que haga falta —atajó Heraclio, y se soltó de él con brusquedad—. El patriarca nos prestará el dinero —añadió clavando en Prisco unos ojos glaciales, lo que le impidió ver la mirada llena de agradecimiento que le lanzó Eudoxia.

El generalísimo volvió a adoptar un tono ampuloso:

—El dinero no es lo único, majestad. El gran kan ha expresado un deseo, un capricho, si queréis, que no nos costará gran cosa y que haríamos bien en concederle: le gustaría que la paz se sellara con unos juegos.

—¿Unos juegos?

Prisco enderezó el torso y apoyó una mano en la cadera. Con la otra, empezó a trazar en el aire pequeños círculos para acompañar sus palabras, pronunciadas en un tono más jocoso:

—Ya sabéis que esos bárbaros sienten pasión por sus caballos. Supongo que quieren mostraros su superioridad en lo relativo a las carreras. Una forma pueril, pero sobre todo bastante inofensiva, de satisfacer su vanidad, porque nunca admitirán que se venden al mejor postor sin más. Oficialmente, intercambiaremos regalos durante esas celebraciones, en las que esperan ver brillar a sus jinetes.

—Muy bien. No veo ningún inconveniente. Encárgate de organizar todo eso de la mejor manera posible, general —dijo Heraclio, y, satisfecho, se dispuso a volver a su coche.

Pero Prisco lo retuvo:

—Heraclio, antes de separarnos quiero estar seguro de que nos hemos entendido bien. Entonces ¿puedo contar con vos para presidir esos juegos?

El emperador lo miró sorprendido. Hasta ese momento, no se había planteado esa cuestión.

—El gran kan asistirá a las carreras, ¿comprendéis?, y sería conveniente que vos también... Y —añadió Prisco inclinándose ligeramente en dirección a

la portezuela— quizá también la emperatriz, vuestra esposa, puesto que la del kan estará presente. Aunque, en honor a la verdad, no es su esposa, sino una simple concubina, una esclava. En fin, da igual: dicen que es todopoderosa sobre el ánimo del kan, y crear lazos personales con ella podría seros muy útil.

—¿Pretendes que aparezca en público con la emperatriz rodeado de esos bárbaros?! —exclamó Heraclio con una voz que dejaba traslucir su indignación.

—El peligro es escaso, majestad —le respondió Prisco sin inmutarse—. Según los términos del acuerdo, ni el gran kan ni vos podréis haceros acompañar por tropas. No obstante, un séquito tan numeroso como deseéis asistirá con vos a los juegos; luego os separaréis como buenos amigos. El encuentro se celebrará en un lugar neutral.

—¿Dónde?

—En el Muro Largo.

Heraclio se quedó pensativo.

—No sé, general. Ese tipo de encuentros no me inspira demasiada confianza. Me gustaría...

—¡Iremos!

Se volvió estupefacto hacia quien acababa de dictar aquel veredicto con decisión. Seguía asomada a la portezuela del coche. Puede que solo fuera una impresión, producto del radiante sol, que lo deslumbraba, pero le pareció verla esbozar una sonrisa.

En medio de una de las salas del palacio de Dastagerd había un enorme plano desplegado en el suelo. Cosroes contemplaba en él sus conquistas. Estaba solo. Estaba contento. Su felicidad tenía una sola sombra: nunca podría recorrer todos aquellos territorios nuevos de los que ahora era soberano. Puede que un día, cuando Sharvaraz la hubiera anexionado al Imperio persa, visitara Constantinopla: quería ver una vez más aquella ciudad, cuyo recuerdo aún lo obsesionaba. En cuanto al resto de las ciudades que habían pasado a pertenecerle, seguirían siendo solo nombres. Tendría que conformarse con imaginárselas. Su sitio estaba en Ctesifonte, o como mucho en Dastagerd, y en ninguna otra parte. Persia se gobernaba desde allí y solo desde allí.

A veces, Cosroes envidiaba a su generalísimo, pues había estado en todos esos lugares y se comportaba en ellos como su dueño. Egipto, por ejemplo: su mítico río, sus enormes e incomprensibles edificios... ¿Qué significaba «poseer» cuando uno estaba tan lejos de sus posesiones? ¿Cuándo nunca podría tocarlas?

Un impulso irresistible: un paso adelante, otro... Estaba encima del mapa. Empezó a pasearse por él y su frustración desapareció al instante. Con los pies, remontó el curso del Tigris, se detuvo ante la orgullosa, la indomable Dara, y luego la pisoteó dejando escapar una gran carcajada. ¡Qué maravilla! Hizo otro tanto con la voluptuosa Antioquía y con la fiera Jerusalén. Caminaba sobre aquellas urbes como un dios sobre ciudades de hormigas. ¡Qué alegría! Todo lo que veía le pertenecía. Ahora lo sentía. No necesitaba salir de aquella habitación, que iluminaban los rayos de un sol en su cenit a través de las hermosas arcadas de ladrillos; no necesitaba recorrer miles de leguas para comprobar la inmensidad de su imperio y su propia omnipotencia. Desde Dastagerd, el mundo era suyo.

En ese momento, le anunciaron que un jinete insistía en entregarle un mensaje en mano.

—¿El mismo otra vez? —preguntó el monarca, que llevaba una túnica deslumbrante y, absorto aún en el juego que acababa de inventar, no se dignó alzar la cabeza.

—El mismo. Se niega a entender que un muerto de hambre no puede posar la mirada en vuestra divina alteza —respondió el sirviente, que, arrodillado y con la cara pegada al suelo, también iba magníficamente vestido: un cinturón adornado con joyas sostenía una larga espada de hoja curva, con la empuñadura forrada de cuero y oro.

Una sonrisa iluminó el abotargado rostro del monarca. Acababa de tener una idea: el capricho de poner al presuntuoso jinete, un pobre diablo que había atravesado el desierto para llevarle aquella carta, frente a aquel poderío casi divino.

—Que lo traigan a la sala del trono —ordenó.

Así que el hombre fue conducido ante el rey. Tenía la piel tostada por el sol y la túnica, cubierta de polvo, desgarrada aquí y allí. Por el camino no echó un solo vistazo a las maravillas que poseía Dastagerd, del mismo modo que los días anteriores, después de que lo despidieran sin contemplaciones, no buscó consuelo a ese desprecio y al cansancio de su largo viaje admirando los espléndidos parques que rodeaban el palacio. Sus ojos, hundidos en un rostro macilento, permanecieron indiferentes a los faisanes, los pavos reales, los avestruces, los corzos y los jabalíes que vivían en aquellos infinitos prados, no muy lejos de los tigres y los leones, criados en jaulas con vistas a grandiosas cacerías.

La sala del trono estaba cubierta por una cúpula que reproducía la bóveda celeste. Día y noche, las constelaciones brillaban en ella, ejecutando su previsible y eterno movimiento. Debajo se alzaba el trono de Cosroes, colocado sobre un estrado. De vez en cuando, un relámpago cruzaba ese cielo artificial, acompañado por el gruñido del trueno. El ingenioso mecanismo provocaba el terror de los que se postraban ante el gran rey. El jinete hizo tanto caso como si hubiera oído rebuznar al camello que lo había conducido a Persia. En aquel hombre, parecía arder una llama que lo hacía indiferente a todo lo que no fuera su misión. Para escándalo de todos, avanzó por la sala sin arrodillarse. Los guardias echaron mano a la espada. Cosroes los detuvo con un gesto.

—¿Por qué no te inclinas ante mí, perro?

—Yo solo me arrodillo ante Dios.

—Yo soy Dios.

A modo de respuesta, el hombre siguió sosteniendo la mirada del monarca.

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido? ¿A mendigar para tu pueblo de piojosos?

—A invitarte a que te sometas, gran rey.

La sala se llenó de gritos de estupor, ahogados de inmediato por la estentórea risa de Cosroes.

—¿Someterme yo? ¿A quién? Dime, pobre loco, ¿a quién? ¿A ti?

—Al único Dios verdadero y a su profeta —respondió el hombre tendiéndole la carta que portaba.

El rey no se dignó cogerla. El secretario que lo hizo en su lugar la recorrió con la mirada y palideció.

—¡Lee! —le ordenó Cosroes.

El hombre balbuceó que solo eran insolencias. Pero una mirada del monarca le hizo comprender que debía obedecer. La carta había sido redactada en un estilo rudimentario por un escriba que afirmaba escribir al dictado del Enviado de Dios.

—Un enviado de Dios que no sabe usar un estilete... ¡Un analfabeto, vaya! —declaró en son de burla uno de los ministros de Cosroes.

El profeta era un antiguo mercader expulsado de su patria que se había refugiado en una ciudad más al norte. Exhortaba al gran rey a convertirse a la fe que le había sido revelada.

—Y si no, ¿qué? —le preguntó Cosroes al jinete, y soltó otra carcajada—. ¿Por qué voy a obedecer a un prófugo despreciado por sus propios compatriotas?

—Porque de lo contrario verás cómo se desmorona tu imperio, rey de reyes. Lo perderás todo.

Cosroes el Grande sufrió un ataque de risa que parecía no tener fin. Cuando consiguió calmarse, apenas habían acabado de limpiar las losas manchadas de sangre a sus pies. Pero la cabeza del enviado seguía allí, en una bandeja de plata, y sus ojos, ardientes y todavía abiertos, seguían desafiando al dueño del universo.

El graderío del hipódromo llevaba años callado. Los caballos de las grandes cuadras eran un bien demasiado valioso para servir de diversión al pueblo. Habían sido requisados y enviados a los ejércitos. Privados de su principal fuente de ingresos, las facciones ya no eran más que la sombra de las poderosas cofradías de antaño. Caliopas Trimolano, jefe de los azules, había muerto. Ni él ni Juan Krukis habían tenido auténticos sucesores. Todavía había enfrentamientos, pero en forma de peleas de taberna. En ausencia de jerarquía, la pertenencia a uno u otro color era laxa y fluctuante, y servía sobre todo como pretexto para arreglar cuentas.

Así las cosas, durante el mes posterior a su visita a Psamacia, Heraclio encontró no pocas dificultades a la hora de reunir equipos capaces de honrar al Imperio en los juegos organizados en el Muro Largo. Se recuperaron carros con los ejes oxidados, que hubo que poner a punto, y guarniciones viejas y mal cuidadas. En menos de una generación, los conocimientos ya se estaban perdiendo. Los obreros que trabajaban en las cuadras de las facciones se habían dispersado, y muchos habían muerto. Se consiguió localizar a algunos, pero sus manos habían perdido la práctica de antaño.

Era mejor no tener todas las bazas en la mano, se decía Heraclio para consolarse. Aquellos juegos no eran más que eso, unos juegos. Y el gran kan seguramente apreciaría que sus jinetes brillaran más que los aurigas romanos.

Su fatalismo no le había impedido lanzarse a la búsqueda de un hombre sin el que no concebía que pudiera celebrarse aquel espectáculo. Una vez movilizada, la guardia imperial había registrado la ciudad y preguntado a centenares de sus habitantes, muchos de los cuales recordaban al hombre en cuestión, aunque ninguno tenía la menor idea de su paradero. La mayoría de los que lo trataron en otros tiempos tampoco lo habían visto en años. Pese a todo, acabó apareciendo. Vivía en una casita de un barrio pobre de

Constantinopla, no muy lejos del Cuerno de Oro. Heraclio prohibió que lo convocaran a palacio: quería visitarlo personalmente.

Su mujer, una tal María, hija del pueblo como él, casi dejó caer al suelo a la criatura que tenía en brazos cuando el emperador, sin escolta ni anuncio previo, entró en la modesta vivienda y le preguntó si podía hablar con su esposo. Una vez repuesta de la sorpresa, la mujer salió, entre los lloros del sobresaltado niño, y poco después apareció su marido, reticente y con una expresión sombría.

Como todos los que eran jóvenes en la época de la caída de Focas, se había convertido en un hombre maduro. Sus mejillas, que cuando Heraclio lo conoció aún conservaban la redondez de la infancia, se habían hundido. Hebras grises salpicaban su negra cabellera. Pero el emperador vio al instante que su cuerpo, todo músculo, seguía siendo vigoroso, y le preguntó sin preámbulos:

—¿Quieres volver a correr?

El rostro del auriga se iluminó.

—Me voy mañana, princesa.

Epifanía lo miró. Él estaba de rodillas ante ella, con la cabeza agachada. Había pronunciado esas palabras en un tono de inconsolable tristeza. Pero no se acercaría a él. Bastante se lo habían advertido.

—Lo sé —se limitó a decir.

—Si la ciudad cayera durante mi ausencia...

—No digas semejante cosa, Marco. No caerá. La paz con los ávaros está casi firmada. El emperador se encontrará con ellos dentro de unos días.

De repente, Marco alzó la cabeza y hundió los ojos en los suyos.

—¿Y si yo no volviera?

Epifanía no supo qué responderle.

—Marco, no soy yo quien ha pedido...

—Lo sé. La emperatriz quiere alejarme de ti a toda costa. Se ha reconciliado con el patriarca a cuenta mía. Incluso ha conseguido convencer al general Nicetas...

En los casi diecisiete años que llevaba viviendo en Constantinopla, Marco no había logrado deshacerse de su acento provinciano ni de los gestos que delataban que nunca le habían enseñado a vigilarse en cualquier circunstancia. El largo pelo le caía sobre la cara, ocultando en parte sus facciones, toscas pero vivas y expresivas. Decididamente, le daba pena: no pudo evitar dar un paso hacia él.

—Creta no está tan lejos —le dijo con voz dulce, y pensó que, con aquellos mechones de un rubio casi pelirrojo, tan llamativos como luminosos eran los suyos, seguramente descendía de alguno de aquellos guerreros vándalos que siglos antes dejaron sus heladas tierras para lanzarse sobre África.

—¡Me mandan a buscar a un ermitaño del que hace décadas que no se sabe nada! ¡A un muerto! ¡Es como si me pidieran que trajera a Narsés del

mismísimo infierno!

—¡Calla! He oído a alguien...

Marco se quedó quieto, emocionado: Epifanía le había tapado la boca con la mano. Su corazón se puso a latir a toda velocidad. Sentía la fresca y perfumada palma en sus ardientes labios, y no se atrevía a respirar.

—¿Sabes por qué quieren alejarme? —le susurró.

—Vete ahora mismo, te lo ruego.

Los pasos se acercaban. Ahora Marco los oía perfectamente.

—¡Vete! —le urgió Epifanía.

Tras depositar un beso en aquella mano que había querido hacerle callar, corrió a esconderse detrás de un tapiz con la agilidad de un felino. En ese momento, apareció una criada.

—¿Qué ocurre, Zoé? —le preguntó Epifanía volviéndose, azorada, hacia la intrusa.

—¿Va todo bien, princesa?

—¿Has subido a preguntarme si va todo bien?

—No, perdonadme.

—Por si te interesa, te diré que tengo un poco de fiebre —continuó la muchacha, que estaba rígida delante del tapiz, sin atreverse a comprobar si Marco se había escondido bien—. No tardaré en acostarme.

Al oírse a sí misma, sintió un escalofrío: aquella altanería, aquel tono seco, casi agrio, no eran suyos. Eran los de su madre. Se sintió avergonzada.

—¿Querías decirme algo, Zoé? —preguntó con voz más suave.

—Sí, princesa. Tenéis una visita. El general Prisco. Os espera en la gran sala.

Una sombra se deslizó por el rostro de Epifanía. Instintivamente, lanzó una mirada al tapiz, le pareció que se había movido. Pero no, se lo había imaginado.

—Si tenéis fiebre, puedo decirle al generalísimo que venga otro día —le sugirió la criada, desconcertada por el atolondramiento de su señora.

—¡Sí, sí, hazme el favor!

Pero cuando Zoé se disponía a marcharse, la muchacha cambió de opinión.

—No, creo que voy a bajar. Dile que espere un poco.

Epifanía se quedó tumbada en la cama, pensativa. Puede que su madre no volviera hasta la mañana siguiente. Entonces Marco ya estaría camino de Creta.

Marco no se equivocaba cuando acusaba a la emperatriz de haberse puesto de acuerdo con Sergio para encargarle aquella absurda misión. Desde hacía algún tiempo, Eudoxia había empezado a frecuentar al patriarca, al que hasta entonces siempre había evitado. Y aunque habitualmente se lo contaba todo a su hija, ahora guardaba un extraño silencio sobre los motivos de ese cambio. La guerra estaba próxima, el enfrentamiento final con los persas, quizá la caída de Constantinopla, del Imperio... ¿No iba siendo hora de olvidar las viejas rencillas?, se decía Epifanía. Seguramente la urgencia de la situación había sellado esa reconciliación. La misma urgencia que unos días antes la había llevado a ella a tomar una decisión, de la que no se había atrevido a hablarle a Marco antes de su marcha. De todas formas, más valía que no supiera nada.

Zoé se acercó a ella con suavidad. ¡Ah, sí! Ya iba siendo hora de bajar. El generalísimo Prisco la esperaba. Epifanía hizo un esfuerzo para vencer su repugnancia y se levantó.

Eudoxia observaba con curiosidad la enorme y ruinoso edificación conocida como Muro Largo. Cuando apareció en el horizonte, única elevación en un paisaje desesperantemente llano, su esposo le relató su corta historia. Construida hacía un siglo por el emperador Anastasio para proteger Constantinopla y su comarca de las invasiones bárbaras, nunca había detenido nada. Apenas acabada, fue abandonada. Para ser efectiva, la inmensa muralla, que unía el Ponto Euxino con la Propóntide, requería soldados que no se tenían. Así que allí seguía, como un alargado y vacío esqueleto, derruida en algunos sitios, cubierta por la vegetación y casi mineralizada ya. Al verla, Eudoxia pensó en las monstruosas serpientes de las leyendas.

Y sin embargo, le había explicado Heraclio, la idea de una fortificación así en un sitio como aquel no era ninguna idiotez. El oeste de Constantinopla estaba totalmente expuesto a las invasiones: una llanura sin apenas relieves salpicada de escasos bosquecillos. No era como el territorio que se extendía al otro lado del Muro Largo, cubierto por un denso bosque, ni como el sur de Constantinopla, donde un macizo montañoso formaba una especie de muralla natural. Eudoxia le recordó que conocía esas montañas perfectamente, y sin duda mejor que él: allí era donde estaba el monasterio de Santa Catalina, en el que había pasado ocho años de su vida. El emperador le sonrió un poco apurado.

El humor del impresionante séquito que se dirigía al encuentro de los ávaros, al otro lado del Muro, era más bien alegre. Había soldados, por supuesto, pero relativamente pocos, un total de cincuenta, conforme al acuerdo establecido con el gran kan Bayan. El grueso de la comitiva, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, estaba formado por civiles, artesanos reclutados para la ocasión y sobre todo cocineros, que degollaban los pollos a los que se oía cacarear en sus jaulas para preparar platos succulentos en cada

parada. Una cantidad sorprendente de mujeres había querido hacer el viaje, en su deseo de escapar por unos días del encierro de la capital.

La hermosa mañana, todavía fresca, anunciaba el final de un invierno que había sido terriblemente duro. La gente reía, se imaginaban la cara de los persas esperando en vano que sus aliados pusieran sitio a Constantinopla, hacían apuestas en las carreras que iban a celebrarse... Era como un recreo, un maravilloso paréntesis entre tantos desastres. El Imperio estaba obligado a exhibir ante los bárbaros todo el esplendor de su lujo. Así que portaban cantidades ingentes de vino y vituallas, y todo el mundo vestía sus mejores ropas. Las celebraciones iban a ser grandiosas. Las privaciones se olvidarían por una tarde.

La emperatriz oía las risas de la gente, en muchos casos un poco entonada ya. La vulgaridad de las bromas no le molestaba. Le hacía gracia. Habían salido seis días antes para cubrir sin prisas el trayecto que separaba Constantinopla del Muro Largo y, gracias a aquella alegría pícara, la angustia de las últimas semanas se disipaba poco a poco.

Los pesados carros tirados por bueyes, que transportaban hasta el Muro Largo la magnificencia de la capital, imponían un ritmo lento que Eudoxia podía seguir al paso a lomos de un caballo tranquilo, sin miedo a que la derribara. Dormían en hermosas tiendas. La de la pareja imperial era lo bastante grande para que Eudoxia solo compartiera un vestíbulo con Heraclio. Un mes antes, esa promiscuidad tan relativa la habría incomodado enormemente, pero «un mes antes» era una época que ya le parecía lejana: ahora no le importaba estar sola con él de vez en cuando, y, en general, no les costaba intercambiar unas cuantas frases que no eran meras fórmulas de cortesía. Ya no les faltaban temas de conversación.

Para Eudoxia era un alivio que no los acompañara ningún alto dignatario. Prisco había alegado que la defensa de la ciudad ante el peligro persa requería toda su atención, así como la de Pedro. Nicetas se había quedado para vigilarlos. En cuanto a Sergio, le confesó que su sitio no estaba en esos juegos. Eudoxia no había intentado convencer a ninguno de ellos para que se les unieran.

Los días se alargaban, la noche retrocedía, y ella —quizá por influencia de su esposo, que veía el mundo lleno de signos que solo esperaban ser interpretados— lo entendía como la señal de una renovación, del final de los sufrimientos y las catástrofes.

Eudoxia había conseguido no pensar constantemente en Nicetas y en sus citas clandestinas, cada vez más dolorosas. Se ahogaban, pero no se atrevían a

confesárselo. Él no había advertido ningún cambio en ella; en ese sentido, Eudoxia se sentía aliviada, pero también triste, casi decepcionada. No eran felices, pero si Eudoxia se hubiera permitido manifestarlo, Nicetas habría montado en cólera y la habría amenazado con tirarse desde lo alto de Santa Sofía, le habría reprochado que no le hubiera dejado morir en su día, cuando estaban a tiempo, que lo hubiera obligado a llevar aquella vida rebajada de lisiado, de paria. O, peor, se habría alejado sin una queja, con la espalda encorvada y la cara inexpresiva, desesperado, y entonces —lo sabía— su propio corazón se habría roto. «No debo sentir lástima de él», se decía a menudo. Pero no podía evitarlo. Se sentía responsable de ese naufragio.

Se volvió hacia Heraclio. En esos momentos miraba con atención la imponente muralla, que se acercaba a ellos poco a poco. Parecía preocupado, pese a la alegría que lo rodeaba. Eudoxia observó aquel rostro impenetrable. ¿Compartía algún rasgo con su primo? Sorprendida, cayó en la cuenta de que nunca se había fijado en su parecido.

El gran kan llegó en un caballo que a Heraclio le pareció ridículamente pequeño. Pero recordó que aquellos animales tenían fama de ser mucho más resistentes que los majestuosos corceles romanos. Tampoco es que el hombre que lo montaba fuera muy grande. Apenas se le veía bajo el enorme abrigo de pieles, del que emergía una cabeza de mentón barbilampiño coronada por una larga cola de caballo. Sus pómulos, muy altos, estaban surcados de cicatrices. Una gran sonrisa descubría unos horribles dientecillos amarillentos y cariados. Lo primero que hizo cuando estuvo frente a Heraclio fue disculparse por la ausencia de su concubina.

—No podido venir. Mujer...

La frase, chapurreada en griego, quedó en suspenso.

Su comitiva estaba formada solo por hombres, guerreros pertenecientes a los clanes ávaros más nobles. El gran kan se los presentó al emperador. Todos tenían nombres con sonoridades bárbaras. Nada los diferenciaba de su jefe, salvo los cráneos rapados. Tenían la misma cara astuta, los mismos ojos, tan extrañamente rasgados, la misma apariencia rechoncha.

Una vez Heraclio y Bayan se abrazaron con solemnidad, las dos tropas se mezclaron alegremente, y todo el mundo se encaminó hacia donde tendrían lugar las celebraciones y donde ya los esperaban el resto de ávaros y romanos.

Al otro lado del Muro Largo, se extendía un bosque que durante mucho tiempo había servido de coto a los emperadores. La vegetación era densa, había caza abundante y las vistas se mostraban variadas y pintorescas. Había pocos claros, y naturalmente se pensó en el mayor de ellos como escenario de los juegos. Los dos soberanos se dirigieron a él por una antigua vía romana flanqueada de oscuros y majestuosos pinos. Esclavos ávaros y trabajadores desplazados con antelación desde Constantinopla lo habían preparado toda la semana anterior. Heraclio había tomado la precaución de mezclar con esos hombres a unos cuantos exploradores experimentados, cuya misión era

inspeccionar discretamente los alrededores. No habían detectado nada sospechoso.

Prisco sonrió a la hermosa muchacha que tenía sentada frente a él. Debía reconocerlo: aquellas visitas no se le hacían tan pesadas como al principio. Incluso había empezado a aficionarse a ellas. La princesa Epifanía había resultado ser una joven encantadora. No parecía que la intimidara especialmente, y eso le gustaba. Le hablaba con firmeza, con inteligencia, a veces hasta con ingenio. Pese a las apariencias, era como su padre. Como el auténtico, claro. No como el que le había adjudicado la razón de Estado. Ante esa idea, su sonrisa se ensanchó aún más.

—¿Qué te divierte tanto?

Antes de responder, cogió otra fruta del cesto que habían puesto a su disposición.

—Vos, por supuesto.

—No creo haber bromeado.

—En absoluto.

Prisco prefirió no decir nada más. Ella suspiró. Se esforzaba en ocultar su antipatía, pero a veces no podía evitar que asomara. ¿Cómo se lo iba a tener en cuenta? Era tan joven... Él tenía cuatro veces su edad.

Fue Epifanía la que retomó el hilo de la conversación al pedirle detalles sobre los ávaros, con quienes el emperador y su esposa debían de haberse reunido ya. Prisco advirtió que no decía «mi padre» para referirse a Heraclio. Le gustó su desprecio de las conveniencias. Tanto como su amabilidad. Ella sabía que conocía a aquellos nómadas mejor que nadie por haber luchado contra ellos en tiempos, y, al sacar aquel tema, le daba la oportunidad de brillar.

Sí, sería una esposa de lo más apropiada.

Tomaron asiento en el improvisado graderío, desde donde Eudoxia pudo observar la tribuna de los ávaros. Estaba enfrente de la suya, y había algunas mujeres cubiertas de pieles, con los brazos cargados de brazaletes y el pelo recogido en gruesas trenzas. Pero eran pocas en comparación con las romanas que habían hecho el viaje hasta allí. Entre estas, había varias damas de la aristocracia, a las que aquella excursión excitaba a más no poder. La emperatriz las oía burlarse del repulsivo aspecto de «las criaturas de las estepas», como ellas llamaban a los ávaros.

Eudoxia lamentaba no haber conocido a la concubina del gran kan, una antigua esclava, espléndida, según decían, a la que el todopoderoso monarca había manumitido, pero con la que no se había casado porque las costumbres ávaras lo prohibían. Una romana, aseguraban algunos. Eudoxia lo dudaba: sus compatriotas tenían tendencia a olvidar que una mujer hermosa podía no ser romana. En cualquier caso, una presencia femenina sin duda habría hecho más soportable la compañía de aquel repugnante individuo. Cuando Heraclio se lo presentó, Eudoxia se sintió examinada como una res. Al saludarla, el gran kan soltó una risita e hizo unos aspavientos que parecían los de un tratante ante una hermosa yegua que le habría encantado comprar. Se había sentido sucia, y durante todo el trayecto hasta el anfiteatro procuró mantenerse oculta tras el velo. La llegada al claro del bosque supuso un alivio, porque Bayan había decidido que romanos y ávaros se instalaran los unos frente a los otros en el graderío. El bárbaro podía seguir contemplándola, pero de lejos, y Eudoxia ya no tenía la sensación de que estaba a punto de arrojarse sobre ella para manosearla.

Aquel pueblo era tan repulsivo como se lo había imaginado. Un pueblo de centauros: cuerpos membrudos, cabezas chatas y un olor insoportable. Se decía que prácticamente no se bajaban del caballo, que comían carne y bebían leche, y a veces incluso sangre de esos animales, y que, por supuesto,

adoraban a un ídolo que representaban con la forma de un caballo. Un pueblo salido de los infiernos, se dijo Eudoxia: según las historias que había oído, un día, hacía poco más de un siglo, aparecieron en las fronteras del Imperio, procedentes de unas tierras lejanas y frías, sin duda inhabitables, situadas en el misterioso corazón de Asia, del que antes que ellos habían surgido los hunos. Se habían llevado a cabo decenas de sangrientas campañas contra ellos, pero volvían una y otra vez, más numerosos y feroces que antes.

En esa ocasión, el depauperado Imperio había ofrecido a aquellas bestias una fortuna para que no se abalanzaran sobre Constantinopla. El patriarca se había resignado a hacer fundir magníficas reliquias de oro. El pueblo estaba ahogado por los impuestos. ¿Qué harían los ávaros con todas esas riquezas? ¿No podían cultivar la tierra ellos también? No, aquellos salvajes preferían extorsionar a quienes se deslomaban sobre ella en su lugar. Cuanto más los miraba, soeces y exultantes en su tribuna, más los odiaba. Casi prefería que no se hubiera firmado la tregua.

A su lado, Heraclio parecía pensativo. «¿Está inquieto?», se preguntó Eudoxia. No, simplemente era así: aprensivo y taciturno. Sin duda, lo que le preocupaba no tenía nada que ver con aquellas celebraciones. Era la situación de Constantinopla. Habían conseguido evitar el sitio, pero los persas seguían acampados al otro lado del estrecho, y ellos nunca se dejarían comprar. En los últimos tiempos, Eudoxia se había familiarizado con esos asuntos, por los que hasta entonces nunca se había interesado. Desde su visita a Psamacia se había convertido en miembro oficioso del Consejo. No asistía a las reuniones, pero Heraclio, con el que se veía discretamente en casa del patriarca, le informaba de todo lo que se trataba en ellas y le pedía su opinión. En cuanto a Nicetas, siempre la había excluido de ese mundo y, si se enterase de que ahora se inmiscuía en los asuntos del Imperio montaría en cólera.

No tenía más remedio que ocultarle su incipiente complicidad con el emperador. Le afectaba el sufrimiento de Nicetas, que ya no era una desesperación incandescente sino una melancolía atormentada, la angustia casi mística de un alma dolorida que buscaba la luz. Pero con Heraclio ya había otros secretos. Nicetas ignoraba, por ejemplo, que Epifanía iba casarse con Prisco.

Las gestiones, en las que ella había desempeñado un papel crucial, se habían realizado con la mayor discreción. La idea fue suya. Al día siguiente de su encuentro con el generalísimo en las calles de la ciudad, Heraclio le hizo una visita y le habló de sus temores: Prisco se había vuelto demasiado

poderoso, disponía de una escolta mucho más numerosa que la suya, la seguridad de todos dependía de su buena voluntad.

—¿Por qué no ganárselo de un modo infalible? —le había preguntado ella, halagada por la importancia que parecía darle a su opinión.

—¿Cómo?

—Convirtiéndolo en vuestro heredero oficial. Nuestro heredero oficial.

Eudoxia había convencido a su hija para que aceptara aquella boda con un hombre cincuenta años mayor que ella. Se celebraría cuando regresaran a Constantinopla.

«Cuanto más tarde lo sepa Nicetas, mejor», se dijo Eudoxia, que había insistido en que lo mantuvieran en la ignorancia hasta el último momento. Sabía que se opondría. ¿Y qué no tramaría con tal de impedirla? Cuando se enterara, sería demasiado tarde.

Heraclio miró a su alrededor. Los obreros habían hecho un buen trabajo. La tribuna de los romanos podía acoger a quinientas personas. Y la de los ávaros, al otro lado de la pista, al menos a otras tantas. Estaban abarrotadas. Por supuesto, aquello no era el hipódromo de Constantinopla, pero más de una ciudad de provincias se habría conformado con un graderío semejante. Lo habían construido en un tiempo récord, como demostraba el olor a madera recién cortada que flotaba en el aire primaveral.

¿Qué ocurriría con el graderío cuando acabasen los juegos? No se molestarían en desmontarlo. Se quedaría allí, en mitad de la nada, inútil. Allí no vivía nadie. Aquello estaba a menos de una legua del Muro Largo, pero en pleno bosque, totalmente aislado. Aquel trocito de civilización solo existiría la tarde que duraban los juegos.

Su esposa le sonrió. Se había vuelto hacia ella sin darse cuenta. Se puso rojo. Estaban instalados tan cómodamente como permitían los estrados. Las alfombras y los cojines traídos de Constantinopla daban a su tribuna cierta apariencia lujosa comparada con la de los ávaros. Tartamudeando un poco, le dijo que los juegos no tardarían en dar comienzo.

Todo se había planificado cuidadosamente: para empezar, una serie de carreras a la romana, en las que participarían algunos aurigas ávaros improvisados; luego, ejercicios más familiares a los guerreros de las estepas, cuyas reglas Heraclio no había comprendido en su totalidad. Entre las pruebas, se intercalarían bailes y cantos, y las celebraciones terminarían con un banquete durante el que se haría entrega de los montones de oro traídos de la capital, «regalo» del emperador a su «hermano», el gran kan. Mientras tanto, ese oro estaba convenientemente custodiado al pie de la tribuna de los romanos.

El emperador seguía sintiéndose intimidado por Eudoxia y evitaba acercarse demasiado a ella. Su naciente complicidad, lejos de eliminar los

motivos que los distanciaban, había hecho surgir otros. ¿Qué era ella para él? La mezcla de indiferencia y sorda hostilidad que había prevalecido hasta hacía poco tenía la ventaja de una cierta claridad. Al cambiar, su relación se había vuelto más confusa, y más preocupante. Eudoxia empezaba a ocupar en su vida un lugar que Heraclio no conseguía definir y que lo desestabilizaba. Desde hacía semanas, tenía la tentación de confiarle cosas que nunca le había contado a nadie, pero a medias, y a menudo horrorizado por confiarse de ese modo a una persona que un mes antes era una extraña para él. Si no la conociera desde hacía tanto tiempo, puede que la situación fuera más sencilla. Pero siempre había estado ahí. Aquel acercamiento repentino le parecía antinatural. Eudoxia era suya, pero nunca la había poseído. Era su mujer ante Dios y ante los hombres, pero un vínculo, puede que aún más sagrado, la unía a otro.

Un recuerdo. De hacía diecisiete años. Los vio juntos, la vio cuidando al herido febril, vio el solícito amor de sus ojos, y renunció a ella. Era algo natural. Un trato justo. Un trato que respetaría.

Se echó un poco a la izquierda.

Las carreras empezaron. Pese a su falta de experiencia, los ávaros brillaron. Sus carros no eran tan ligeros como los romanos, en los que estaban inspirados, pero sus pequeños caballos eran más potentes y briosos que las cansadas monturas que habían hecho el viaje desde Constantinopla. De la tribuna del gran kan salían gritos estremecedores: sus compañeros y él recibían cualquier maniobra un poco audaz con ululatos guturales, y pateaban el estrado de tal modo que cabía temer que terminara hundiéndose.

—Perdonadme por obligaros a asistir a este bárbaro espectáculo —le susurró Heraclio a la emperatriz, consternado.

—No me habéis obligado a nada. Fui yo la que quiso venir.

Tras el breve intercambio de frases, permanecieron callados largo rato, hasta que el pregonero anunció la última carrera de cuadrigas.

—Tengo una sorpresa para nuestros amigos —le dijo el emperador con una leve sonrisa—. ¿Habéis oído hablar de Porfirio?

La familia era algo extraño. Un conjunto de lazos invisibles que, sin embargo, determinaban una vida. La manifestación más clara del destino. La única, quizá. Una prisión. Una protección. Una garantía.

Él estaba orgulloso de su familia. Entre sus antepasados se contaban varios monarcas. Habían reinado antes de que la dinastía sasánida se apropiara de la corona de Persia. Sharvaraz conocía cada eslabón de la cadena que lo unía a ellos.

Últimamente, en la tranquilidad de su tienda, rodeado de su ejército, que esperaba la irrupción de los ávaros al otro lado del estrecho, el Jabalí Real había tratado de dilucidar qué lo diferenciaba de sus enemigos, qué explicaba sus victorias y las derrotas de los otros. La familia, la sangre: esa era la conclusión más convincente a la que había llegado. Los romanos parecían no tener familia. ¿Dónde estaban hoy los descendientes de Constantino, el fundador de la ciudad que le hacía frente y que no tardaría en tomar?

Ese emperador, Heraclio, el que ocupaba ahora el trono romano —por unas cuantas semanas más, a lo sumo—, había criticado la mísera extracción de su predecesor Focas. Pero ¿de dónde procedía él? Solo podía presumir de cinco o seis generaciones de antepasados conocidos. Una ridiculez.

Los romanos llamaban familia a lo que en realidad no lo era. Frágiles asociaciones que se deshacían con la misma rapidez con la que se habían formado. Y, en consecuencia, ignoraban los valores de las familias de verdad. La autoridad de los padres, la solidaridad a toda prueba de los hermanos... Su mundo era un mundo frágil e inestable, que un hombre decidido, un general consciente de tales debilidades, podía hacer estallar en mil pedazos.

¿Cumplirían su palabra los ávaros? Sharvaraz sabía que, tras aceptar los presentes que les había enviado, tras manifestar su acuerdo con los términos de una alianza con él, habían puesto oídos a las propuestas de los romanos. Sabía que en esos momentos el gran kan celebraba unos juegos en compañía

de sus enemigos, a los que se había comprometido a aniquilar. ¿Se había dejado engañar el generalísimo de los ejércitos persas por un salvaje?

Los jinetes sin ciudad podían dar pruebas de una astucia extraordinariamente refinada. Y eran como todos los pueblos sensatos: defendían sus propios intereses por encima de todo. Si los romanos les habían ofrecido más, ¿por qué iban a rechazarlos?

Sharvaraz inspiró el aire perfumado de su tienda. Aquel Bayan era hijo del gran kan, pensó. El hijo menor, eso sí. Pero daba igual. Su estirpe se remontaba a la época en que los ávaros aún estaban asentados al norte del Cáucaso, antes de que los arrojaran de allí y se lanzaran sobre Europa. De modo que Bayan conocía los valores de la familia. El honor, el respeto a la palabra dada... Sharvaraz se sirvió otra copa de vino y sonrió. No lo traicionaría.

Eudoxia vio al antiguo héroe de las carreras de cuadrigas haciendo su entrada en la pista. Heraclio le explicó que se habían tomado medidas para que llegara discretamente al claro del bosque con unos días de antelación. De esa forma, había podido familiarizarse con aquel hipódromo de madera y tierra batida, de un tamaño muy inferior al de Constantinopla, y sus caballos estaban totalmente descansados.

La gente no lo reconoció de inmediato. De pronto, se oyó un grito:

—¡Es Porfirio!

Eran muy pocos los romanos que estaban al corriente, y durante los tres días de viaje hasta el Muro Largo, ni el buen humor ni el vino, que se había servido en abundancia, les habían desatado la lengua.

Al oír aquel nombre que evocaba una época pasada, los espectadores empezaron a examinar a cada uno de los aurigas. Tres ávaros y tres romanos. Uno de ellos era algo mayor que los demás y conducía una cuadriga de un verde resplandeciente. A Eudoxia, a quien Heraclio se la había señalado enseguida, le divirtió el estupor que se reflejaba en todos los rostros. Aquel no era un carro cualquiera. Incluso quienes no lo habían visto nunca, lo reconocían. Había contribuido a la caída del Usurpador durante una carrera que se había convertido en leyenda. Era la cuadriga del triunfo de Heraclio, la misma desde la que acabó con el gigante Mamukian. Solo podía conducirla un hombre. Ante los sorprendidos ávaros, la tribuna de los romanos, más bien tranquila hasta ese momento, estalló en un grito:

—¡Porfirio! ¡Porfirio! ¡Porfirio!

El aludido saludó al público con un simple gesto de la mano. Bajo el impresionante casco con penacho, que lucía para la ocasión, su rostro permanecía impertérito.

—¿Por qué se ha desempolvado esa hermosa reliquia? —preguntó Eudoxia, sorprendida de que alguien tan poco dado a la pompa como Heraclio

se hubiera molestado en preparar aquel golpe de efecto.

—Se lo debía. Jamás lo admitirá, pero lleva diecisiete años esperando este momento.

La emperatriz le sonrió.

Porfirio ya no era un muchacho, pero no había perdido los reflejos. Voló sobre la pista. Cuando cruzó la línea de llegada, con más de media vuelta de ventaja sobre su primer perseguidor, el delirio de los romanos fue indescriptible. El emperador, que también se había levantado para aplaudirle, lo invitó a reunirse con él en la tribuna.

Eudoxia, que veía al famoso auriga por primera vez, lo saludó con la mano cuando se sentó al lado de su marido.

—Me habría gustado ocuparme de los caballos, majestad...

—Conmigo déjate de «majestad», Porfirio.

—Perdón, Heraclio. Pero los caballos... Habría que quitarles los arneses para que...

—¿No pueden esperar un poco? Vas a perderte las acrobacias de los jinetes ávaros...

El auriga se dejó convencer, y los dos hombres se pusieron a recordar otros tiempos. Cuando surgió el nombre de Juan Krukis, a Porfirio se le quebró la voz. La emperatriz, que no quería entrometerse en recuerdos ajenos, fingía estar distraída pero no perdía detalle de la conversación, que arrojaba alguna luz sobre el coloso que estaba sentado junto a ella.

—Creía que te habías olvidado de mí... —le confesó Porfirio al emperador en tono emocionado.

—El tiempo ha pasado tan deprisa como en un sueño. Como en un mal sueño. Parece que fue ayer cuando vencimos a Gorgias y Mamukian...

El espectáculo que ofrecían los ávaros no tardó en acaparar su atención. Una veintena de jinetes saltaban de una montura lanzada al galope a otra, sin que ninguno llegara a caer al suelo. Luego los mismos jinetes, de nuevo al galope pero esta vez armados de arcos, atravesaron con flechas unos anillos diminutos colocados en la otra punta de la pista, disparando primero de frente y después volviéndose sobre la silla. Ante esta última proeza, las gradas romanas mostraron su entusiasmo, para enorme satisfacción del gran kan. A Heraclio le pareció conveniente hacer un gesto con la mano al ávaro para mostrar su admiración, y este le respondió enseñando sus repugnantes dientecillos con una extraña sonrisa.

En esos momentos, los jinetes ávaros estaban ejecutando una serie de arriesgadas figuras: todos galopaban en distinta dirección, cruzándose,

juntándose y volviendo a dispersarse a una velocidad de vértigo. En un ejercicio como aquel, hasta el mejor jinete romano habría dado con sus huesos en el suelo. Los ávaros no cometieron un solo error. Los aplausos redoblaron, y la sonrisa del gran kan se ensanchó un poco más.

Eudoxia observaba el espectáculo con perplejidad y una pizca de inquietud. ¿Para qué servían aquellas ridículas acrobacias? «Unos monos bien adiestrados lo harían igual de bien». El oro, lo que querían era el oro. Que lo cogieran. Les habían llevado carros enteros. Y que dejaran en paz al Imperio. Pero aquella pantomima de amistad... Era repugnante.

«Por fin». Al ver que los jinetes ávaros iniciaban la que supuestamente era su última vuelta a la pista, soltó un suspiro de alivio. Desfilaban en perfecto orden entre los vivas de las dos tribunas. Cuando pasaron ante la del gran kan, sus callosas manos se apoderaron de los arcos, que tensaron al máximo: tras describir una curva perfecta, las flechas se clavaron en unos blancos diminutos colocados en el suelo, al pie de las gradas. Una nueva salva de aplausos premió aquella muestra de habilidad.

A continuación deberían haber abandonado la pista para dar paso al banquete y el intercambio de regalos. Pero seguían cabalgando. ¿Es que no iban a acabar nunca, aquellos malditos? Ahora se dirigían hacia la tribuna romana. «Seguramente para repetir el numerito...». Pero ¿por qué reía a mandíbula batiente el fante del gran kan? Y pensar que tendría que volver a estar en su presencia dentro de unos momentos... Eudoxia apretó los brazos del asiento con las manos.

Como era de prever, los ávaros se detuvieron ante la tribuna romana. Eudoxia vio que tensaban las cuerdas de los arcos. Algo no iba bien. No era el mismo movimiento que hacía unos instantes, delante del gran kan.

¿Esperaba aquello desde hacía rato sin saberlo? ¿Desde que se sentaron en la tribuna, o incluso antes? ¿Desde que salieron de Constantinopla, desde que Prisco le habló de aquellos juegos? Su presentimiento salvó a la emperatriz. De pronto, la obligó a arrojar al suelo. Ella lo miró estupefacta, hasta que de repente, tras unos segundos de desconcierto general, empezaron a oírse chillidos en todas partes. En ese momento pareció entenderlo.

—¡No os mováis! —le gritó.

A su alrededor ya había varios cadáveres en el suelo y heridos que agonizaban, de rodillas o tendidos. Muchos de los que habían salido indemnes del ataque gritaban aún más fuerte que los moribundos mientras corrían en todas direcciones. Heraclio tuvo que rechazar a varios que estuvieron a punto de pisotear a la emperatriz. El pánico llegó al paroxismo cuando una segunda andanada de flechas cayó sobre los romanos, seguida por una tercera y una cuarta.

—¡Sobre todo, no os mováis! —le repitió el emperador a Eudoxia—. Si os quedáis en el suelo, detrás de estos bancos, no podréis alcanzarlos —añadió, y buscó a tientas con la mano detrás de él—. ¿Porfirio?

No hubo respuesta. Heraclio se volvió y vio al auriga con una flecha clavada en el pecho. Seguía consciente.

—Era para ti —balbuceó con una voz apenas audible cuando vio que el emperador, inclinado sobre él, examinaba su herida—. Los... los... ¿por qué?

La sangre que afluyó a su boca le impidió continuar.

La matanza seguía. Los jinetes ávaros disparaban a la confusa masa humana que gritaba indefensa frente a ellos. Los escasos soldados presentes en la tribuna habían caído, víctimas de la primera tanda de flechas. «Todo estaba planeado». Heraclio intentaba detener la hemorragia de Porfirio. Eudoxia, todavía conmocionada, seguía pegada al suelo, como le había dicho. Una solución. Tenía que encontrar una solución. Enseguida. Las sienes,

empapadas de sudor, le latían a toda velocidad. Casi no oía sus pensamientos. El caos era indescriptible.

Los gritos de unas mujeres le perforaron los tímpanos. Alzó la cabeza y vio a varias que habían conseguido escapar del tumulto del graderío y corrían por la pista. Se encontraron de frente con otro grupo de jinetes ávaros que acababa de aparecer y se divirtió persiguiéndolas. Sin saber adónde dirigirse, las desventuradas corrían a la desesperada, pero en vano: todas las salidas estaban bloqueadas. Los ávaros las atrapaban una tras otra con sus lazos y las arrastraban sin piedad por la arena riendo salvajemente. Heraclio se estremeció al reconocer entre ellas a varias damas de la alta aristocracia romana. Los hombres, que también intentaban huir de la pista, eran abatidos como simples piezas de caza. El número de cadáveres aumentaba a una velocidad escalofriante, y los caballos los pisoteaban sin molestarse en sortearlos.

¿Cuánto tiempo les quedaba de vida? Los ávaros no tardarían en subir a las gradas para terminar con los supervivientes, para buscarlo a él, para buscarla a ella. Una flecha pasó rozándole la sien y tuvo que agacharse. A su lado, el auriga, cuya mano sostenía, seguía farfullando entre estertores.

—Mis caballos... mis...

Se desangraba. Su respiración se había vuelto más sibilante. De pronto, sus dedos se relajaron. Había muerto.

El emperador dio un respingo cuando una mano, viva a más no poder, le tocó el hombro.

—Quiere que cojamos sus caballos —le dijo Eudoxia.

¿Cómo no se le había ocurrido? No le dio tiempo a pensar.

—¡Hay que huir! —le gritó la emperatriz—. ¿Dónde están esos caballos?

Al verla tan decidida, también él recobró el valor. Quedarse un segundo más era condenarse a muerte. Sí, había que huir a toda costa.

—Han debido de llevar la cuadriga detrás de las gradas... —farfulló, todavía indeciso.

—¡Entonces, por ahí! —le urgió ella señalando hacia lo alto del graderío.

En cuanto se irguieron, las flechas volvieron a silbar a su alrededor. Intentaron correr entre los muertos y los heridos. Las manos los agarraban de los tobillos, tropezaban en el amasijo de cuerpos sufrientes... Cuando al fin llegaron a la última fila, milagrosamente ilesos, Heraclio preguntó:

—¿Y ahora?

—¿Ahora? ¡Saltemos! ¡Rápido! —le gritó Eudoxia, y se agarró a él.

Instintivamente, quiso rechazarla, pero detrás de ellos los ávaros ladraban en su estridente jerigonza. Disponían de unos segundos antes de que una de sus flechas los alcanzara. Pasó por encima de la última barandilla y saltó al vacío.

No debían escapar. Bayan aulló unas órdenes a un grupo de jinetes que se divertían persiguiendo por la pista a las romanas más hermosas. No podían ir muy lejos. La prioridad era el emperador de los romanos. Él y la emperatriz. Vivos o muertos.

Para mayor seguridad, el plan preveía la muerte. Inmediata, con la primera andanada de flechas. El tal Heraclio era un hombre con suerte. O quizá lo había subestimado. Una idea desagradable. El romano tenía reflejos de guerrero, estaba claro. Y aquel salto desde lo alto del graderío... ¿Arrojo? ¿Inconsciencia? Qué más daba, debía de haberse partido las piernas. Pero había que asegurarse. Con un ademán colérico, Bayan ordenó a otro grupo que siguiera al primero. No había que correr riesgos. ¿Y si con la confusión se le escapaba la única presa importante? No se lo perdonarían. Ella no se lo perdonaría.

Se levantó. Contempló la desolación del hipódromo. Frente a él, la tribuna romana: ni un movimiento. Cuerpos sin vida, sangre, algún estertor... Se habían acabado las risas burlonas. Qué lástima que ella no estuviera allí para ver aquel espléndido espectáculo... Estaría orgullosa de él.

Le había pedido que lo acompañara. ¿Acaso el plan no era suyo, idea suya? Se acordó de su seca respuesta: «Imposible».

La calma que reinaba al otro lado los sorprendió. Seguían oyéndose gritos, pero amortiguados, y el espantoso hedor había desaparecido. Delante de ellos, el bosque, el olor de los árboles rebosantes de savia, y ni un solo enemigo. Todos se habían agolpado en la pista para participar en la matanza. Eudoxia alzó la vista hacia lo alto del graderío: el salto que acababa de dar Heraclio era sencillamente asombroso. De hecho, al tocar el suelo había dejado escapar un grito de dolor, y ahora cojeaba.

—Estarán aquí en cuestión de segundos... ¿Veis los caballos por alguna parte? —preguntó él mirando con angustia a su alrededor.

Le daba vueltas la cabeza y no veía con claridad.

—¡Ahí! ¡Justo ahí! —gritó Eudoxia señalando el carro de Porfirio, detrás de ellos.

Nadie se había ocupado de él después de la carrera. Los cuatro caballos pacían tranquilamente de la hierba que crecía en abundancia en el claro. Heraclio rompió los tirantes que los sujetaban a la cuadriga, ayudó a la emperatriz a montar en uno de ellos, saltó a lomos de otro ahogando un grito de dolor y cogió las riendas de los dos restantes.

—¡Sujetaos con fuerza! ¡Y sobre todo no os volváis!

Antes de que pudiera decir nada, Eudoxia sintió que su caballo se lanzaba al galope. Se agarró a las crines lo mejor que pudo, pero, sin la silla, no paraba de resbalar hacia un lado y luego hacia el otro, mientras lanzaba miradas suplicantes a Heraclio, que seguía sin enterarse.

—¡Ayudadme de una vez, me voy a caer! —acabó gritándole.

Tras una breve vacilación, Heraclio la agarró para evitar que perdiera el equilibrio.

No hacía ni un minuto que habían saltado desde lo alto del graderío. Detrás de ellos, los ávaros, furiosos al ver que sus presas escapaban, picaban espuelas. La persecución había empezado.

Tomaron la antigua vía romana por la que habían llegado hasta allí hacía unas horas, rodeados de risas y alegría. Los ávaros les pisaban los talones. Y en cualquier vuelta del camino podían aparecer otros. El gran kan seguramente lo tenía todo previsto. Sabría que la vía romana era el único camino practicable de la zona, la única salida posible. Sin duda habría pelotones emboscados esperando verlos llegar para cortarles el paso. Tenían que alejarse de allí. Pero ¿hacia dónde? Un respiro. Un instante para ordenar sus ideas, no necesitaba más. Diecisiete años de vida casi monacal habían dejado huella en su cansado organismo. Le faltaba el aliento, el tobillo le dolía horrores, dudaba... Maniobrar a la vez con cuatro caballos, cuando uno de ellos llevaba a una amazona de la que tenía que estar pendiente en todo momento le impedía pensar en ninguna otra cosa. Pero había que tomar una decisión.

Delante de él, la vía trazaba una curva. La tomó. Por unos instantes, los jinetes ávaros desaparecieron de su campo de visión. «¡Ahora!», se dijo, y obligó a los dos caballos que montaban Eudoxia y él a torcer bruscamente. Evitó una rama por poco.

—¡No levantéis la cabeza! —advirtió a su compañera.

Acababan de penetrar en el bosque. Unos cien pasos más adelante detuvo a los caballos y, con el corazón en un puño, se volvió. Los ávaros pasaron de largo sin dudarlo, engañados por el ruido de los dos caballos que Heraclio había dejado que galoparan solos delante de ellos.

—¡No nos han visto! —exclamó loco de contento cogiéndole la mano a Eudoxia, que le sonrió y soltó un leve suspiro de alivio.

La emperatriz intentó recobrar el aliento tras la frenética galopada. Tenía la sensación de que no había respirado desde que Heraclio la había subido al caballo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo el emperador.

—¿Y adónde queréis ir? —le preguntó ella.

A su alrededor, el bosque no ofrecía ningún sendero practicable. Todos los árboles y los matorrales eran parecidos.

—Eso es lo de menos, lo único que importa es alejarse.

Y, sin más dilación, hizo avanzar a los caballos en línea recta. La densidad de la vegetación los obligaba a ir al paso. Al cabo de unos instantes, la antigua vía romana desapareció de su vista. Estaban rodeados de naturaleza. Oían cantar a los pájaros y el susurro de la brisa en las hojas de los árboles. Prestaban atención temiendo oír los gritos guturales de los ávaros en cualquier instante.

Los caballos empezaron a mostrar signos de cansancio. Decidieron desmontar y caminar junto a ellos. El avance era cada vez más difícil. Los pies se les enredaban en las raíces y las ramas les azotaban la cara. Ambos permanecían encerrados en su silencio. La emperatriz abría la marcha y Heraclio la seguía cojeando.

El cielo había empezado a oscurecerse a través del follaje. Ahora apenas veían lo que tenían a diez pasos. Estaba anocheciendo. Llevaban horas caminando.

—¡No puedo más! —exclamó el coloso, y se apoyó en un árbol—. Pasemos aquí la noche.

Eudoxia insistió en examinarle el tobillo. Lo tenía hinchado, pero no estaba roto.

Lo miró con angustia.

—¿Creéis que lo conseguiremos?

—Si al menos pudiéramos enviar un mensaje a Constantinopla...

—Seguro que el general Prisco venía corriendo a salvarnos —dijo Eudoxia, no sin cierta ironía.

Les dio la risa, una risa contagiosa, incontenible, que duró minutos.

—Tenéis razón, solo nos tenemos a nosotros mismos —dijo al fin el emperador, recuperando la seriedad—. El gran kan nos ha perdido la pista, pero esperará que intentemos cruzar el Muro Largo para volver a la capital. Si hay una oportunidad de escapar, debemos alejarnos del Muro.

—¿No pensáis volver a Constantinopla?

Heraclio se encogió de hombros.

A la mañana siguiente, reanudaron la marcha y siguieron adentrándose en el bosque.

La noticia de la traición ávara sacudió a Constantinopla. La ciudad creía haberse librado del sitio. Pese a que el ejército persa seguía acampado en la otra orilla del estrecho, la esperanza había renacido. El despertar fue duro. Entre otras cosas, por lo insólito de la situación. Ya antes había habido emperadores que fueron capturados o asesinados por el enemigo, pero tras una derrota, no de aquel modo. Se habían saltado todas las reglas. Para muchos era una señal de que se acercaba el fin del mundo. Quinientos romanos, entre ellos un número nada despreciable de patricios («y de patricias», añadían algunos, horrorizados): sumas astronómicas, que se suponía iban a comprar la paz; un emperador y una emperatriz desaparecidos, asesinados, sometidos a la esclavitud... Aún no estaba claro. Las noticias seguían siendo confusas, incluso después de la llegada a Constantinopla de un puñado de supervivientes que habían escapado de la trampa ávara por no se sabía qué milagro.

Nicetas intentó averiguar qué había sido del emperador y la emperatriz a través de ellos. Ninguno supo decirle nada. En consecuencia, se puso a la cabeza de un escuadrón y salió en su busca, galopando en dirección al Muro Largo. Pero la tropa de Nicetas tuvo que batirse en retirada. La caballería ávara había cruzado el Muro y era incontable. Imposible sortearla. Nicetas volvió sobre sus pasos lleno de rabia.

De regreso en Constantinopla, pidió más soldados. Pese a todo quería intentar una penetración. Prisco se los negó.

—Un despilfarro inútil.

La capital estaba al borde del caos: cien mil persas acampados al otro lado del Bósforo, las hordas ávaras acercándose y el trono vacío. La ciudad recibía refugiados todos los días: campesinos que huían de la invasión ávara y propagaban por las calles relatos atroces. Nicetas comprendió que no tenía derecho a envenenar la situación. Puede que también creyera que,

efectivamente, había pocas esperanzas de encontrar a Eudoxia y Heraclio. Ni siquiera el optimista Sergio se hacía muchas ilusiones. En tan críticas circunstancias, los miembros el Consejo debían evitar enfrentarse, y, a regañadientes, Nicetas cedió y reconoció la primacía de Prisco.

El generalísimo no podía revestir la púrpura hasta que la muerte del emperador quedara atestiguada. Pero, por el momento, su nueva condición de regente del Imperio parecía satisfacerlo. Nadie se atrevió a cuestionar qué papel había jugado, por involuntario que fuera, en las sangrientas celebraciones del Muro Largo. Sin embargo, ¿no fue él quien realizó las negociaciones con los ávaros? ¿No debería haberse ofrecido como su garante? Cuando Nicetas sacó el tema delante de Sergio, el patriarca se encogió de hombros con una expresión cansada. «Efectivamente, ¿para qué?», se dijo el manco. ¿Qué más daba que Prisco triunfara? Nada podía devolverle a Eudoxia. En ese instante supo que la desesperación que lo torturaba desde hacía diecisiete años no era tan profunda y devastadora como creía. No volvería a verla. El auténtico sufrimiento no había hecho más que empezar.

Bayan se había ganado a pulso su fama de cruel. Necesaria cuando se estaba a la cabeza de varias tribus, en ocasiones rivales, formadas por jinetes con tendencia a creerse, en buen número —siempre demasiado alto—, otros tantos kanes. El terror era un sistema eficaz para mantener la cohesión. Sencillo y seguro. Nadie quería morir, así que todos obedecían. Cuando los veinte jinetes que había lanzado en persecución de los romanos volvieron con las manos vacías, su suerte estaba echada: Bayan hizo que los azotaran hasta morir.

Todo estaba planeado y había ido como la seda: la desconfianza de las víctimas, adormecida; los soldados romanos, neutralizados con la primera andanada de flechas; la mayoría de los hombres, exterminados sin piedad; la mayoría de las mujeres, sometidas a cautiverio; el oro, la montaña de oro, a buen recaudo. Pero, por culpa de aquellos incompetentes, la presa más valiosa se le había escapado. ¿Qué esperaban, al informarle de su fracaso? Sencillamente, no tenía elección. Se habían presentado ante él temblando y le prometieron que volverían a partir a la mañana siguiente y que esa vez lo conseguirían. Eso no podía salvarlos. Deberían haberlo sabido.

Pero ahora era él el que sentía cierta aprensión. Estaba ante la entrada de la tienda en la que ella lo esperaba. Se repetía los argumentos que esgrimiría cuando hiciera caer su cólera sobre él: Heraclio y su mujer no podían haber ido muy lejos, y jamás conseguirían cruzar el Muro Largo. Se había ocupado de que así fuera. Alguna de sus patrullas acabaría trayéndoselos. Muertos o vivos. En ese último caso, ella podía hacer con ellos lo que quisiera. Se estremeció.

Los ávaros no le tenían miedo a nada, o a casi nada. Alguno, a la tormenta, al rayo. Otros, a los legendarios jázaros, aquel pueblo al que expulsaron de sus tierras ancestrales un siglo atrás. Él, a un ser humano sobre el que tenía derecho de vida y de muerte.

Entre los ávaros, las mujeres no eran nada. Se intercambiaban —incluso se prestaban— como los caballos. Generalmente, costaban mucho menos. Pero aquella era diferente. Extranjera. No como las hembras ávaras, tan dóciles todas. Su opinión contaba. Él no decidía nada sin habérselo consultado antes. Y odiaba decepcionarla.

Respiró hondo y entró en la tienda.

Nicetas se acordaba de detalles, gestos, sonrisas, suspiros que Eudoxia había dejado escapar durante las largas noches en que trataba en vano de consolarlo. Su propia ligereza y su ceguera se le manifestaron con cruel claridad: no había sabido amarla como ella merecía, y ahora era demasiado tarde. Ahora solo podía llorarla.

¿Cómo era posible que el sol, el cielo, los árboles lo aceptaran? ¿Cómo podían seguir viviendo sin ella? Cuando exhaló su último suspiro, sobre el mundo tendría que haber caído un gran velo negro y helado. Pero la primavera había llegado, el aire era suave, por la mañana los pájaros entonaban su canto bajo un cielo cristalino... Entre los adoquines sueltos de Blaquernas, aquel barrio abandonado a las afueras de Constantinopla en el que tantas veces se habían encontrado, crecían flores silvestres de vivos colores y penetrante aroma. ¿Para qué tanta insolente vitalidad?

Su desconsuelo era tal que ni la noticia de la boda del regente Prisco con la princesa Epifanía despertó en él la furia que, en otras circunstancias, sin duda lo habría poseído. Desaparecido Heraclio, muerto con toda seguridad, aquel enlace era casi indispensable. No podía negar esa evidencia, y Sergio se la ratificó.

Epifanía siempre había gozado del favor del pueblo. Tras lo que pronto se dio en llamar «los juegos sangrientos», su popularidad se dobló. Ahora era la última representante de la dinastía legítima, la única descendiente de Mauricio. Nicetas mantuvo una larga conversación con ella. Hablaron de su boda con el generalísimo Prisco. Él esperaba cólera, lágrimas o al menos miedo, reticencias que odiaba tener que vencer. Pero en el antiguo palacio de Narsés, que Epifanía seguía ocupando y donde la visitó una tarde, encontró a una mujer resuelta. Su madre quería aquel matrimonio. Ella respetaría esa última voluntad. Después de todo, ¿había otra solución? Prisco era el mejor partido posible. El bien del Imperio exigía ese sacrificio. Epifanía repetía sus

argumentos con calma y resignación, tozuda, inflexible, y ante semejante abnegación, que lejos de ser debilidad denotaba un ánimo templado que no se hacía ilusiones ni respecto al mundo ni respecto a los hombres, Nicetas, que a diferencia de ella nunca había sabido aceptar su destino con dignidad, sintió una profunda admiración. Antes de dejarla, le dijo que ella era lo más extraordinario que había hecho en su vida. Epifanía lo abrazó.

El tobillo de Heraclio sanó pronto. En tres días, pudo volver a caminar con normalidad. La emperatriz y él se atuvieron a su idea inicial: alejarse del Muro Largo tanto como pudieran. En consecuencia, siguieron internándose en el bosque. Sin duda fue lo que les salvó la vida. Los ávaros no habían renunciado a capturarlos, sus patrullas peinaban la zona. Pero no era el terreno ideal para los jinetes. La pareja imperial los oía llegar de lejos y casi siempre conseguía evitarlos. Se escondían tras una roca, en la espesura o en algún hoyo, conteniendo la respiración y rezando para que los caballos no hicieran ruido. Pero los ávaros los descubrieron varias veces. Tuvieron que huir bajo una lluvia de flechas. La exuberante vegetación primaveral los protegió. En dos o tres ocasiones, Heraclio incluso les hizo frente. En el cuerpo a cuerpo, no podían rivalizar con él. De ese modo consiguió algunas armas, dos sillas y algo de ropa.

Cuando no encontraban un refugio más seguro, dormían en un árbol, con los caballos atados al tronco y ensillados, preparados para partir en cualquier momento de la noche. Su mayor miedo era despertarse rodeados por los ávaros.

Su errática huida se prolongó por el inmenso bosque al oeste del Muro Largo. Comían de lo que cazaban y recolectaban, se lavaban en los riachuelos, anchos y abundantes en esa estación, y a veces incluso se arriesgaban a hacer fuego. Los contornos del mundo que habían dejado, su pasado y sus obligaciones se iban volviendo borrosos, lejanos. Si no hubiera sido por los malos encuentros con los ávaros, tal vez se habrían borrado del todo. Amenazados de muerte en todo momento, los dos se sintieron revivir. Él recuperaba poco a poco el vigor de antaño. A decir verdad, parecía que sus reflejos de guerrero, de luchador, hubieran estado esperando aquel desafío para volver a desplegarse, para resurgir con violencia, casi con alegría, después de tantos años. Por su parte, ella una noche cayó en la cuenta de que

llevaba al menos un día sin pensar en Nicetas. Habían perdido la cuenta del tiempo.

Pero Eudoxia comprendió también que las reservas del enemigo eran casi infinitas y que el coloso, por fuerte y valiente que fuese, no siempre llevaría las de ganar.

—Si me cogen... —acabó diciéndole.

—Nunca permitiré que lo hagan...

—Lo sé. Pero si aun así me cogen y estáis en condiciones de hacerlo...

—¿Sí?

—Antes de que se apoderen de mí, antes de que se me lleven, ¡matadme!

A partir de ese momento, Heraclio empezó a pensar seriamente en la forma de volver a Constantinopla. Decidieron dar media vuelta y acercarse a escondidas al Muro Largo, y el emperador lo examinó con la mayor atención.

Los lienzos derruidos de la inmensa muralla estaban tomados por regimientos enteros y todos los pasos, fuertemente custodiados. No había solución, al menos ninguna que no fuera suicida. Incluso si conseguían abrirse camino hasta el otro lado, estaba claro que los perseguirían, y hasta Constantinopla aún había un buen trecho. Y, lo que era peor, ya no habría bosque en el que refugiarse, solo una gran llanura en la que estarían al descubierto y serían presa fácil para los jinetes ávaros.

Por supuesto, aquí y allí, escalonadas a intervalos más o menos regulares, había puertas que permitían cruzar la muralla, pero el gran kan no las había descuidado: cada una estaba vigilada por una veintena de hombres. Él solo no podría con ellos. Los vigías lo verían de lejos y, si no lo acribillaban a flechazos antes de que llegara al Muro, les sobraría tiempo y medios para prepararse y recibirlo a golpe de sable y pica, en una situación demasiado ventajosa como para no acabar con él rápidamente.

Una noche, al amor del fuego, vio que Eudoxia jugaba con el casco de un ávaro que había muerto unos días antes en una escaramuza. Se lo ponía en la cabeza riendo e imitaba los sonidos guturales de su bárbara lengua. Heraclio se quedó pensativo.

Constantinopla acabó aceptando la muerte de su emperador y su emperatriz. Sergio incluso celebró una ceremonia en Santa Sofía, en la que pidió al pueblo que rogara por sus almas. En otros tiempos, la guerra por la sucesión y los desórdenes habrían causado estragos, pero la situación era demasiado grave para añadir la anarquía a la debacle. El miedo mantuvo unidos tanto a los miembros del Consejo como al pueblo.

El flujo de refugiados de los campos circundantes no cesaba. El ejército ávaro proseguía su avance, ocupando y requisando todas las tierras cultivables al oeste de la ciudad. «¿Cómo sostendremos el sitio?», se preguntaba Nicetas. Ese año el trigo de Tracia alimentaría a los jinetes de las estepas. En cuanto al de Asia, tan cerca, se lo quedaban los persas de Sharvaraz. ¿Y el de África? Demasiado lejos. Si enviaban barcos a aprovisionarse a Cartago, tardarían meses en volver. Demasiado tarde. Además, era prioritario que permanecieran en las inmediaciones de Constantinopla. Los persas habían empezado a construir una flota. Lo más probable era que el Jabalí Real no tuviera intención de enviarla contra la ciudad, pero era el mejor modo de inmovilizar al grueso de la armada romana. Una idea brillante, digna de él. Gracias a sus maniobras, a su talento como negociador, casi parejo con su genio militar, nunca habían caído tantos enemigos sobre Constantinopla al mismo tiempo ni la ciudad había estado tan falta de todo.

Seguramente, tampoco ignoraba el desastroso estado de las murallas, pensaba Nicetas, a quien se había confiado la ardua tarea de repararlas con urgencia. El primo del desaparecido emperador y tío oficial de la futura emperatriz Epifanía bebía menos. Se embrutecía con aquella obra titánica, esperando olvidar de ese modo a la mujer que se había ido para no volver. Sin embargo, aunque reclutaba a todos los desocupados que vagaban por las calles y, haciendo uso de su autoridad, les imponía una disciplina férrea, las obras no avanzaban lo bastante deprisa.

«Estas malditas fortificaciones siguen llenas de brechas», constataba mientras las recorría de arriba abajo. Lo esencial de la defensa se concentraba en el flanco oeste, el único que unía la capital al continente, por donde inevitablemente se lanzarían los ávaros. Allí, una doble línea de murallas se extendía desde la Propóntide hasta el Cuerno de Oro. La interior, o Gran Muro, tenía fama de ser la más alta del mundo conocido. Contaba con ochenta y seis torres colocadas a intervalos regulares. A una treintena de pasos se alzaba la segunda muralla, más modesta, pero también impresionante, la «muralla exterior», bordeada por un ancho y profundo foso.

Si esa doble línea defensiva hubiera estado intacta, Constantinopla habría podido esperar tranquila la llegada de los ávaros, que se habrían estrellado contra ella indefectiblemente. Pero el temblor de tierra que la había sacudido unos años antes había dejado secuelas: a la altura del barrio de Blaquernas, ni la muralla exterior ni el Gran Muro habían aguantado. Solo quedaban montones de cascotes, que los habitantes de la ciudad habían utilizado para su uso privado. Por esa abertura, el enemigo podía penetrar en la ciudad sin molestarse siquiera en bajar del caballo. Nicetas lo sabía, y seguro que los ávaros también.

Blaquernas. Siempre aquel sitio... Un lugar lleno de recuerdos, escenario de sus amores con la emperatriz. El talón de Aquiles de la ciudad. Pronto quedó claro que no había tiempo para incluir el barrio en ruinas en el sistema de fortificación, ni siquiera para reconstruir las dos murallas detrás de él: Nicetas ordenó dar prioridad a la menor, la muralla exterior. Una decisión impuesta por las circunstancias. Un parche. ¿Bastaría para detener a los ávaros?

Los tiempos en los que una simple sonrisa le ganaba todos los corazones habían quedado atrás. Su brutalidad no tardó en conseguir que lo odiasen: los trabajadores se quejaban del ritmo infernal que les imponía, y amenazaron con dejar que acabara él mismo las fortificaciones con la mano que le quedaba. Para dar ejemplo, hizo ejecutar a diez. Lo odiaron aún más, pero ahora en silencio, y el trabajo se reanudó.

La presencia de Marco le habría sido muy útil. El joven sabía limar asperezas, actuar como intermediario, hablar con el pueblo llano, del que procedía. Nicetas se preguntaba a menudo dónde estaría. «Sin duda, ya en Creta». No se opuso a su partida, pues tenía la esperanza de librar así de la guerra a su protegido. Si era un poco listo, no volvería. Una tarde, Epifanía apareció en las murallas para animar a los trabajadores. Nicetas cometió la

torpeza de mencionar ante ella la posibilidad de que Marco desertara. La joven se puso pálida y tuvo que taparse la cara con el velo.

—Qué cantidad de polvo... —dijo volviendo la cabeza.

Sharvaraz estaba tranquilo. La caída de Constantinopla era cuestión de semanas. Las hordas del gran kan habían cruzado el Muro Largo. Antes de que acabara el verano, el Imperio de los romanos habría dejado de existir. De hecho, ya no tenía emperador. Una trampa magnífica. Una traición, es cierto, como le hizo notar Shahin. «Desde luego —le había respondido él con una sonrisa en los labios—. Pero no nos la pueden achacar». Su hermano asintió de mala gana y salió de la tienda, seguramente para practicar algún ejercicio violento y calmar su impaciencia. O para supervisar el astillero.

Sharvaraz había comprendido que construir una flota era el mejor modo de mantener ocupados a cien mil soldados que llevaban meses inmovilizados, de hacerles olvidar su impotencia, insólita y meramente temporal. Además de evitar que languidecieran —un peligro incluso para un ejército hasta ahora invencible—, esa actividad tenía un sentido práctico que cualquiera entendía: aquellos barcos servirían para pasar a Europa muy pronto. En cuanto la ciudad cayera. Entretanto, inquietarían a los romanos.

Así pues, Sharvaraz tenía sobradas razones para estar satisfecho de sí mismo. Salvo por una pequeñez: la idea de los juegos sangrientos no había sido suya. Por lo que habían averiguado sus espías, tampoco procedía del gran kan. Aquel golpe decisivo asestado al adversario era obra de una mujer. Una esclava. El generalísimo hizo una mueca, y el eunuco que tenía enfrente le preguntó con solicitud si podía hacer algo por él. Sharvaraz no se dignó responder.

No le gustaba la sensación de haber entrado en un juego en el que uno de los participantes parecía estar a su altura. Y saber tan poco sobre él. Siempre se corría el riesgo de ver a los aliados de hoy convertidos en enemigos mortales el día de mañana. Por haberlo ignorado, los romanos estaban a punto de sucumbir. Cuando cayera Constantinopla, cuando los persas pusieran al fin los pies en Europa, los ávaros y ellos se convertirían en vecinos. Tendrían que

entenderse. O, mejor dicho, tendrían que seguir entendiéndose. Sin embargo, apenas sabía nada sobre esa mujer.

Se volvió hacia el espejo que pendía a su izquierda, parte del botín que le había correspondido en Antioquía. Bayan, gran kan de los ávaros, era una marioneta en manos de una esclava. Por eso lo despreciaba su hermano. Una reacción natural, comprensible, pero estúpida. La concubina había manejado aquel asunto con brillantez. En el momento crítico, los romanos estaban sin jefe. Al otro lado del estrecho, detrás de aquellas vetustas murallas, cuyas brechas intentaban en vano taponar, pese a la actual apariencia de unidad, las tensiones irían en aumento: entre Prisco, nuevo «regente» del Imperio, y el general manco. Aquel nido de víboras estaba pidiendo que lo aplastaran. Había que ser mujer para comprenderlo, para saber crear tal situación a base de hábiles maniobras, en las que la astucia se aliaba a la brutalidad. Sharvaraz se miró: los labios azules, como los párpados, los pómulos realzados con carmín, la túnica escotada, que mostraba el delgado pecho. Sí, para saber manejar a los hombres había que ser mujer.

La pequeña guarnición se aburría. Las instrucciones del gran kan eran claras: permanecer en su puesto, no moverse de allí bajo ningún pretexto. Pero ya habían pasado tres semanas. Seguían sin localizar al emperador fugitivo, y de aquí a que lo encontraran... ¡tal vez ya no tuviera imperio que gobernar! Además, por culpa de esas órdenes humillantes, ellos, jinetes relegados al ingrato papel de centinelas, iban a perderse la gran aventura, el asalto final a Constantinopla. Porque ya había regimientos enteros en marcha, con catapultas y fundíbulos, abundantes víveres, tiendas, mujeres, todo lo necesario para sostener un sitio.

Era una situación desesperante. Solo tendría sentido si al final le echaban el guante al maldito Heraclio. El gran kan había prometido una recompensa a quienes se lo entregaran, una recompensa que premiaría generosamente sus esfuerzos. Pero ¿qué probabilidades había de que se presentara allí y se entregara?

La moral estaba baja. Acostumbrados a los espacios abiertos y las carreras interminables, a menudo con el cielo como único techo, los guerreros ávaros se ahogaban en aquel cuerpo de guardia adosado al Muro Largo, que permitía vigilar una de las puertas en ruinas. Estar los veinte allí metidos era inhumano. Con razón había peleas cada dos por tres. Su único desahogo eran las pequeñas partidas de caza que realizaban en el bosque, por turnos, en grupos de tres o cuatro. Ese día, los favorecidos por la suerte se hacían esperar y los demás los maldecían. Estaba anocheciendo. Tenían hambre. ¿Cuándo iban a traer la caza?

De pronto, la silueta de un jinete se recortó en el horizonte. Los rayos del sol poniente impedían al centinela distinguirlo bien. Un poco inquieto, avisó a sus compañeros. Acudieron. En efecto, parecía que solo era uno. ¿Dónde estaban los demás? Avanzaba despacio. En caso de peligro habría venido al galope para advertirles. ¿Estaría herido? Poco a poco, la silueta se fue

definiendo. Sí, era uno de los suyos, montado en su caballejo. Pese a la penumbra, distinguían el puntiagudo casco. ¡No estaba solo! Lo seguía otro caballo, pero este sin jinete. Y detrás se veía algo más. Una sombra, una sombra enorme. También avanzaba, y no era un caballo. No, era un hombre. ¡Un hombre a pie! ¿Qué significaba aquello? El hombre caminaba con dificultad. ¿Dónde tenía los brazos? A contraluz, no parecía más que un tronco moviéndose sobre unas piernas. ¡No, no, tenía brazos, los llevaba echados hacia atrás, atados a la espalda! ¿Sería posible? Aún no se lo creían. Pero un instante después, cuando vieron que llevaba una cuerda atada al cuello, todas sus dudas se desvanecieron. ¡Un prisionero! Su compañero lo traía a rastras a la guarnición.

La ausencia de los demás jinetes, la imponente corpulencia del cautivo... Todo cuadraba: solo podía tratarse de un hombre. El que cientos de ávaros llevaban semanas buscando inútilmente: ¡el escurridizo emperador de los romanos! Quizá los cazadores se toparon con él por casualidad. A tres de ellos les costó la vida, pero el cuarto lo traía. El prisionero debía de estar herido, tropezaba a cada paso. El gran kan había dicho «vivo o muerto». Pero seguro que la recompensa era aún mejor si podía divertirse un rato con él.

Iban a agasajar al afortunado compañero que había capturado semejante presa. Seguro que no le importaba compartir con ellos parte de los beneficios. Lanzaron gritos de salvaje alegría. Dejaron los arcos, corrieron hacia las tinajas llenas de vino y abrieron las puertas del cuerpo de guardia de par en par. ¡La noche iba a ser larga!

A todo esto, ¿quién era el afortunado? Se había subido el embozo del manto y aún no se le veía bien la cara.

Heraclio tuvo tiempo de sobra para evaluar la situación. No se perdió un solo movimiento de los ávaros. Los vio salir del cuerpo de guardia, observarlo desde lejos, excitarse, hablar entre ellos y, por fin, dejar los arcos, agitar los brazos en el aire y aplaudir. Les oyó soltar sonoras exclamaciones de alegría. En su incomprensible jerga bárbara, algunas sílabas se parecían a su nombre. Así pues, lo habían reconocido. Ya no había vuelta atrás.

De vez en cuando lanzaba una mirada al jinete, que tiraba de la cuerda sin contemplaciones. Una mirada aterrorizada. En unos minutos, todo habría acabado. Para bien o para mal. Caminaba con paso inseguro y renqueante. El Muro Largo cerraba todo el horizonte. Los últimos rayos del sol morían sobre esa interminable y siniestra cinta de ladrillos, que le parecía más imponente que nunca. Pero ahí estaba al fin la puerta, casi despejada.

La tenía a solo unos cientos de pasos. Los primeros ávaros ya iban hacia él, sin duda para asegurarse de que no soñaban, de que realmente era Heraclio, el emperador de los romanos. Los vio acercarse: tres habían montado a caballo. Decididamente, aquellos nómadas no sabían usar las piernas. Era lo que esperaba. Detrás de ellos, cinco compañeros suyos, celosos de su iniciativa, se disponían a hacer lo mismo. En su precipitación, ni siquiera se molestaron en ensillar bien el caballo. Uno de ellos montaba a pelo. Estaban exultantes.

El resto, o sea siete hombres, permanecía delante de la garita: se felicitaban unos a otros con breves y estentóreas exclamaciones, fuertes palmadas en la espalda y tragos de vino. Tal vez hubiera más dentro, aunque lo dudaba. Su captura era un acontecimiento lo bastante importante como para que salieran todos a recibirlo. Así que quince. Eran muchos, una barbaridad. Pero contaba con el efecto sorpresa.

Cada vez cojeaba menos. El jinete que lo llevaba atado se volvió, y el emperador le hizo un leve gesto con la cabeza. Los primeros ávaros no

estaban a más de diez pasos. Sus silbidos de triunfo le taladraron los tímpanos. Sus labios murmuraron un imperceptible «¡Ahora!». Al instante, su captor soltó la cuerda con que lo arrastraba y se sacó una pequeña daga de debajo del cinturón. Uno de sus compañeros se había adelantado para felicitarlo con un abrazo: lo apuñaló en la garganta. Al sorprendido ávaro no le dio tiempo a gritar: el jinete ya lo había derribado del caballo, y Heraclio saltó a él. Los otros dos ávaros lo miraron desconcertados. ¿Cómo se las había arreglado para desatarse tan rápido? Por supuesto, no sabían que había tenido las manos libres en todo momento. Su estupefacción los perdió. Antes de que pudieran comprender lo que ocurría, yacían a los pies de sus caballos, destripados de un sablazo.

—¡Hacia la puerta! —le gritó Heraclio a su compañero.

Sus caballos se lanzaron al galope pasando entre el grupo de jinetes que iba a su encuentro, que no se atrevieron a detenerlos.

—¡Ya casi estamos! —exclamó el emperador.

Frente a ellos, el desconcierto era absoluto. Los ávaros que se habían quedado ante el cuerpo de guardia no vieron bien lo que había pasado. Dejaron de gritar de alegría y soltaron las jarras de vino, pero aún no habían echado mano a las armas. Estaban allí plantados, boquiabiertos, como paralizados. Heraclio y su compañero los arrollaron sin contemplaciones y cruzaron la puerta. ¡Estaban al otro lado!

Detrás de ellos, los ávaros intentaban reaccionar. Los jinetes ya habían dado media vuelta para lanzarse en su persecución. Pero les estorbaban sus compañeros, que no entendían lo que había ocurrido y les cortaban el paso. Se oyeron juramentos. Los ávaros se peleaban por los caballos que ya estaban ensillados. En la confusión, hubo un intercambio de golpes, que acabó con tres guerreros en el suelo. Al final, solo quedaron cuatro en condiciones de perseguir a los fugitivos.

Heraclio se volvió hacia su compañero.

—Habéis estado magnífica, majestad.

Nicetas daba órdenes desde lo alto de la muralla exterior. El tramo de Blaquernas empezaba a parecer algo distinto a un montón de escombros. La unión con el resto de la muralla estaba acabada. La parte reconstruida era menos gruesa y un poco más baja, pero ya verían la manera de reforzarla. Con un poco de suerte, disponían de un mes antes de que llegaran los ávaros. En cambio, no podrían reparar la muralla interior, ni volver a excavar el foso adecuadamente. Si, en conjunto, Constantinopla disponía de un sistema de fortificación incomparable, a la altura de Blaquernas era una ciudad normal. Vulnerable.

Nicetas contempló la llanura en pendiente, cada vez más vacía a medida que se acercaba el sitio. Por fin había cesado el alud de refugiados. Ya iba siendo hora. Demasiadas bocas que alimentar. A veces, también manos capaces de manejar armas, afortunadamente. Pronto, los jinetes de las estepas ocuparían aquel espacio vacío, en el que montarían miles de tiendas. Intentaba imaginárselos en aquellas tierras todavía tranquilas cuando dos puntos negros atrajeron su atención. Apenas destacaban en la superficie uniforme de la llanura. Ese día no esperaban ningún explorador de regreso de una misión. ¿Embajadores del enemigo, quizá? ¿Campesinos rezagados? Nicetas envió un soldado a echar un vistazo. Podían ser espías. El soldado volvió una hora después jadeando, excitado. Y le dio la insólita noticia.

Eudoxia tomó una decisión de la que nunca se hubiera creído capaz. Desde que abandonó el palacio imperial, veinticinco años atrás, envuelta en las ropas de una niña asesinada en su lugar y acurrucada en los brazos de una mujer que no era su madre, aquel edificio era un sitio maldito para ella. Nunca había vuelto a poner los pies en él. Estaba unido a demasiados recuerdos insoportables, demasiados fantasmas, demasiado dolor. Si vivía en el antiguo palacio de Narsés no era ni por comodidad ni por capricho. Si de ella hubiera dependido, el sitio en el que apresaron a sus hermanos y hermanas para llevarlos a la muerte, el sitio del que ella misma escapó de milagro, hubiera sido arrasado. Desde su regreso de Santa Catalina, la simple vista de aquel palacio bastaba para sumirla en un estado de terror. Sin embargo, quiso entrar en él con Heraclio.

La pareja imperial se había abierto paso entre la muchedumbre en estado de trance. Una muchedumbre que los aclamaba, que celebraba el milagro. Ninguno de los dos habría sabido decir qué había hecho, qué había dicho ni a quién. Sergio, Prisco, Pedro... ¿habían salido a su encuentro? Era posible, pero todo aquello tenía los difusos contornos de un sueño. De pronto se vieron en los aposentos del emperador. Este hizo salir a todos los sirvientes que se arremolinaban en torno a ellos en un tono que no admitía réplica y que sorprendió a más de uno.

Estaban solos. Eudoxia miró a su alrededor. En la habitación apenas había nada. Una pequeña cama ocupaba el fondo. Se preguntó qué aspecto tendría con aquellos ropajes bárbaros, aquella larga trenza y el cuerpo cubierto de mugre. Tenía ganas de que la tomara en sus brazos. Pero cuando se acercó, lo detuvo.

—Todavía no.

La imagen de Nicetas le vino a la mente. Nunca había estado con ningún otro hombre. Durante todos aquellos sombríos años había permanecido fiel al

deslumbramiento que le produjo Nicetas aquella noche, en aquel monasterio perdido, a la promesa que se hizo entonces de entregarse a él y ser solo suya. Ni las decepciones, ni el desgaste ni el tiempo habían conseguido que faltara al voto de aquella muchacha. Hacía solo unas semanas, aún creía amarlo. Nicetas no había tenido la vida que merecía. Era desgraciado... Eudoxia no quería ver que su desgracia también la condenaba a ella a no ser feliz. No se atrevía a confesarse que Nicetas la había arrastrado en su desesperación, que la vida le parecía tan pesada porque para él era un fardo insoportable, que tenía los sentidos como embotados, que estaba prematuramente cansada de todo porque él ya no sentía ilusión por nada. Heraclio acababa de demostrarle que su cuerpo aún era capaz de vibrar. Dentro de ella había una mujer, una mujer que aún era joven.

Durante aquellas tres semanas habían vivido en casta intimidad. El coloso la protegía, pero no se atrevía a intentar nada. Sin embargo, Eudoxia sentía su deseo, el húmedo calor de sus palmas cuando la aupaba a la silla, su respiración súbitamente agitada, el rubor de su rostro; le vio bajar los ojos cuando ella se desnudaba para cambiarse de ropa detrás de un arbusto. Y su delicadeza le gustó. Una sensación dulce e inesperada se había apoderado de ella. Esas tres semanas de peligros mortales fueron tres semanas embriagadoras. Poco a poco, sus penas, sus angustias, su amargura se desprendían de ella como películas de piel quemada por el sol que ceden el sitio a una epidermis nueva. Las ganas de ser feliz volvían a ella. Había bastado la mirada de un hombre.

Su único temor era que aquel maravilloso estado no durara. Ni las flechas de los ávaros le parecían tan temibles como el hecho de pronunciar una palabra que rompiera el frágil equilibrio de su felicidad. Así que nunca la mencionaban. No se permitieron el menor gesto. A ella, esa incertidumbre le venía bien: aún podía creer que se lo había inventado todo y estremecerse, antes de que él la tranquilizara con una mirada.

Pero una vez consiguieron cruzar el Muro Largo y deshacerse de sus últimos perseguidores ávaros, un deseo enloquecedor se apoderó de ellos. Habían sobrevivido a la matanza y a la persecución. Solos en aquel cuarto, por fin fuera de peligro, solo los escrúpulos de la emperatriz impidieron que sucumbieran.

Ella le agradeció que no esgrimiera su condición de esposo y señor, que no le recordara que le debía obediencia. Heraclio se apartó suavemente de ella sin un reproche, y también sin fingir una indiferencia que quizá la habría herido más que si la hubiera tomado por la fuerza.

Eudoxia se había puesto seria. Era feliz, vivía una especie de segunda juventud, pero pensaba en su hija, que podría, que debería conocer la misma felicidad. Heraclio le insistió para que le dijera qué le pasaba.

—Epifanía no se casará con Prisco —murmuró como para sí misma.

Volver de vez en cuando a Ctesifonte casi se había convertido en un placer. Una jornada de marcha desde Dastagerd, que bajo aquel sol de primavera podía ser agotadora pero que, con el paso de los años, iba pareciéndose cada vez más a un desfile triunfal, lo que compensaba casi todas las incomodidades.

Cosroes observaba al pueblo apelotonado a lo largo del camino. Acababa de pasar diez días en la capital y ahora regresaba a su palacio favorito. Su comitiva avanzaba lentamente. Toda la corte, miles de sirvientes, guardias, cientos de carruajes y, en medio de aquel gentío, su litera de viaje. La más cómoda de todas: cubierta, amplia, silenciosa... Un dormitorio móvil.

Su estancia en Ctesifonte había ido bien. Había acudido para presidir una de las grandes audiencias de justicia que se celebraban en la ciudad dos veces al año. En ocasiones así, cualquier persa podía dirigirse a él para presentarle sus quejas. En la gran explanada que se extendía ante el palacio de sus antepasados, Cosroes volvía a convertirse en el juez de su pueblo. Zanjaba disputas a menudo ridículas, conflictos entre granjeros, miserables asuntos de adulterio. Escuchaba las quejas, consolaba, castigaba... Se humanizaba. Casi un alivio. A veces le presentaban litigios más graves. Había personajes importantes implicados. Durante esas sesiones excepcionales, incluso él mismo podía estar implicado, en teoría. Eso ocurrió los primeros años, cuando acababa de llegar del exilio y su poder no estaba totalmente asentado. Cuando aún había mucha gente que recordaba haberlo visto huir de uno de los generales de su padre. Ahora ya no.

Ahora el pueblo lo aclamaba. El largo cortejo atravesaba los últimos barrios de Ctesifonte, los más desfavorecidos. El rey de reyes miraba a aquellos hombres y mujeres que se apretujaban para poder verlo: eran pobres pero parecían felices. Ya no se morían de hambre, y le estaban agradecidos. Les había traído una abundancia desconocida, los había liberado en buena

medida del miedo al mañana, del estómago vacío, del vientre estéril. Aquellas sonrisas, aquellas manos que se agitaban a su paso, aquellos gritos de alegría eran obra suya. El resultado de su audaz política. Las riquezas afluían hacia Ctesifonte desde las provincias romanas conquistadas. Trigo, cebada, vino, parte de lo cual se repartía entre el pueblo de la capital, como había visto hacer antaño en Constantinopla. Un medio eficaz de asegurarse una sólida popularidad.

Notó que una sombra cubría su litera. Ordenó que levantaran la cortina de la derecha. No se equivocaba: la inquietante silueta se recortaba en el horizonte y ocultaba el sol naciente. La llamaban la «Fortaleza del Olvido». Se alzaba a las fueras de la ciudad, a la que aplastaba con su oscura mole. Era un recordatorio de su poder, la prueba palpable de que, incluso ausente, incluso desde Dastagerd, seguía reinando en la capital. De aquellos muros sin ventanas, gruesos y mudos, no se salía jamás. Allí desaparecían poco a poco el cuerpo, el nombre y la gloria. La Fortaleza del Olvido era la muerte de todo lo que había sido un hombre. El general cuyo nombre ya no se podía pronunciar había acabado sus días allí, después de que el gran Narsés lo derrotara y se lo entregara a Cosroes.

Sus ojos se entrecerraron unos instantes. La Fortaleza del Olvido ya no recibía a nadie. Ahora el rey de reyes no tenía enemigos. De todos modos, cuando Sharvaraz tomara Constantinopla, puede que encerrara allí a Heraclio, emperador de los romanos.

Sharvaraz... Su nombre sonaba entre las aclamaciones de la multitud. Casi tanto como el del rey de reyes. Era comprensible. Mandaba los gloriosos ejércitos persas. Cosroes respiró el aire aún fresco de la mañana, volvió a mirar los radiantes rostros que lo rodeaban y ahuyentó las ideas que amenazaban con enturbiar la felicidad de ese momento.

Cuando terminó la primera reunión del Consejo celebrada tras la vuelta del emperador, Sergio y Nicetas se quedaron con él. Acababan de explicarle la situación, que, como esperaba, era catastrófica: los persas incluso se habían animado a construir barcos. En cuanto a los ávaros, nadie sabía mejor que él que controlaban gran parte de Tracia. A lo sumo en un mes, atacarían Constantinopla, y solo tenían unas decenas de miles de soldados, reclutados a toda prisa y mal entrenados, para enfrentarse a ellos.

Las noticias, que tres semanas antes lo habrían anonadado, le hicieron sonreír. «Tiemblan —se dijo—. Están protegidos por murallas y tienen armas, y tiemblan». Nunca se había sentido tan fuerte. Los combates venideros no le asustaban, aunque fueran de uno contra diez.

—Supongo que no habéis traído de vuelta el oro que os llevasteis al Muro Largo... —le había espetado Prisco nada más entrar en la sala.

Heraclio respondió a ese ataque, como a todos los que siguieron, con la mayor calma. Era mejor no precipitarse. No, contra Prisco emplearía las armas de Prisco: la paciencia, el disimulo y la astucia. Una lección que debía agradecerle al gran kan.

En consecuencia, siguió empleando un tono de lo más cortés con el generalísimo. Habría podido acusarlo de haberlos empujado deliberadamente a una trampa, de haberse puesto de acuerdo con los ávaros para hacerlos desaparecer. Pero se guardó mucho de reprocharle nada. Incluso consiguió, no sin esfuerzo, mostrar la actitud tímida y titubeante que había adoptado con él desde su ascenso al trono. De modo que escuchó sus consejos con el mayor respeto, como si el título de regente que se había otorgado el general durante su ausencia siguiera haciendo de él la primera personalidad del Estado. Pero en cuanto se marchó, seguido de Pedro y de la escolta que lo acompañaba a todas partes, incluso a la gran sala del palacio imperial, Heraclio se volvió hacia el patriarca y su primo, y con la voz firme de antaño declaró:

—Hay que eliminar a Prisco cuanto antes.

Sergio lanzó una mirada inquieta a sus espaldas. Tras una breve duda, Nicetas dio rienda suelta a su desconcierto:

—¿Te has vuelto loco? Un día le ofreces la mano de Epifanía, ¿y al siguiente te quieres deshacer de él?

—Prisco es un peligro —admitió el patriarca—. Ya sabéis que no me hago ilusiones respecto a él. Pero sigue siendo indispensable.

Heraclio se había levantado y caminaba alrededor de la gran mesa de roble situada en el centro de la sala.

—Pero ¿es que no lo entendéis? Y eso que sabéis lo que se nos viene encima... Se acabaron las expediciones lejanas, las batallas de las que solo nos llegaban ecos distantes... Esto es la guerra. Aquí, ante nuestras puertas. Ya no hay escapatoria posible. Va a empezar el gran combate. Un combate a muerte.

—Lo sabemos, primo.

—Pero no sabéis lo que significa. Os limitáis a temblar como viejas.

Nunca les había hablado en ese tono. Por un instante, viendo la cara de perplejidad de Nicetas, se arrepintió de haberlo hecho. Lo último que deseaba era herirlo.

—Sois injusto, majestad.

—En efecto, Sergio —dijo Heraclio voz más suave—. Sobre todo contigo. Fuiste tú quien me dijo que nunca perdiera la esperanza y me salvó de la deshonra cuando quise marcharme a Cartago. Soy consciente de ello. Así que perdóname. Pero tenéis que comprenderme: para la batalla que se anuncia, es necesario que la ciudad esté más unida que nunca. Es necesario que todos vayamos en la misma dirección. Y para señalar esa dirección hará falta un jefe, uno solo, cuya autoridad no sea discutida constantemente por los descontentos y los envidiosos.

—¡Lo único que conseguirás será provocar el caos, Heraclio!

El coloso esquivó la mirada de su primo. Tras la definitiva derrota de Prisco ante Sharvaraz, Nicetas fue el primero en animarlo a deshacerse de él. ¿Qué había pasado desde entonces? ¿Por qué se mostraba tan prudente ahora? La respuesta que le vino a la mente de inmediato hizo que se sintiera incómodo. «Nicetas lo sabe». Tarde o temprano tendría que darle una explicación, aunque le daba más miedo que enfrentarse al ataque de dos ejércitos. «Más adelante. Arreglaremos ese asunto más adelante. No es el momento. Todavía no».

—El general Nicetas no se equivoca, majestad —terció Sergio—. Prisco es muy querido. Y vuestra ausencia aún lo ha reforzado más. El ejército le es totalmente leal. Y, gracias a Pedro, la guardia imperial también. Sería muy imprudente atacarle, si es que eso es posible. ¿No estabais decidido a convertirlo en vuestro heredero?

«¡Antes! —se dijo Heraclio—. Antes de que entendiera que no estaba condenado a soportarlo todo, antes de que volviera a sentirme vivo».

Había vuelto a pasearse por la sala a grandes zancadas, resoplando como un toro furioso. Los otros dos lo miraban con preocupación.

—¡Se acabó Prisco! —tronó deteniéndose ante ellos—. No te lo dice tu amigo Heraclio, patriarca, ni tu primo, Nicetas. Os lo dice el emperador. Y mi voluntad de emperador es que, cuando los ávaros lleguen al pie de nuestras murallas, no haya junto a mí ningún hombre capaz de apuñalarme por la espalda.

—Pero... —quiso objetar Nicetas.

—Así que Prisco desaparecerá. Y con él —añadió Heraclio volviéndose hacia su primo—, todos los que no me ofrezcan su apoyo incondicional.

El silencio volvió a caer sobre la gran sala. El emperador miraba fijamente a sus dos interlocutores, y uno y otro acabaron bajando los ojos. Pero Nicetas teñía el puño ostensiblemente cerrado sobre la mesa. Pura hostilidad, porque en el fondo estaba de acuerdo con él. Exasperado, Heraclio recurrió a un argumento que habría preferido evitar:

—¿De verdad quieres que se case con Epifanía?

Nicetas palideció. Alzó hacia él unos ojos en los que brillaba un odio intenso, pavoroso.

—Muy bien, estaré contigo —cedió de mala gana.

—¿Cómo os las arreglaréis, majestad? —preguntó Sergio con su aflautada vocecilla—. El generalísimo es el hombre mejor protegido del Imperio.

—Y no por soldados del montón —confirmó Nicetas—. Se ha reservado a los mejores. Hombres aguerridos que se lo deben todo y están dispuestos a morir por él.

—Desde el punto de vista práctico, suponiendo que consiguiéramos eliminar al generalísimo, majestad, necesitaremos el apoyo del ejército. ¿Obedecerá a los asesinos de su ídolo?

El rostro de Heraclio se ensombreció. Todas aquellas objeciones... Las reticencias de Sergio, el odio que había visto brillar en los ojos de su primo... ¿Se había equivocado? La euforia de su regreso, ¿se acabaría desvaneciendo? ¿Volvería su vida a tomar el mismo derrotero asfixiante y estéril de antaño?

Se sumió en pensamientos inquietantes. Su arrebató no podía quedar en nada, la energía que había vuelto a sentir, después de que permaneciera aletargada en lo más profundo de su ser durante todos aquellos años, no podía agotarse tan pronto. No, esta vez no se dejaría manejar. Con esfuerzo de voluntad, consiguió calmar su angustia poco a poco. Sus facciones se relajaron.

—El gran Narsés también era el ídolo de las legiones.

—¿Quieres convertirlo en generalísimo cuando te lo traiga Marco? —rezongó Nicetas—. Si es que...

El emperador no le dejó acabar.

—No. Solo estaba pensando que las tropas no protestaron cuando decidió hacerse monje.

Se encontraron en la muralla recién reconstruida frente a Blaquernas. Había anochecido. La pálida luz de la luna iluminaba los tejados hundidos del barrio en ruinas. En el suelo aún se veían las herramientas de los obreros y piedras a medio tallar. Nicetas las miraba rumiando ideas amargas, cuando de pronto alzó los ojos y la vio: estaba allí, a apenas cinco pasos de él, envuelta en una larga capa, sola. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Desde su milagroso regreso, no habían vuelto a hablar. Él ya no tenía a Marco para hacerle llegar sus mensajes. Y ella... no parecía tener mucha prisa en reanudar el contacto. A Nicetas le dolía, pero se negaba a interpretarlo como algo más que la consecuencia inevitable y pasajera del trauma que había sufrido en el Muro Largo. La verdad, implacable, se le mostraba por momentos, pero él la rechazaba violentamente. «No ha cambiado nada, nada».

Por fin, el día anterior, la fiel Irene había ido a verlo. Su señora estaba dispuesta a encontrarse con él en las murallas de la ciudad a la caída de la noche.

Nicetas se acercó.

—¿No querías que nos viéramos en nuestra pequeña iglesia?

Ella no le respondió de inmediato. No podía verle la cara. Cuando al fin habló, su voz carecía de naturalidad.

—Quería ver las obras. Inspeccionarlas. Habéis hecho un buen trabajo, general.

—¿General? —balbuceó Nicetas.

El corazón le dio un vuelco. Sintió que le fallaban las piernas y quiso cogerle la mano. Ella la retiró de inmediato.

Se había levantado un poco de viento procedente de la Propóntide, que empujaba las escasas nubes que salpicaban el cielo. Cuando una de ellas pasaba ante la reluciente media luna, la muralla se sumía en una oscuridad

casi absoluta. Se veían las primeras antorchas de los centinelas, pero a unos centenares de pasos. Nicetas les había prohibido acercarse al tramo de muralla en el que se encontraban. Eudoxia y él guardaron largos minutos de silencio.

Las nubes acabaron abandonando el cielo, la luna reapareció en su pálido esplendor y Nicetas sintió que sus rayos lo atravesaban de parte a parte. Estaba en el infierno; sus peores miedos cobraban forma. Pero no se decidía a hacer las preguntas que le quemaban en los labios. Le habría gustado que aquel silencio no se rompiera nunca, que no se pronunciara ninguna palabra irremediable.

—He venido a pedirte algo —murmuró ella con esfuerzo.

—¡Todo lo que quieras! —exclamó él de inmediato casi a su pesar, como impulsado por un resorte.

Eudoxia suspiró.

—Dejad que me vaya.

Él la miró como si no comprendiera, y luego exclamó:

—¡No puedo!

—Os lo suplico...

—¿Qué pasó allí? —le preguntó Nicetas con voz opaca. Y, como no respondía, le espetó—: Me has traicionado.

De pronto, Eudoxia avanzó hacia él, y por primera vez vio sus ojos en la oscuridad. Tenían un brillo triste.

—¡No, fuiste tú quien me traicionó a mí, Nicetas! —le gritó—. Fuiste tú quien no supo luchar, quien quiso huir, huir de mí, quien quiso morir, abandonarme. Fuiste tú quien dio la espalda a la felicidad que nos habíamos prometido el uno al otro, a la vida que nos prometimos. Fuiste tú quien me traicionó. Tú me abandonaste. Cinco días después de sacarme de Santa Catalina, me abandonaste. Me diste cinco días de felicidad. ¡Cinco días en diecisiete años!

Aquella cólera tanto tiempo reprimida, que caía sobre él de pronto, lo dejó boquiabierto. Ni siquiera cuando Eudoxia se calló, supo qué contestarle. Estaba atónito.

—Nunca me has perdonado, Nicetas —añadió ella.

—¿Perdonarte qué? —balbuceó él con cara de asombro.

—Si después de acabar con Bonoso hubieras marchado sobre Constantinopla, si...

—¡Calla!

—¡No, déjame acabar! ¡Tienes que oírme! Si no hubieras acudido a salvarme a Santa Catalina...

Nicetas quiso tapparle la boca con la mano, pero ella lo evitó apartándose con rapidez. Él se tambaleó.

—¡Sin duda hoy serías emperador, Nicetas! ¡Sí, serías emperador! —la oyó gritar en la oscuridad—. Júrame, si te atreves, que nunca me has culpado. Júrame que nunca te has arrepentido de tu generosidad.

Nicetas se estremeció, consternado. Las lágrimas resbalaban por su ardiente rostro. ¿Tendría el coraje suficiente para volver a levantarse algún día? ¡Ojalá el mundo desapareciera a su alrededor! ¡Ojalá aquella noche fuera la última! ¿Cómo iba a soportar vivir una hora más?

—No tuvimos suerte —murmuró la emperatriz con voz más suave, y posó la mano en su hombro tímidamente.

Nicetas sintió que su corazón volvía a llenarse de esperanza.

—Pero ahora quizá podríamos... —dijo, y agarró aquella mano que no había tocado desde hacía semanas.

—Es demasiado tarde, Nicetas.

Era cierto. Al notar el temblor que agitaba su mano, que había tenido la bondad de no retirar, Nicetas comprendió cuánto le había costado pronunciar esas palabras.

—Es demasiado tarde. Perdóname.

—No, perdóname tú a mí —le respondió con una voz un poco más firme—. La culpa de que sea demasiado tarde es mía, solo mía, lo sé.

Un suspiro escapó de aquellos labios que nunca volvería a besar. Eudoxia esbozó una sonrisa.

—Hay algo más, Nicetas. Necesito... ¿Me das permiso...?

No se atrevió a acabar la frase. Pero, por la mirada de Nicetas, vio que la había comprendido y esperó ansiosamente su respuesta.

El rostro devastado de aquel hombre, cuya belleza recordaba, seguía vuelto hacia ella, mudo, obstinadamente mudo. ¡Si él supiera lo que estaba sufriendo desde que se habían encontrado! Había pasado mil agonías, mil veces había estado a punto de renunciar, de estrecharlo en sus brazos, de consolarlo, de ceder a aquel pasado al que aún la unían lazos inextricables. Nicetas no pudo pronunciar la palabra que esperaba de él, pero, al cabo de unos instantes, Eudoxia vio que cerraba los ojos y asentía con la cabeza.

El sacristán de Santa Sofía esperaba en lo alto de la escalinata de la basílica. Se había puesto sus mejores galas: el generalísimo Prisco no se casaba todos los días. Hasta el último momento, había temido que el patriarca exigiera que el clero renunciara al lujo para no provocar la hostilidad del pueblo hambriento. Pero, para su gran satisfacción, Sergio parecía decidido a dar todo el esplendor posible al acontecimiento. Por iniciativa suya, incluso habían sacado las reliquias más valiosas en sus relicarios de oro y marfil. Su última instrucción, que no le había dado hasta la tarde anterior, era la única que iba en el sentido de la sobriedad.

Su misión como sacristán era sencilla: recibir al generalísimo, abrirle las puertas de la basílica y llevarlo junto a su prometida. Le halagaba que hubiera pensado en él. Por lo general, el patriarca se mostraba un tanto desconfiado con su persona. Sin embargo, al final sería él quien recibiría al heredero del Imperio. Le daría la mala noticia cuando estuvieran en el interior de la basílica. No antes. Su Santidad había insistido en ello: «Dentro». De todos modos, no era cuestión de estropear la llegada del generalísimo.

Efectivamente, fue grandiosa. Prisco llegó por la mayor avenida de la ciudad, que apenas bastaba para dar cabida a su séquito: amigos, sirvientes y guardias se apretujaban a su alrededor. «Hete aquí al verdadero emperador», se dijo el sacristán. El generalísimo tenía un aspecto magnífico. Montaba una yegua impresionante, escoltado por una decena de jinetes cuyas armas relucían. Le habían teñido el pelo; nadie le habría echado sus sesenta años largos. Su inmaculada túnica estaba adornada con piedras preciosas. Cuando saludaba a la multitud, los brazaletes de oro tintineaban en sus brazos. Detrás de él se exhibían las enseñas que había arrebatado al enemigo, pintadas de nuevo para la ocasión. Cuando tras bajar del caballo con agilidad se encontró ante el sacristán, este comprobó que olía a canela y almizcle.

—¡Excelencia! ¿O debería decir «majestad»? —le susurró con su voz más melosa doblando el espinazo y observando con avidez la reacción de su interlocutor.

—Vamos, levántate, vas a mancharte el traje... ¿Piensas deleitarnos con unos versos de circunstancias?

El sacristán tenía reputación de poeta.

—Pues veréis, sí, en efecto, pensaba aportar mi modesta contribución, pero es una sorpresa. Así que, si sois tan amable...

—Si es una sorpresa... —dijo Prisco riendo, y le dio una calurosa palmada en la espalda—. Cuenta conmigo para guardarte el secreto.

—¡Oh, me hacéis un gran honor! Vos...

—Pero secreto por secreto —lo interrumpió el generalísimo—. Ya que has tenido el privilegio de participar en los preparativos, dime, ¿cómo se presentan las cosas?

Al hacerle la pregunta, había fijado unos ojos repentinamente serios en los del sacristán.

—¡En fin, excelencia, ya lo veis! —respondió el hombrecillo con entusiasmo—. ¡Con los mejores auspicios! Vuestra llegada ha sido magnífica. La ceremonia no lo será menos. A decir verdad, no veo la hora de que empiece. Qué increíble, qué sublime...

—Sí, sí, será un gran momento —lo interrumpió una vez más Prisco, que se echó a reír de nuevo. Luego se volvió—. Pedro, acércate —ordenó.

El armenio avanzó con cara seria.

—Espérame aquí con tus guardias. Al menor ruido sospechoso, os abalanzáis dentro.

—¿No os acompaño?

—No es necesario. Si detrás de esa puerta hubiera unos asesinos esperándome, ese cretino se habría delatado diez veces. —Pedro quiso insistir. Prisco lo contuvo con un gesto—. Sé bueno, Pedro. Aquí mando yo. No lo olvides. Nada de hombres armados en el interior de una iglesia. Es la costumbre. Si tenemos motivo, evitemos incumplir las reglas que respetan los imbéciles.

Cuando las pesadas puertas de Santa Sofía se cerraron a sus espaldas, el generalísimo buscó a su futura esposa con la mirada y se quedó sorprendido al no verla. Bajo la gigantesca bóveda, solo deambulaban unos cuantos monjes con la capucha bajada. El contraste entre la agitación de las calles y aquella silenciosa inmensidad era impresionante. Su primer instinto fue salir y llamar

a sus hombres. El miedo al ridículo lo contuvo: el ambiente era lúgubre, pero en absoluto amenazador.

—Pues veréis: ayer noche, excelencia, la princesa Epifanía no se sentía muy bien —le explicó el sacristán—. Hubo que renunciar a celebrar la ceremonia en un lugar tan...

—¿Pero de qué estás hablando?! —exclamó Prisco agarrando del hábito al hombrecillo.

El sacristán se debatió.

—¡No, no! ¡Por compasión, excelencia!

—¡Explícame qué significa esto! —le ordenó Prisco sujetándolo con más fuerza.

—Únicamente que la princesa deseaba casarse en un lugar más íntimo, menos imponente —gimoteó el desventurado.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—¡No queríamos estropear la llegada de vuestra excelencia! Una boda en Santa Sofía impresiona mucho más al pueblo... No sabrá que en realidad se ha celebrado en la capilla del palacio imperial. Por compasión...

—¿La capilla del palacio imperial? ¿Ahí es donde me espera?

Aliviado, Prisco soltó al jadeante sacristán. No había por qué alarmarse. La joven Epifanía aún no era más que una niña. La solemnidad de la basílica la intimidaba. ¿No era comprensible?

—¿Tiene previsto al menos la princesa aparecer a mi lado ante la multitud?

—Se ha comprometido a hacerlo, excelencia. Después de la ceremonia. Después de que hayáis jurado cuidar de ella. La pobre niña está aterrorizada, ¿sabéis?

—Sí, sí, lo comprendo.

La basílica de Santa Sofía y el palacio imperial estaban comunicados. Prisco y el sacristán tomaron una galería que pasaba por un claustro, al que el ruido de las calles llegaba muy atenuado. Como hombre de buen gusto, el generalísimo apreció la maravillosa paz que reinaba en aquel sitio, pese a estar en pleno corazón de la ciudad. Entre las columnas salomónicas del peristilo se veía un jardín de armoniosas líneas. En el centro, una fuente formada por varias pilas superpuestas refrescaba solo con el ruido del agua que se derramaba de la una a la otra. La de abajo era un pilón ancho y profundo, cuya superficie turquesa invitaba al baño. «Pronto, todo esto será mío —se dijo el generalísimo—. ¡Al fin!».

¡Cuántas vueltas y revueltas para llegar a aquello! Cuántos combates, cuántos miedos, cuántas traiciones... Varios mundos parecían haberse hundido en la nada desde que Prisco tomó las armas bajo las órdenes de un general llamado Mauricio. Ese general se convirtió en emperador. Un reinado feliz, incluso brillante, juzgado con la perspectiva que daba el tiempo, pero que acabó de una forma tan inesperada como brutal. Un oscuro centurión revistió la púrpura. Mató a muchos y murió a su vez, como murieron los principales compañeros de todos esos emperadores: Narsés, Bonoso, Heraclio padre... Todos muertos, o desaparecidos. Solo él seguía allí, solo él había sobrevivido a todo, escapando de las fatídicas redes de las revoluciones, las purgas, las venganzas... Prisco el Indestructible. El favorito de todos los señores de Constantinopla desde hacía cuatro décadas, siempre tan cerca del trono, pero siempre al pie del trono. ¿No iba siendo hora de que lo ocupara él?

Prisco sonrió al ver el patio al que daba la capilla del palacio. Todas sus estratagemas, sus cambios de bando, sus falsas promesas llevaban a aquella consagración, a aquella boda con la hija única de la pareja imperial, a aquel enlace que en realidad era una coronación anticipada. El generalísimo ya era emperador de hecho. Pronto lo sería de derecho.

Con su ingenuo entusiasmo, el sacristán había terminado de ponerlo de buen humor.

—¿Desea vuestra futura majestad oír los versos que he compuesto en su honor?

—¿No deberías esperar al menos a que empiece la ceremonia, mi buen sacristán? Además, creía que tu poema era una sorpresa...

—Es verdad, es verdad, pero vuestra excelencia podrá comprobar que la admiración que provoca, como la que produce la persona que lo inspira, puede renovarse varias veces. Para seros sincero, temo que una sola escucha no os permita apreciar todos los detalles. En concreto, hay una comparación, quizá un poco atrevida, entre vos, un león, un águila y el rey David...

—¿Todo a la vez?

—Justamente, toda la originalidad y la dificultad de los versos radica en eso. Vedlo por vos mismo.

Y, sin más preámbulos, el sacristán empezó a recitarlos con cara de inspiración. Sus manos acompañaban las palabras con grandes movimientos giratorios destinados a subrayar sus sutilezas: en cada expresión que le parecía especialmente rebuscada u original, se inmovilizaban en el aire, a la espera de una palabra o un simple gesto de aprobación del generalísimo.

—¡Formidable! ¡Formidable! —exclamó varias veces Prisco, que, aunque halagado, apenas podía contener la risa.

Su regocijo no cesó hasta el momento en que vio el interior de la capilla.

—¿Dónde está la princesa?

Solo había hombres armados, y en medio de ellos estaban el emperador, su primo y el patriarca.

—¿Dónde está la princesa? —repitió el sacristán, que parecía aún más sorprendido que el generalísimo.

Sus preguntas chocaron contra un silencio fúnebre.

—Puedes irte, Sergio —dijo al fin el emperador.

El patriarca pasó junto a Prisco sin dignarse mirarlo.

—¿Su Santidad no tiene que casarnos?

—Yo estoy manco, pero tú estás ciego —rezongó Nicetas—. ¿No ves que tu boda no se celebrará?

Instintivamente, Prisco quiso retroceder, pero los soldados lo rodeaban por todas partes. La trampa se cerraba.

—¡Si me matáis, ninguno de vosotros saldrá vivo de este palacio! —Trató de tranquilizarse—. Esto es lo que te propongo, Heraclio: tú me dejas salir y yo te doy tres horas para anunciar tu abdicación. No sufriréis ningún daño ni tú ni tu familia, incluido tu primo. Tienes mi palabra.

—¡Tu palabra! —exclamó Nicetas.

Heraclio le impuso silencio con un gesto seco.

—¿Quién te ha dicho que queremos matarte? —le preguntó.

El generalísimo palideció. De pronto, desenvainó la daga e intentó atacar al coloso, que se había acercado a él. Heraclio, más rápido, le sujetó la muñeca y se la apretó hasta hacerle arrojar la daga gritando de dolor.

—¡De rodillas!

Prisco quiso resistir, pero fue en vano. La poderosa mano que le había triturado la muñeca dejó caer todo su peso sobre su hombro.

—Ahora, baja la cabeza.

Prisco notó una hoja fría en la parte superior del cráneo y se estremeció.

—¿Qué vas a hacer?

El emperador no respondió, pero al cabo de unos instantes el suelo estaba cubierto de hermosos cabellos rizados y perfumados. Prisco comprendió: acababan de tonsurarlo.

Había dejado de forcejear. Lo arrastraron sin dificultad hasta una puerta falsa. Al otro lado, lo esperaba un coche totalmente cerrado.

—Te llevará a Psamacia —le anunció Heraclio.

Al oír el nombre, el generalísimo volvió a poner resistencia.

—¿Psamacia? ¡No, a Psamacia no! ¡No puedes hacer eso!

—Sí puedo. En estos momentos, Sergio está en la escalinata de Santa Sofía anunciando que, impresionado por una revelación inesperada, has decidido hacerte monje. ¡Como el gran Narsés!

Verano

Por un momento, Pedro, que llevaba años al servicio de Prisco, temió por su vida, pero Heraclio tuvo el acierto de nombrarlo jefe de la guardia imperial. Así que el armenio dejó el cuartel en el que se había atrincherado y volvió a sentarse a la mesa del Consejo como si tal cosa. En todas las iglesias, los sacerdotes confirmaron ante su rebaño la historia, relatada por primera vez por el patriarca en la escalinata de Santa Sofía, de la revelación que había conmovido a Prisco hasta el punto de impulsarlo a retirarse del mundo. Durante días, Constantinopla no tuvo otra cosa en la boca. Luego la echó en olvido: los primeros regimientos ávaros acababan de aparecer en el horizonte.

—Los verdaderos problemas empiezan ahora —suspiró Sergio al conocer la noticia.

—Y ahora el único responsable de todo lo que pase soy yo —respondió el emperador, no sin cierta aprensión.

La eliminación de Prisco no había hecho desaparecer a los cien mil persas acampados al otro lado del estrecho, ni disuadido al gran kan de sus disparatados propósitos. Constantinopla seguía estando en una situación desesperada. «¿Cómo he podido olvidarlo?», se preguntaba el emperador, asombrado. Los jinetes ávaros continuaban asolando los campos de Tracia sin que se les opusiera la menor resistencia. ¿Por qué malgastar hombres, cuando se necesitaban tantos para defender la ciudad? Desde las murallas, se veía ascender al cielo el humo de los pueblos incendiados a leguas y más leguas a la redonda. Ese año no habría cosecha, y los graneros ya estaban medio vacíos.

Para el emperador fue un período confuso. Reclamado por mil asuntos, se afanaba en dar órdenes, escuchar los consejos de los unos, atender las quejas de los otros, zanjar discusiones... En definitiva, reinaba. El futuro del Imperio peligraba lo mismo que antes, todos los días debía renunciar a muchas cosas y su margen de maniobra seguía siendo limitado, pero la desesperación que lo

había avasallado durante tanto tiempo se había desvanecido. Se sentía con fuerzas para luchar hasta el final.

A su alrededor, todo era buena voluntad: la emperatriz y la princesa Epifanía intentaban agrupar a las mujeres ociosas en talleres para atender las necesidades de la ciudad en lo relativo a la ropa y las armas. También se las veía a menudo inspeccionando el antiguo palacio de Narsés, que querían transformar en hospital. Sabían que los heridos no tardarían en llenar las innumerables salas. Sergio organizaba el racionamiento de víveres. Conforme a su promesa, la Iglesia había recurrido a sus reservas de dinero y alimentos. Gracias a esos esfuerzos fue posible reclutar y equipar a varios miles de soldados suplementarios. Pedro se encargaba de adiestrarlos. Todo el mundo había comprendido al fin que la situación era grave y procuraba arrimar el hombro. El único que se mantuvo al margen de la movilización fue Nicetas.

Su encuentro con la mujer a la que se empeñaba en llamar Fabia lo había conmocionado, pero tardó en captar el alcance de lo ocurrido. Al principio quiso creer que, en realidad, nada había cambiado. Necesitó varios días para comprender que no había nada más que esperar, que Eudoxia nunca se arrepentiría de su decisión, que aquel estado precario y angustioso era definitivo. Poco a poco, las palabras de la emperatriz, que había oído sin escucharlas, extendieron su sombra fatal sobre su ánimo. Durante algún tiempo consiguió interpretar su papel sin pestañear. Luego, unos días después de la conspiración contra Prisco, se vino abajo.

A cualquier hora del día o de la noche se le podía ver por las calles de Constantinopla borracho como una cuba, tambaleándose de taberna en taberna, gritando, insultando, a veces durmiendo en el suelo. Habían empezado las restricciones, y el vino comenzaba a escasear, pero nadie se atrevía a negarle nada al primo del emperador. Nicetas rumiaba su desgracia, consciente de todos sus errores pero incapaz de enmendarse. «¿Para qué? Mi vida ha acabado», le respondió a Heraclio, que intentó hacerle entrar en razón varias veces, pero al final tuvo que dársela a Pedro, que consideraba a Nicetas un caso perdido.

—Cuando mandaba doce mil hombres, ya le gustaba beber. Después del accidente, la cosa empeoró, pero al menos era lúcido. Un borracho, pero lúcido. Ahora ya no hay nada que hacer: el barco se ha hundido del todo.

Cosroes estaba acostumbrado a las buenas noticias. Ahora casi le aburrían. Pero desde luego esta merecía que se alegrara un poco. Sharvaraz le aseguraba que Constantinopla sería suya antes de que acabara el verano. Los ávaros habían puesto sitio a la ciudad. Las murallas estaban en ruinas y los defensores, poco numerosos, divididos y desmoralizados. Ciertamente, su emperador había conseguido escapar de la trampa que le habían tendido los ávaros, pero ¿de qué autoridad podía gozar un fugitivo que había pasado tres semanas escondido en un bosque? Al oír esta última observación de su generalísimo, el rey de reyes interrumpió al mensajero y le ordenó que le relejera el pasaje. Efectivamente, Sharvaraz había dictado ese desagradable comentario. Frunció el ceño un instante. «Puedes ser un gran monarca, verte obligado a huir y regresar con más gloria que nunca». Sharvaraz debería saber eso, tendría que haberse acordado. El mensajero siguió enumerando las razones por las que Constantinopla podía caer en cuestión de semanas. Todas muy convincentes.

—Entonces, iremos a Rhages —anunció de pronto el rey de reyes en medio el silencio que había seguido a la salida del mensajero.

Nuevo revuelo. Él mismo estaba sorprendido de la frase que había soltado. Llevaba tiempo queriendo hacer esa peregrinación, que posponía desde hacía años. En las últimas semanas, varios consejeros le habían recordado los beneficios que le reportaría. Rhages era el lugar más sagrado de Persia. Allí había nacido el gran profeta Zoroastro y allí era donde se mantenía encendido el fuego original, que nunca debía apagarse. Antes del solsticio de invierno, el Imperio volvería a conocer la paz. ¿No había llegado el momento de ir al santuario predilecto del Señor de la Luz para darle las gracias? Tanto más cuanto que, a diferencia de sus predecesores, el rey de reyes nunca lo había visitado.

La alegría que había sentido al saber que Constantinopla estaba condenada casi le hizo olvidar las incomodidades del viaje, el largo camino que le esperaba. Pero ya lo había dicho; ahora no podía desdecirse. Así que iría a Rhages. Sería una buena cosa. Sus consejeros lo habían dejado claro: antes de que cayera la capital del enemigo, sería conveniente vincular a los sacerdotes a la victoria. Le estarían agradecidos. Y no había que descuidar su apoyo. Sharvaraz volvería. Su lealtad estaba demostrada. De momento, no tenía ningún motivo para pensar que dejaría de estarlo. No obstante, diecisiete años de continuas victorias, la conquista de ciudades inconquistables y la fama de invencible podían cambiar a un hombre. Hacerle olvidar precisamente eso, que solo era un hombre. Al servicio del rey de reyes.

Como cabía esperar, los primeros combates tuvieron lugar en las inmediaciones de Blaquernas. El inmenso ejército ávaro no había acabado de sitiar la ciudad cuando algunos regimientos de su vanguardia ya intentaban tomar el control del ruinoso barrio.

—¡Un mes! —les había dicho Heraclio a sus soldados—. ¡Solo os pido que defendáis Blaquernas un mes!

Era de prever que el barrio, mal protegido, acabaría cayendo, pero pese a la falta de muralla se intentó crear una bolsa de resistencia en la que los ávaros perdieran un número desproporcionado de hombres y, a ser posible, parte de su confianza.

Se alzaron barricadas en todas las calles. Se apostaron arqueros en los tejados: antes de que los dejaran fuera de combate, algunos conseguían acabar con un centenar de enemigos. En las casas abandonadas se ocultaban pequeños destacamentos de infantes de élite que atacaban por sorpresa: también ellos hicieron estragos. Al cabo de una semana, los ávaros tenían que lamentar cerca de un millar de bajas, mientras que las pérdidas romanas solo se contaban por decenas.

Pero el gran kan comprendió el peligro de dejar que las operaciones de Blaquernas se prolongaran y envió allí tropas más aguerridas. Los temibles arqueros ávaros no tardaron en desalojar de los tejados a los romanos, que no podían competir con ellos en destreza. A partir de ese momento, se hizo más difícil sorprender a las columnas enemigas. Las pérdidas aumentaron. Pronto hubo que batirse en retirada. «¡Dieciocho días! Hemos aguantado dieciocho días. No está tan mal», se dijo Heraclio a modo de consuelo.

Aún se luchaba de forma esporádica en algunas calles del barrio, pero las órdenes eran retirarse a la muralla interior. Ahora los ávaros lanzaban al ataque regimientos enteros. Penetraban entre las ruinas y arrasaban con todo lo que aún se tenía en pie. Hubo que evacuar el barrio de Blaquernas. Era un

espectáculo triste. La lucha había sido encarnizada, habían plantado cara a un contingente muy superior durante casi tres semanas, pero al final habían tenido que ceder. Agolpado en el recinto amurallado, el pueblo contemplaba el resultado de tantos esfuerzos. ¿No habían sido inútiles? Los jinetes de las estepas se regocijaban. Sus pequeños caballos pisoteaban un montón de escombros.

Bayan acudió a inspeccionar el lugar. Sus guerreros estaban terminando de derribar los muros y allanar el terreno. La demolición de Blaquernas no tenía ninguna utilidad estratégica. Al contrario, lo prudente habría sido mantener en pie las viviendas para alojar a los hombres cerca de la muralla y ocultar el punto de partida de túneles destinados a socavar las defensas enemigas. Pero la concubina le había aconsejado que enviara un mensaje claro a los sitiados: lo que les esperaba era la destrucción, solo la destrucción.

En teoría, no estaba obligado a escucharla; de hecho tampoco lo estaba a dejarla vivir. No había podido casarse con ella: era una regla que no se podía infringir, ni siquiera por una mujer así. Naturalmente, la realidad era muy distinta: la concubina era mucho más que una esposa. Era una aliada insustituible. Una inspiración.

El día anterior, cuando se quejó de la promesa que había hecho a los persas de entregarles la ciudad una vez la tomara, ella sonrió de un modo que le hizo estremecer. Luego le dijo que no habría ciudad que entregar. Bayan no pudo sostener su ardiente mirada cuando ella le explicó que la Constantinopla que dejarían a los persas no se parecería en nada a la metrópoli que había sido, que no se parecería en nada a una ciudad; que, en realidad, ya no sería más que un nombre condenado al olvido. Una tierra yerma para siempre. Le habló de un gran santuario llamado Santa Sofía, el más hermoso del mundo, según ella. Bayan lo reduciría a la nada, se encargaría de que no quedaran de él más que cenizas, polvo y huesos que el viento no tardaría en dispersar. Se lo hizo prometer. También mencionó un santuario de otro tipo: el hipódromo. Ese, antes de destruirlo, pensaba utilizarlo por última vez. Quería inundarlo de sangre. Organizar en él una batalla naval en la que los barcos flotarían en un líquido que no sería agua, sino el mismo fluido vital de los habitantes de la ciudad. Degollarían a todos los que hiciera falta, miles, cientos de miles, si es que aún quedaban tantos cuando la ciudad cayera. Incluso a él, aquella visión

le pareció una completa locura, e inhumana. Pero sabía que, si esa era su voluntad, se cumpliría.

Nicetas tardó un buen rato en abrir los ojos. Había notado que lo sacudían, aunque no muy fuerte. Que trataban de hablarle. Puede que incluso hubiera intentado responder. Unas cuantas palabras farfulladas, incomprensibles. Ya no se acordaba. Seguramente se volvió a dormir.

Las órdenes se tornaron más bruscas. Pero no demasiado. No se atrevían. Aún se acordaban de quién era. Habría estado bien que se lo dijeran. Todo le daba vueltas, hasta con los ojos cerrados. Náuseas. Un dolor de cabeza espantoso. ¿Por qué querían arrancarlo del sueño, su único refugio?

Consiguió apoyarse en un codo, con los ojos aún medio cerrados. El suelo de la taberna era duro y estaba sucio. Soltó unos cuantos juramentos antes de mirar quién lo había despertado: dos guardias, plantados delante de él, esperaban que se dignara acompañarlos. Vio el desprecio en sus miradas.

Le dijeron, y por su tono comprendió que no era la primera vez que lo hacían, que lo esperaban en el palacio imperial. Suspiró. Otro sermón... ¿No podían dejarlo en paz?

No obstante, los siguió, herido por la cruda luz de la mañana en cuanto salieron de la taberna. Los dos guardias no parecían hacer caso de las maldiciones que les dedicaba. Si no hubieran girado la cabeza de vez en cuando para comprobar que seguía allí, habría pensado que era invisible.

El dolor de cabeza se hizo más agudo cuando vio el imponente palacio imperial, y mientras lo conducían a través de los pasillos empezó a preparar una serie de amargas recriminaciones contra su primo. ¿Con qué derecho iban a insultarlo así en su desgracia? ¿Qué más querían de él? Pero cuando las pesadas hojas de la puerta se abrieron para dejarle entrar en la gran sala del Consejo, se quedó petrificado: Marco estaba allí, enfrascado en una conversación con el emperador y el patriarca.

Bayan alzó la cabeza hacia la cercana muralla y vio a los arqueros romanos en las almenas. Podían haberlo usado como blanco. No. Mientras los ávaros no se acercaran demasiado, se abstendrían de dispararles. Un signo de debilidad: economizaban las flechas. Aún no había empezado el verdadero ataque y ya andaban escatimando.

Aquella parte de las murallas, detrás de Blaquernas, era el punto débil de los sitiados, el único lugar en el que el sistema de la doble muralla ya no existía, un tramo reconstruido a toda prisa, sin foso defensivo, un tramo que se derrumbaría con un buen empujón. No se trataba de concentrar todos los esfuerzos en ese único punto. La concubina —una vez más— había dado instrucciones clarividentes: sería más efectivo obligar a los romanos a desplegar sus escasos efectivos a lo largo de las fortificaciones y desguarnecer de ese modo la frágil muralla interior de Blaquernas.

Otro vistazo a los arqueros de la muralla. Debían de estar muertos de angustia. Sabían lo que les esperaba. Los ávaros no solo poseían la mejor caballería de Europa. Eran el único pueblo de las estepas que sabía mantener un sitio. Ya lo habían demostrado apoderándose de Tesalónica hacía unas décadas. Desde luego, nunca lo habían intentado con Constantinopla. Pero también caería.

Bayan sintió un arrebató de orgullo por su pueblo. Los romanos los llamaban salvajes. Pero unos salvajes no se habrían apeado de sus caballos para sitiar pacientemente una ciudad de un millón de habitantes, no habrían construido torres, catapultas, defensas de madera. Era una gran diferencia respecto a los hunos. O a los jázaros. Bayan hizo una mueca.

Él solo conocía a los jázaros de nombre. Pero su padre, su abuelo y unos cuantos ancianos le habían hablado de aquellos jinetes que los expulsaron de sus tierras ancestrales, del rostro impenetrable de su gran kan, cubierto con una máscara de hierro. Transmitido de generación en generación, el recuerdo

de esa derrota, de esa humillación de su pueblo, le quemaba las entrañas. Y, sin embargo, ¿aquel éxodo no había sido una oportunidad? Los jázaros se quedaron al norte del Cáucaso; vivían con sus rebaños en medio de grandes praderas, las mismas donde los ávaros habían hecho pacer a los suyos antaño. Un día desaparecerían y nadie volvería a acordarse de ellos. Al descubrir Europa, los ávaros habían entrado en la Historia. Y, apoderándose de Constantinopla, dejarían en ella una huella imborrable.

—Pero ¿eres tú, Marco?

Al oír aquella voz familiar, el joven volvió la cabeza y vio a su mentor. Fue hacia él de inmediato. A Nicetas le sorprendió su aire grave. En su rostro no quedaba el menor vestigio de la infancia, que todavía se adivinaba en él cuando se marchó de Constantinopla. En apenas tres meses, parecía haber envejecido diez años.

—¿De regreso de Creta? —le preguntó Nicetas—. ¿Solo?

—Por desgracia, sí, solo, general.

—Tu joven protegido ha hecho todo lo que ha podido —dijo Heraclio en un tono sombrío—. Puedes estar orgulloso de él.

Nicetas supo por Marco que había conseguido localizar al gran Narsés. Una vez desembarcado en Creta, inició sus pesquisas, y no tardaron en hablarle de un estilista que vivía en una desolada zona montañosa. Al cabo de tres semanas de agotadora búsqueda, apareció la columna. Narsés seguía allí. Ahora era un anciano de edad avanzada, con la tez apergaminada y el pelo y las uñas extraordinariamente largos. Sus ojos ciegos ya no se cerraban; sus piernas, horriblemente delgadas, apenas lo sostenían, y sus brazos tenían la fuerza justa para tirar de la cuerda en cuyo extremo de vez en cuando ataban alimentos sus escasos visitantes. Pese a su debilidad, el antiguo general había aceptado regresar con Marco a Constantinopla.

—Pero no ha sobrevivido... —murmuró Nicetas.

—El Señor lo llamó a su seno antes de que llegara a puerto —confirmó Sergio con amargura.

—Fue un viaje agitado —explicó Marco—. Murió hace diez días, cuando pasábamos frente a Delos.

—Entonces, es un fracaso... —concluyó Nicetas.

—Un fracaso —repitió Sergio. El patriarca, tan enérgico habitualmente, estaba derrumbado en su asiento—. Tendremos que arreglárnoslas sin la

ayuda de tan gran estrategia. Que Dios lo tenga en su gloria.

Durante su agonía, Narsés, a quien Marco no le había ocultado nada sobre la desesperada situación de la capital del Imperio, fue presa de una gran agitación.

—Se pasó días delirando —contó el joven, visiblemente afectado por el recuerdo—. Yo no entendía lo que decía. Al final, me agarró el brazo con una fuerza que me sorprendió. Me incliné hacia él para intentar tranquilizarlo, y me susurró una palabra al oído.

—¿Cuál? —le preguntó Nicetas, intrigado.

—Un nombre. «Escipión».

—¿Escipión?

Una sonrisa maliciosa afloró a los labios de Nicetas. ¡Qué ironía! Morir pensando en el mayor general de Roma, el vencedor de Aníbal, en semejante momento, cuando el Imperio estaba a punto de desaparecer...

Desde lo alto de la torre, Heraclio contemplaba la gran llanura que se extendía a los pies de las murallas, cubierta de regimientos ávaros. El inmenso ejército del gran kan había tomado posiciones. El campamento de los bárbaros estaba rodeado de empalizadas. Torres de madera se alzaban a intervalos regulares. Algunos hombres se afanaban en construir catapultas y arietes. En realidad, el sitio aún no había empezado. Blaquernas solo había sido una escaramuza en comparación con lo que se avecinaba. Al este, en la otra orilla del Bósforo, los persas seguían acampados, tan numerosos y amenazadores como antes. La espera no parecía haber debilitado su resolución. El Jabalí Real sabía cómo hacer respetar la disciplina entre sus tropas. Las mantenía ocupadas. Aunque los ávaros representaban el peligro más inmediato, el emperador sabía perfectamente que sin el oro y la alianza con los persas, sin su presencia masiva al otro lado del estrecho, nunca se habrían atrevido a acercarse a Constantinopla. El gran kan solo era un peón en el juego de Sharvaraz.

El desánimo se apoderó de él. Podían hacer mil proezas, defender cada palmo de terreno con uñas y dientes, perder solo un hombre por cada tres enemigos caídos, pero indudablemente llevaban las de perder: ellos eran no tres, sino diez veces más numerosos. También estaban mejor equipados, y mejor alimentados. El tiempo jugaba a su favor. Solo tenían que lanzar un ataque mortífero tras otro y esperar que Constantinopla, agotada, se les rindiera. Había trozos de muralla al descubierto, grupos importantes de soldados acabarían cayendo en trampas, aparecerían brechas que no se podrían taponar a tiempo... Tarde o temprano, la ciudad sucumbiría. Apretó los puños.

Heraclio había confiado en que Narsés llegara a Constantinopla y diera con la solución. Viendo a sus pies la ciudad rodeada, e incapaz de encontrar la forma de aflojar la tenaza, estuvo tentado de entregarse de nuevo a la desesperación.

No paraba de darle vueltas a aquella última y enigmática palabra: «Escipión». ¿Qué quería decir el anciano? Durante el trayecto hasta Cartago, Marco lo puso al tanto de todo. El antiguo generalísimo de Mauricio conocía la desesperada situación de la ciudad y tuvo que meditar al respecto. Nicetas tenía razón: ¡qué cruel ironía, nombrar con su último aliento al vencedor de Aníbal, al hombre que había puesto de rodillas a Cartago y convertido a Roma en la primera potencia mundial!

Cómo le hubiera gustado vivir en aquellos tiempos de imparable ascenso... ¿Por qué había nacido tan tarde, cuando ya no se podía hacer nada?

—Escipión —murmuró maquinalmente—. ¿Por qué Escipión?

Esa noche no bajó de la torre. Sergio, que acudió a hablarle de los problemas del racionamiento, lo encontró sumido en una meditación tan profunda que sus preguntas chocaron con un muro de silencio.

—Ya volveremos a hablar de todo esto mañana —acabó refunfuñando el patriarca antes de desaparecer, un poco inquieto.

Llegó el alba. El emperador no se había movido. Seguía mirando frente a él, con el sol de cara, pues ya empezaba a asomar en el oriente, a lo lejos, más allá de las murallas de Constantinopla, más allá incluso de la Propóntide y los ejércitos de Sharvaraz, acampados en las colinas de Bitinia, hacia un horizonte invisible. Y en sus pupilas había un brillo extraño.

Los miembros del Consejo recibieron con sorpresa la convocatoria para reunirse esa misma mañana, dado que se habían separado a última hora de la tarde anterior y no había ningún acontecimiento nuevo que justificara que volvieran a verse tan pronto. El adusto semblante del emperador, que los esperaba en la gran sala, les extrañó. Tenía cara de cansancio.

Le oyeron exponer su plan, atónitos.

Cosroes se arrodilló. Era algo que, por supuesto, no hacía nunca. Pero esa mañana estaba en el lugar más sagrado de Persia. Una cueva. Detrás de él, una decena de sacerdotes permanecían de pie, respetuosos, atentos. El aire estaba cargado de humedad. El rey de reyes vestía una sencilla túnica blanca. Le habían lavado el pelo y la barba, pero no le habían puesto ungüentos perfumados. Esa mañana, bajo el templo de Rhages, en aquella sala en la que ardía el fuego original —el alma de Persia—, el monarca sasánida era todo humildad y devoción.

Mientras estaba así, de rodillas y con la cabeza agachada, se sorprendió a sí mismo sintiendo algo que casi se parecía al fervor. La idea de viajar a Rhages, tan lejos de su querido palacio de Dastagerd, le desagradaba. La de arrodillarse, incluso ante un fuego divino, le horrorizaba. Pero decidió hacerlo. Un mal momento que no prolongaría más de lo necesario. Una necesidad para congraciarse con los sacerdotes. Y, sin embargo, ahora se sentía invadido por una especie de satisfacción, casi de alegría.

La cueva era más humilde de lo que había imaginado. Las ofrendas que llegaban a Rhages de toda Persia se guardaban en otro sitio, arriba, en la parte menos santa del templo. Allí todo era austero. Las paredes, carentes de pintura, estaban desnudas. Ni oro, ni tapices ni muebles. El fuego y nada más. Desde que lo encendiera Zoroastro. Jamás se había apagado. Ardía desde mucho antes de la llegada al trono de los sasánidas. Esa inmutabilidad, indiferente a la muerte de los reyes y la caída de los imperios, impresionaba a cualquiera. Significaba que, más allá del caos humano, existía un orden que nunca se dejaría perturbar. Una idea reconfortante.

En circunstancias normales, los únicos que podían penetrar en aquella cueva eran los sacerdotes. Los peregrinos tenían que conformarse con las salas de arriba. Rezaban ante otros fuegos menos sagrados que aquel. En salas sin ventanas, por supuesto, porque los rayos del sol no debían entrar en

contacto con el fuego. Pero Cosroes, soberano de los persas, también era sacerdote por derecho propio, y ningún lugar de su imperio le estaba vedado. Así que lo que veía en esos momentos había permanecido oculto al sol y las miradas durante mil años.

No se arrepentía. Pese a que el viaje había durado lo suyo. Semanas. Un camino penoso, porque aunque Rhages fuera el corazón espiritual del Imperio, en el mapa quedaba a trasmano, en el norte.

Sus consejeros le decían que aprovechara la peregrinación para visitar las famosas Puertas de Hierro. ¿Para qué? ¿Para dejarse ver por las tropas, para subirles la moral? Allí ya no hacían gran cosa. La época de las invasiones a través del Cáucaso había pasado a la historia. Gracias a la fortificación de las Puertas de Hierro, precisamente. En las llanuras herbosas del norte, los pueblos nómadas se sucedían unos a otros: los ávaros a los hunos, los jázaros a los ávaros... Y si se expandían, lo hacían hacia el oeste, hacia Europa. Los actuales señores de la estepa, los jinetes de la máscara de hierro, los jázaros, estaban tranquilos. No, volvería a Dastagerd.

Se levantó y miró por última vez las llamas eternas de Rhages. Le sobrevivirían. De pronto, esa idea, que hacía solo un momento le había reconfortado, le pareció aterradora.

Apenas levantada la sesión, Sergio se sintió en el deber de acudir a los aposentos de la emperatriz. Quería ponerla al corriente. Para Eudoxia, la noticia fue como una puñalada en el corazón. Al instante, echó a correr hacia la azotea de la torre, en la que Heraclio había buscado refugio al salir de la sala del Consejo. El emperador esperaba gritos, lloros, las habituales lamentaciones femeninas, contra las que no se sentía con fuerzas para luchar. Qué poco la conocía... Lo único que dejaba traslucir su voz era una profunda tristeza.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Eudoxia llevaba una sencilla túnica de seda, y Heraclio comprendió que había ido en su busca sin perder tiempo en cambiarse. Tenía el rostro un poco alterado y su voz vibraba con una emoción contenida.

—Ni que nos hubiéramos casado ayer, Heraclio... —añadió con voz suave pero digna.

Su sinceridad lo dejó azorado.

—Se trata del Imperio...

Sus ojos la rehuían y su voz titubeaba. Miraba a lo lejos. Ella le cogió la cara con las manos.

—¡Mírame!

Seguía mudo.

—Es un suicidio, Heraclio. ¿Por qué?

Su marido bajó los ojos.

—El destino...

—Otra vez...

Heraclio soltó un largo suspiro. Luego volvió a alzar los ojos hacia ella y esbozó una sonrisa torpe. Ya no podía seguir escondiéndose detrás de las palabras.

No tenía elección. Si no hacía lo que había anunciado, antes de que acabara el verano los caballos de los persas y los ávaros pastarían entre las humeantes ruinas de Santa Sofía. Y ya no habría felicidad posible. Todo habría sido destruido, aniquilado o degradado.

La emperatriz asintió con la cabeza, pero la tristeza no desapareció de su hermoso rostro.

—Prométeme que volverás —le dijo al fin mientras le cogía la mano—. Por mí. Y por él —añadió posando esa mano sobre su túnica.

La inmensa tienda del Jabalí Real destacaba en medio del campamento persa. Era un palacio de lona coronado por elegantes pabellones y provisto de amplios patios interiores que unas fuentes improvisadas hacían más amenos. Un ejército de eunucos recorría sus largos pasillos, velando por el bienestar y la seguridad de su señor. Sharvaraz apenas la abandonaba. Comunicaba sus órdenes a su hermano Shahin, que se encargaba de hacerlas cumplir escrupulosamente. El ejército temía las iras del benjamín, su extraordinaria fuerza, su violencia, a veces incontrolable, pero reverenciaba el genio y la gloria, tan resplandeciente como misteriosa, del hermano mayor. Todos los soldados conocían a Shahin, que se mezclaba con ellos constantemente y los conducía al combate en persona. Muchos no habían visto nunca a Sharvaraz. El generalísimo persa era una sombra, cuyo nombre se pronunciaba temblando y mirando atrás con miedo, un ser sobrenatural al que se obedecía ciegamente.

En consecuencia, cada una de sus apariciones era un acontecimiento, y esa mañana su presencia en la terraza acondicionada ante su tienda provocó gran curiosidad. Tras la doble hilera de guardias, los soldados se apelotonaban. Haciendo honor a su reputación, Sharvaraz yacía en una magnífica litera, maquillado y perfumado como una mujer, con los brazos cargados de brazaletes de oro y las orejas adornadas con pendientes con incrustaciones de piedras preciosas. Las facciones de su rostro desaparecían bajo el deslumbrante aderezo. De pie junto a él, Shahin le señalaba la otra orilla del estrecho con grandes aspavientos. Estaba sonriendo. Los dos hermanos intercambiaron unas frases. No tardaron en soltar la carcajada. Y la de Sharvaraz no era la menos atronadora, pese a salir de aquel endeble cuerpo y aquella boca pintada.

Los soldados se preguntaban cuál sería el motivo de su hilaridad. Siguiendo el ejemplo de su generalísimo, todo el campamento persa se volvió

hacia el mar. Y lo vieron. Decenas y más decenas de barcos, centenares quizá, abandonaban el Cuerno de Oro y se adentraban en la Propóntide. No eran las poderosas trirremes de la armada romana, sino barcos mercantes, modestas embarcaciones de vela, incluso simples balsas. Partían del puerto de Constantinopla en medio del mayor caos: unos ponían proa al sur y otros al norte, estorbándose entre sí.

Pero había algo aún más sorprendente que aquella masiva y anárquica desbandada: las enormes catapultas instaladas en las murallas de la ciudad habían entrado en acción y ¡disparaban contra los barcos! Bastante mal, por cierto: sus gruesos proyectiles caían sistemáticamente al mar, alzando impresionantes haces de agua.

El extraño espectáculo no tardó en tener sentido: ¡huían! ¡Todo el mundo huía de la ciudad! Y los que no, intentaban impedirselo a los demás. El enemigo ya ni siquiera era capaz de mantener la disciplina en sus menguadas filas. Se descomponía él solo. Buena parte de los sitiados acababa de desertar.

Se había decidido que durante la ausencia de Heraclio la responsabilidad de la defensa de Constantinopla recayera sobre Sergio y Nicetas. Al menos temporalmente, porque al primo del emperador le esperaba otra misión.

La noche del mismo día en que había desvelado su plan —su descabellado plan—, Heraclio convocó de nuevo a Nicetas en palacio, impidiéndole de ese modo ir a emborracharse como solía. No se anduvo con rodeos.

—Vas a tener que dejar de beber —le dijo sin brusquedad, como si fuera una evidencia, la consecuencia inevitable de una decisión que Nicetas no recordaba haber tomado.

El emperador lo observaba con su fría mirada. Y no porque no le tuviera afecto. Nicetas sabía que nunca había dejado de sentirlo. Por lo demás, a él le pasaba lo mismo. Pese a todo. Pese a ella.

—Como sabes, me iré con Pedro.

Nicetas no dijo nada.

—Mi plan es arriesgado.

Esta vez Nicetas soltó un resoplido.

—Es arriesgado —repitió el emperador, impertérrito—. E incluso si funciona a la perfección, tendré que enfrentarme a un problema. Un problema grave.

Se interrumpió y lo miró. En ese instante, Nicetas comprendió que le estaba dando una oportunidad, la última oportunidad de agarrar la mano que llevaba semanas tendiéndole, la última oportunidad de ser algo más que un borracho inútil en aquella guerra. E, impulsado por un instinto agazapado en su interior, que no recordaba y que le sorprendió un poco, respondió:

—Los caballos.

Heraclio esbozó una sonrisa.

—No puedo llevar muchos conmigo. Un viaje tan largo en esos barcos... Habría que alimentarlos, mantenerlos tranquilos... No aguantarían. Al

principio podría arreglármelas sin ellos, pero los acabaré necesitando. Sin caballería, nos barrerán, y todo esto no habrá servido para nada.

Fue en ese momento cuando, agradecido por la confianza que le mostraba su primo, y llevado también por el espíritu de emulación, que era como siempre habían funcionado el uno respecto al otro, le habló de los jázaros.

El emperador parecía escéptico.

Los jázaros, un pueblo casi legendario. Según se decía, los señores de los ávaros, a los que expulsaron de sus territorios ancestrales del norte del Cáucaso, empujándolos hacia Europa, hacia Constantinopla. Nómadas como ellos. Los más terribles de todos.

—Tendrán caballos, ¡muchos caballos! —exclamó Nicetas, sorprendido de su propio entusiasmo.

Una profunda arruga surcaba la frente de Heraclio.

—Aunque acepten ayudarnos, queda el problema de las Puertas de Hierro.

Las tropas procedentes del norte solo podían atravesar el Cáucaso pasando por ese estrecho desfiladero, flanqueado por paredes verticales y guardado por los persas.

—Nadie ha conseguido cruzarlas —dijo el emperador, pensativo.

—Yo lo haré.

¿Cómo pudo estar tan seguro de sí mismo? ¿De dónde había sacado esa energía, ese convencimiento? Dos semanas después, Nicetas seguía sin creérselo. Habían acordado que partiría cuanto antes para negociar una alianza con los misteriosos jázaros. Heraclio aceptó ponerse en sus manos, confiarle aquella misión tan importante, de la que dependía el resultado de la guerra. Confiarle, en el fondo, su misma vida, porque si él fracasaba, el emperador también fracasaría.

Nicetas renunció al vino y volvió a cuidarse, pero no partía. Sergio se lo reprochó. Nicetas alegó la debilidad de las fortificaciones, la violencia de los combates. Porque los ataques habían empezado. Cada vez más organizados. Cada vez más dañinos.

Se había adjudicado la parte más expuesta de las murallas, la que estaba detrás de Blaquernas, y opinaba que la ciudad aún no podía prescindir de él. Para ser del todo sincero, debería haber añadido que, pese a la promesa que le había hecho a su primo, y sobre todo pese a la indiferencia que ella le mostraba ahora, no soportaba la idea de separarse de Eudoxia.

Marco hizo sus primeras armas en las murallas. Nicetas le había asignado un puesto lejos de Blaquernas, confiando en que eso lo salvara. Pero la sección en la que se encontró, aunque era más sólida que la que dirigía su mentor, también era mucho más larga y estaba casi igual de expuesta. El gran kan no concentraba sus ataques en la muralla reconstruida a toda prisa detrás de Blaquernas. Sus tropas eran lo bastante numerosas como para hostigar a los romanos a todo lo largo de las fortificaciones, y a menudo faltaban soldados para rechazar los ataques.

El joven estaba a las órdenes de un tal Constantino, que solo tenía una obsesión: impedir a toda costa que los ávaros cruzaran el foso que protegía la muralla exterior. Los romanos hacían llover flechas y piedras sobre sus adversarios en cuanto los veían. Pero los ataques enemigos no cesaban. Era agotador.

Marco comprendió los fallos de tal estrategia e intentó hacérselos ver a Constantino, que se rio en su cara y le dijo que, si no estaba contento, se fuera con su querido amigo el general borracho. A partir de ese momento, el joven decidió guardarse sus ideas para él. No obstante, se prometió que las pondría en práctica a la menor ocasión.

No tardó en presentársele.

Hacía un calor espantoso: la primavera había dado paso al verano. La batalla se había desencadenado. Era una lucha a distancia pero feroz: en sucesivas oleadas, miles de ávaros intentaban acercarse cargados con haces de leña. Hasta entonces, fiel a sí mismo, Constantino había ordenado que los abatieran antes de que pudieran dejar su cargamento en el foso.

—¡Si lo llenan, se acabó! —estuvo gritando toda la mañana.

Pero los atacantes estaban cubiertos por sus arqueros y sus temibles catapultas. Los defensores se encontraban en apuros. Sufrieron varias bajas. El propio Constantino fue alcanzado por una flecha ávara que le atravesó el

hombro y tuvo que ser evacuado al antiguo palacio de Narsés para recibir atención. Marco lo sustituyó.

—¡Dejad de disparar! —ordenó de inmediato.

Sus hombres lo miraron desconcertados.

—¡Dejad de disparar! —repitió con la toda la firmeza de que fue capaz—. Permitamos que se acerquen...

Los soldados acabaron obedeciendo. La orden corrió a lo largo de las murallas: las flechas se quedaron en las aljabas. Durante unos minutos, pese a la agitación enemiga, tan cercana, reinó una insólita calma.

En ese momento llegó un enlace. Lo enviaba el general Nicetas y quería hablar urgentemente con Constantino. Cuando Marco le dijo que era su sustituto, el mensajero se lo llevó aparte con brusquedad.

—Nicetas está furioso. ¿Por qué habéis dejado de rechazar a los ávaros?

Los hombres que rodeaban a Marco y habían obedecido su orden a regañadientes volvieron a refunfuñar. Marco comprendió que la situación podía degenerar rápidamente. Se levantó y, sin preocuparse de las flechas ávaras, empezó a recorrer la hilera de soldados apostados en las almenas con una sonrisa en los labios. En otros tiempos, en Alejandría, había visto a Nicetas calmar a las tropas de ese modo.

Se oyó un ruido sordo. Todos se asomaron a la muralla: un ariete portado por una veintena de ávaros golpeaba la puerta que tenían justo debajo. Ahora los enemigos hormigueaban a sus pies. Algunos empezaban a apoyar escaleras de mano en la muralla exterior.

Marco permaneció imperturbable. Llegaron más soldados del sector de Nicetas. Nadie entendía lo que pasaba.

—Confiad en mí —les dijo Marco en un tono de falso regocijo.

Su rubio y espeso pelo, echado hacia atrás, brillaba al sol. Un blanco perfecto para los arqueros ávaros.

Por fin, un vistazo al pie de las murallas lo convenció de que había llegado el momento.

—¡Volved a vuestros puestos!

Los hombres pensaron que solo intentaba disimular, pero obedecieron.

—¡Arqueros! ¡Prended fuego a las flechas!

Nuevos refunfuños. Encendidas, las flechas eran menos rápidas y por lo tanto menos eficaces. Servían sobre todo para asustar a un enemigo novato. Pero los ávaros...

—¡Haced lo que os digo, por Dios santo! —aulló Marco.

Le obedecieron.

—¡Ahora, apuntad a los haces de leña!

Las flechas salieron volando.

—¡Otra vez! ¡No paréis!

Las andanadas se sucedían. Al principio no pasó nada, pero poco a poco una espesa humareda se elevó en el aire y, de pronto, ante ellos se alzó un muro de fuego.

—¡Seguid disparando! —gritó Marco—. ¡No dejéis que las apaguen!

Los propios romanos sentían en la cara el ardiente hálito de las llamas. El ruido sordo del ariete había dado paso a los aullidos de los ávaros que habían caído en la trampa. Cientos de ellos habían cruzado el foso y ahora estaban atrapados entre la infranqueable barrera de fuego en que se había convertido y la muralla.

—¡Matadlos a todos!

Esta vez no hubo protestas. Flechas, picas y piedras cayeron sobre la multitud que se asfixiaba al pie de la muralla. Aquello se había convertido en un espantoso juego de niños. El nauseabundo olor a carne quemada se propagó hasta el corazón de la ciudad.

No tardó en llegar Nicetas en persona. La desbandada ávara a la altura del tramo de muralla defendido por Marco había provocado una retirada general de las tropas del gran kan, a pesar de que la tarde acababa de empezar.

—¡No me dejas nada que hacer! —exclamó mirando al joven con orgullo.

Los haces de leña tardaron horas en arder. Cuando acabaron de consumirse, el foso era tan ancho, profundo e infranqueable como por la mañana, aunque en el fondo se veía una gruesa capa de cenizas. Alrededor, el suelo estaba cubierto de cadáveres a medio carbonizar.

La victoria permitió a los romanos disfrutar de medio día de descanso, el primero desde el comienzo del sitio, y dio a Marco una gran popularidad entre las tropas. A su regreso del hospital, Constantino fingió que las secuelas de su herida le impedían volver a tomar el mando.

Daba igual que los romanos tuvieran pequeños éxitos. No eran más que las convulsiones de un moribundo. No tardarían en rematarlo. ¿Qué creían, que los ávaros renunciarían porque un centenar de idiotas habían caído en una trampa? Si no hubieran perecido en las llamas, se habría encargado de castigarlos él mismo. No había que embestir a lo loco, como habían hecho ellos, ni siquiera a un enemigo tan debilitado como los romanos. Con método y paciencia: así es como tomarían aquellas murallas. Y también con buenas armas, pensó Bayan observando a los obreros que se afanaban en el claro, detrás del campamento ávaro, en uno de los bosquecillos que salpicaban la llanura al oeste de Constantinopla.

Decenas de troncos descansaban sobre la hierba. Ahora los estaban cortando y ensamblando. Unas semanas más, a lo sumo un mes, y estarían en pie. Nadie podría resistírseles. Las torres móviles. El arma que daría un vuelco al sitio. Serían tan altas como las murallas: los arqueros ávaros estarían al nivel de los romanos. Aquellos cobardes no podrían seguir escondiéndose detrás de sus almenas. A la altura de Blaquernas, donde no había foso para detenerlas, harían avanzar las torres hasta la muralla y asaltarla desde ellas. Aplastarían a los sitiados.

Durante el segundo mes de sitio, el portero del respetado monasterio de Psamacia apareció degollado. Aterrorizados, los monjes se reunieron para intentar comprender qué había podido ocurrir. Advirtieron que faltaba uno de ellos: el padre Prisco.

Un asunto tan delicado solo podían tratarlo las personas que habían participado en el complot. En cuanto recibió la noticia, Sergio corrió a las murallas para decidir qué medidas tomar.

—¿Cómo es posible?! —exclamó Nicetas.

—No lo sé. Cómplices dentro o fuera de Psamacia. El mensajero del monasterio que me ha traído la noticia no sabía nada al respecto. Pero, a decir verdad, eso es lo de menos. La cuestión es que Prisco está libre.

—Teníamos que haberlo castrado y haberle reventado los ojos.

El patriarca suspiró. El agotamiento se reflejaba en sus facciones. En unas semanas, parecía haber envejecido diez años.

—Entretanto, sobre todo hay que intentar encontrarlo —dijo con voz cansada.

—No podrá ir muy lejos —lo tranquilizó Nicetas—. Es muy conocido, y la ciudad está cerrada.

Empezó la caza del hombre. Registraron cada casa y cada sótano, entraron prácticamente a saco en el palacio que Prisco se hizo construir a orillas de la Propóntide, muchos de sus antiguos sirvientes fueron sometidos a tortura, se llegó incluso a ofrecer una recompensa de mil monedas de oro a cualquiera que ayudara a capturarlo de un modo u otro, por vaga que fuera la información proporcionada. Pero en vano: el antiguo generalísimo seguía ilocalizable. En su desesperación, Nicetas, que dirigía la búsqueda, volvió a los lugares que ya había inspeccionado de arriba abajo.

—Es para volverse loco —le decía al patriarca—. Parece obra del diablo. No ha podido desaparecer sin más.

Al cabo de una semana, se interrumpió la investigación, que estaba tan avanzada como el primer día. El viejo zorro no había dejado ningún rastro, ningún testigo, nada. Para quedarse totalmente tranquilo, Nicetas volvió a visitar el palacio de la orilla de la Propóntide con un puñado de hombres. Todo estaba patas arriba. Al menos era el cuarto registro, y acabó preguntándose si no haría mejor reduciéndolo a cenizas de una vez por todas. «Si está aquí, escondido en algún sitio, en una sala secreta, detrás de una pared que no hemos sabido mover, bajo un falso suelo o donde sea, no tendrá más remedio que salir o arder con todo lo demás».

Le objetaron que el palacio formaba parte de las fortificaciones costeras y que quizá no era muy sensato provocar un incendio, especialmente en verano, con aquel calor, aquella sequedad...

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó Nicetas, irritado—. Pero ¿no podríamos incendiar al menos estas habitaciones que no dan directamente a la muralla? —preguntó señalando la enorme sala en la que se encontraban, que, magnífica en su día, ahora estaba hecha una pena.

Ante su obstinación, hubo que ceder. Repartieron leña menuda por las habitaciones, embadurnaron las paredes con una pez negra extraordinariamente inflamable y, antorcha en mano, aguardaron a que el general diera la orden.

Nicetas estaba en el espigón, frente al palacio, desde donde disfrutaría mejor del espectáculo. Con la frente empapada de sudor, los hombres esperaban su señal, impacientes por acabar de una vez. Pero la señal no llegaba. Empezaron a maldecir su repentina indecisión.

—Dejadlo todo —dijo al fin Nicetas—. Apagad las antorchas. No servirá de nada. Ese maldito Prisco no está aquí. Ya no se encuentra en Constantinopla. Ha conseguido huir.

Acababa de ver una pequeña argolla fijada al muro del espigón, una de esas argollas que sirven para amarrar las barcas.

Sharvaraz tenía espías en Constantinopla porque, cuando se disponía de una barca, era posible abandonar la ciudad, cruzar el Bósforo y presentarse en el campamento persa. Bastaba con fingir que se iba a pescar, subir un poco hacia el norte y desembarcar en la orilla asiática, lejos de la vigilancia romana. Una vez transmitida la información, se regresaba a la hambrienta capital con unos cuantos peces. Nadie se extrañaba.

Y resulta que esos espías habían puesto en conocimiento del generalísimo persa un hecho inquietante: hacía semanas que el emperador de los romanos no daba señales de vida. Sharvaraz no lo habría admitido delante de nadie, ni siquiera de su hermano, pero estaba intranquilo. Su intuición le decía que algo no iba bien. Sabía que el general Prisco había caído en desgracia, que el alto mando enemigo volvía a estar en manos de un solo y único hombre, el emperador, que había escapado milagrosamente de la trampa de los ávaros. Y a esa proeza, que sin duda había evitado desórdenes fatales a los romanos, le sucedía ahora aquella inexplicable desaparición. Aunque no lo hubiera demostrado en los últimos años, Heraclio seguía siendo un guerrero. Al menos debería haber aparecido en las murallas. Pero solo se veía a su primo, el manco, bastante competente, por otro lado. ¿Se habrían deshecho del emperador? En tal caso, los romanos no habrían mostrado la asombrosa unidad que se había hecho patente durante aquellas semanas.

Sharvaraz se mordió los labios con suavidad. ¿Era posible que Heraclio hubiera huido en el momento en que todas aquellas embarcaciones abandonaron la ciudad? ¿Para ir adónde?

Al anochecer, cuando el enemigo se retiraba a su campamento, Marco abandonaba las murallas para ir al palacio imperial. Allí se encontraba con Epifanía.

La emperatriz ya no se oponía a aquella pasión, reprimida durante tanto tiempo. Antes de irse, Heraclio le había recomendado al joven.

—Es valiente. Y leal. Lo que hizo en Creta, cuando fue a buscar a Narsés, lo conseguirían muy pocos.

En realidad, Eudoxia no necesitaba que la convencieran. Desde que había vuelto del Muro Largo, sus ideas sobre el amor y el comportamiento exigible a una princesa en ese terreno habían cambiado mucho. Era menos rígida y más comprensiva con su hija. Dejó de querer imponerle a toda costa lo que creía mejor para ella, porque, a decir verdad, ya no lo tenía tan claro. Las cosas cambiaban tan deprisa... ¿Por qué aferrarse a convicciones que duraban tan poco?, pensaba mientras se miraba la túnica, que cada día se redondeaba un poco más.

Cuando llegaba, Marco ya no encontraba miradas y comentarios hostiles. Eudoxia lo recibía con amabilidad y se limitaba a vigilar de lejos los largos encuentros que mantenía con su hija. Esa nueva actitud estrechó los lazos que unían a las dos mujeres. Ya no discutían como antes. Epifanía acompañaba a su madre al hospital a menudo y la ayudaba a recibir a los heridos, más numerosos cada día. Eudoxia obtenía más confidencias, porque ya no las exigía. Solo una vez se permitió una advertencia como las que en otros tiempos le hacía a Epifanía cada dos por tres.

—No te precipites, hija.

La advertencia iba acompañada de una sonrisa tan dulce, de una mirada tan cariñosa e indulgente, que Epifanía no pudo tomársela a mal, y, en el mismo tono de confianza, le respondió que Marco no acababa de llegar a su

vida y que, si seguía rechazándolo como hasta entonces, se arriesgaba a lamentarlo amargamente.

—¿Qué será de nosotras dentro de un mes, madre? —le dijo cogiéndole la mano para suavizar con ese gesto afectuoso la crudeza de la pregunta.

Pero de pronto fue presa de una angustia irreprimible.

—Puede que ya no estemos aquí. Y Marco...

Su voz se quebró. Eudoxia la rodeó con los brazos. Eran casi igual de altas.

La emperatriz no volvió a criticar los amores de su hija. Al contrario, admiraba su sensatez. El Imperio vivía sus últimos instantes. ¿Por qué fingir que lo ignoraba? Todos morirían: Marco, Epifanía, Sergio, Nicetas, ella y el hijo que esperaba. Furiosos por la resistencia de la ciudad, ávaros y persas no tendrían piedad. ¿Y Heraclio? Seguramente nunca volvería a verlo. ¿Qué eran las promesas hechas al calor de una partida precipitada frente a la aplastante realidad? Puede que ya hubiera muerto... De todas formas, nunca lo sabría: lo más probable era que, antes de que le llegara la noticia, Constantinopla hubiera dejado de existir. «Nada de palomas mensajeras —le había dicho Heraclio—. Podrían dar al traste con todo».

Los barcos habían esperado al paio varios días en alta mar. Cuando la luna desapareció del cielo, cuando su invisible creciente dejó a la oscuridad como única dueña de la noche, se acercaron a la orilla. La costa estaba prácticamente desierta: un pedazo de tierra acurrucado entre las montañas de la Cólquide, en los confines del Imperio persa. Eran pocos los habitantes de la región, en su mayoría pastores, que bajaban allí, sobre todo en aquella estación, cuando el aire de las llanuras era malsano. Pero, aunque hubieran estado presentes, ¿qué habrían notado? Los remos de las embarcaciones se hundían en las olas con inaudible suavidad.

Los navíos fondearon y echaron los botes al agua. Estos hicieron varios viajes de ida y vuelta a la orilla, en la que dejaron puñados de hombres, que una vez en tierra se dispersaron sin decir palabra. Una enorme silueta supervisaba la operación desde la proa de uno de los barcos, susurrando de vez en cuando una orden que los hombres se apresuraban a cumplir. El curioso trajín duró varias horas. Por la mañana, no quedaba el menor rastro. Apenas unas huellas de pasos en la playa que las olas y el viento no tardaron en borrar.

Nicetas suspiró. La reprimenda del patriarca aún le resonaba en los oídos. Ya era hora, ya iba siendo hora, le había repetido Sergio por enésima vez, de que partiera para cumplir su misión ante los jazaros. El emperador contaba con ello. No tardaría en estar en el corazón del Imperio persa, si es que no lo estaba ya, y no disponía de caballería. ¿De qué le serviría aquel plan genial, de qué le serviría haber burlado la vigilancia de Sharvaraz y sorteado su inmenso ejército, si no tenía los medios necesarios para aprovechar la ventaja que le daría la sorpresa?

Pero Nicetas volvió a hacer oídos sordos, alegando que la defensa de la ciudad seguía siendo lo más urgente: no podía abandonar su puesto en las murallas.

Cuando salió de los aposentos del patriarca estaba muy satisfecho de sí mismo, de sus tácticas dilatorias, burdas, es cierto, pero eficaces. Y de repente se cruzó con aquella mujer envuelta en velos que sin duda también iba a ver a Sergio y que, al verlo, dio un paso atrás. Intentaba esquivarlo. Demasiado tarde, la había reconocido.

Ella se decidió a saludarlo con un gesto de la mano. Él no lo advirtió. Tenía los ojos clavados en su redondeado vientre, que la mujer, en su azoramiento, había dejado al descubierto. ¿Cómo había podido pasarle desapercibido algo así? ¿Tan ciego estaba? Trató de reconstruir aquellas últimas semanas: no, no le había pasado desapercibido. Simplemente se lo habían ocultado. Ella seguía rehuyéndolo, alejándose de él. Pero esta vez la verdad saltaba a la vista.

—¿Quién? —le preguntó de sopetón sin dejar de mirarle el vientre—. ¿Quién? —repitió en medio del silencio que ella se obstinaba en mantener.

—Es el heredero del Imperio —contestó Eudoxia.

Pero ¿qué esperaba? ¿Qué otra cosa habría podido responderle? Pese a todo, la frase lo dejó helado. Entonces, todo había terminado. Un dolor

insoponible le oprimía el pecho. Se ahogaba. Sintió que le fallaban las piernas y tuvo que apoyarse en la pared. Ella no se movió, ni siquiera hizo amago de ayudarlo. Le habría gustado oírle decir una frase de consuelo, pero seguía mirándolo con dureza, como a un extraño; peor aún, como a un enemigo. Su actitud lo indignó. La ira se iba apoderando de él a medida que recobraba el aliento. La impresión dio paso a la furia. En cuanto fue capaz, avanzó hacia ella amenazadoramente. Le temblaban los labios.

—¿El heredero del Imperio? —barbotó con una voz llena de veneno—. ¿Y qué crees que va a heredar? Un montón de ruinas, en el mejor de los casos. Y en el más probable, la muerte. Como todos nosotros. Si nace. Si se produce el milagro de que nazca. La ciudad puede caer mañana mismo. ¿Crees que los ávaros pondrán a tu disposición a sus comadronas? Te harán parir a su manera: ¡de un sablazo!

—¡Cállate! —gritó Eudoxia, horrorizada.

—Tu hijo jamás conocerá a su padre. Jamás —repitió con saña Nicetas, que se emborrachaba con sus propios improperios—. No te hagas ilusiones, Heraclio no volverá. O lo hará demasiado tarde.

Casi le gritaba a la cara. Ella intentó rechazarlo, pero Nicetas le aferró las muñecas y volvió al ataque:

—¿Y quién te dice que será un varón?

—¡Suéltame, me haces daño!

No sin violencia, Eudoxia consiguió al fin soltarse.

—¡Vete! ¡Vete ya! —le suplicó.

Estaba doblada en dos, indefensa.

Nicetas la miró estupefacto. «¿Qué he hecho?», se dijo mientras volvía poco a poco en sí. Ella estaba allí, delante de él, con la cara cubierta de lágrimas y el cuerpo encogido.

—Perdón —farfulló, y volvió a abalanzarse sobre ella, esta vez para ayudarla e intentar torpemente, con su único brazo, que se tumbara en el suelo—. Perdóname, Eudoxia. Perdóname, Fabia. Dime que estás bien. Dime que no le ha pasado nada al niño.

Ella se negaba a aceptar aquella solicitud repentina y lo rechazaba con todas sus débiles fuerzas.

—Estoy bien —dijo al fin, y se irguió con el rostro descompuesto—. Pero vete. Y no vuelvas a acercarte a mí.

Al día siguiente, cuando terminaron los combates, Nicetas vio a Epifanía, que avanzaba por el camino de ronda llevando un cesto, y se quedó sorprendido de su parecido con la emperatriz. La joven se dio cuenta de que la

había visto y lo saludó cariñosamente con la mano, pero no se detuvo. Siguió su camino. Nicetas comprendió que iba en busca de Marco. Una terrible sensación de vacío se apoderó de él.

Después de todo, puede que Sergio tuviera razón. Puede que hubiera llegado el momento de marcharse. ¿Dónde estaría Heraclio en esos instantes? Seguro que ya había desembarcado en aquel lugar remoto de la Cólquide y ahora avanzaba hacia el corazón de Persia. ¡Qué inspiración divina había tenido! Solo él había comprendido que quedándose en Constantinopla nunca conseguiría hacer que levantaran el sitio. El enemigo tenía una superioridad aplastante. Limitarse a defenderse era condenarse a una muerte lenta. Solo él se había atrevido a proponer que contraatacaran. Solo él había sabido ver el fallo de la estrategia persa. A Nicetas le parecía oír su potente voz resonando entre las altas paredes de la sala del Consejo. Por supuesto, los ejércitos de Sharvaraz eran más numerosos y aguerridos y estaban mejor equipados, admitió Heraclio, además de contar con un aliado tan temible como el gran kan. Estaban acampados delante de Constantinopla, ocupaban Egipto y Siria. Pero —y en ese instante posó en ellos una mirada incendiaria, insostenible—, al dispersarse de aquel modo, esos ejércitos tan numerosos y aguerridos, ¿no habían cometido un grave error? ¿No habían dejado Persia, su capital Ctesifonte y a su soberano Cosroes, que reinaba en ella y se creía omnipotente, prácticamente sin defensa?

Nicetas miró los lejanos e innumerables fuegos ávaros y, aunque no podía verlos, se imaginó los del ejército del Jabalí Real, no menos numerosos, al otro lado del estrecho. ¿Podía echar a perder la única opción que les quedaba? Su primo había hecho posible lo inimaginable. ¿Iba a apagar él esa última esperanza, por debilidad, por celos?

En la oscuridad del anochecer nadie podía verlo, pero Nicetas meneó la cabeza con grave y solemne resignación. Tres días más tarde, confiaba el mando militar de la capital a Marco y se embarcaba con diez hombres. En el puente del navío, contemplando las colinas de Bitinia cubiertas de persas, sonrió: entre aquellos miles de guerreros que tenían los ojos clavados en Constantinopla, no había ni uno solo que sospechara lo que estaba a punto de ocurrir a sus espaldas.

Cruzaron el pueblo de noche. Pese al persistente calor, llevaban puesta la gruesa capucha, quizá para protegerse el rostro del polvo que levantaban al andar. Por sus raídas y remendadas ropas se veía que caminaban desde hacía muchos días, quizá semanas. Respondieron con un leve gesto de la mano a los vecinos que habían salido a la puerta de casa para saludarlos. No parecían muy deseosos de entablar conversación.

Aunque el pueblo no estaba en la ruta habitual para dirigirse al templo de Rhages, no eran los primeros peregrinos que la recorrían ese verano. A decir verdad, hacía años que no pasaba tanta gente por allí. La prosperidad tenía mucho que ver con eso. La gente, más rica y más feliz que nunca, acudía en masa para dar las gracias al gran otorgador de todo bien, el Fuego Eterno de Rhages, y rendir tributo a la memoria de su gran profeta, Zoroastro. También rezaban por el soberano, que había propiciado el retorno de la edad de oro: Cosroes el Grande, cuyos ejércitos, mandados por el invencible Sharvaraz, habían conquistado el mundo. Gracias a ellos, el trigo, las aceitunas y el vino afluían de las nuevas provincias del oeste hasta el corazón del Imperio y los puestos estaban mejor provistos que nunca.

Pero los hombres que formaban aquella imponente columna a lo largo de la única calle del pueblo parecían ignorar todo eso: la alegría y la prosperidad general. Los vecinos esperaban obtener algún provecho de su paso, venderles al menos algo de fruta y, a ser posible, un poco de carne de cordero a los más adinerados. Pero ni siquiera se dignaron mirar los productos que les ofrecían. No solo pasaban como sombras en mitad de la noche, sino que tampoco parecían dispuestos a detenerse un instante. Contrariados, los vecinos volvieron a guardar lo que habían ido a buscar a toda prisa a los almacenes, todas aquellas cosas buenas que habrían permitido a los viajeros seguir su camino con el estómago lleno.

Un vendedor, que no se resignaba a haberse levantado para nada, le insistió a uno de aquellos hombres para que probara aunque solo fuera un sorbo de su vino, que le ofrecía a precio de ganga, dijo. Gesticulaba a su alrededor, siguiéndolo con la copa en la mano. En su desesperación, como el hombre no se detenía, lo agarró de la ropa. Era una larga capa de peregrino que le llegaba a los pies y que, debido al tirón, se desgarró. El mercader la soltó de inmediato: debajo acababa de ver brillar una cota de malla y una larga espada. Una espada recta de doble filo: una espada romana. ¿Qué significaba aquello? No le dio tiempo a averiguarlo. Un instante después, el vino de su copa se mezclaba en el suelo con la sangre que brotaba de su garganta.

El hombre de la capa desgarrada, que lo había matado de un golpe fulminante, se volvió hacia su vecino, un coloso con una espalda impresionante.

—¿Qué hacemos ahora? Con los otros. Lo ha visto medio pueblo. Y el otro medio no tardará en enterarse.

—Ya sabes lo que hay que hacer —respondió el coloso antes de gritar una orden a los demás y sacar también él la espada que llevaba oculta bajo la capa.

Cuando una mañana se encontró con la cara casi pegada a la de un arquero enemigo, Marco sintió que la sangre se le helaba en las venas. Las torres móviles, aquellos instrumentos de muerte que los ávaros no habían podido utilizar hasta entonces, pusieron de pronto a los atacantes al nivel de los sitiados. Auténticas torres, erigidas sobre una base provista de ruedas. Eran tan altas como la muralla. Había dos que incluso la sobrepasaban con creces. En la parte superior, una plataforma protegida por un techo albergaba a una veintena de ávaros. Más abajo había otra, en la que cabía un número similar.

Los días anteriores, a costa de innumerables pérdidas, el enemigo había conseguido allanar el terreno a la altura de Blaquernas. En cuanto las torres pudieron avanzar hasta el pie de la muralla, hicieron estragos. Pronto hubo que rechazar varias tentativas de asalto al día. En lo alto de las fortificaciones se producían combates encarnizados. De momento, habían podido con los atacantes. «¿Hasta cuándo?», se preguntaba Marco. En el cuerpo a cuerpo, los romanos seguían siendo superiores a los ávaros, que, no obstante, cada vez estaban más envalentonados. Parecía no importarles que los rechazaran constantemente. Eran tantos...

Intentaron reducir a ceniza sus torres móviles con flechas incendiarias. Los ávaros las apagaron sin mucha dificultad. A continuación, Marco tuvo la idea de utilizar vasijas llenas de aceite. Las lanzaron contra las estructuras de madera antes de acribillarlas a flechazos. Esta vez cogieron desprevenidos a los atacantes. El fuego se propagó tan deprisa que tuvieron que batirse en retirada, despavoridos. Pero, una vez más, los ávaros dieron con el remedio: cubrieron las torres con pieles de animales, mucho menos inflamables que la madera.

Desde el comienzo del sitio, la ciudad había perdido un tercio de sus defensores. Tras incorporar a los jóvenes apenas púberes y a veteranos casi ancianos, contaba como mucho con siete mil combatientes.

—Me faltan hombres —le confió Marco a Sergio.

Casi parecía avergonzado de confesarlo.

—Si pudiéramos reclutarlos al otro lado del estrecho... —suspiró el patriarca—. Cilicios, isaurios, sangre nueva...

Pero los persas vigilaban: Asía permanecía cerrada a los romanos.

—Hay que destruir esas torres —dijo Marco—. No sé cómo, pero hay que conseguirlo. —Estaba agotado. A veces, era tal su cansancio que por la noche ni siquiera iba a reunirse con Epifanía en el palacio—. Resisten al fuego, de acuerdo, pero tiene que haber una manera.

Ante su juvenil tozudez, Sergio esbozó una sonrisa. Pero le duró poco.

—Hay que abrir una salida —murmuró el joven como para sí mismo—. De noche. No se me ocurre otra cosa. Los ávaros nunca se llevan las torres al campamento, para poder utilizarlas de inmediato por la mañana. ¿Cuántos hombres las vigilarán?

Envió espías. Resultó que el enemigo era bastante descuidado: sus temibles torres eran custodiadas por un puñado de hombres, a menudo bebidos.

Aun así, Sergio siguió resistiéndose.

—Basta con que uno de ellos dé la alarma. El campamento ávaro está muy cerca. Sus jinetes caerán sobre vosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Tras otro día terrible, durante el que trescientos romanos perecieron bajo las flechas de los arqueros apostados en las plataformas móviles, cedió.

—Aunque perdamos diez hombres, tenemos que intentar inutilizar esas torres.

Pero trató de disuadirlo de que encabezara la operación. En vano: Marco se consideraba el único capaz de dirigirla con éxito. Se fijó para la noche siguiente.

La cabaña estaba hecha con simples tablones ensamblados de cualquier manera. En otras circunstancias y pese a sus años, que de todas formas no habían pasado en balde, habría derribado la endeble puerta de un empujón. Pero estaba atado de pies y manos, y había guardias apostados alrededor. Al menor intento de huida, lo matarían sin darle el alto. Luego arrojarían su cadáver a los perros.

Pero suponiendo que burlara milagrosamente la vigilancia de sus guardianes, ¿podía esperar que no volvieran a atraparlo enseguida? Las calles del campamento estaban llenas de soldados, y con sus ojos azules, su túnica romana y su horrorosa tonsura no podría pasar desapercibido.

«¿Por qué no me afeitaría el cráneo del todo?», se dijo. La precipitación. Y también la convicción de que lo recibirían con los brazos abiertos. En vez de eso, lo habían encerrado en aquel cuchitril sin ventanas, en el que se ahogaba, dándole lo justo para que no muriera de sed. Llevaba allí días, semanas... ¿Cuánto exactamente? Había perdido la cuenta. En la oscuridad permanente, el día y la noche apenas se distinguían.

Conocía de sobra aquellos trucos de carcelero. Querían doblegarlo, para, llegado el momento, sacarle toda la información posible. Hacían mal, porque estaba dispuesto a dar esa información casi de mil amores. ¿Por qué se empeñaban en no escucharlo?

Le ardía la garganta. De todas formas, gritar no servía de nada. Ya lo había comprobado: solo conseguiría más golpes. Así que se lo tomaba con calma. El hambre lo torturaba menos que la sed, en gran parte porque su propio olor le daba náuseas. Él, acostumbrado a darse un baño todos los días, arrastrándose por aquel suelo inmundo...

«Estaba mejor en Psamacia. —Esa idea casi le hizo sonreír—. ¡Venga! —se dijo para no perder el ánimo—. No tardarán en darse cuenta de su error. Si quieren tomar Constantinopla antes del invierno, me necesitarán».

Sin embargo, la cosa había empezado bien. Prisco se presentó a las puertas del campamento ávaro y dijo que quería hablar con el gran kan. Al instante lo llevaron ante él, y el hombrecillo parecía bastante satisfecho de lo que su intérprete le traducía de las palabras del antiguo generalísimo romano. Sus rasgados y astutos ojos brillaban. Sonreía y dejaba ver sus repugnantes y amarillentos dientecillos. Al final de la entrevista, lo acomodó en su tienda para pasar la noche, prometiéndole que al día siguiente volverían a encontrarse para ultimar los términos de su acuerdo.

Pero por la mañana, tres soldados lo despertaron sin contemplaciones y, sin ninguna explicación, lo encerraron en su celda de madera. Desde entonces se devanaba los sesos para tratar de adivinar qué podía haber provocado aquel cambio. «¿Estaba previsto desde el principio? ¿Es una de esas jugarretas que suele hacer el gran kan? ¿Cometí una torpeza sin darme cuenta? —Siempre llegaba más o menos a la misma conclusión—: Debería haber ido a ver a Sharvaraz».

Sin embargo, la perspectiva de cruzar la Propóntide de noche en una barca lo había disuadido. Evadirse de Psamacia ya fue bastante complicado. Cuando, agotado y temiendo que volvieran a atraparlo, tuvo que decidir hacia dónde dirigía su frágil embarcación, eligió el campamento ávaro, al que llegó limitándose a bordear la costa. Ahora lo lamentaba amargamente. Alcanzar la otra orilla del estrecho no habría sido tan difícil.

Se tranquilizaba diciéndose que el indigno trato que le dispensaban llegaría a su fin, y sin duda en su provecho. Si hubieran querido matarlo, ya lo habrían hecho.

Una noche, cuatro hombres lo sacaron de la cama —si se podía llamar así al montón de maloliente paja en el que estaba acostado— y le ordenaron que los siguiera. Le soltaron los pies, pero le dejaron las manos atadas. Apenas se había levantado y dado tres pasos cuando se derrumbó. Trató de ponerse en pie con torpeza. Tenía las piernas débiles y temblorosas.

Al salir de la asfixiante cabaña en la que tanto tiempo había estado encerrado, volvió a sentirse mal. El aire fresco de la noche lo mareó, y tuvo que apoyarse un momento en la puerta. Las antorchas de los soldados que lo rodeaban lo deslumbraban. El corazón le latía aceleradamente. Se sentía como un moribundo al que arrastran a la fuerza. ¿Adónde? ¿Ante el gran kan? Podía ser. Casi seguro, concluyó mientras avanzaba en la dirección que le indicaban.

«Soy un viejo», pensaba a la vez que seguía a los cuatro ávaros con paso vacilante. Esa constatación lo aterraba. Todos sus miembros estaban

paralizados por los dolores. Necesitaba tomar aliento a cada paso. La sed lo torturaba más que nunca. Pese a sus reiteradas súplicas, ninguno de sus guías se había dignado tenderle una cantimplora. Su único consuelo era que a esas horas las calles del campamento estaban desiertas: prácticamente nadie lo vería en aquel lamentable estado. Sabía que los ávaros despreciaban cualquier muestra de debilidad, y, si en los días venideros estaba llamado a ejercer responsabilidades importantes en su ejército, más valía que su autoridad estuviera intacta.

El paseo nocturno se le hizo interminable. En varias ocasiones, le fallaron las piernas y se desplomó en el suelo, cubierto de estiércol de caballo. «Debo de tener una pinta espantosa...».

La tienda del gran kan apareció al fin. «Evidentemente. Todo esto es tan previsible... Bueno, dentro de una hora todo habrá acabado. Nos habremos puesto de acuerdo. Podré tomar un baño. Volveré a ser Prisco». Pero, para su sorpresa, los cuatro soldados rodearon la tienda del gran kan. Detrás de ella se alzaba otra, un poco más pequeña pero no menos suntuosa. Fue en esa donde le hicieron entrar.

La primera sección hacía las veces de antecámara. Estuvo allí de pie una hora larga: a nadie se le ocurrió traerle una silla. La espera fue dura. Pero su curiosidad se había despertado. Los soldados que lo escoltaban hablaban en voz baja y, de vez en cuando, le lanzaban una mirada despectiva. Aparecieron unos sirvientes, que intercambiaron unas frases con ellos y luego volvieron a cruzar la lona de la puerta. Prisco aguzó el oído, y los rudimentos de la lengua ávara que poseía le permitieron comprender que se trataba de la tienda de una mujer. Eso multiplicó su desconcierto. ¿Qué mujer podía convocarlo de aquel modo en plena noche? ¿Qué mujer podía sacar de su celda a un prisionero tan importante como él? Aquella magnífica tienda, aquella tienda tan cercana a la del gran kan... Se estremeció al comprender que aquella tienda solo podía pertenecer a una persona: la favorita del gran kan.

Su fatuidad le hizo temer el capricho de una arpía que amenazaba con precipitar su pérdida. También lamentó amargamente tener que presentarse ante ella con un aspecto tan poco favorecedor. Llevaba la misma ropa desde hacía semanas. Tenía la piel negra de mugre. Apestaba como un animal, como un cerdo. Pese a tener las manos atadas, consiguió tocarse la cabeza y comprobó que el pelo le había crecido. Casi no quedaba rastro de la tonsura. Era su único consuelo ante tanta humillación.

Los velos que daban paso al corazón de la tienda volvieron a levantarse. Esta vez apareció una sirvienta. Al verla, Prisco se estremeció. La conocía:

era una joven perteneciente a una de las familias más nobles de Constantinopla. Unos meses antes, partió alegremente con dos de sus hermanos para asistir a los juegos que se celebraban al pie del Muro Largo... El antiguo generalísimo quiso hablarle. Ella le sonrió con tristeza y abrió la boca de par en par. Prisco dio un paso atrás: le habían arrancado la lengua.

Con un gesto, lo invitó a seguirla. Él lo hizo, dominando lo mejor que pudo el terror que le había provocado aquel encuentro. Ahora se temía lo peor. Atravesaron varias habitaciones, todas espléndidamente decoradas. Por fin, la romana se detuvo ante una de ellas. Prisco comprendió que debía entrar solo.

Apartó la lona y avanzó. Al instante, un enorme malestar se apoderó de él. No era posible. El cansancio, el hambre y la sed debían de haberle nublado la mente: la habitación era una réplica exacta de su dormitorio en su palacio de Constantinopla. Los mismos tapices, las mismas estatuas, telas parecidas, una cama idéntica...

—Pareces sorprendido...

El timbre de aquella voz lo derritió. Creyó que las piernas dejarían de sostenerlo de nuevo, y tuvo que apoyarse en una enorme cómoda situada a su derecha, su cómoda, o al menos una cómoda idéntica en todo a la que hubo en su habitación durante décadas. Pero eso no bastó. La impresión había sido demasiado grande. Necesitaba sentarse. Vio su sillón, allí, a tres pasos de él, justo en su sitio, por supuesto. Se acercó.

—¿Quién te ha dado permiso?

Se quedó clavado. Sí, había oído bien. Aquella voz era la suya. ¿De dónde venía? No se atrevía a mirar.

—Aún eres más cobarde que antes, ¿eh? El hombre al que conocía tenía una pizca de valor.

Con las manos aferradas al borde de la cómoda, Prisco bajó los ojos, incapaz de controlar los temblores que lo agitaban.

—En esa época yo era muy ingenua, lo sé. Seguramente siempre has sido así, Prisco. Solo que yo no lo veía, no quería verlo. Pero ¡por todos los diablos!, como decía mi padre... —Soltó una risa cristalina que le heló la sangre—. ¡Por todos los diablos, ¿por qué iba a desconfiar de un hombre al que adoraba, de un hombre con el que me había casado por amor?!—

Con las manos en las sienes, Prisco cayó de rodillas al suelo. La cabeza le iba a explotar. Estaba lívido. Le castañeteaban los dientes. Empezó a gatear hacia la puerta por la que había entrado. Quería salir de aquella habitación a toda costa, escapar de la pesadilla en la que estaba hundido.

Ella le cerró el paso alzándose de pronto ante él.

—Cuando abrí los ojos, ya era demasiado tarde. Lo había sacrificado todo, y tú... tú... tú me... —Su voz, casi risueña hasta ese momento, se quebró.

Por primera vez, Prisco se atrevió a alzar los ojos hacia ella: una larga cabellera pelirroja, recogida en trenzas, al estilo ávaro. Al principio no vio nada más. Y luego su negra túnica, que realzaba la palidez de su rostro.

—Tú... tú... eres tú —balbuceó, todavía arrodillado—. Eres...

Ahora sus ojos ya no conseguían apartarse de aquella aparición. La miraba con la boca entreabierta, como un lelo. En realidad, empezaba a recobrar la sensatez poco a poco.

—Esta guerra... esta guerra... —siguió farfullando—. ¿También es cosa tuya? El gran kan nunca...

Ella sonrió siniestramente. Sus desdeñosos labios expresaban una alegría maligna.

—La alianza con los persas... El sitio, esta campaña desmesurada... ¡Tú estás detrás de todo esto! Tú convenciste al gran kan... Y, antes de eso, los juegos sangrientos del Muro Largo... también eso...

—Después de todo, parece que no has cambiado tanto. Sigues siendo bastante rápido en comprender.

Cosroes frunció el ceño. Aquel mensaje no tenía ningún sentido. Ordenó que se lo releyeran. Él había estado en Rhages un mes antes. El templo rebosaba de riquezas y de peregrinos. En la ciudad, santa entre las santas, reinaba una calma que le pareció imperturbable. Él mismo se había arrodillado ante el Fuego Eterno. Casi había llegado al éxtasis. Y ahora querían hacerle creer que Rhages ya no existía. Que había sido destruida, arrasada. ¿Cómo podía ser?

El informe era confuso: un ejército surgido de la nada, unos demonios, a no ser que fueran soldados disfrazados de peregrinos; los sacerdotes, muertos del primero al último; el templo, convertido en polvo. Y aquella noticia inconcebible: el Fuego Eterno, apagado.

Los labios del ministro que le leía temblaban. Él mismo, sentado en la gran sala del trono de Dastagerd, sintió que el pecho se le alzaba y el corazón se le desbocaba. Lo había oído bien la primera vez. Era un sacrilegio para él que ni siquiera había castigo, que golpeaba el alma de Persia. El fuego de Zoroastro ardía desde hacía mil años, tan inmutable como los ciclos de la luna. Encarnaba la continuidad de la historia persa, unía a los monarcas, a las dinastías. Ese vínculo estaba roto.

El ministro acabó de leer y balbuceó unas palabras inaudibles.

—¿Qué pasa? —preguntó el rey de reyes, irritado.

El ministro acababa de darle la vuelta al papiro en el que se anunciaba la caída de Rhages. El mensaje seguía en el otro lado; mejor dicho, en el otro lado había un segundo mensaje, añadido al parecer por uno de los jinetes que lo había llevado a Dastagerd. El ministro no se había dado cuenta la primera vez. Rogó al más grande de los monarcas que perdonara su distracción.

—Lee de una vez —le ordenó Cosroes.

El ministro paseó la mirada por el papiro antes de anunciar con voz opaca que el ejército enemigo había sido visto a una jornada de Dastagerd.

—¿Cuándo escribieron el mensaje? —preguntó el rey de reyes, repentinamente pálido.

La tarde anterior, le dijeron.

Prisco corrió a refugiarse a un rincón de la habitación. Estaba jadeando. Domencia lo siguió con la mirada, con una sonrisa triste en los labios.

—¡Paulina! —llamó al fin con voz más suave. La joven mutilada se presentó de inmediato—. Trae bebida para el generalísimo. Me parece que está muerto de sed.

Poco después, Prisco, sentado en un sillón, tenía en la mano un brebaje ávaro hecho a base de leche de yegua fermentada. Se lo habían servido en un recipiente que resultó ser un cráneo humano con el interior recubierto por una fina capa de oro. «¿De dónde sacarán cráneos tan pequeños?», se preguntó, sorprendido de poder sostener la macabra copa con una sola mano.

El cambio de actitud de Domencia había hecho renacer su esperanza, casi su alegría. Poco a poco, el poderoso instinto de conservación que le había permitido servir a señores tan distintos como Mauricio, Focas y Heraclio durante décadas volvía por sus fueros. Cada vez estaba más convencido de que el gran kan no era más que un títere en manos de Domencia. El favor que tenía que ganarse era el suyo, y empleó en ello toda su consumada habilidad. Le sonrió, la halagó, intentó reconstruir la complicidad que existió entre ambos. Sus cuerpos la recordaban, a pesar de sí mismos. Los antiguos reflejos no habían muerto. Su infame traición había dejado huellas, pero no tan profundas como las de su vida en común, acabó diciéndose.

En varias ocasiones, la sorprendió con una expresión soñadora, casi sonriente. Domencia dejó que evocara un pasado idealizado, que exhibiera su nostalgia, que poco a poco renovara las promesas que había pisoteado alevosamente la vez anterior. Prisco cogió confianza.

—Te has convertido en reina, como merecías —le dijo con la voz más tierna que supo adoptar—. Me alegro tanto por ti... Te han tratado bien...

De pronto, volvió a oír una risa cristalina que lo dejó helado.

—¿Que me han tratado bien? —murmuró Domencia, y en un tono más sombrío le preguntó—: ¿Sabías que cuando me echaste de Constantinopla estaba embarazada?

Él la miró estupefacto.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando...?

—¿Habría cambiado eso algo?

Prisco no respondió.

—En esos momentos yo tampoco lo sabía...

—¿Estás segura de que el padre era yo? Creo recordar que Bonoso...

—¡Oh! —respondió ella con una suavidad que contrastaba de un modo extraño con la falta de delicadeza de la insinuación—. No había duda posible: era tu vivo retrato. Clavado a ti.

—¿Él?

—Un varón. Era lo que querías, ¿no? —respondió Domencia sin alzar la voz y con la misma suavidad, que de pronto se había vuelto inquietante.

Su impasible mirada no se apartaba del pequeño cráneo en el que el general Prisco había posado los labios.

La travesía de Nicetas fue tranquila. El pescador que facilitó el transporte de la pequeña tropa tenía una hija encantadora. Nicetas no entendía ni una palabra de lo que le decía, pero tuvo la sensación de que le gustaba. Se quedó sorprendido.

Al otro lado del Cáucaso, se extendían llanuras exuberantes que parecían infinitas. Estaban salpicadas de innumerables rebaños. Eran de los jázaros. Nicetas solicitó hablar con su gran kan. Lo condujeron a su presencia sin poner inconvenientes. Esperaba encontrar un pueblo feroz y descubrió pastores hospitalarios. «¿Cómo es posible que estos hombres fueran el terror de los ávaros?». Cuando, tras días de marcha a través de las praderas, lo invitaron a entrar en una modesta cabaña de pastor, idéntica a los centenares que había visto por el camino, y al otro lado de la desvencijada puerta se encontró frente a Ziebel —que así se llamaba el gran kan de los jázaros—, empezó a comprender.

Era un hombre no muy alto y, como el señor de los ávaros, tenía las piernas arqueadas por haber pasado años a lomos de un caballo. Pero la comparación no podía ir más lejos: llevaba el rostro oculto tras una máscara.

Era una circunstancia no poco frustrante: impedía interpretar sus expresiones. El romano, que no podía fiarse de la entonación de una lengua que no conocía y para la que necesitaba a un traductor, tenía la sensación de conversar con una divinidad de una época olvidada. El rostro pétreo de Ziebel contrastaba de un modo extraño con la afabilidad de su trato. Invitó a su huésped a sentarse de inmediato y, advertido sin duda de su llegada, hizo preparar para sus compañeros y para él una serie de platos no muy refinados pero sustanciosos. Todas esas atenciones habrían sido recibidas con una gratitud inequívoca si aquella impenetrable máscara no arrojase una luz inquietante incluso sobre los gestos más anodinos.

Poco a poco, Nicetas comprendió que se las veía con unos nómadas que, pese a su pacífico aspecto, seguían siendo temibles. Asistió a una competición ecuestre que no le dejó la menor duda sobre sus aptitudes guerreras. Su amabilidad no era más que la consecuencia de una tranquila confianza en la propia fuerza. El mismo Ziebel ignoraba el número de sus súbditos y la extensión de su territorio.

—Ningún otro pueblo nos detiene —aseguró sin arrogancia, como si se limitara a constatar un hecho.

—Pero las montañas sí —repuso Nicetas.

Acababan de ponerle delante un cuenco que contenía un denso líquido blanco. Sin duda leche, pero agria desde hacía días. Se esforzó en bebérsela con una sonrisa.

Las negociaciones no fueron fáciles. El romano ignoraba los prejuicios, las expectativas y los códigos de honor de su interlocutor. Nunca sabía cuándo corría el riesgo de ofenderlo. No obstante, había detectado en él, en la sobriedad misma de su existencia, en su forma de fingir en todo momento que había olvidado que mandaba sobre decenas de miles de temibles jinetes, un orgullo desmesurado. Y, provocándolo, esperaba ganar al jázaro para su causa.

Ziebel solo perdió la calma una vez: cuando le mencionó a los ávaros.

—¡Son mis esclavos! —exclamó—. Huyeron de sus amos, y no son dignos ni de que los pisoteen mis caballos.

Poco a poco, el romano consiguió hacerle entender que tenían los mismos intereses. Le pintó las inmensas riquezas del reino de Cosroes con los colores más vivos y más apropiados para despertar la codicia incluso de un anacoreta; le prometió botines inigualables, le halagó, y al mismo tiempo fingió que dudaba de su determinación a cruzar las Puertas de Hierro.

Al cabo de una semana, el tratado de alianza estaba casi a punto. Los jázaros enviarían a quince mil hombres para ayudar al emperador de los romanos, Heraclio. Ziebel en persona se pondría al mando de la expedición. Pero el gran kan impuso una última condición.

Caía la tarde. De la cabaña salía música. El entrechocar de cuencos se mezclaba con las risas. De pronto, se oyó una voz:

—¡No, ella no!

Un instante después, Nicetas apareció en la puerta. Temblaba de ira. Se alejó y echó a andar en el frescor de la noche, deteniéndose de vez en cuando, alzando los ojos hacia la plateada luna y pegando furiosos puntapiés a los montículos de tierra que salpicaban la pradera. Una hora más tarde entraba de

nuevo en la cabaña del gran kan. La conversación fue breve. Cuando volvió a salir, tuvo que apoyarse en uno de sus hombres. Estaba lívido.

—Ojalá ella me perdone... Ojalá me perdone algún día...

Epifanía lo vio adentrarse en la noche. Acababa de atravesar sigilosamente una poterna de la muralla, seguido por quince hombres de probada fidelidad. Dos de ellos portaban faroles con tres de las cuatro caras cubiertas con pieles de cabra. El enemigo no los vería llegar. En cambio, ella distinguía perfectamente los minúsculos halos de luz que iluminaban sus pasos. Los seguía con la mirada. Tenía el corazón en un puño y un nudo de angustia en la garganta. Las ráfagas de viento le levantaban el pelo y volvían a lanzarlo con fuerza contra su cara.

—Deberías volver a casa, Epifanía, va a estallar la tormenta... —le pidió la emperatriz, que pese al embarazo había subido con ella la escalera que llevaba a lo alto de la muralla.

La joven frunció el ceño. El camino de ronda era el único sitio desde el que podría seguir viendo a Marco.

Las primeras gotas de lluvia no tardaron en mojarle la cara y los hombros. La emperatriz se marchó sin insistir más, pero, antes de encaminarse hacia el palacio, la estrechó amorosamente entre sus brazos.

Al cabo de unos instantes, Epifanía estaba empapada. El chaparrón se había transformado en diluvio. Ahora apenas se veía nada. Pero entrecerró los ojos y creyó distinguirlo aún: una lucecita que avanzaba despacio hacia los miles de fuegos enemigos. Perderlo de vista era perderlo para siempre. Epifanía se aferraba a las dos manchitas pálidas que aparecían intermitentemente tras la cortina de agua.

Después de semanas de calor bochornoso, la tormenta, pese a su violencia, era un alivio. Traía un frescor inesperado. ¿Favorecería también el plan de Marco? Epifanía confiaba en que los ávaros permanecieran resguardados en sus tiendas y descuidaran la vigilancia. Pero de pronto un relámpago desgarró el cielo, y por un instante hubo tanta claridad como en pleno día. Epifanía distinguió claramente al joven y sus hombres, a medio

camino entre la muralla y el campamento ávaro. ¡Si ella los había visto, podía haberlos visto cualquiera!

Los minutos que siguieron fueron terribles. Epifanía esperaba ver escuadrones de jinetes enemigos lanzándose sobre los dos faroles. Pero no pasó nada. La tormenta arreció. Los relámpagos volvieron a iluminar las tinieblas. Epifanía temblaba de pies a cabeza. Una ráfaga de viento la obligó a cerrar los ojos unos instantes. Cuando volvió a abrirlos, los faroles habían desaparecido. Las hogueras ávaras seguían allí, lejos. Pero los diminutos halos que guiaban los pasos de Marco, no. Creyó que la angustia la ahogaría. Miraba con desesperación las movedizas tinieblas sin conseguir encontrar el rastro de su amado. Los elementos parecían haberse aliado contra ella. Maldecía su impotencia. Poco a poco, se convenció de lo peor. En el campamento ávaro, la calma era total. Para ella, sin embargo, al desaparecer de su vista, Marco había entrado en la nada, en una noche impenetrable de la que ya no saldría. Pasaron unos minutos interminables.

Un relámpago se alzó hacia el cielo. Pero ¿podía alzarse hacia el cielo un relámpago? ¿Y podía durar tanto rato? Epifanía tardó varios segundos en comprender que aquel relámpago, que no quería apagarse, no era tal: ¡fuego! ¡Las torres ávaras estaban ardiendo!

Las llamas se propagaron con una rapidez asombrosa. Epifanía no tardó en ver las cinco torres envueltas en llamas. Su corazón había dejado de latir. Ya no estaba calada hasta los huesos en lo alto de la muralla; estaba al otro lado, abajo, al pie de aquellas piras, con Marco. El campamento ávaro era un hervidero: las antorchas se agitaban a lo lejos, se oían gritos... Debían de haber salido grupos de jinetes a toda prisa... Instantes después, las torres se derrumbaron. Un clamor se alzó en la noche alrededor de Epifanía: eran los romanos que, apretujados en las murallas, celebraban el éxito de la operación.

—¡Marco! —exclamó instintivamente, muerta de miedo.

El incendio había adquirido dimensiones gigantescas. Se veían hombres corriendo entre las llamas: sus gritos le desgarraban las entrañas. ¿Y si Marco no había tenido tiempo de replegarse? ¿Y si el enemigo lo había rodeado?

La lluvia y el viento arreciaban. Epifanía no se daba cuenta. Pasó una hora. Luego otra. Nadie volvía.

Domencia había tenido buen cuidado de que ninguno de los soldados presentes entendiera su idioma. Nadie podía contar lo que hablaran. Sabía que a ellos no les importaría. El espectáculo al que iban a asistir aquellos brutos satisfacería con creces su afición a la sangre. Iba a ofrecerles material suficiente para alimentar durante semanas las historias de terror que les gustaba contarse alrededor del fuego. Si hubiera podido prescindir de ellos lo habría hecho. Pero necesitaba que mantuvieran inmóvil al prisionero y ejecutaran sus órdenes.

Paulina sí entendería las palabras que intercambiaran el prisionero y ella, pero ya no tenía lengua para repetírselas a nadie. Domencia la había hecho llamar porque suponía que, para aquel hombre que iba a sufrir tanto, sería aún más doloroso que una joven romana fuera testigo de sus chillidos y sus lágrimas. Solo era un modo como otro cualquiera de duplicar la humillación.

«Te han tratado bien», le había dicho. Nunca le perdonaría esa frase. En caso de que hubiera estado dispuesta a perdonarle algo.

Prisco estaba tendido sobre una gruesa mesa, con los brazos y las piernas extendidos y sujetos con argollas de hierro. Lo flanqueaban dos ávaros fuertemente armados. De momento, le había dejado los harapos. Apenas le cubrían el cuerpo, llagado ya a causa de la inmovilidad forzosa. Llevaba días sujeto a la mesa de aquel modo, sin ni siquiera poder volver la cabeza, porque la tenía atrapada entre dos cuñas y le habían pegado el pelo a la madera con un engrudo apestoso. Si hubiera intentado levantarla, se habría arrancado el cuero cabelludo. Oía el ruido de los instrumentos de hierro que estaban colocando a su lado y las siniestras risas de los soldados, pero su campo de visión se reducía a la lona del techo de la tienda. Lo demás solo podía imaginárselo. Cuando Domencia lo hizo encadenar a la mesa, le advirtió que solo lo soltaría cuando estuviera muerto. Luego dejó que meditara la frase más de una semana, durante la cual no se presentó ante él.

Quería que sufriera, pero sobre todo que pasara miedo, un terror que lo llevara al borde de la muerte, que se la hiciera desear. Siempre se había librado de todo. Esta vez, no le ahorraría nada.

Primero hizo que le arrancaran los ojos. Para que acabara de perder los puntos de referencia. Y sobre todo para que supiera desde el principio que había empezado a deslizarse por una pendiente sin retorno. Era el castigo que le impusieron en otros tiempos, el castigo que habría recibido si ella no hubiera intervenido, si no hubiera hecho lo que luego él tuvo el cinismo de reprocharle.

—Todo lo que has visto en los últimos diecisiete años me lo debes a mí — le dijo mientras el verdugo acercaba el punzón a sus azules y despavoridos ojos.

Regocijándose, le dijo que, en lugar de gritar, le diera las gracias por todas aquellas imágenes que le debía. Diecisiete años de aplazamiento no eran cualquier cosa.

Por supuesto, suplicó. Incluso después de que le arrancaran el primer ojo, trató de salvar el otro. Su voluntad de vivir le gustó. Su mayor miedo era que se rindiera demasiado pronto. Agarrándose a la vida de ese modo, le ofrecía el doble de diversión. Porque no se trataba de acabar con él enseguida, sino de hacerle sentir cada pérdida, de hacerle esperar en cada ocasión que ella se detuviera ahí, para engañarlo mejor, para sumirlo en un terror constantemente renovado.

Después de los ojos vinieron las uñas, y luego los dedos, falange tras falange. Le destrozaron las rodillas; le arrancaron las orejas y los dientes. Le dejaron la lengua el mayor tiempo posible. Ella quería hablar con él, contarle lo que no sabía. «Te han tratado bien». Esa frase había sido su sentencia de muerte. Le explicó por qué.

Le detalló en qué había consistido el buen trato: la esclavitud; el catre de decenas de guerreros ávaros, cuya lengua no entendía y que, evidentemente, no estaban interesados en entender la suya; algunos eran violentos, y todos, o casi todos, viciosos; el embarazo que tuvo que ocultarles; su calvario, hasta el día en que consiguió colarse en la tienda de Bayan.

Lo que acababa de resumirle en unas cuantas frases había durado años. Intentó hacerle sentir lo que significó para ella que la desposeyeran de su cuerpo, o que la redujeran a él, ya no lo sabía. La soledad más absoluta, sin estar nunca sola. La vergüenza de no tener el coraje de morir, de querer vivir a toda costa y hacer lo necesario para conseguirlo. No le ahorró ningún detalle. Y se alegró al ver que se estremecía, que sus palabras le destrozaban

el alma del mismo modo que los instrumentos de hierro le despedazaban el cuerpo. Él le suplicó varias veces que se callara.

Bayan la había tratado un poco mejor, reconoció. Aunque no de inmediato. No era su única concubina, y las demás la odiaban. Tuvo que aprender su idioma para defenderse y ganarse a las esposas oficiales. Aceptó todas las humillaciones, pero llevó la cuenta escrupulosamente. Las que se habían alzado contra ella fueron eliminadas sin piedad. Domencia relató a Prisco su lento y constante ascenso, cómo consiguió apoderarse del corazón y la mente de Bayan poco a poco, al tiempo que lo ponía a la cabeza de los ávaros, sobre los que no estaba destinado a reinar.

Por fin, le habló del hijo de ambos, y él aulló.

Prisco intentó defenderse, justificarse. En determinado momento, incluso la hizo vacilar: le dijo que no pudo soportar que se hubiera entregado a otro, que habría preferido que lo hubiera dejado pudrirse en la mazmorra de Bonoso, que sentía por ella un amor tan intenso, tan exclusivo, que su infidelidad —que, por supuesto, ella había cometido pensando que hacía algo bueno— le había partido el corazón. Estuvo tentada de creerlo. Pero recapacitó y decidió que ya era hora de arrancarle la lengua.

Prisco se desmayó varias veces. Lo reanimaron. Incluso sin ojos, era muy expresivo. Cuando se despertaba tras unos segundos de respiro, Demencia leía la desesperación en sus facciones: el horror volvía a imponérsele. Incluso sin lengua, siguió soltando gemidos inarticulados para ablandarla. A ella le pareció reconocer su nombre en esos sonidos guturales, y se obligó a responderle con risas.

No dejó que lo remataran. Ya no era más que un torso sanguinolento, ciego, castrado, sin vista ni habla, una mente encerrada en una burbuja de sufrimiento, un condenado hundido en el infierno. Ordenó que lo dejaran apagarse poco a poco, tal como estaba. Tardó casi dos días en morir.

Las abruptas paredes se alzaban una frente a otra, inmensas, aterradoras. El río que corría entre ellas había perdido fuerza durante el verano, pero las lluvias de los últimos días hacían temer que recuperara pronto su impetuosa corriente. De momento, las orillas parecían despejadas. «Al menos lo bastante para que quince mil jinetes puedan pasar sin grandes dificultades», se dijo Nicetas. Más adelante, las cosas se complicarían. El desfiladero se estrecharía, sus paredes se volverían más escarpadas, los pequeños valles adyacentes desaparecerían y solo quedaría aquella grieta, aquella profunda herida en el corazón de la montaña. Pronto aparecerían dos estatuas colosales, esculpidas en la misma roca, una a cada lado de la estrecha garganta. Severas y solemnes, con los ojos vacíos y adornadas con largas barbas, sostendrían una lanza en una mano y, con la otra, totalmente abierta al final de un brazo extendido hacia delante, conminarían a los viajeros a detenerse y volver por donde habían venido. Sería la última advertencia antes de llegar a las Puertas de Hierro.

Nicetas observaba el cielo. Tras los continuos aguaceros de la semana anterior, estaba despejado. Eso no les convenía. Ahora era cuando habría hecho falta un tiempo gris y brumoso. El éxito de su plan dependía de muchas cosas, a veces contradictorias. Un tiempo brumoso, pero a ser posible sin lluvia. ¿Sabían los persas que un ejército de quince mil hombres se disponía a invadir su territorio? Más valía que no. Porque, en caso contrario, ninguno de ellos saldría con vida de aquel desfiladero. Cada ruido un poco inhabitual le hacía volverse con el corazón palpitante, estremecido ante la idea de que fueran piedras que estaban haciendo caer desde lo alto del despeñadero para cerrarles la retirada. Luego se preguntaba por qué había hecho creer a Horacio que tenía una solución para forzar el cerrojo persa.

Los escitas, los sármatas y los mismos hunos se habían estrellado contra las Puertas de Hierro. Lo que, por otra parte, explicaba que luego dirigieran

sus pasos hacia el oeste y se lanzaran sobre el Imperio romano. Desde hacía un milenio, gracias a aquella particularidad geológica, que hacía que las tropas solo pudieran pasar del norte al sur del Cáucaso por aquel pasillo flanqueado por murallas de roca y hielo, Persia había eludido las invasiones bárbaras. En aquel sitio, veinte hombres bien organizados que supieran conservar la sangre fría podían tener en jaque a ejércitos enteros.

A medida que se adentraban en las entrañas de las montañas, Nicetas sentía crecer la aprensión de su aliado jázaro y, con ella, su desconfianza respecto a él. La máscara no dejaba traslucir nada, y de todos modos Ziebel era demasiado orgulloso para ordenar a sus guerreros que dieran la vuelta. No obstante, estaba claro que empezaba a dudar de sus posibilidades de superar con éxito una emboscada.

Nicetas fingía ignorar la sorda hostilidad de que era objeto. Pero la duda seguía torturándolo. ¿Tenía derecho a arrastrar a todos aquellos hombres a una matanza? En los últimos diecisiete años, ¿había habido alguna iniciativa suya que no terminara en desastre? Miraba las formidables paredes circundantes, que parecían a punto de derrumbarse y sepultarlos a todos, y el miedo daba paso a una especie de serenidad. «Qué magnífica tumba...», se decía.

De pronto, allí estaban, inmensos, macizos, espléndidos: los colosos de piedra, guardianes del Imperio persa.

Detuvo el caballo para contemplarlos a placer. No parecían haber salido de las manos del hombre. «Obra de dioses. O de demonios». Sobresalían de la pared de un modo tan natural que parecía que la materia inerte hubiera cobrado vida. Daba la sensación de que podían ponerse en movimiento en cualquier instante para castigar a los imprudentes que osaran desoír su advertencia.

Nicetas pidió a Ziebel que sus jinetes se detuvieran a este lado de los gigantescos guardianes. El jázaro obedeció de mala gana.

—No me dan miedo —aseguró con una voz impasible—. Piedra y nada más que piedra, que reduciremos a polvo.

Cuanto más lo trataba, menos comprendía al gran kan. Era un enigma, y un enigma inquietante. Cuando pensaba en lo que le había prometido —en la mujer que le había prometido—, se le revolvía el estómago. ¿Se quitaría la máscara delante de ella?

—¡Nosotros no le tememos a nada! —continuó el gran kan en un tono lúgubre—. Lo destruiremos todo, sus estatuas, sus palacios, sus ciudades... Nada se resiste a los cascos de nuestros caballos.

Al oír la traducción del intérprete, Nicetas se estremeció. Los colosos de piedra no solo eran imponentes. Eran hermosos. Solo un pueblo civilizado, refinado, amante del arte, podía crear semejantes maravillas; un pueblo que, como aquellas estatuas, había sabido arrancarse a sí mismo de lo amorfo, de la barbarie, del caos. ¿Podía lanzar sobre él unas hordas de salvajes incapaces de apreciar su grandeza? Los persas eran el enemigo hereditario desde hacía siglos. No obstante, más allá de los desacuerdos —a menudo sangrientos—, eran los únicos vecinos del Imperio que contaban con una civilización brillante, cuyos orígenes, se decía, se perdían en la noche de los tiempos. Sus artes eran excelsas. Su cocina, incomparable. Sus ciudades de ladrillos no resistían el paso de los siglos, pero, mientras perduraban, eran magníficas. Pese al odio que inspiraban, pese a su impía religión, Nicetas no podía evitar considerarlos sus iguales. No era el caso de los ávaros. Y, con toda seguridad, tampoco sería el de los jázaros.

Recurrir a aquellas bestias montadas a caballo, a aquellos seres que desconocían la escritura, ¿no era pretender curar un mal con otro infinitamente peor? ¿No equivalía a traicionar algo aún más profundo que el amor a la patria? Admirando la obra del genial artista que, hacía ya siglos, esculpió en la roca aquellas apariciones sobrenaturales —la obra de toda una vida, incluso de varias vidas—, Nicetas no podía evitar los remordimientos: aquella alianza con los jázaros era una monstruosidad, un pacto con el diablo. Pero ¿y los persas? ¿No se habían aliado a su vez con los ávaros para tomar Constantinopla?

Él la había reconocido. Ella lo supo enseguida. Por la inmensa mirada que le había lanzado, por sus pestañas, que eran bastante bonitas aunque ya no se movían, por sus labios tumefactos, que, pese al dolor, se habían entreabierto. El joven prisionero, cubierto de quemaduras y encadenado, único superviviente del grupo de romanos suicidas que habían incendiado las torres móviles, seguía vivo porque querían sacarle toda la información que pudieran. Pero luego se reuniría con sus compañeros. Antes, quiso verlo en persona, o, para ser sincera, mostrarse a él, porque siempre era un placer leer la sorpresa y el miedo en los ojos de un hombre antes de que muriera. Por supuesto, su estupor inicial la satisfizo. Pero luego la sorprendida fue ella. La reconoció, pero no soltó ningún grito de terror, no la insultó, no la llamó traidora, no le arrojó el nombre de su padre a la cara. Solo dijo esta frase: «Temíamos tanto que os hubiera ocurrido algo malo...».

Domencia no supo qué contestar. Se fue sin haberle dirigido la palabra. No obstante, prohibió que siguieran torturándolo. Al día siguiente volvió a visitarlo. Y al otro también. Y los posteriores, lo mismo. Se llamaba Marco.

La cabaña que hacía las veces de celda se encontraba en un estado lamentable: tenía el suelo cubierto de excrementos y apestaba a orina. Ordenó que lo limpiaran. El joven se moría. Pero antes quería obtener cierta información de él, y prefería hacerlo en condiciones agradables. Al menos, así fue como justificó ante Bayan por qué había mejorado el trato hacia el condenado. Al gran kan, furioso por la destrucción de las torres móviles, le pareció una clemencia excesiva. Pero ella lo miró de arriba abajo con una expresión dura, y Bayan lo aceptó todo.

Marco le dijo a Domencia quién era. El protegido del general manco. Le explicó por qué, cuando la reconoció, no había soltado un grito de terror sino una exclamación de alegría. Domencia descubrió que el general Nicetas le había hablado a menudo de su encuentro con ella al pie de las murallas una

mañana lluviosa de hacía diecisiete años. Ella no lo recordaba. Los terribles días posteriores a la caída de su padre se habían convertido en un lugar inaccesible de su memoria, un mar opaco en el que solo flotaban unas cuantas imágenes: el gris del cielo, el agua cenagosa del Danubio... Sonidos: la continua lluvia, el trote de los caballos que la llevaban hacia unas tierras de las que antaño su padre había regresado transformado. El olor de la tierra húmeda. Tenía la sensación de que la habían desposeído de su propia historia. Era desconcertante saber que aquel encuentro había obsesionado a un hombre durante años. Para ella, era como si no hubiera existido —de todas formas, ¿cómo habría podido reconocer al general, si esa mañana iba disfrazado de mercader?—. Marco le aseguró que, en cuanto se recuperó de la amputación, Nicetas envió soldados en su busca. No hallaron su rastro.

—Los ávaros me encontraron antes —suspiró Domencia.

Cuando cayó la noche, Nicetas partió en misión de reconocimiento con dos de sus hombres. Las Puertas de Hierro tenían que estar cerca, a unas horas de marcha como mucho.

El desfiladero seguía internándose en las entrañas de la tierra. Nicetas se dejó invadir por los recuerdos. Un valle encajonado, él con un puñado de jinetes lanzados en persecución de un grupo de asesinos, el miedo a llegar demasiado tarde...

—¡General! ¡General!

Uno de sus hombres le hablaba en susurros. Como no reaccionaba, le dio un leve codazo:

—Ahí delante, general...

Nicetas ahuyentó las ideas que se atropellaban en su mente y clavó los ojos en la oscuridad. Parecía más densa, más profunda que antes. Totalmente impenetrable. Pero ¿por qué el cielo estaba más claro?

De pronto, lo comprendió.

—Hemos llegado —murmuró.

Siempre supuso que se trataba de una serie de fuertes que impedían el acceso al sur del Cáucaso; en el peor de los casos, un sistema de fortificaciones temibles y quizá infranqueables, y que el nombre «Puertas de Hierro» se lo habían puesto en sentido metafórico. No imaginaba que pudieran ser puertas de verdad, y efectivamente de hierro, o chapadas de hierro, o con toda la pinta de serlo: negras, gigantescas, inhumanas, casi tan altas como las paredes de la garganta. Maravilla del viajero, pesadilla del enemigo.

Cerraban el valle como habrían podido cerrar una sala de un palacio o la entrada a un jardín. No permitían ver el otro lado. No permitían adivinar nada. Protegían el milenario imperio de los persas como si este fuera una fortaleza ciclópea a cielo abierto. Nicetas sabía que al otro lado vivía un pueblo de

hombres normales, y mortales como los demás. Pero imaginaba el efecto que esas puertas podían causar en las ignorantes hordas de las estepas. Al verse frente a aquellas inmensas hojas de hierro después de haber pasado al pie de los guardianes de piedra, ¿cómo no creer que todo aquello era obra de unos gigantes que habían esculpido en la roca unos seres hechos a su imagen y semejanza?

El romano comprendía ahora las enigmáticas frases del gran kan, cuya oscuridad había achacado a la impericia del intérprete. Ziebel había mencionado a una especie de titanes a los que tendrían que enfrentarse. Nicetas supuso que se refería a las montañas o a los guardianes de piedra, pero el jázaro estaba realmente convencido de que, al otro lado del Cáucaso, tendrían que vérselas con criaturas monstruosas. Pese a ese temor, que habría disuadido a cualquier hombre sensato, Ziebel no se lo pensó mucho antes de embarcarse personalmente en aquella aventura. Era una actitud cuando menos aguerrida. «E inconsciente. Y de una vanidad sin límites». Un profundo desánimo se apoderó de Nicetas.

—Necesito dormir —dijo a sus compañeros.

—¿Aquí, general? No sería mejor...

Nicetas se mostró inflexible. Señaló una pequeña cavidad en la pared rocosa, desde la que podrían observar sin ser vistos cuando se hiciera de día. En cuanto se instalaron, se quedó dormido. Ningún sueño turbó su descanso. Lo despertó el rayo de sol que, varias horas después, le acarició los párpados. Junto a él, sus hombres ya estaban al acecho. ¿Habrían descansado algo? Como si no los conociera...

Se pasó la mañana mirando las Puertas de Hierro. Aquellas dos formidables hojas herméticamente cerradas, dos veces más altas que la muralla más alta de Constantinopla, lo fascinaban. Ni arriba ni a sus pies se veían señales de vida, parecían abandonadas a su propia suerte. ¿Dónde estaban los persas? «Detrás, claro, tan tranquilos». ¿Por qué iban a estar en otro sitio? Su angustia, apaciguada por el sueño, volvía a la superficie: contrariamente a lo que se imaginaba, no había ningún sendero que ascendiera hasta la cresta y permitiera rodear las puertas para sorprender a sus defensores desde lo alto. Las paredes del desfiladero, implacablemente verticales, no ofrecían ningún asidero, ninguna ayuda.

—¿Cuál es el plan, mi general? —le preguntó uno de sus hombres.

¿Le confesaba que no tenía ninguno? ¿O que su plan se limitaba a llegar allí y reflexionar?

—Confía en mí, Aureliano.

No podía decirle que iban a morir olvidados en una garganta impenetrable después de haber pactado en vano con unos centauros bárbaros.

—¡Mirad, general! —Aureliano señalaba a lo alto de las puertas—. Hay alguien...

Efectivamente, un hombre avanzaba por el borde superior de una de las hojas, en el que debían de haber construido un camino de ronda. Estaba demasiado lejos para verlo bien, pero su actitud era la de un soldado.

—¿No estaba ahí hace un momento? —preguntó Nicetas.

—Creo que no.

—Bueno es saberlo.

La vigilancia persa no era de las más escrupulosas. De hecho, el guardia no tardó en desaparecer.

—Se ha limitado a echar un vistazo a este lado de las puertas —constató Nicetas—. No tienen ni idea de que a menos de una jornada de aquí hay un ejército jázaro.

—O eso, o le da lo mismo —comentó el joven soldado.

Nicetas hizo como que no lo había oído. Pasaron varias horas, durante las que no volvió a aparecer nadie.

Al anochecer, se decidieron a abandonar la cueva. El hambre los atenazaba. La carne seca que llevaban se había acabado. Se alejaron de las puertas, que, bañadas por los rayos oblicuos del sol, habían adquirido tonos volcánicos. Luego, sumergidos hasta las rodillas en el agua, intentaron capturar algún pez. El río estaba lleno, así que incluso Nicetas consiguió alguna presa, y se sorprendió de la rapidez y la fuerza de su única mano. Pronto tuvieron lo suficiente para prepararse una buena cena.

—¿Creéis que podemos hacer fuego? —le preguntó Aureliano, temeroso de que los localizaran.

—¿No querrás comértelos crudos? —respondió Nicetas sonriendo.

Mientras sus dos hombres asaban los peces, la oscuridad acabó de invadir el desfiladero. Nicetas cavilaba. Había venido, había visto y ahora iba a volver junto a los jázaros. ¿Comprendería Ziebel que las Puertas de Hierro eran infranqueables? ¿Se lanzaría a pesar de todo contra ellas, para no quedar mal ante su pueblo?

Sus hombres dieron un respingo al ver que, de pronto, se levantaba y se acercaba al río. Tenía la ropa casi seca, pero volvió a meterse en el agua hasta la cintura.

—¿Qué hacéis, general?

—¿Adónde va?

La pregunta de su comandante los dejó perplejos.

—Sí, sí, ¿adónde va? —repitió Nicetas, que tenía que luchar contra la corriente para que no lo derribara y lo arrastrara con ella.

Acababa de tener una intuición.

—Pues... Pues hacia allá... —balbuceó Aureliano—. Por donde vinimos nosotros. ¿Por qué?

—¡Hacia las puertas! —lo interrumpió Nicetas—. Va hacia las puertas. Y las puertas no lo detienen. ¿Cómo no se me ha ocurrido hasta ahora?

Sus dos compañeros lo miraron como si se hubiera vuelto loco.

—Esperadme aquí. Acomodaos para pasar la noche. Yo estaré de vuelta por la mañana.

Antes de que pudieran hacer un gesto, su general había desaparecido en la oscuridad.

Epifanía no lloró, pero sus facciones se endurecieron, se congelaron en un rictus de fría resolución. Todo lo que quedaba de la niña que había sido desapareció en una noche. Marco no regresó, y no volvería a verlo. Las cosas eran así. ¿Acaso no lo había sentido? ¿No había sabido siempre que podía morir? Cada vez que se separaba de ella para ir a luchar a las murallas, corría el riesgo de que lo atravesara una flecha, de que una catapulta lo alcanzara, incluso de sufrir una caída accidental. Había muerto de un modo mucho más glorioso. Había salvado Constantinopla. Sin las espantosas torres móviles, los ataques ávaros perdieron fuerza. Al menos, durante un tiempo.

El día siguiente a la destrucción de las torres, su madre fue a verla. Estaba pálida, cada vez más debilitada por el embarazo. La estrechó en sus brazos sin decir palabra. Epifanía se sintió cercana a ella. Más cercana que nunca. Después de todo, eran dos mujeres que ahora tenían que arreglárselas sin un hombre. Multiplicaron su actividad, recorrían las salas del antiguo palacio de Narsés, vacías durante tanto tiempo y desde hacía poco atestadas de heridos y moribundos. Daban órdenes y a veces ayudaban a curar. Nunca hablaban de Marco. Pero si Epifanía sacaba tantas fuerzas y tanta energía de sí misma era para mostrarse digna del sacrificio del joven. No podía haber muerto en vano. Si es que realmente había muerto.

Tres días después de la destrucción de las torres móviles, una catapulta arrojó sobre la ciudad un proyectil que no destrozó ningún tejado ni derribó muro alguno, pero sembró el terror. Una cabeza humana. La habían mutilado de un modo atroz: le faltaban los ojos, las orejas, los dientes... Sin embargo, no tardaron en reconocerlo: era uno de los compañeros de Marco, capturados al mismo tiempo que él. A lo largo de los siguientes días otras cabezas aterrizaron en Constantinopla del mismo modo. Pronto le llegaría el turno a la de Marco, se decía Epifanía. No tenía más remedio que darlo por muerto. Era la única manera de seguir viviendo. Si daba rienda suelta a su imaginación, si

se decía que quizá continuaba con vida y pensaba en lo que eso implicaba para él, las piernas dejarían de sostenerla y se vendría abajo.

Marco había dirigido la operación. Lo conocía lo suficiente como para saber que lo habría confesado ante los ávaros para intentar salvar a sus hombres. Era evidente que no había servido de nada. Seguramente, lo único que había conseguido era un final más lento para sí mismo. Los ávaros sabían cómo prolongar el sufrimiento. Era una idea insoportable. Que, en el mismo momento en que pensaba en él, Marco aullara de dolor porque lo estuvieran mutilando... Epifanía se inclinaba hacia los heridos y aliviaba sus dolores con la esperanza de atenuar un poco los de él, allá, al otro lado de las murallas, dondequiera que estuviese.

El prisionero debía morir. Como todos los demás. Pero no había por qué seguir torturándolo. Tenía un rostro tosco, pero atractivo a su manera. ¿Por qué destruirlo? Lo miraba, lo escuchaba, y se decía que, de haber vivido, quizá su hijo se le pareciera un poco: pelo rubio tirando a rojizo, ojos vivos, facciones expresivas... Pese a lo que le hizo creer a Prisco para hacerle sufrir, ella no había matado a su hijo. Tampoco lo había sacrificado a causa de los celos de Bayan. Simplemente, el parto había ido mal. Murió tras vivir apenas unos minutos. Y ella sabía que había sido su única, su última oportunidad de ser madre.

Si no la hubieran exiliado, si no hubiera tenido que soportar aquel viaje hasta el Danubio, ¿habrían sido distintas las cosas? ¿O tal vez lo mató la furia que sentía contra el padre del niño? Era una idea terrible, una idea atrozmente dolorosa, que hacía que se ahogara y que, aunque póstumo, el odio que sentía hacia aquel hombre se multiplicara. Se había vengado de él de la forma más cruel que pudo. Pero no fue suficiente, nada apaciguaría su cólera jamás. O eso pensaba hasta su conversación con Marco.

Hablando con él, algo que estaba roto en su interior se recompuso. A medida que pasaban los días, con sus palabras, con su franqueza, con todo lo que le descubría sobre su vida, el joven prisionero casi había conseguido reconciliarla con los hombres. Le habló de los amores del general manco y la emperatriz Eudoxia. Ella no sabía nada al respecto. Comprendió al fin por qué Nicetas, que diecisiete años atrás, después de haber conquistado todas las provincias de Asia, estuvo a punto de apoderarse de Constantinopla, no se convirtió en emperador. En cierto modo, renunció al trono por la mujer a la que amaba, se dijo con incredulidad, pensando en aquel otro hombre que había sido su esposo y la entregó a los ávaros. Marco acabó confiándole también su pasión por la princesa Epifanía. Domencia lo escuchó con dolor. Sabía que ya nada podría volver a reunirlos.

Ella le había dicho desde un principio que se vería obligada a matarlo, y se cuidaba de recordárselo cada vez que lo veía. Ni siquiera ella podía salvarlo. Bayan nunca dejaría que se fuera. No después de lo que había hecho con sus torres móviles. Pero ella le juró que, cuando se apoderara de la ciudad, trataría de salvar a Epifanía y a la emperatriz de la brutalidad de los ávaros. Porque ya no estaba en condiciones de evitar eso: la toma y la destrucción de Constantinopla. Además, tampoco lo deseaba. Algunas promesas eran más importantes que ninguna otra cosa. Ningún afecto, ningún encuentro podía desviarte del camino que habían trazado para ti. «Tal vez si mi hijo hubiera vivido... Si se hubiera parecido a ti... —le confesó una noche—. Pero no puedo detener lo que ya se ha desencadenado. Y juré aniquilar el Imperio». Ahora ese compromiso estaba por encima de ella. Se habían puesto en marcha demasiadas cosas. Pueblos, imperios enteros.

Una mañana, al despertarse y pensar que pronto tendría que matarle, se sorprendió a sí misma secándose las lágrimas que habían brotado de sus ojos.

Tal como había dicho, al amanecer Nicetas estaba de regreso, con unas ojeras enormes, visiblemente agotado y calado hasta los huesos.

—Ya lo tengo —aseguró.

Mientras él y sus hombres regresaban al campamento jázaro, donde habrían empezado a impacientarse, Nicetas les explicó su plan.

—Las Puertas de Hierro no cierran el desfiladero totalmente. El río pasa por debajo de ellas. Parece que las dos hojas formen un dique. Pero, de ser así, la garganta estaría inundada desde hace mucho tiempo. Lo he comprobado: la corriente es menos fuerte que en el cauce, pero hay corriente, así que por algún sitio tiene que pasar. Dejándose llevar por ella, estoy seguro de que se llega al otro lado.

—¿Y si no es así? —preguntó Aureliano.

Al llegar al campamento, le expuso su plan al gran kan y topó con idéntico escepticismo. Tuvo que prometerle que ningún jázaro tendría que meter los pies en el agua, elemento que los guerreros de las estepas temían. Solo se dejarían llevar por la corriente los romanos, quienes, una vez llegaran al otro lado de las formidables hojas, tratarían de abrirlas. Los jázaros deberían agruparse frente a ellas, fuera del campo de visión de los guardias persas, pero lo bastante cerca para precipitarse sobre las puertas en cuanto se entreabrieran. Si es que se entreabrían.

Al separarse de aquel hombre de rostro invisible y voz cavernosa, Nicetas volvió a ser presa de los remordimientos. El precio a pagar por su ayuda era muy alto. Por un instante, se cogió la cabeza con las manos y cerró los ojos. Para olvidar. Para no pensar en su hija, que iba a convertirse en la mujer del gran kan.

Shahin cayó en la cuenta de que nunca había visto a su hermano colérico. Hasta la llegada del mensajero, incluso pensaba que Sharvaraz era incapaz de perder ni por un instante el dominio sobre sí mismo. Pero estaba visto que, a menudo, lo impensable acababa ocurriendo. De hecho, el suceso que desencadenó su cólera no hacía más que confirmarlo. El mensajero, llegado de Ctesifonte, traía una noticia literalmente inaudita.

Sharvaraz estaba furioso. No solo por la orden que acababa de recibir — una orden demencial: levantar el sitio de Constantinopla de inmediato y repatriar la totalidad de las tropas hacia la capital persa—, sino sobre todo —y Shahin lo sabía— consigo mismo. ¿Cómo no había adivinado lo que se estaba tramando? ¿Cómo era posible que él, Sharvaraz, se hubiera dejado engañar como un niño? Se sentía herido en su orgullo de estratega, lo que más valoraba. Iba de aquí para allá por la tienda, después de haber volcado y destrozado casi todo lo que había a su alrededor. Una pantera enjaulada. Shahin lo observaba con aprensión.

El mensaje era una llamada de socorro. Cosroes exigía ayuda. Estaba refugiado en Ctesifonte. Si había que creerle, un ejército mandado por el emperador de los romanos había estado a punto de sorprenderlo en su palacio de Dastagerd. Las fuerzas enemigas entraron por el norte de Persia y, antes de lanzarse sobre Dastagerd, habían destruido Rhages y apagado el Fuego Eterno.

Aquello era totalmente inexplicable. El enemigo al que creían tener encerrado en Constantinopla, acorralado y a punto de sucumbir a los ataques ávaros al otro lado del estrecho, se encontraba al mismo tiempo en el corazón del Imperio persa.

El mensaje dirigía al generalísimo críticas mordaces: ¿cómo había podido dejar pasar de aquel modo a todo un ejército romano?

Sharvaraz no tardó en comprender lo que había ocurrido: la falsa huida de los barcos unas semanas antes, la extraña desaparición del emperador Heraclio... Habían burlado su vigilancia. Y no se lo podía perdonar. Los reproches de Cosroes lo enfurecían porque estaban justificados.

Shahin estaba sorprendido de su propia calma. El caso es que aquella noticia, por desastrosa que fuera, presagiaba cambios que distaban de disgustarle. Se acabó la interminable espera. Su hermano lo conocía. Levantó sus enrojecidos ojos hacia él.

—¿Quieres luchar, no?

Shahin no se atrevió a asentir.

Sharvaraz reanudó sus caóticas vueltas por el centro de la devastada tienda. Poco a poco, se iba tranquilizando. Shahin veía que acortaba el paso. Por fin, se detuvo. Volvió a mirarlo.

—Vamos a desobedecer.

Esta vez, Shahin se estremeció. Luego su hermano se lo explicó. Estaba claro que, mientras la rabia lo consumía, su fría mente había seguido trabajando.

El rey de reyes era un cobarde, dijo, dispuesto a perder las ganancias de diecisiete años de guerra por unos miedos imaginarios. Había que protegerlo de su propia cobardía. En realidad, en Ctesifonte disponía de suficientes tropas para enfrentarse a Heraclio. El romano solo contaba con unas decenas de miles de hombres y, lógicamente, carecía de caballos: sus barcos no podían haber transportado muchos. Pasado el efecto sorpresa, los romanos estaban condenados a estancarse en las llanuras de Mesopotamia. Lo único que podía serle útil a Cosroes era un buen general que lo tranquilizara y mandara las tropas estacionadas en Ctesifonte. Un general que aniquilara al presuntuoso enemigo.

—Así que irás tú —concluyó Sharvaraz—. Porque yo me quedo.

Los ávaros estaban preparados para tomar Constantinopla en cualquier momento. No era cuestión de echarlo todo a perder para disipar los temores del rey de reyes. Al día siguiente, cuando Shahin abandonara el campamento persa para dirigirse a Ctesifonte a toda prisa, su hermano haría llegar al gran kan Bayan un mensaje: había llegado el momento de lanzar todas sus fuerzas al ataque.

El horror se extendió por la ciudad. Todo empezó con una macabra puesta en escena. Una cruz erigida frente a las murallas. Habían clavado a ella un torso humano. Estaba vestido con ropajes suntuosos que contrastaban horriblemente con su carne torturada y casi parecían mofarse de ella.

Los sitiados no lo reconocieron de inmediato. Luego, alguien señaló con el dedo las insignias romanas burdamente imitadas por los ávaros, que no obstante se habían tomado la molestia de bordarlas sobre la ropa. Era el águila de oro que el Imperio reservaba a sus generalísimos. Así fue como Constantinopla supo lo ocurrido con el monje Prisco.

Nadie se arriesgó a pasar al otro lado de las murallas para recoger su cuerpo, y sus ojos arrancados fueron testigos del ataque que se produjo a continuación. Decenas de miles de guerreros ávaros se lanzaron sobre las murallas con una ferocidad sin precedentes. Estaba claro que el gran kan había decidido acabar de una vez. Pronto, los ataques continuaron por la noche.

¿Qué podían oponer los romanos a esa furia salvaje? Cuerpos agotados, espadas melladas, flechas cada vez más escasas... Constantinopla tenía hambre. A decir verdad, carecía de casi todo, salvo de heridos e inválidos. El hospital estaba atestado. La emperatriz recibía la ayuda de una cincuentena de mujeres de buena voluntad y monjes. Pero los ingredientes para elaborar pociones calmantes se habían agotado, y pronto también faltaron camas. Los recién llegados tenían que instalarse en el suelo. El antiguo palacio de Narsés se había transformado en un enorme moridero. Los aullidos de dolor y los estertores de los moribundos llenaban las vastas salas. Las curaciones se habían convertido en la excepción.

Al final de una de sus visitas, Sergio se llevó aparte a la emperatriz.

—Siento tener que pedirlos esto, majestad —le dijo en tono grave—. Todos estos hombres merecen los mejores cuidados. Pero, en estos

momentos, eso está muy por encima de nuestras posibilidades. —Se interrumpió. Eudoxia lo miraba sin comprender—. Por querer cuidar a todo el mundo, ya nadie se cura —prosiguió con voz vacilante—. Hay que hacer una selección. Una selección drástica. Ocupaos de forma preferente de quienes tienen posibilidades de volver a sostener un arma.

—¿Y los demás?

—Rezaré por ellos.

Las deserciones se multiplicaron y, con ellas, la desconfianza entre los soldados. Sergio encomendó la vigilancia de las puertas y las poternas a hombres fiables, pero la medida no bastó para tranquilizarlo. Sabía que la traición podía germinar incluso en almas fuera de toda sospecha.

La violencia de los ataques se intensificó aún más. Cada día y cada noche, el enemigo colocaba escaleras de mano en las murallas de Blaquernas. Muy pronto consiguió trepar por ellas y, después, tomar posiciones en el camino de ronda. Todo el mundo se preparó para el ataque final y la muerte. La emperatriz y su hija recibieron frasquitos de veneno.

El agua parecía más fría que dos días antes, cuando había ido a inspeccionar el lugar. Antes de sumergirse en ella, miró el sol poniente. Amaba aquella luz. La echaría a faltar. Como aquel aire, todavía cargado de los olores del verano. Como aquel calor, que desaparecía a medida que entraba en el río. Y las voces de los hombres y los animales.

Todo estaba listo. Montados en sus caballos, los jázaros esperaban impacientes a unos cientos de pasos. Las cosas se habían hecho bien y todo lo verificable se había verificado: el camino estaba expedito hasta las puertas. Nicetas había conseguido convencer a Ziebel para que repartiera a sus jinetes en las dos orillas. Los vigías les anunciarían en qué momento tenían que lanzarse al galope. Conseguir que ese momento llegara era cosa suya.

Al final habían decidido seguirlo ocho romanos, entre ellos Aureliano, el más gruñón de todos. Los dos irreductibles que no participarían en la operación tenían una buena excusa: no sabían nadar. «Nueve hombres para forzar las Puertas de Hierro», se repetía Nicetas, presa del vértigo. Ahora el agua, oscura, opaca, atemorizadora, le llegaba a la parte baja del pecho. Iba a confiarle su vida, la vida de sus hombres, el destino del Imperio. Y le resultaba más comprensible el miedo de los jázaros a aquel elemento inasible que, pese a su aparente blandura, lo tenía a su merced. La muerte por ahogamiento, ¿no era la más horrible de todas? Sacudió la cabeza para ahuyentar esas ideas.

Los ocho hombres se habían reunido con él en la semioscuridad.

—Tenemos que llegar juntos —les recordó—. No cada uno a su aire.

Para tener mayor libertad de movimientos habían renunciado a atarse unos a otros, pero cada cual debía procurar mantenerse en contacto con al menos dos de sus compañeros. De ese modo, confiaban en evitar una dispersión fatal.

—Y no lo olvidéis: pase lo que pase, veáis lo que veáis al otro lado al sacar la cabeza del agua, nada de gritos, nada que pueda delatarnos.

Echó un último vistazo a la negra muralla que se alzaba tras ellos. En la parte superior, la oscuridad era total: no había ningún guardia recorriendo el camino de ronda provisto de un farol.

—¿Estáis listos? —susurró, como si a pesar de la distancia y el estruendo del agua, que chocaba contra las enormes hojas de hierro, la oscuridad estuviera llena de oídos enemigos.

Sus hombres asintieron. No les veía la cara, pero adivinaba sus ceños fruncidos. Buenos soldados: ¿cuántos de ellos lo acompañaban pese a estar convencidos de que aquel plan era una locura?

—¡Ahora! —dijo, y se dejó caer de espaldas.

La corriente se apoderó de él. Era más fuerte de lo que imaginaba. Más fuerte que dos días antes. Aunque hubiera querido, no habría podido hacer pie y volver atrás. «Me lleva el Estigia», se dijo. La mano de Aureliano, que le agarraba el tobillo, lo tranquilizó un poco.

Los romanos formaban en el agua un triángulo cuya punta era Nicetas. Procuraban mantenerse lo más quietos que podían, boca arriba y con la cabeza fuera del agua pese a los remolinos, y cuando la espuma no los cegaba, podían ver las constelaciones que brillaban sobre sus cabezas.

De pronto, Nicetas oyó el choque del agua contra una pared metálica. Intentó llenarse los pulmones de aire por última vez, pero su cabeza ya se había hundido en la corriente. Al agitar los brazos, tocó una superficie dura encima de él: estaba bajo las puertas.

Aureliano seguía agarrándole el tobillo con fuerza. Todo funcionaba. En un instante estarían al otro lado, al aire libre. Había cerrado los ojos, pero estaba listo para abrirlos en cuanto sacara la cabeza del agua.

Un violento golpe. Ya no avanzaba. La corriente era igual de fuerte pero no lo llevaba a ninguna parte. La mano de su compañero lo había soltado. Lo entrevió frente a él, agitándose como un poseso, mientras soltaba burbujas por la boca y las fosas nasales. ¿Intentaba decirle algo? Los demás romanos se pegaron a él. Nicetas estaba totalmente desorientado. La oscuridad era casi completa, una oscuridad fluida, palpable. ¿Dónde se encontraba? ¿Por qué estaban bloqueados? Consiguió volverse: «¡Una reja!». ¿Cómo no había pensado en eso? Entre el fondo del río y el borde de las puertas se alzaban unos barrotes. Los persas no eran idiotas. Evidentemente. No se podía trepar por las Puertas de Hierro, pero tampoco pasar por debajo de ellas. Y por haber

dado por supuesto lo contrario, como un idiota, iba a morir ahogado, y otros ocho hombres con él.

Sintió un golpe en el pecho; fue la patada de un romano que intentaba remontar la corriente. En vano: estaban atrapados. El poderoso flujo del río los empujaba contra la reja. ¿Cedería algún barrote? Agarró el que tenía más cerca. Estaba cubierto de herrumbre y tan mellado que Nicetas se hizo un corte en la mano. Pero en medio del pánico, la esperanza revivió. Decidió utilizar la fuerza de sus piernas. A la tercera patada, la reja cedió. Al instante, la corriente lo arrastró.

En cuanto estuvo al aire libre, la claridad de la noche le pareció cegadora. Respiraba, estaba vivo... Se dejó llevar por el río unos segundos, lleno de alivio. Sus hombres se habían desperdigado. Un mal menor.

Había menos corriente que al otro lado de las puertas y no tuvo dificultad para salir del agua. Pronto otros bultos oscuros aparecieron en la superficie del río. Nicetas silbó por lo bajo. Se acercaron a él. Cuatro, cinco... ocho: estaban todos. Todos sus hombres habían pasado las Puertas de Hierro.

Desde aquel lado, aún eran más impresionantes: parecían más altas, más grandes, de un negro más oscuro. Y totalmente desiertas. El ruido del agua llenaba todo el desfiladero; nada hacía pensar en la presencia de seres humanos. ¿Sería posible que los persas las hubieran abandonado? La idea se apoderó de su mente. Aquellas puertas abandonadas a su suerte pero, aún así, manteniendo a raya a toda Asia. Un espectro, una sombra, una ilusión que nadie se había atrevido a disipar. Tal vez lo hubiera creído si dos días antes no hubiera visto al guardia en el camino de ronda.

Uno de sus hombres, enviado como explorador, no se demoró en volver: había visto unas luces al pie de las hojas de hierro, en el interior de una especie de barracones. Calculaba que había una treintena de hombres en cada orilla.

Sacaron los arcos, que habían conseguido proteger del agua envolviéndolos en gruesas bolsas de cuero, y se pusieron en marcha en silencio.

No tardaron en tener el objetivo a la vista. Del barracón descrito por el explorador salía luz. Ante la puerta había ocho persas. Tres parecían dormidos; los otros cinco jugaban a un juego del que Nicetas había oído hablar, aunque no recordaba el nombre: se practicaba sobre un tablero dividido en casillas negras y rojas con unas piezas que tenían distintas formas y podían moverse de distinta manera. La partida debía de ser apasionante:

alrededor de los dos jugadores, los otros tres no apartaban los ojos del tablero y, al parecer, daban su opinión antes de cada jugada.

Los romanos estaban escondidos detrás de una roca desprendida de la pared. Nicetas vio una gran rueda en el interior del barracón. Estaba conectada a una enorme barra de hierro. También distinguió una escalera a la izquierda de la construcción. Siguiéndola con los ojos, comprobó que llevaba a lo alto de la puerta, sin duda hasta el camino de ronda que la coronaba.

Estaban a apenas veinte pasos de los persas, que seguían enfrascados en su juego. A Nicetas le dieron un poco de pena aquellos guardias, que, aburridos sin duda por una rutina desesperante, mataban el tiempo como podían. Aquel puesto debía de ser para ellos un castigo, un destierro. Allí nunca pasaba nada. Las antorchas fijadas al muro que tenían a sus espaldas iluminaban sus rostros. Algunos no tendrían más de veinte años.

La muerte los fulminó. Los primeros en caer fueron los jugadores. Sus compañeros los vieron desplomarse sobre el tablero de juego. Antes de que descubrieran las flechas que les habían atravesado el pecho, también mordieron el polvo. Los romanos hicieron amago de lanzarse hacia el barracón, pero Nicetas los contuvo.

—Dejad que salgan los demás.

Cuatro recién llegados fueron abatidos en cuanto aparecieron en el marco de la puerta. Pero los que seguían dentro habían comprendido lo que pasaba. Ninguno se arriesgó a salir. Un instante después, el potente sonido de una campana resonaba en todo el valle.

Habían dado la alerta.

Heraclio hizo señas a Pedro para que se reuniera con él en el promontorio rocoso.

A sus pies, el valle era un hervidero: el ejército de reserva de Cosroes, que había conseguido reunir con urgencia para proteger su capital. Miles, decenas de miles de persas. Al menos cuarenta mil. Diez mil de ellos, jinetes.

—¡Son demasiados para atacarlos por sorpresa! —le gritó el emperador a su compañero.

El fuerte viento les impedía oírse bien. Pedro respondió con un gruñido.

¿Habría cambiado su suerte? Heraclio sacudió la cabeza como para ahuyentar esa idea prohibida. No había que perder la confianza. Hasta ahora todo había ido bien, como ningún jefe militar se habría atrevido a soñar: justo como estaba previsto. El desembarco nocturno en las calas desiertas de la antigua Cólquide, la diseminación de sus hombres en pequeños grupos de falsos peregrinos por las montañas circundantes, el reclutamiento de mercenarios armenios, gracias a los buenos oficios de Pedro y el dinero de Sergio, el reagrupamiento en Rhages, la toma y el saqueo de la ciudad y su santuario...

Rhages... Al pensar en ello, Heraclio se estremeció. El mejor golpe de aquella guerra. Un golpe fulminante. La ciudad más sagrada de Persia, la ciudad del falso profeta Zoroastro, arrasada en una noche, de pronto, sin previo aviso.

A continuación, sus tropas se habían dirigido a toda prisa hacia el sur, en dirección a Dastagerd, donde residía Cosroes. El rey de reyes seguía sin sospechar nada. ¡Qué alegría, imaginarlo huyendo aterrorizado, yendo a refugiarse a Ctesifonte! ¡Qué alegría, haberle hecho vivir esos días de estupor e incredulidad!

El saqueo del palacio había supuesto un buen botín: oro, joyas y magníficos tapices, por no hablar de la abundante caza de sus bosques.

Heraclio había organizado una gigantesca cacería. Sus hombres, agotados por la campaña relámpago, le agradecieron ese respiro. Arramblaron con todo lo que podían llevar consigo sin cargarse demasiado. Lo demás ardió.

Ahora tenían de todo. Salvo caballos.

Heraclio suspiró y echó un último vistazo al imponente ejército persa, de un tamaño muy superior al de las tropas con las que se habían enfrentado hasta ese momento. Estos no caerían en una trampa. Sabían a quién se enfrentaban. Y tenían caballos.

Pasado el primer momento de desconcierto, Cosroes había reaccionado con energía. Su capital seguía disponiendo de una sólida guarnición. La envió a aniquilar al emperador de los romanos. Circunstancia agravante: desde hacía algunos días, esas tropas estaban a las órdenes de Shahin. El hermano del Jabalí Real había abandonado Constantinopla y se había puesto al mando en un tiempo récord. Heraclio se preguntaba cuántos caballos habría tenido que reventar para ir tan deprisa. Con un jefe como él, la caballería persa no tendría ningún problema para aniquilar al ejército romano, formado casi en exclusiva por infantes.

—Acabarán viéndonos —le advirtió Pedro.

Tenía razón. El sol no tardaría en salir.

Bajaron. Los dos hombres iban envueltos en velos. Cualquiera los habría tomado por pastores persas.

El problema parecía insoluble. La salvación pasaba por una batalla campal en la llanura, una batalla que no podían ganar porque carecían de caballería.

Heraclio ya no tenía su destino en sus manos. Una sensación irritante, exasperante. Ahora todo dependía de otro. De un manco borracho que había prometido llevarle los mejores jinetes del mundo.

—¿Noticias de Nicetas? —preguntó.

—Nada.

Su puño se crispó.

—No debí confiar en él.

El brazo empezaba a pesarle. Cada vez jadeaba más. Tenía la sensación de no haber respirado de verdad desde que se había sumergido en el río. «Ya casi está... Casi». También Aureliano mostraba signos de cansancio. Los dos solos mantenían a raya a la decena de persas que habían llegado de la otra orilla por el camino de ronda.

—La rueda funciona, mi general —le dijo uno de sus hombres que llegó corriendo.

—Entonces ¿por qué siguen cerradas las puertas? —preguntó Nicetas sin volverse.

La hoja de una espada acababa de rozarle la cadera y dos persas seguían hostigándolo de cerca.

—Somos pocos para hacerla girar, mi general.

Nicetas miró de reojo a Aureliano, que se agitaba a su izquierda, vigoroso y eficaz pese a la fea herida del hombro. ¿Podía prescindir de él? Juntos ocupaban el ancho de la escalera y podían contener a los persas. Sin el joven soldado, no podría mantener su posición.

—¡Ve con él, Aureliano! —se oyó decir.

—Pero mi general...

—Es una orden.

En el mismo instante, se lanzó hacia delante e hizo caer a los dos persas que tenía enfrente, con los que acabó con sendos golpes secos y precisos.

—¡Vete! ¡Ahora! ¡Ve a abrir las puertas!

Ya solo quedaban ocho, que se estorbaban entre sí y, en realidad, parecían más asustados que él, totalmente superados por lo que estaba ocurriendo. Aun así, eran otros tantos peligros mortales: si les dejaba pasar, todavía podían impedir que se produjera el milagro, que las Puertas de Hierro se abrieran ante los jázaros.

Los minutos le parecían siglos. No podía más. Era como si las inmensas paredes que lo rodeaban dejaran caer todo su peso sobre su espalda, sobre su único brazo, con el que paraba e incluso conseguía devolver los golpes. Esa noche, que se negaba a acabar, su cuerpo se acordaba de lo bueno que había sido con la espada y olvidaba los diecisiete años que había vivido mermado, mutilado.

Por fin, un ruido estruendoso llenó el desfiladero. El suelo empezó a temblar bajo sus pies. No pudo evitarlo: tenía que verlo, se volvió. En ese momento, un dolor atroz le atravesó el pecho. Una espada persa. Quiso gritar. Su boca no emitió el menor sonido. Las piernas ya no lo sostenían. Mientras se derrumbaba, tuvo tiempo de ver cómo los persas corrían escaleras arriba, sin duda con la esperanza de huir por la otra orilla.

Al ver la descolorida túnica verde que le tendía su hija, sintió que se encontraba mal. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero consiguió retenerlas.

—No, esa no —dijo en el tono más tranquilo que pudo adoptar.

Guardaba cama desde el día anterior. El parto se acercaba. Tres meses, menos quizá. Pero ¿dónde estaría dentro de tres meses? La ciudad podía caer cualquier día, en cualquier momento. Aquella inmovilidad forzosa la desesperaba. Después de haber estado constantemente ocupada, sin tener un segundo para ella, ahora se veía incapaz de hacer nada sin ayuda y, a la vez, tan sola, tan espantosamente sola. Sin todos aquellos quehaceres, era presa de ideas que hasta entonces había conseguido eludir. Presa de las dudas. Su único consuelo era tener a su lado a su hija, que se ocupaba de ella personalmente, como habría hecho una simple sirvienta. Su hija, que disimulaba lo mejor que podía el luto que llevaba por dentro.

La miraba con ojos interrogantes y fríos.

—Me has pedido una túnica que no te apretara... Solo he visto esta.

—Intenta encontrar otra —le pidió Eudoxia, cuyos labios temblaban levemente.

—¿Por qué?

—Es una túnica de hombre.

Epifanía soltó un suspiro de exasperación.

—Las únicas en las que cabes ahora...

—Está... está muy vieja.

La joven volvió a salir. Eudoxia se sintió aliviada. ¿Podía decirle de quién era esa túnica? Verla de repente, sin esperárselo, al cabo de tantos años, la había emocionado más que si lo hubiera vuelto a ver a él. Durante unos instantes, toda una vida había resurgido: una larga historia, de la que no había querido recordar más que los últimos momentos, los más terribles. Pero hubo otros, muchos otros.

¿Dónde estaría ahora? Seguramente ya en Persia, con el emperador. Se había ido sin decirle adiós. ¿Qué esperaba? No habían vuelto a hablar desde su desagradable discusión. Él se mantuvo a distancia, como ella le exigió. Respetuoso. Lleno de arrepentimiento. Desesperado. Y ella no dio ningún paso para reconciliarse con él. Nicetas se había ido convencido de que lo odiaba y de que ahora su odio era irreversible, convencido de que le había amargado la vida, de que la había privado de una felicidad que al final había encontrado al lado de otro. Las lágrimas que tan bien había sabido ocultar hacía unos instantes resbalaron por sus pálidas mejillas.

—¡Epifanía! —llamó.

La joven volvió, irritada.

—Estoy buscando, pero aún no he...

—La verde está bien.

—¡General! ¡General!

Sintió que una mano le daba unas palmaditas en la cara. Al abrir los ojos, vio unas siluetas alargadas inclinadas sobre él. Otra mano le examinaba el pecho, donde la espada persa lo había alcanzado. Eran sus hombres. ¿Qué hacían allí? ¿Por qué no estaban en el barrancón forcejeando con la rueda? Todo se había vuelto borroso, los sonidos le llegaban amortiguados, inaudibles. Todo parecía lleno de un sordo e inmenso dolor.

—¡General! ¡Somos nosotros!

Parpadeó. Esta vez los había oído. Gritaban a un paso de él. Sin embargo, sus voces parecían tan lejanas como si llegaran de la otra orilla del río, de otro mundo.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo habéis conseguido, general!

Quiso responder algo, pero sus labios seguían cerrados. Lo que decían aquellos hombres no significaba nada para él. Uno de ellos se agachó. Sus ojos se clavaron en los suyos. Creyó reconocerlo.

—Marco... —balbuceó.

Ese nombre... El dolor. El dolor le abrasaba el pecho. Era una hoguera que ardía en él, que lo ahogaba. Aureliano... Aquella cara de buen campesino tracio... Herido en el hombro. Como él. Quiso enseñarle su propia herida, la que le había hecho el traidor de Eumeno, e inclinó ligeramente la cabeza: su brazo había desaparecido.

Los sonidos volvían poco a poco. Aureliano le hablaba. Las lágrimas le habían enrojecido los ojos.

—¡El mérito es vuestro, general! Teníais razón.

El suelo temblaba. Sacudidas regulares, gritos, fogosos relinchos: jinetes.

—Sí —dijo Aureliano sonriendo, como si hubiera adivinado las preguntas que se atropellaban en su mente—. Los jázaros están cruzando las Puertas de Hierro.

—Quiero ir...

Se quedaron parados. Los había reconocido, sabía quién era, dónde estaba y por qué. Salía de las tinieblas que parecían haberse apoderado de su mente de forma definitiva. Ahora, pese a haberlo oído perfectamente, murmuraban entre ellos, sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Quiero verlo...

Nicetas leyó su propia condena en los ojos de sus hombres. Así pues, aquel dolor no lo llevaría hacia el descanso, la convalecencia, la curación, como todas las innumerables heridas que había recibido en su vida. La rabia, una rabia demencial, se apoderó de él.

—¡Quiero verlo! ¡Llévame a verlo, soldado! ¡Es una orden!

Tuvieron que levantarlo entre tres. Le obedecían como si fuera un niño endeble y caprichoso. Sus movimientos eran tan cuidadosos como los de una amante nodriza: la menor sacudida podía acabar con él. Las piernas ya no lo sostenían y tampoco le quedaban fuerzas para apoyarse en los hombros de los soldados. Solo sus facciones parecían seguir obedeciéndole: sus ojos lanzaban miradas fulminantes y su boca seguía escupiendo órdenes con un hilo de voz.

Así que suplieron a su agonizante cuerpo. En cuanto lo incorporaron, la sangre empezó a resbalarle hasta los pies, pero se sintió un poco aliviado: respiraba mejor. Paso a paso, sin tocar el suelo con los pies, sostenido por fuertes brazos, consiguió subir la escalera. Dejó de maldecir.

El desfiladero se extendía a sus pies. Las orillas estaban llenas de jinetes. Formaban una larga y hormigueante hilera, cuya vanguardia desaparecía en la oscuridad. Sus roncós gritos, mezclados con los relinchos de los caballos y los chasquidos de los cascos contra la tierra arcillosa, resonaban en las abruptas paredes entre las que avanzaban. Ahora nada ni nadie podría detenerlos. El cerrojo del Cáucaso había saltado.

¿Dónde estaba el gran kan? Perdido entre la multitud de sus hombres, sin duda ya lejos, en el sur. Galopaba en busca de Heraclio. ¿Qué pensaría su primo al verlo llegar con su impenetrable máscara de hierro?

—Tendréis que guiarlos hasta el emperador... —dijo.

Se volvieron hacia él. Tenían los ojos enrojecidos. Nicetas sintió que el vértigo se apoderaba de él, y a punto estuvo de derrumbarse de nuevo, pese a todos los brazos amigos que lo sujetaban.

—Ahí —murmuró indicando con una mirada febril un pequeño rellano situado unos peldaños más arriba.

Lo instalaron tan cómodamente como pudieron, colocándole bajo la cabeza las túnicas que les arrancaron a los persas muertos. Parecía

inconsciente.

La vida se le escapaba. Ahora tenía la sensación de que era tan fina y tan frágil como una hoja de árbol arrastrada por la tormenta. Las fuerzas lo habían abandonado hacía rato. El cuerpo ya no le obedecía. Pero la mente seguía resistiendo. Su conciencia aún no se había apagado del todo. Quedaban tantas cosas por hacer...

—Aureliano... —Su voz ya solo era un soplo moribundo. El joven soldado se inclinó hacia él—. Epifanía... mi hija... —Aureliano asintió—. Dile a mi primo...

Las siguientes palabras fueron pronunciadas con una voz tan baja y tan poco audible que el propio Nicetas dudó de haberlas dicho en alto. Pero no tenía fuerzas para repetirlas. Ya iba siendo hora de acabar.

—Ahora, idos.

Sus ojos se abrieron por última vez, y sus hombres comprendieron por su mirada que debían obedecerlo. No les diría nada más. Tenía que morir y quería hacerlo solo. Dudaron, pero Aureliano se llevó a los más remisos. Antes de desaparecer, todos le tocaron la húmeda frente en silencio. Era su último homenaje a su general.

Oyó sus pasos, que se alejaban por la escalera. Lo veía todo borroso, pero aun así adivinó que la noche tocaba a su fin. Volver a ver el día... ¿Lo conseguiría? Sentir una vez más el reconfortante calor de los rayos del sol. De pronto, nada le pareció más deseable. Aquella noche había sido muy larga. No quería morir sin haberse despedido de la Creación. Aguantar, aguantar el puñado de minutos que aún lo separaban del amanecer...

Un recuerdo empezó a flotar en su mente casi apagada. Volvió a verse en el camino que recorrió junto a Eudoxia después de salvarla de la furia de Bonoso. Con la imaginación, pasó por los mismos sitios que en los tiempos de su breve felicidad. Volvieron a surgir imágenes, sonidos, olores... Volvió a ver el árbol en el que sus iniciales se mezclaban con las de la muchacha. Y quiso creer que no se habían borrado.

Cuando asomó en el horizonte, el astro esperado extendió sus primeros rayos sobre un rostro sonriente.

Caía la noche. La llanura era una inmensa tumba colectiva sobre la que se deslizaban las inquietantes sombras de los buitres y los cuervos. Un hedor irrespirable llenaba el aire. Los gritos furiosos, los golpes de las espadas y las lanzas contra los escudos, y el sonido enardecido de los timbales habían dado paso a las quejas de los heridos, que en muchos casos no volverían a levantarse. Rodeado de su guardia personal, Heraclio intentaba abrirse paso por aquel amontonamiento de cadáveres y moribundos. Hombres y caballos derribados, con los miembros seccionados o desgarrados y los vientres abiertos, cubrían el suelo hasta donde alcanzaba la vista. La mayoría eran persas. El Imperio romano había prevalecido.

—Debe de estar allí, majestad —le dijo uno de sus acompañantes, y le señaló un grupo de jinetes a unos centenares de pasos. Jázaros.

Les debía la victoria, lo sabía de sobra. Por eso tenía que comprobar por sí mismo lo que le habían dicho y, si resultaba ser cierto, no dejar traslucir sus verdaderos sentimientos, hacer lo que convenía, decir lo que interesaba. Las piernas apenas lo sostenían. Le habría gustado poder descansar. El día había sido largo. Pero seguramente los jinetes ya lo habían visto. Si se sentaba un momento, lo interpretarían como una debilidad; peor aún, como un insulto.

Una mano le aferró el tobillo: un persa. Debía de querer agua. Heraclio ordenó que le dieran unos sorbos. Era agua mal empleada, porque aquel hombre no viviría, pero aun tratándose de un enemigo hubiera sido indigno negársela.

Heraclio sonrió con tristeza: no les había dado la menor oportunidad. Shahin lo persiguió durante días y, al ver que huía constantemente de ellos, se convenció de que lo aniquilaría en el primer enfrentamiento. No le importó estirar su ejército para mantenerse lo más cerca posible de las tropas romanas, inferiores en número, y por lo tanto más ligeras. Estalló una tormenta de arena. Cuando la cegadora polvareda se disipó al fin, los romanos estaban

frente a él, o más bien se lanzaban ya contra su vanguardia, que no estaba preparada en absoluto para el choque.

El ejército persa era más numeroso y —había que reconocerlo— tenía un comandante notable. Consiguió enderezar la situación e incluso estuvo a punto de rodearlos. Pero Heraclio ordenó abrir las filas: los jázaros, ocultos detrás de la infantería, surgieron de improviso, y las tropas persas, agotadas tras horas de combate, no pudieron resistir.

Nicetas tenía razón: los jinetes de las estepas eran insuperables, verdaderos centauros. Frente a ellos, hasta la caballería persa parecía lenta, pesada, incapaz. A su manera, a lomos de sus pequeñas y rechonchas monturas, eran unos artistas, acróbatas ejecutando una danza mortal. Y también unos aliados incómodos. Si lo que le habían dicho se confirmaba... Lo sabría en cuestión de instantes.

El grupo de jázaros vociferaba en su lengua bárbara. ¿Eran gritos de victoria o de duelo? Puede que lo más prudente fuera acercarse a ellos montado a caballo. Con un ademán, ordenó que se lo trajeran. Le habría gustado dejarle descansar, porque ese día el animal había sufrido; pero cuanto más se acercaba a los jázaros, más inapropiado le parecía hablar con ellos alzando la cabeza. Era el emperador de los romanos. Aquella victoria era su victoria, su triunfo. Así que, cuando abordó el círculo de jinetes, lo hizo sobre el lomo empapado en sudor y manchado de sangre de su caballo de batalla.

Rodeaban a un hombre tendido en la tierra ocre. Estaba muerto. Con un suspiro de alivio, Heraclio reconoció a Ziebel. Así que lo que le habían dicho no era un rumor absurdo, como los muchos que corren después de las grandes batallas confusas, en las que se mezclan pueblos que apenas se entienden. Al instante, a través de su intérprete, el emperador manifestó su enorme pesar a los lugartenientes del gran kan. No le habían quitado la máscara. De no ser por la flecha que le atravesaba el cuello de parte a parte, cualquiera habría pensado que dormía apaciblemente. El arquero persa no le había dado la menor oportunidad.

Heraclio bajó del caballo y se inclinó sobre el cadáver manteniendo un semblante grave. Después, le arrancó la flecha de un tirón. Efectivamente, Ziebel estaba muerto, y desde hacía rato: de la herida apenas manó sangre. Luego, como presa de una rabia repentina, lanzó la flecha a lo lejos. Los jázaros no se inmutaron. Al contrario: parecían muy satisfechos de aquellas muestras de dolor.

Heraclio intercambió una mirada de inteligencia con el joven soldado romano que aguardaba no muy lejos de él. Tras renovar sus promesas de

amistad con los lugartenientes del difunto gran kan, regresó a su campamento.

Por el camino, el joven soldado se colocó a su altura.

—Agradece al cielo que esos salvajes no sepan distinguir nuestras flechas de las persas —le susurró el emperador.

—Era un riesgo que había que correr —respondió el soldado en tono sombrío—. Pero se lo había prometido a vuestro primo.

—Bueno, pues has cumplido tu promesa, Aureliano. Los jázaros volverán a su territorio para elegir un nuevo gran kan. La princesa Epifanía está libre de todos los compromisos que hayan podido contraerse en su nombre.

El mensajero llegó al anochecer. Sharvaraz lo recibió en el interior de su inmensa tienda. Al finalizar el encuentro, que duró una hora, él mismo lo acompañó al exterior y, de pie ante la entrada, lo vio alejarse. Cuando desapareció por las calles del campamento, el generalísimo persa hizo lo que nunca antes había hecho: sin que lo escoltara un solo guardia, sin que un eunuco le ayudara a subir a la litera, echó a andar sobre sus débiles piernas, como llevado únicamente por la brisa nocturna, y abandonó su guarida de telas, cojines y tapices. Sorprendidos, sus hombres lo vieron vagar como un sonámbulo entre las tiendas. No se atrevían a hablarle; se inclinaban con respeto y se apartaban con terror. Sharvaraz no parecía verlos. Caminaba mirando al frente con rostro inexpresivo. Algunos creyeron ver temblar sus largas manos.

Sus pasos lo llevaron hasta la orilla del estrecho. Una vez allí, se detuvo. La luna estaba alta en el cielo y arrojaba su pálida luz sobre la Propóntide. Las tranquilas y sempiternas olas mecían con su rumor aquel mundo petrificado. Algunas gaviotas lanzaban sus estridentes chillidos.

El hombre que había conquistado la inconquistable Dara contempló largo rato la ciudad del otro lado del estrecho. Había llevado a los ejércitos persas más lejos que ningún otro general. Europa estaba allí, frente a él. Pero, ahora ya lo sabía, por muy cerca que estuviese era inalcanzable. Nunca pondría los pies en ella.

El miedo a no aguantar hasta la noche habitaba en todos los corazones desde hacía semanas. Esa mañana, se convirtió en certeza. A la altura de Blaquernas, los ávaros habían tomado la muralla una decena de veces. La moral estaba baja. El cansancio era inmenso. La muerte y la aniquilación parecían una salida casi feliz: al fin podrían descansar, dejar de pasar hambre. La situación era tan crítica que Sergio fue a despedirse de la emperatriz y su hija.

Cuando salía del palacio imperial, un enlace lo vio y corrió hacia él. El patriarca temió que fuera para anunciarle que los ávaros habían penetrado en la ciudad. Pero el hombre sonreía de oreja a oreja, y si hubiera sido portador de tan gravísimas noticias, se dijo Sergio, jamás se habría atrevido a presentarse ante él así, a no ser que se hubiera vuelto loco.

—¡Los persas! ¡Los persas! —repetía con los ojos desorbitados, incapaz de decir nada más y tirándole de la manga del hábito con insistencia.

Sergio aceptó seguirlo.

Llegaron a la muralla marítima, frente a la Propóntide. Era cerca del mediodía. En su cenit, el sol hacía relumbrar el agua. Al principio, Sergio no pudo distinguir nada. Luego, a lo lejos, al otro lado del estrecho, vio humo. Y, por fin, al inmenso ejército persa que, en medio del caos y la precipitación, abandonaba las orillas del Bósforo con armas y bagajes tras incendiar su propio campamento.

Domencia sabía que los ávaros ya no tenían la menor posibilidad de tomar la ciudad. La retirada persa había reforzado a los romanos, que ahora podían reclutar mercenarios al otro lado del estrecho. Casi cada día llegaban noticias extraordinarias de Oriente: Rhages y Dastagerd, destruidas; Cosroes, huido; el general Shahin, derrotado... El viento de la guerra había cambiado de dirección.

El gran kan quiso lanzar los últimos ataques. Fue un despilfarro de vidas que, de haberse prolongado, podría haberle puesto en contra a su propio pueblo. Sin la ayuda persa, Bayan ya no podía comprar el apoyo de los principales jefes de clan, lo que suponía el sacrificio de sus propios hombres. Ya no tenía elección, le explicó a Domencia: debía levantar el sitio. Tenía razón, por supuesto. Sin embargo, cuando se lo anunció, ella no pudo evitar mostrar su desprecio. Por primera vez en años, Bayan estuvo a punto de golpearla. Pero se contuvo. Se limitó a darle una orden mucho más dolorosa que cualquier golpe que hubiera podido propinarle.

Domencia dominaba la mente de aquel hombre desde hacía años, desde que lo empujó a eliminar a su hermano mayor y él se convirtió en gran kan. Pero Bayan podía mostrarse inflexible, y, respecto a aquel asunto, nunca cambiaría de opinión. En realidad, era comprensible: si las torres móviles no hubieran ardido, las murallas de Constantinopla no habrían resistido tanto tiempo a las embestidas ávaras. La ciudad habría caído antes de la retirada persa. Bayan se habría convertido en el héroe de su pueblo, en una leyenda.

Domencia se abrió paso por el centro de las atestadas calles del campamento escoltada por un puñado de soldados y por Paulina, la joven romana mutilada, que trataba de no volcar el objeto que llevaba sobre una bandeja. Los guerreros ávaros habían empezado a desmontar sus tiendas y cargar sus carros. El humor era sombrío. El reflujo hacia el Danubio había empezado. También ella se vería arrastrada. ¿Era lo que deseaba? Bayan

había prometido construirle una ciudad. Lo haría. Era un hombre de palabra. Más fiable que el hombre al que amó en otros tiempos. No obstante, Bayan también la había decepcionado, a su manera. Había fracasado ante Constantinopla.

¿Habría llegado el momento de abandonar al pueblo de las estepas?

La cabaña apareció al final de la calle. Domencia suspiró. Tendría tiempo de sobra para pensar en eso.

Los soldados se detuvieron delante de la puerta, y Domencia entró en la cabaña acompañada únicamente por Paulina. Él estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared de tablas y la cabeza apoyada en las manos, encadenadas. Alzó los ojos hacia ella, quien, quizá por primera vez en su vida, apartó la mirada. Demasiado penetrantes. Domencia se volvió hacia Paulina, que colocó ante él el contenido de la bandeja. Una simple copa.

—Déjame sola con él —le ordenó Domencia con una voz que, de pronto, parecía haber perdido parte de su firmeza.

Cuando la joven desapareció, se atrevió a mirarlo de nuevo, a cierta distancia. Por falta de sol, su tez se había vuelto muy blanca. Con el paso de las semanas, sus mejillas se habían cubierto de una espesa barba, tan rebelde como su pelo. Le pareció muy hermoso. Él la miraba sin decir nada. Domencia respiró el aire cargado de la cabaña.

—Ha llegado el momento —le dijo al fin.

Luego le anunció que, tras la marcha de los persas, ahora eran los ávaros quienes renunciaban. Se iban. Constantinopla se había salvado. La mujer a la que amaba se había salvado. Gracias a él.

El joven le sonrió, y ella no pudo evitarlo, la frase se le escapó:

—Lo siento mucho...

Con un gesto de la mano, él le dio a entender que lo sabía, que no se lo tenía en cuenta. La absolvía. Luego cogió la copa y se la bebió de un trago.

Domencia se obligó a quedarse hasta el final.

Cuando el campamento ávaro se quedó vacío, los romanos enviaron a un grupo de jinetes para inspeccionar los restos. Los ávaros no habían juzgado oportuno quemar lo que dejaban tras ellos. Aún había varias cabañas de madera prácticamente intactas. Tampoco se habían llevado determinadas tiendas, sin duda las de los guerreros muertos. Los jinetes recorrieron con cautela las calles de aquel campamento fantasma. De vez en cuando, aparecía algún perro vagabundo que sobresaltaba a los desconfiados romanos.

Por fin, llegaron al centro de aquel laberinto de ruinas.

Estaba tendido en una especie de altar de madera, limpio, envuelto en una magnífica tela negra. Ni una señal de sufrimiento, de tortura. Parecía dormido.

Lo reconocieron y, de forma espontánea, se apearon de los caballos e hincaron la rodilla en el suelo. Luego lo llevaron a Constantinopla.

Esa misma noche, la princesa Epifanía anunció que, para agradecer a la Virgen la liberación de la ciudad, había decidido meterse monja. Su elección recayó en el humilde monasterio de Santa Catalina.

Otoño

El emperador de los romanos apareció a lomos de un magnífico bayo. Según lo acordado, los soldados que lo escoltaban se detuvieron a la orilla del río. Él picó espuelas a su caballo, que penetró en la corriente, muy baja tras el largo verano. Alcanzó la isla sin dificultad. Cosroes no pudo evitar admirar su fuerza y su agilidad. Por su parte, él había llegado en una barca una hora antes. Y no la había llevado él mismo. Se había encargado un eunuco que luego había regresado a la orilla, porque los dos soberanos tenían que encontrarse a solas.

En aquel islote del Tigris, aguas arriba de Ctesifonte, no había un solo árbol. Solo unos cuantos arbustos, malas hierbas, muchos guijarros y arena. Por eso lo habían elegido. Ambos bandos temían una trampa.

Heraclio se acercó. ¿Cómo lo saludaría? A ese respecto, no habían previsto nada. ¿Tenía importancia? Esa mañana eran ante todo dos hombres. Que querían poner fin a una guerra demasiado larga.

Incluso pie a tierra, el emperador de los romanos era un hombre de una corpulencia impresionante. A su lado, Cosroes se sintió endeble, torpe, muy vulnerable. El coloso se inclinó ligeramente ante él. El rey de reyes no podía corresponder a la cortesía. Se lo prohibía su honor. Pero decidió que, en justa compensación, se dirigiría a él en griego.

—No has cambiado mucho... —le dijo.

El romano parecía sorprendido. Lógico.

—Hasta esta mañana, nunca me habías visto, persa.

Cosroes se rio. Era una risa afectada, lo sabía.

—Olvidas, romano, lo que yo nunca he olvidado: mi estancia en la corte de Mauricio, hace treinta años. Te vi varias veces.

Heraclio asintió con la cabeza, pensativo.

—También me acuerdo de tu primo. Un muchacho apuesto. Más apuesto que tú.

Esta vez, el rostro del coloso se quedó congelado, y no supo qué decir. Cosroes sonrió. Puede que él no fuera un guerrero. Pero sabía manejar las palabras y a los hombres. Las negociaciones serían más fáciles de lo que había supuesto.

—En esa época no eras emperador. Yo aún no te había ayudado a derrocar a Focas.

Estaban sentados en dos rocas próximas. Unos asientos muy incómodos, indignos de monarcas. Los únicos disponibles en aquel lugar, al que los habían conducido dos décadas de una lucha sin cuartel. A su alrededor, las verdosas aguas del Tigris, cuyo murmullo llenaba el espacio en cuanto se callaban. Y un poco más lejos, en las orillas, las tropas que los habían acompañado. Un centenar de soldados dispuestos a todo para defender a su soberano a la menor alerta.

—Es cierto, rey de reyes, que nos ayudaste. Antes de traicionarnos. Tú mismo, ¿no le debes el trono a Mauricio?

Cosroes se esperaba esa respuesta. Se colocó mejor en su asiento de piedra. Y se lanzó a la negociación propiamente dicha. Sharvaraz se había retirado de delante de la capital romana. ¿No iba siendo hora de que Heraclio se retirara de delante de la capital persa? El emperador romano asintió.

—La pregunta, rey de reyes, es: ¿hasta dónde?

Previsible en un jefe militar, un hombre directo, que iba al grano de inmediato: las nuevas fronteras. Muy bien, él tampoco daría más rodeos.

—Tú me ofreciste todas las provincias de Asia. Las acepto. Para los persas, Asia. Para los romanos, Europa. Un reparto justo.

Con los puños apretados, el romano se levantó sacudiendo la cabeza. Se negaba. Le dijo, con la voz temblando de cólera, que esas concesiones se las hizo antes de apoderarse de Rhages y Dastagerd. Ahora que sus tropas acampaban a unos días de Ctesifonte, exigía la restauración de las fronteras de la época de Mauricio.

Cosroes tenía la respuesta a punto:

—Sharvaraz no ha sido derrotado, no lo olvides. Y su hermano Shahin, al que venciste a traición, sigue a mi lado. ¿Lo ves allí, al mando de mis jinetes? Cuando estén juntos, te aniquilarán. Te doy la oportunidad de abandonar mis tierras sin sufrir daños. Aprovéchala.

Esta vez, el que se levantó fue él. Hizo una señal al eunuco que se había quedado en la orilla y este empezó a remar en su dirección. Heraclio se subió al caballo. Él también se disponía a regresar a su lado del río. Cosroes se volvió hacia él por última vez.

—¿Eso es lo que eliges, romano? ¿Perderlo todo?

El aludido lo miraba desde lo alto de su montura. Ni el menor asomo de irritación o cólera. Buscó entre los pliegues de su túnica. Por un instante, Cosroes temió que sacara un puñal. No, era un objeto pequeño. Heraclio se lo arrojó. Instintivamente, el sasánida lo cogió al vuelo. Era una moneda.

—Ahí tienes por qué no me da miedo Sharvaraz. Y por qué eres tú quien debería tenérselo.

Luego cruzó el agua con su caballo. Cosroes miró la moneda, pero lo había adivinado incluso antes de reconocerla. Era una moneda antigua que ya no debería existir. Las había hecho fundir. No obstante, quedaban algunas. Inevitablemente. Y el emperador de los romanos había conseguido hacerse con una.

Eran de una época que a Cosroes le habría gustado borrar de la memoria de los hombres: su exilio, su deshonra. Representaban al individuo cuyo nombre estaba prohibido pronunciar. El que en otros tiempos lo había arrojado de su trono creyó que podía fundar una nueva dinastía y, en consecuencia, acuñó una moneda con su efigie. Un general en quien se había confiado, al que se había cubierto de honores y que eligió la traición.

Heraclio envió destacamentos a recorrer los alrededores de Ctesifonte. Les ordenó que lo arrasaran todo, con una notable excepción: las propiedades de Sharvaraz. No debían cortar uno solo de sus árboles ni molestar a ninguno de sus esclavos. Bajo pena de muerte. Luego envió decenas de mensajes al generalísimo persa, que eran otras tantas ofertas de paz. Todas fueron rechazadas, pero el emperador no cejó. Envío nuevos mensajes, y esta vez escribió a Sharvaraz como a un aliado, casi como a un amigo. Leyéndolos, cualquiera habría pensado que ya se habían puesto de acuerdo sobre el reparto de Persia. Por un desgraciado azar, algunas de esas cartas fueron interceptadas por agentes de Cosroes.

Pasaron las semanas. El ejército de Sharvaraz se estaba acercando a Ctesifonte. Heraclio sabía por sus espías que ya no era la espesa nube que meses antes se había posado frente a Constantinopla. Aquel regreso precipitado, justo cuando esperaban apoderarse de la capital romana, había desanimado a muchos de sus hombres, que, pese a la autoridad del Jabalí Real, decidieron regresar a casa, cansados de una guerra que se había prolongado durante más de una generación.

Algunas decenas de miles de hombres, en medio de inmensidades despobladas: eso era todo lo que quedaba para defender dos grandes imperios. El mundo, debilitado, se había vuelto peligrosamente cambiante. Esa inestabilidad era un riesgo, Heraclio lo sentía: una situación tan volátil podía volverse de nuevo contra él. Quería evitarlo. Lo que implicaba vencer a Sharvaraz, o al menos dejarlo fuera de combate.

Una noche en que estaba meditando a solas, Pedro entró en su tienda con aire triunfal, sin molestarse en hacerse anunciar. Quería enseñarle algo, o más bien a «alguien». Dos guardias trajeron a un persa. Tenía el rostro tumefacto y, si no lo hubieran sostenido por los brazos, no habría podido mantenerse en pie. Pedro se disculpó por el aspecto del hombre. Era un mensajero de

Cosroes al que no había sido fácil hacer entrar en razón. Cuando Heraclio le preguntó desde cuándo maltrataba a los embajadores, el armenio le respondió con una sonrisita que el mensaje no era para él; cuando lo interceptaron, el hombre iba en busca de Sharvaraz.

—¿Un mensaje de Cosroes para su generalísimo?! —exclamó el emperador, satisfecho de tan buena captura.

—No, mejor aún —respondió Pedro tendiéndole un pergamino manchado de sangre.

Portaba el sello del rey de reyes, pero Heraclio no leía el persa y no podía saber qué contenía.

—Lo he hecho traducir. Va dirigido a un tal Kavad, uno de los lugartenientes de Sharvaraz. Le comunica que Shahin ha sido ejecutado por alta traición y le ordena que haga lo necesario para que su hermano corra la misma suerte.

Heraclio se quedó petrificado. Al cabo de unos instantes, se pasó la mano por la frente, que tenía cubierta de sudor. El veneno sabiamente instilado en la mente de Cosroes había dado sus frutos. La victoria final estaba cerca, estremecedoramente cerca. Sus manos empezaron a temblar y, para disimular, volvió a escrutar el pergamino, como si los signos que contenían se hubieran vuelto menos oscuros de repente.

Llevaba semanas trabajando para conseguir un desenlace como aquel. Y ahora que se avecinaba le parecía irreal: tenía el destino de los sasánidas en sus manos.

Su nerviosismo duró poco. Al finalizar la conversación que mantuvo con el armenio, había decidido acabar con la dinastía que reinaba sobre Persia desde hacía cuatro siglos. Hizo entregar el mensaje y a su portador al Jabalí Real. Este recibió el regalo con fingida indiferencia. El enviado romano se marchó sin una palabra de agradecimiento, sin ni siquiera una nota para el emperador que acababa de salvarle la vida. Pero semanas después estalló la noticia de la caída de Cosroes.

Dos veces al año, en la explanada que se extendía ante el palacio de los soberanos sasánidas, se celebraba una audiencia en la que no había prerrogativas para nadie. Se podía acusar incluso al rey de reyes. De darse el caso, el soberano bajaba de su trono y pedía a su primer magistrado, presente a su lado, que juzgara el asunto de forma imparcial. Si el veredicto le era desfavorable, debía reparar el daño. Si, por el contrario, la queja parecía carecer de fundamento, se castigaba al acusador. Esa mascarada, que en realidad nunca llevaba a nada, servía de válvula de escape para un pueblo

despiadadamente sojuzgado el resto del año. Desde que el monarca se había lanzado a una exitosa política de conquistas, nadie se había atrevido a ponerlo en entredicho. Cosroes había concluido que su imperio estaba satisfecho con él. Pero esta vez las apretadas filas de la multitud congregada al pie de su trono se abrieron en medio de un murmullo para dejar pasar a Sharvaraz.

El rey de reyes fue a parar provisionalmente a la Fortaleza del Olvido, en la que tantos enemigos suyos habían acabado sus días. Luego, una mañana, fue conducido a la gran plaza que se extendía frente al palacio de sus antepasados. Lo ataron a un poste instalado allí para la ocasión. Un grupo de jinetes describió varios círculos a su alrededor lanzando gritos mezclados con insultos. Lo acribillaron a flechazos.

El nuevo rey de reyes Sharvaraz envió una embajada a su «hermano», el emperador de los romanos Heraclio. Le pedía la paz. La guerra había acabado.

Sergio fue a anunciárselo en persona. El parto era inminente, y en cuanto lo vio ante ella, en su dormitorio, con el rostro inexpresivo y los dedos crispados sobre un pequeño pergamino, comprendió que tenía sus dudas. Pero ella tenía derecho a saberlo, le dijo el patriarca, antes de añadir que Nicetas no volvería.

Eudoxia consiguió contener las lágrimas, no gritar. Pero cuando Sergio le dijo que una de las últimas voluntades del general había sido adoptar a Marco, no pudo aguantar más y se dejó llevar por su inmenso dolor. Decididamente, a aquel hombre se le había torcido todo. Siempre había llegado tarde a todo. Hasta sus decisiones habían sido extemporáneas. Y sin embargo... ¿lo habría amado si hubiera sido distinto?

¿Nicetas había muerto? Sintió que su cuerpo se rebelaba contra aquella noticia. Nicetas, que siempre la había necesitado, que nunca la había abandonado. Un recuerdo insoportable: aquella noche que se encontraron en la muralla de Blaquernas, justo antes de que empezara el sitio, y le hizo un reproche, un reproche terrible, inexcusable. Que renunciara a la corona por ella y nunca se lo hubiera perdonado. Sabía que estaba equivocada. Porque Nicetas tenía elección. Sí, tenía elección. Y la había elegido a ella. Por cinco días de felicidad, lo había sacrificado todo.

Volvió a dejarse caer en la cama, y empezaron las contracciones.

El Imperio romano y el Imperio persa se habían enfrentado muchas veces. Formaban una pareja reñida pero, al parecer, indestructible. Sus luchas se confundían con el movimiento mismo de la Historia. Eran el eterno vaivén de las olas y las mareas. No acabarían nunca, o solo cuando el mundo acabara. No obstante, en algunas mentes calenturientas había germinado la idea de que un día, antes de esa conflagración final, uno de los dos imperios se impondría sobre el otro y dominaría el universo. Entonces, los cristianos se verían obligados a adorar el Fuego, o los magos a hacerse cristianos. Ya no habría más que un imperio, un monarca, una fe. Ese día había sido bautizado como el «día sin crepúsculo».

Cuando tras apoderarse de Mesopotamia, Siria y Egipto los ejércitos persas aparecieron frente a Constantinopla, muchos creyeron que la predicción estaba a punto de cumplirse en perjuicio de los romanos, que el mundo iba a unificarse bajo la férula de Asia. Pero al final había sido la dinastía sasánida la que terminó sucumbiendo. Y ahora una Persia agonizante pedía clemencia al vencedor romano.

«¿Habrá llegado el día sin crepúsculo?», se preguntaba Heraclio. Ya nada se le resistía. Él, que pudo acabar cautivo en Ctesifonte, ahora hablaba allí como dueño. Había obtenido más de lo que nunca soñó: el retorno a las fronteras de los tiempos de Mauricio, el pago de una indemnización colosal y la restitución de la Santa Cruz, robada a Jerusalén. Sharvaraz había accedido a todo. El Jabalí Real estaba desconocido; desde la muerte de su hermano Shahin, era una sombra de sí mismo. Parecía superado por la precipitación de unos acontecimientos que él mismo había provocado en parte. Apenas destronado Cosroes, un buen número de gobernadores anunciaron que se negaban a reconocer como soberano a un hombre que no tenía sangre sasánida y declararon la independencia de sus provincias. Varios hijos más o menos legítimos del antiguo soberano reclamaron la corona para sí. Cada uno

tenía su tropa de partidarios. Sharvaraz no podía contar con su formidable ejército para hacerles entrar en razón: se había dispersado, y la ruina del Estado le impedía reunir otro.

—Tardarán al menos un siglo en levantar cabeza.

El viejo Pedro respondió con un gruñido a la afirmación de su emperador. Habían abandonado Ctesifonte el día anterior para iniciar un regreso que prometía ser triunfal.

—La naturaleza odia el vacío, y el vacío que dejas allí es tremendo, Heraclio.

El armenio no quiso decir nada más, y el emperador no se molestó en pedirle aclaraciones. Libres de sus eternos rivales, los romanos iban a reinar sobre el mundo. Ya nada los amenazaba. Una época de paz y prosperidad sin precedentes se abría ante ellos. Y el gran artífice de su advenimiento había sido él. Era el nuevo Escipión. Como su ilustre modelo, que prefirió enfrentarse a Aníbal en África en lugar de hacerlo en su propia patria, había llevado la guerra al territorio enemigo y había vencido. Incluso creía haber superado a su maestro: la situación heredada por él, ¿no era mucho más desesperada que la que tenía el triunfador de Cartago?

El viejo Narsés le dio la clave. «Escipión». Todo estaba ahí. Con un nombre, el antiguo generalísimo moribundo había salvado al Imperio. Le hizo entender que no había que dejarse encerrar en los planes del enemigo, sino salirse de ellos para desbaratarlos, ensanchar el teatro de operaciones.

Ahora en su mente se acumulaban inmensos proyectos: no se dormiría en los laureles. Después de Oriente, se volvería hacia Occidente. A lo largo de los últimos dos siglos, la integridad del Imperio había sido menoscabada. La restauraría. Hispania y la Galia volverían al regazo imperial. Expulsaría de ellas a los francos, los godos y los lombardos. ¿Qué podían hacer esos toscos bárbaros frente al vencedor de Persia? El futuro se auguraba radiante.

Heraclio no tenía prisa por volver a Constantinopla. Había iniciado una larga marcha triunfal a través de las provincias reconquistadas. Su apoteosis tuvo lugar en Jerusalén, donde restituyó en persona el pedazo de la Vera Cruz. Ningún emperador había visitado nunca la ciudad santa. Esperaba haber iniciado una larga tradición.

Por el camino encontró un espectáculo desolador: tanto Mesopotamia como Siria estaban en ruinas. La mitad de los pueblos habían sido abandonados; a falta de manos para recolectarlo, el trigo se secaba en los campos. «Reconstruiremos todo esto —se dijo Heraclio—. Restauraremos la fuerza del Estado». La población no lo recibía con tanta alegría como

esperaba. Una consecuencia inevitable de las pruebas soportadas. En algunas regiones, la ocupación persa había durado casi una generación. Pronto toda aquella gente comprendería que no les traía únicamente nuevos impuestos, sino también una paz duradera, condición necesaria para la prosperidad, y quizá también para la felicidad.

En una de aquellas desoladas ciudades sirias supo que, más al sur, tribus procedentes del corazón de Arabia estaban saqueando a gran escala. Una noche, unos jinetes desconocidos arrojaron un saco de lona ante las puertas del palacio en el que se alojaba. Contenía la cabeza de Mundir. Heraclio supuso que el antiguo compañero de Nicetas había sido víctima de una de aquellas tribus de saqueadores. Hacía años que el árabe intentaba alertar al Imperio sobre la amenaza que representaban para su territorio. Desgarradas durante mucho tiempo por luchas intestinas, acababan de unificarse bajo el mando de un iluminado que se autoproclamó profeta. Heraclio no se dejó inquietar por lo sucedido, pese a que el territorio de Mundir se encontraba a apenas unos días de marcha de las regiones que recorría. Se prometió vengar a un aliado tan fiel, pero a su debido tiempo, más tarde.

Por fin, decidió que ya era hora de regresar a Constantinopla. Volvieron haciendo breves etapas a lo largo de la costa. También allí reinaban el desánimo y la desolación. Los puertos prácticamente no habían funcionado en casi dos décadas. Todo estaba por reconstruir, y faltaban brazos: la larga guerra contra Persia había dejado al Imperio una población disminuida. «Nos regeneraremos —se dijo Heraclio—. Nos hemos deshecho de nuestros enemigos. ¿Quién nos impedirá sembrar, construir mejor que antes, volver a ser el primer pueblo de la tierra?».

Una carta de Sergio puso un brusco final a aquel peregrinaje: le anunciaba que el Imperio tenía un heredero llamado Heraclio, como su padre. En un mensaje aparte, estrictamente confidencial y redactado por el propio patriarca, este le comunicaba la muerte de la emperatriz, fallecida de parto. Sergio se sentía obligado a informar al emperador de que su esposa había expirado con el nombre de otro en los labios.

Ante aquella noticia, algo se rompió en él. Salió del sueño en el que vivía desde la rendición persa, desde su inimaginable triunfo. ¿De qué servía haber puesto de rodillas al enemigo hereditario, de qué servía toda aquella gloria, si Eudoxia ya no estaba a su lado para compartir con él los frutos de la victoria? Se apresuró en volver a Constantinopla. De pronto, el camino le parecía interminable. Se sentía culpable por haber tardado tanto, por no haber asistido al nacimiento, por haberla dejado sola. Estaba convencido de que ella lo

esperaría. O que, recuperada del parto, iría a reunirse con él y recorrería a su lado las provincias reconquistadas. Pero había muerto.

Una rabia insoportable se apoderó de él. No podría cumplir la promesa que le hizo: la vida feliz y tranquila, la vida liberada del miedo a los enemigos que entrevió para ellos antes de su precipitada marcha solo sería un sueño vano, una horrible mentira. Y, sin embargo, lo había conseguido, había invertido una situación desesperada, había acabado con la dinastía sasánida.

Por el camino, los mensajes le mantenían al corriente de los nuevos pillajes que sufrían las provincias sirias que había dejado atrás. Los jinetes de la península que habían barrido a la tribu de Mundir no parecían tener prisa por regresar a su santuario de arena y guijarros.

El emperador, embargado por la pena, descartó volver sobre sus pasos para castigarlos. Los árabes siempre se habían quedado al margen de los grandes acontecimientos de la historia, a la aplastante sombra de Roma y Persia. Aprovechaban la vulnerabilidad de las regiones recién recuperadas por el Imperio y demasiado exangües para ofrecerle resistencia. Pero esa debilidad era temporal. Restauraría el orden mundial. No tardaría en rechazarlos. En caso necesario, los aniquilaría. Heraclio no daba el menor crédito a los rumores según los cuales, al lado de esos jinetes infatigables, animándolos, incitándolos a no detenerse, a proseguir sus conquistas hasta Constantinopla, se encontraba una mujer cuyos velos apenas podían ocultar unos largos mechones pelirrojos.

Ahora lo importante era llegar a Constantinopla, inclinarse ante el ataúd de la difunta y contemplar el regalo que, a la vez que su rechazo, le había dejado.

Por fin entró en la jubilosa capital de su imperio. El niño dormía en su cuna. Lo contempló largo rato. Su heredero. La esperanza de la Nueva Roma. Su único consuelo. Sintió que la exasperación y la rabia impotente que lo consumían se apaciguaban un poco. Se olvidó de los árabes y de su profeta. Olvidó la victoria póstuma de Nicetas. Sus duras facciones se relajaron. Se habían conseguido grandes cosas. Nada podría borrarlas jamás. Un día, el mundo acabaría. Todo perecería. Pero el pasado era eterno, a su manera. Y en ese pasado intocable, ocurriera lo que ocurriese, Nicetas y él habían tenido el raro privilegio de desempeñar el papel que ellos mismos eligieron. Su voluntad se impuso a los acontecimientos. Diecisiete años atrás, una mujer amada había sido salvada. Hoy, un imperio condenado había tenido siglos de prórroga. Y, por supuesto, en cada caso se había pagado un precio.

Respiró el suave aire de la Propóntide que penetraba por las ventanas de su palacio, abiertas de par en par. Luego subió las escaleras de la torre con una sonrisa imperceptible en los labios: allí arriba, lo esperaba el cielo estrellado.

Agradecimientos

A Susanna Lea, sin quien este texto seguiría siendo un documento de Word. Entre otras muchas cosas, esta novela le debe el título, el principio y el final.

A Emmanuelle Hardouin, que comprende a tus personajes mejor que tú mismo y sabe insuflar nueva vida a páginas muertas.

A Marie Viry.

A todo el equipo de Versilio.

A Martine Boutang y su extraordinario dominio de la lengua.

A Jeanne Pham-Tran, que fue una de las primeras personas que creyó en este texto: una luz en una larga noche.

A Antoine Caro (y especialmente a su afición al vicio, tan fecunda).

A todo el equipo de Robert Laffont.

A la propia editorial Robert Laffont, por haber publicado en la colección «Bouquins» la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Edward Gibbon, cuatro de cuyas páginas, leídas una noche de otoño, inspiraron este libro.



Baptiste Touverey es periodista, colaborador de la revista *Books*, *Vanity Fair* y *Journal du Dimanche*, y traductor de Stefan Zweig. *Constantinopla* es su primera novela.